TUS LIBROS



La incredulidad del Padre Brown

GILBERT KEITH CHESTERTON

Sabemos pocas cosas del Padre Brown: de su aspecto físico, apenas si el cronista nos recordó su aspecto no precisamente voluminoso, su sombrero clerical, su paraguas… Su pensamiento casi podría resumirse en una frase: «Sólo la verdad os hará libres.» Este volumen recoge ocho nuevos casos, en los que la paradoja brilla desde el título: el Padre Brown es un hombre de fe, y por eso bastante escéptico ante los milagros aparentes. Su oficio reside no en «ocultar misterios», sino en «revelarlos a plena luz del día». Y todo ello, urdido con la brillantez característica de un autor, al que Borges apodó «discurridor y exornador de elegantes misterios».

G. K. Chesterton

La incredulidad del Padre Brown

ePub r1.0
orhi 25.10.2019

Título original: *The Incredulity of Father Brown*
G. K. Chesterton, 1926
Traducción y notas: M.ª del Carmen Beaven Villarino
Introducción y apéndice: Juan Tébar
Grabado del autor: Justo Barboza
Ilustraciones: Alicia Cañas

Editor digital: orhi
ePub base r2.1



GILBER KEITH CHESTERTN (1874-1936)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición publicada por Cassell. Londres. 1926.

Las ilustraciones, originales de Alicia Cañas, han sido realizadas expresamente para esta edición.

La incredulidad del Padre Brown

GILBERT KEITH CHESTERTON

Introducción

Primero fue *El candor del Padre Brown*, 1911. Le siguieron *La sabiduría del Padre Brown*, 1914[1], *La Incredulidad…*, 1926, el libro que aquí editamos, *El Secreto…*, 1927, y *El escándalo…*, 1935. Decíamos en el Apéndice a *La sabiduría…*: «Con ellos, el alegre poeta, vividor y filósofo que fue G. K. Chesterton había regalado a la literatura de intriga y deducción —y a todos sus millones de aficionados— una de las figuras más originales y entrañables. Como el propio cura se despide en el último cuento (de la obra citada), podríamos decir a todos… “Bien, supongo que son ustedes felices.” Sí, los amigos Brown y Chesterton nos han ayudado a ello.»

Pues otra vez vamos a procurar ser felices. Los mismos amigos van a ayudarnos a lo mismo.

Esta vez no sale Flambeau, el ladrón convertido por el padre Brown, y colaborador luego de sus investigaciones. Veremos al cura como único detective protagonista. Y a veces, en escenarios exóticos. Siempre más incrédulo que los incrédulos oficiales. Ya lo comprenderán cuando lean los relatos. Y además, en el Apéndice nos extenderemos más sobre esa idea general de este volumen: La incredulidad de nuestro cura. Vaya el lector al primer cuento, y se encontrará a tan peculiar sacerdote en América del Sur. Es su primera declaración de incrédulo: el Padre Brown cree en los milagros, y *por eso no se cree cualquier milagro*.

Juan TÉBAR

I

La resurrección del Padre Brown

Hubo un breve período de tiempo durante el cual el Padre Brown gozó, o mejor dicho no gozó, de cierta fama. Fue el no va más de las maravillas en los diarios; llegó incluso a ser tema habitual de polémica en los semanarios, sus hazañas se relataban con gran entusiasmo y escasa fidelidad en cualquier club y tertulia, especialmente en América. Por incongruente y realmente increíble que pudiera parecer a cualquiera que lo conociera, sus aventuras como detective se convirtieron en tema de algunos de los relatos breves que se suelen publicar en las revistas.

Y da la casualidad de que esta pasajera situación en la cresta de la ola fue a pillarle en el lugar más oscuro, o al menos más remoto, de los muchos en los que le tocó vivir. Le habían enviado a desempeñar una labor, a medias entre la del misionero y la del párroco, a uno de esos parajes de la costa septentrional de Sudamérica, en donde todavía hay regiones que se aferran tambaleantes a las potencias europeas, o amenazan continuamente con convertirse en repúblicas independientes, bajo la gigantesca sombra del presidente Monroe[2]. La población era roja y marrón, con lunares rosa; o sea, hispanoamericana, y básicamente hispanoamerindia, pero con una considerable y creciente infiltración de americanos de los del Norte: ingleses, alemanes, y otros por el estilo. El problema surgió, al parecer, cuando uno de estos forasteros, que acababa de poner el pie en el país y estaba muy disgustado por haber perdido una de sus maletas, se acercó al primer edificio que encontró, que resultó ser la casa de la misión con una capilla anexa; en la fachada del mismo había una larga balconada y una fila de postes por los que trepaban las retorcidas cepas negras, de cuadradas hojas enrojecidas por el otoño. Detrás de éstos, y también en fila, estaban sentados unos cuantos seres humanos, casi tan tiesos como los postes y de color parecido al de las cepas. Y es que, aunque sus sombreros de ala ancha eran tan negros como sus

inmóviles ojos, la tez de muchos de ellos podría haber sido tallada en la oscura madera rojiza de aquellos bosques trasatlánticos. Muchos de ellos fumaban unos cigarros muy largos y finos, y en todo el grupo, casi lo único que se movía era el humo del tabaco. El forastero probablemente los habría catalogado como nativos, aunque algunos de ellos se sentían muy orgullosos de su sangre española. Pero no era persona capaz de hacer la delicada distinción entre españoles e indios, dispuesto como estaba a hacer caso omiso de cualquiera al que le hubiera colgado el sambenito de nativo.

Se trataba de un periodista de Kansas City, un hombre delgado y rubio, dotado de una nariz que Meredith[3] habría calificado de aventurera; uno casi se podía imaginar que se orientaba y se movía como la probóscide de un oso hormiguero. Se apellidaba Snaith, y sus padres, tras oscura meditación, le habían puesto por nombre Saulo, cosa que él tenía el buen sentido de ocultar en la medida de lo posible. Lo cierto es que recientemente había llegado a un compromiso y se hacía llamar Pablo, aunque no por el mismo motivo que había guiado al Apóstol de los Gentiles[4]. Muy por el contrario, en lo que se refiere a este tema, le resultaba mucho más apropiado el nombre del perseguidor, pues consideraba la religión institucionalizada con el desdén convencional que suele tener su origen en Ingersoll más que en Voltaire[5]. Y se da el caso de que éste fue el aspecto poco importante de su carácter que dirigió hacia la misión y los grupos que se encontraban delante de la balconada. Algo en su impasible inmovilidad e indiferencia atizó la fogosa eficiencia del periodista; y como no consiguió respuesta alguna a sus primeras preguntas, se lanzó a hacer él solito todo el gasto de conversación.

De pie bajo el ardiente sol, impecable con su jipijapa y su flamante traje, su bolsa de mano bien agarrada por una mano de acero, se puso a dar voces a la gente que se hallaba a la sombra. Comenzó por explicarles a gritos la razón por la que eran unos holgazanes y unos puercos, además de ignorantes como los animales, y peores que los animales que perecen, por si acaso en algún momento se les había pasado la idea por la imaginación. Decía que a la nefasta influencia de los curas se debía que vivieran en semejante miseria, y tan horriblemente oprimidos, y que fueran capaces de estar allí sentados a la sombra, fumando y sin mover un dedo.

—No sois más que unos memos —les gritó—, que os dejáis apabullar por esos engreídos idolillos, sólo porque andan por ahí con sus mitras y sus tiaras, y sus capas de oro y toda la impedimenta, mirando a los demás como si fueran basura… y os dejáis embaucar con coronas y doseles y quitasoles sagrados, como los críos en el guiñol, sólo porque un Sumo Sacerdote de las

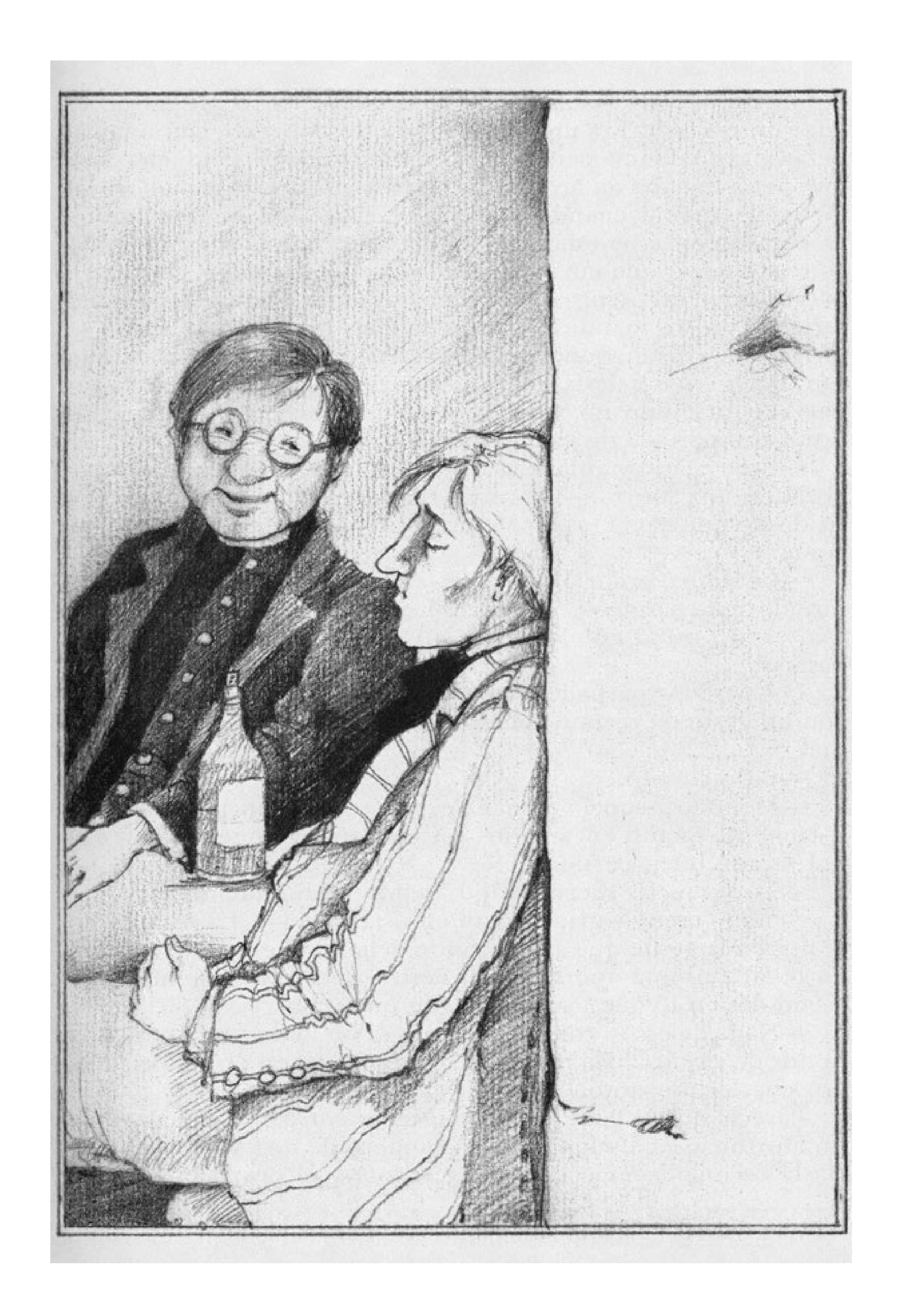
quimbambas se las da de ser el amo del mundo. Y vosotros, ¿qué? ¿No veis cómo estáis, tontorrones? ¿Sabéis lo que os digo? Que por eso estáis como estáis, hechos unos incivilizados, sin saber leer ni escribir, y…

En aquel momento el Sumo Sacerdote de las quimbambas salió con una prisa muy poco majestuosa por la puerta de la misión; más que el amo del mundo, parecía un fardo de ropa negra comprada en el ropavejero, abotonada alrededor de un almohadón con aspecto humano. No llevaba puesta la tiara, suponiendo que la tuviera, sino un ajado sombrero de teja, bastante parecido a los de los indios hispanos, que se había echado hacia atrás como si le molestara. Estaba a punto de dirigir la palabra a los impasibles nativos cuando divisó al forastero y le dijo rápidamente:

—¡Ah! ¿Le puedo servir en algo? ¿Quiere usted entrar?

El señor Paul Snaith entró; y aquello fue el comienzo de un considerable incremento de sus conocimientos periodísticos en muchos temas. Es posible que su instinto periodístico fuera más fuerte que sus prejuicios, cosa que suele acontecer a los periodistas inteligentes; hizo un buen número de preguntas, y las respuestas le resultaron interesantes y sorprendentes. Descubrió que los indios sabían leer y escribir, por la sencilla razón de que el sacerdote les había enseñado; pero que no leían o escribían más que lo estrictamente indispensable, pues por naturaleza preferían una comunicación más directa. También se enteró de que aquellos extraños seres que estaban sentados amontonados en la balconada, sin que se les moviera ni un pelo, eran capaces de trabajar con bastante disposición su propio terruño, sobre todo los que tenían más de la mitad de sangre española; y se quedó todavía más sorprendido cuando se enteró de que todos tenían algún terrenito de su propiedad. Esto se debía en parte a una arraigada tradición que parecía innata en los nativos. Aunque también en ello había intervenido en cierta medida el sacerdote, desempeñando en esa ocasión lo que probablemente fuera su primer y último papel en la política, siquiera fuera en la política local. Recientemente había barrido aquella región uno de esos vendavales de radicalismo ateo y casi anarquista que de cuando en cuando se desatan por los países de cultura latina, y que suelen comenzar con una sociedad secreta y acabar en guerra civil y pare usted de contar. El jefe local del partido iconoclasta era un tal Alvarez, aventurero bastante pintoresco, de nacionalidad portuguesa, pero, como aseguraban sus enemigos, de origen en parte negro; dirigía una serie de logias y templos de iniciación como los que en esos lugares suelen revestir el simple ateísmo con una capa de misticismo. El jefe de la facción más conservadora era una persona mucho más corriente,

un hombre riquísimo llamado Mendoza, dueño de muchas fábricas y bastante respetable, pero nada interesante. La gente opinaba que la causa de la ley y el orden hubiera quedado para siempre perdida, de no haber adoptado, motu proprio, una política más popular, consistente en proporcionar tierra a los campesinos; y este movimiento había partido básicamente de la pequeña misión del Padre Brown.



Mientras conversaba con el periodista, entró Mendoza, el jefe conservador. Era un hombre robusto, moreno, con una cabeza calva como una pera y un cuerpo rechoncho, también como una pera; fumaba un aromático cigarro que arrojó al suelo, con gesto algo teatral, cuando llegó ante el sacerdote, como si hubiera entrado en la iglesia; y se inclinó para saludarle dibujando con su cuerpo una curva que, en aquel voluminoso caballero, parecía bastante improbable. Hacía siempre gala de extremada seriedad en sus manifestaciones sociales, sobre todo cuando se dirigía a las instituciones religiosas. Era uno de esos laicos que son mucho más eclesiásticos que los propios eclesiásticos. Esto hacía sentirse muy incómodo al Padre Brown, sobre todo cuando se comportaba de este modo en privado.

—Creo que soy anticlerical —solía decir el Padre Brown esbozando una sonrisa—; pero no habría ni la mitad del anticlericalismo que hay si los demás no se metieran en las cosas de los curas.

—Caramba, señor Mendoza —exclamó el periodista con renovado entusiasmo—, me parece que nos hemos visto antes. ¿No estuvo usted en el Congreso Comercial de México el año pasado?

Los pesados párpados del señor Mendoza se estremecieron con un gesto de reconocimiento, y sonrió con su lentitud habitual.

—Lo recuerdo.

—Menudo negocio el que se hizo allí en un par de horas —comentó Snaith encantado—. Y me supongo que usted le habrá sacado buen partido.

—Tuve mucha suerte —dijo Mendoza humildemente.

—¡Ya lo creo! —gritó Snaith entusiasmado—. La suerte sólo le llega a la gente que sabe cuándo echarle el guante; y a usted no le falla ni una oportunidad. Pero espero no estar interrumpiéndoles en lo que ustedes tengan que tratar.

—Nada de eso —contestó el otro—. Suelo tener a menudo el honor de visitar al *padre*[6] y charlar un ratito con él. No más que por charlar un ratito.

Parecía que la familiaridad existente entre el Padre Brown y un afortunado e incluso famoso hombre de negocios consumaría la reconciliación entre el sacerdote y el pragmático señor Snaith. Cabe imaginar que sentiría que la casa misión quedaba investida de una nueva respetabilidad, y estaría dispuesto a pasar por alto aquellos testimonios de la existencia de la religión, difícilmente evitables, cuales eran en aquel lugar una capilla y una casa parroquial. Se entusiasmó con el programa del sacerdote —al menos con su aspecto secular y social— y anunció que estaba dispuesto a actuar en cualquier momento como enérgico portavoz para comunicárselo al mundo entero. Y entonces fue

cuando el Padre Brown empezó a encontrar que el periodista resultaba más engorroso si se mostraba en plan colaborador que cuando adoptaba una actitud hostil.

El señor Paul Snaith se lanzó a dar publicidad a la figura del Padre Brown. Envió largos y encendidos panegíricos de su persona a través del continente, hasta su periódico en el Oeste medio. Sacó fotografías del pobre clérigo, realizando tareas absolutamente vulgares, y las exhibió a tamaño gigante en los gigantescos periódicos dominicales de Estados Unidos. Convirtió las palabras del sacerdote en lemas y andaba continuamente ofreciéndole al mundo «Un mensaje» del reverendo caballero de Sudamérica. Cualquier raza menos fuerte y porfiadamente receptiva que la norteamericana se habría aburrido soberanamente con las historias del Padre Brown. En cambio, el sacerdote recibió atractivas y entusiastas ofertas para que realizara una gira de conferencias por Estados Unidos, y cuando las rechazó, se las volvieron a hacer en mejores términos y con expresiones de respetuosa admiración. Sometieron a la aprobación de nuestro héroe una serie de relatos sobre su persona, salidos de la pluma del señor Snaith y semejantes a los de Sherlock Holmes[7], al tiempo que requerían su colaboración y su aliento. Como el sacerdote comprendió que ya se habían puesto en marcha, todo lo que se le ocurrió fue sugerirles que se detuvieran. Cosa que a su vez aprovechó el señor Snaith como punto de partida para un debate sobre si sería conveniente que el Padre Brown desapareciera una temporada tras un rocoso acantilado, a la manera del héroe del doctor Watson. A todas estas peticiones había contestado pacientemente el sacerdote por escrito, diciendo que estaba de acuerdo en que cesaran por este motivo temporalmente los relatos, y rogándoles que dejaran transcurrir un considerable período de tiempo antes de volver a reanudarlos. Las notas que enviaba eran cada vez más breves; y cuando al fin escribió la última, suspiró aliviado.

Ni que decir tiene que aquella extraña popularidad en el continente norte tuvo repercusiones en la pequeña localidad del continente sur donde el sacerdote había supuesto que viviría tan solitario exilio. La considerable población inglesa y norteamericana que ya residía en aquel lugar empezó a sentirse orgullosa de contar con una persona a la que se le daba tanta publicidad. Los turistas norteamericanos, del estilo de los que desembarcan en Inglaterra buscando afanosamente la abadía de Westminster[8], desembarcaban en aquellas remotas costas buscando afanosamente al Padre Brown. Se encontraban a distancias desde las que era posible organizar excursiones en trenes que se bautizaban con su nombre, y desplazar en ellos a

multitudes que acudían a verlo como si fuera un monumento público. Una de las cosas que más le molestaban era la presencia de los activos y ambiciosos vendedores y comerciantes del lugar, que lo perseguían incansablemente para que probara sus productos y luego los recomendara. Y aunque no estuviera dispuesto a recomendarlos, prolongaban la correspondencia con el fin de obtener autógrafos suyos. Como era una persona afable, solían sacarle casi todo lo que se proponían; y precisamente, respondiendo a la solicitud de un vinatero de Frankfurt llamado Eckstein, escribió a toda prisa en una tarjeta unas cuantas líneas que imprimirían un terrible giro en su vida.

Eckstein era un hombrecillo meticuloso, de pelo encrespado, que usaba quevedos y que se empeñó, no sólo en que el sacerdote probara su famoso oporto medicinal, sino en que le comunicara, a vuelta de correo, cuándo y dónde lo bebía. Al Padre Brown no le causó excesiva sorpresa la petición, pues ya había dejado de sorprenderse de las chifladuras del mundo de la publicidad. Así que garabateó unas frases y pasó inmediatamente a ocuparse de otros temas que le parecían algo más serios. Le volvieron a interrumpir, y esta vez con una nota procedente nada menos que de Alvarez, su enemigo político, el cual le pedía que acudiera a una entrevista en la que se esperaba poder llegar a un compromiso sobre una cuestión de trascendencia; lo citaba a última hora de la tarde en un café a las afueras de la pequeña ciudad. A lo cual contestó afirmativamente, enviando recado por el rubicundo y militar mensajero que aguardaba su respuesta; y luego, y en vista de que aún le quedaban un par de horas, se sentó con la idea de despachar algunas de las cuestiones que constituían su legítima ocupación. Al final de lo cual, se sirvió una copa del famoso vino del señor Eckstein y, tras echar un vistazo al reloj con expresión divertida, se lo bebió y salió a la oscura calle.

El fuerte resplandor de la luna iluminaba la pequeña población hispana, de modo que, cuando llegó a la pintoresca puerta de la ciudad, con su arco bastante rococó y el fantástico fleco de las palmeras que asomaban por detrás, daba de la impresión de que se hallaba ante el decorado de una ópera de ambiente español. Una larga hoja de palmera con dentados bordes se recortaba negra contra la luna, colgando por el otro lado del arco pero visible a través del hueco, y recordaba vagamente la mandíbula de un negro cocodrilo. Al Padre Brown no se le habrían pasado estas cosas por la imaginación de no ser porque sucedió algo que atrajo su mirada, por naturaleza alerta. El aire estaba absolutamente en calma, y no había ni la más ligera brisa; y, sin embargo, vio con toda claridad que la hoja colgante de la palmera se movía.

Echó un vistazo a su alrededor y se percató de que estaba solo. Había dejado atrás las últimas casas, que en su mayoría estaban cerradas y con las persianas echadas, y caminaba por entre dos largos muros ciegos, de grandes piedras irregulares y aplanadas, entre las cuales crecía aquí y allá la maleza espinosa peculiar de aquella región —las tapias corrían paralelas hasta la puerta de la ciudad—. No alcanzaba a ver las luces del café al otro lado de la puerta; probablemente se hallaba demasiado lejos. Más allá del arco no se veía más que un gran trozo de camino, empedrado con grandes losas, pálido a la luz de la luna, flanqueado de trecho en trecho por una chumbera.



Percibió con toda intensidad el olor del mal; sintió una extraña opresión física; pero ni se le ocurrió detenerse. Su valor, con ser considerable, era indudablemente en su naturaleza una componente menos dominante que su curiosidad. Toda la vida se había dejado llevar por una sed intelectual de verdad, aunque fuera en cosas insignificantes. A veces lograba controlarla apelando al sentido de la proporción; pero nunca desaparecía. Atravesó el arco sin detenerse y, al llegar a otro lado, un hombre saltó como un mono de lo alto del árbol y se abalanzó sobre él empuñando una navaja. Al mismo tiempo, otro hombre se acercó corriendo agachado a lo largo de la tapia y, blandiendo un garrote por encima de su cabeza, le quitó la navaja. El Padre Brown volvió la cabeza, se tambaleó, y cayó al suelo aparatosamente, pero mientras caía se dibujó en su redondo rostro una expresión de agradable e inmensa sorpresa.

Por aquella época vivía en la misma ciudad otro joven norteamericano, completamente distinto del señor Paul Snaith. Se llamaba John Adams Race, era ingeniero electricista, y Mendoza le había encargado que dotara a la antigua ciudad de todos los adelantos modernos. Era un personaje mucho menos habitual de los círculos de la sátira y el chismorreo internacional que el periodista norteamericano. Aunque, de hecho, en América hay un millón de hombres del tipo moral de Race por cada uno del tipo moral de Snaith. Era excepcional en el sentido de que hacía excepcionalmente bien su oficio, pero por lo demás era una persona de lo más corriente. Había empezado de mancebo de botica en un pueblo del Oeste, y había ido ascendiendo a fuerza de trabajo y mérito; pero seguía estando convencido de que su pueblo natal era el ombligo del mundo habitable. Le habían inculcado un cristianismo muy puritano, o puramente evangélico, aprendido en la Biblia familiar en el regazo de su madre; y ésta seguía siendo su religión en la medida en que aún le quedara tiempo para tener una religión. Ante los deslumbrantes destellos de los últimos y más sorprendentes descubrimientos, cuando se hallaba en el mismísimo filo de un experimento, realizando milagros de luz y sonido como si fuera un dios que creara nuevas estrellas y sistemas solares, jamás ni por un momento puso en duda que «lo de casa» era lo mejor del mundo: su madre y la Biblia familiar y la apacible y pintoresca moralidad de su pueblo. Su madre era para él una santa y la estimaba con tanta seriedad y nobleza como si fuera un frívolo francés. Estaba convencido de que la religión de la Biblia era la única verdadera y sólo la echaba ligeramente en falta cuando se introducía en el mundo moderno. No es, pues, de extrañar que sintiera poca simpatía por los aspectos religiosos externos de los países católicos; y que por rechazar mitras

y báculos simpatizara con el señor Snaith, aunque no con sus aires de engreído. Tampoco le gustaba el exceso de ceremonia y adulación de que hacía gala Mendoza y desde luego no se sentía en absoluto tentado por el misticismo masónico del ateo Alvarez. Puede que toda aquella vida semitropical tuviera para su gusto excesivo colorido, abigarrada con el rojo indio y el oro español. En cualquier caso, cuando decía que no había nada igual a su ciudad natal, no lo hacía por alardear. Quería decir en realidad que existía un lugar sencillo, humilde y conmovedor que él respetaba más que cualquier otra cosa de este mundo. Con ser ésta la actitud mental de John Adams Race en un lugar de Sudamérica, hacía algún tiempo que se había desarrollado en él un curioso sentimiento, que contradecía todos sus prejuicios y que le resultaba inexplicable. Lo cierto era que la única cosa con que se había topado en sus viajes que mínimamente le recordara la leña apilada y el aire provinciano y la Biblia sobre las rodillas de su madre era (por algún inescrutable motivo) el rostro redondo y el destartalado paraguas negro del Padre Brown.

Sin darse cuenta, solía observar aquella vulgar y cómica figura negra, siempre activa y ocupada; la miraba con una fascinación casi enfermiza, como si fuera un enigma o una contradicción viviente. Representaba todo lo que él odiaba, pero en el fondo de este personaje había encontrado algo que le atraía; era como si, tras haber sufrido los terribles tormentos de toda una serie de diablillos, se diera cuenta de repente de que el Demonio era una persona normal y corriente.

Y resulta que aquella noche, mientras contemplaba desde su ventana la calle iluminada por la luna, vio pasar por delante de su casa al Demonio, un diablo inexplicablemente inocente, con su sombrero de teja negro y su larga sotana negra, resoplando calle abajo en dirección a la puerta de la ciudad; y lo siguió con los ojos, con un interés que no se podía explicar a sí mismo. Se preguntó a dónde se dirigiría el sacerdote, y qué se traería entre manos; se quedó un buen rato contemplando la calle iluminada por la luz de la luna aun después de que el sacerdote hubiera pasado por delante de él. Y luego vio otra cosa que le intrigó todavía más Por delante de su ventana, como si fuera por delante de un escenario iluminado, pasaron otros dos hombres que reconoció. El resplandor azulado de la luna, como luz de candilejas, formó un halo espectral alrededor de la gran mata de pelo que tenía plantada tiesa encima de la cabeza de Eckstein, el vinatero bajito, y delineó una silueta más alta y oscura, de aguileño perfil, con un extraño y anticuado sombrero negro, de copa muy alta, que le daba un aspecto todavía más estrambótico, como una

sombra chinesca. Race se reprochó el dejar que la luna jugara con su imaginación; pues al fijarse más detenidamente reconoció las negras patillas españolas y los marcados rasgos del rostro del doctor Calderón, un respetable médico de la localidad, que en cierta ocasión había atendido profesionalmente a Mendoza. Sin embargo, había algo en el modo en el que los hombres susurraban entre sí y miraban calle arriba que le resultó extrañó. Sin pensárselo dos veces ni detenerse a buscar un sombrero, saltó por la ventana —que estaba en la planta baja— y echó a andar calle arriba, siguiéndoles la pista. Vio cómo desaparecían bajo el oscuro arco de la puerta de la ciudad y un segundo después oyó un grito espantoso procedente de aquel lugar; resonó extrañamente intenso y desgarrador, y a Race le pareció todavía más espeluznante porque decía algo muy concreto en un idioma que no conocía.

Inmediatamente se oyó más ruido de pasos, gritos, y luego un confuso rugido de rabia o dolor que hizo que se estremecieran las torrecillas y las altas palmeras de los alrededores; se produjo un movimiento en la muchedumbre que se acababa de congregar, como si retrocediera bajo el arco de la puerta. Y luego, en la oscura bóveda, retumbó una voz nueva, que esta vez sí le resultaba inteligible, y sintió que le caía encima como una losa cuando oyó que alguien gritaba:

—¡El Padre Brown ha muerto!

Nunca comprendió qué se vino abajo en su mente, o por qué le falló de repente algo con lo que había contado hasta entonces; pero echó a correr hacia la puerta y llegó a ella al tiempo que su paisano, el periodista Snaith, salía de aquel oscuro espacio, mortalmente pálido y chasqueando los dedos muy nervioso.

—Es absolutamente cierto —dijo Snaith en un tono que, teniendo en cuenta la personalidad del periodista, se aproximaba bastante a la veneración —. Es hombre muerto. El doctor lo acaba de examinar y dice que no hay nada que hacer. Alguno de esos malditos mestizos le asestó un porrazo según pasaba por debajo de la puerta, sabe Dios por qué razón. Será una gran pérdida para este lugar.

Race no pudo o no quiso contestar y echó a correr, cruzando el arco hasta llegar al lugar donde se desarrollaba la escena. La pequeña figura de negro yacía en el suelo, en el punto en el que había caído sobre las grandes y toscas losas, adornadas aquí y allá por alguna mata de espino verde; la multitud se mantenía a distancia, contenida básicamente por el ademán de una figura gigantesca que se destacaba en primer plano. Un gran número de los presentes

se movían de acá para allá siguiendo el simple movimiento de su mano, como si fuera un hechicero.

Alvarez, el dictador y demagogo, era un personaje alto, de aspecto fanfarrón, siempre vestido con ropa llamativa; en aquella ocasión llevaba un uniforme verde todo cubierto con bordados que parecían ondulantes serpientes de plata, y al cuello una condecoración colgada de una cinta color granate fuerte. Su espeso cabello rizado ya plateaba y, en comparación, su tez, que para sus amigos era cetrina y para sus enemigos de ochavón[9], resultaba casi literalmente dorada, como si se tratara de una máscara de oro repujado. Pero su rostro de fuertes rasgos, expresivo y jocoso, mostraba en aquel momento un gesto compungido y grave, propio de las circunstancias. Explicó que estaba aguardando al Padre Brown en el café cuando oyó ruido de pasos y de un cuerpo que caía al suelo y que, al salir a la calle, se había encontrado con el cadáver tendido sobre el empedrado.

—Ya sé lo que estáis pensando algunos de vosotros —dijo, lanzando una mirada de orgullo a su alrededor—, y si os da miedo decírmelo a la cara, que ya sé que os da, lo diré yo. Soy ateo; no puedo invocar a ningún dios cuando alguien no me cree. Pero os digo, en nombre del más arraigado honor que pueda tener como soldado y como hombre, que no tengo nada que ver en este asunto. Si pudiera echarle el guante a los hombres que lo hicieron, muy a gusto los ahorcaría de aquel árbol.

—Naturalmente, nos satisface oírle pronunciar esas palabras —dijo el viejo Mendoza en tono seco y solemne, de pie junto al cuerpo de su caído coadjutor—. Este golpe nos causa demasiada consternación y no podemos expresar nuestros sentimientos en el momento actual. Sugiero que sería más correcto y adecuado que recogiéramos el cuerpo de mi amigo y se disolviera esta inesperada congregación. Tengo entendido —añadió muy serio dirigiéndose al médico— que desgraciadamente no cabe duda alguna.

—No cabe duda alguna —replicó el doctor Calderón.

John Race regresó a su casa, triste y con una curiosa sensación de vacío. Le parecía imposible que fuera a echar de menos a un hombre que nunca había tratado. Se enteró de que el funeral tendría lugar al día siguiente, pues todos opinaban que era preferible que el acontecimiento quedara zanjado a la mayor brevedad posible, con el fin de evitar disturbios que a cada hora que pasaba parecían más probables. Cuando Snaith vio la fila de indios sentados en la balconada, pudo haber pensado que se trataba de una fila de antiguas estatuas aztecas, esculpidas en madera roja. Pero no vio cómo se pusieron cuando se enteraron de que el sacerdote había muerto.

Desde luego, hubieran sido capaces de amotinarse y linchar al cabecilla republicano, si no se hubieran visto frenados por la inmediata necesidad de mostrar el debido respeto ante el ataúd de su jefe religioso. Los auténticos asesinos, a los que hubiera resultado de lo más natural linchar, al parecer se habían esfumado. Nadie sabía cómo se llamaban y nadie sabría jamás si el moribundo había llegado a ver sus rostros. Aquel extraño gesto de sorpresa, al parecer el último que tuvo en este mundo, bien pudiera expresar que los había reconocido. Alvarez repitió violentamente que él no tenía nada que ver en el asunto y acudió al funeral, caminando tras el féretro, ataviado con su magnífico uniforme verde y plata, con un aire de desafiante fervor.

Por detrás de la balconada, unas escaleras de piedra trepaban por un empinado terraplén de hierba, rodeado por una cerca de cactos, y escaleras arriba subieron laboriosamente el ataúd y lo colocaron bajo un enorme y lúgubre crucifijo que dominaba el camino y guardaba el camposanto. Abajo, en el camino, había mares de gentes que se lamentaban y rezaban el rosario, un pueblo huérfano que acababa de perder a su padre. A pesar de todos estos símbolos que le resultaban bastante provocadores, Alvarez mantuvo una respetuosa compostura; y todo habría transcurrido sin novedad —según se dijo Race para sus adentros— si los otros le hubieran dejado en paz.

Race se dijo con amargura que el viejo Mendoza siempre le había parecido un viejo bobo y en aquella ocasión se comportó decidida y absolutamente como un viejo bobo. Siguiendo una costumbre habitual en las sociedades más elementales, dejaron el ataúd destapado y el rostro del cadáver descubierto, provocando un patetismo exacerbado en todas aquellas sencillas gentes. Ello estaba en consonancia con la tradición y no tenía, por tanto, que haber causado mayores problemas; pero alguna persona oficiosa le añadió la costumbre de los librepensadores franceses de pronunciar discursos junto a la sepultura. Mendoza pronunció el suyo —un discurso bastante largo, y cuanto más se prolongaba, más pesimista se sentía John Race, y más ajeno se hallaba del ritual religioso que allí se celebraba—. Con la dilatoria monotonía de quien toma la palabra después de un banquete y no acaba de sentarse nunca, fue enumerando una serie de atributos santificados, todos ellos de lo más anticuado. Pero, por si faltaba poco, Mendoza cometió además la inefable estupidez de ponerse a hacer reproches e incluso provocar a sus adversarios políticos. En tres minutos logró montar un escándalo, y menuda la que armó.

—Podemos preguntarnos —dijo echando un ampuloso vistazo a su alrededor—, podemos preguntarnos dónde se pueden hallar semejantes

virtudes entre los que insensatamente abandonaron la fe de sus antepasados. Por tener ateos en nuestra sociedad, líderes ateos, qué digo, incluso a veces gobernantes ateos, es por lo que nos hallamos con crímenes como éste, fruto de su infame filosofía. Si nos preguntamos quién asesinó a este santo varón, no cabe duda de que nos toparemos con…

El África tropical se asomaba por las pupilas de Alvarez, aquel aventurero híbrido; y a Race le pareció de repente que el hombre era después de todo un bárbaro, y que no sería capaz de contenerse hasta el final; se diría que todo su «iluminado» trascendentalismo tenía un deje de vuduismo. De cualquier modo, Mendoza no pudo continuar, pues Alvarez saltó y se puso a vociferar, acallándole con sus pulmones, infinitamente más potentes que los de su contrincante.

—¿Quién lo asesinó? —rugió Alvarez—. ¡Vuestro Dios lo asesinó! ¡Su propio Dios lo asesinó! Según decís, le quita la vida a todos sus fieles y bobos servidores… como se la quitó a ése —dijo señalando con gesto violento, no el ataúd, sino el crucifijo.

Luego recuperó un poco el dominio sobre su persona y prosiguió con tono todavía irritado, pero más persuasivo:

—Yo no lo creo, pero vosotros sí. Más vale no tener Dios que tener uno que te arrebata las cosas así. En lo que a mí respecta, no tengo miedo de afirmar que Dios no existe. No hay ningún poder en todo este ciego y estúpido universo capaz de escuchar vuestras plegarias y devolveros a vuestro amigo. Aunque le pidáis al cielo que resucite, no resucitará. Aunque yo desafíe al cielo para que resucite, tampoco resucitará. Aquí y ahora lo pongo a prueba, y lanzo un reto a ese Dios que no existe para que despierte al hombre que duerme el sueño eterno.

Se produjo un silencio sobrecogedor, pues el demagogo había causado impacto.

—Teníamos que habernos figurado —graznó Mendoza con estentórea voz —, cuando permitimos que hombres de su ralea…

Esta vez le interrumpió otra voz; una voz aguada y estridente con acento yanqui.

—¡Calle, calle! —gritó Snaith, el periodista—. Ha pasado algo. Les juro que he visto que se movía.

Echó a correr escaleras arriba y se abalanzó sobre el ataúd, mientras la muchedumbre se arremolinaba, presa de indescriptible frenesí. Al cabo de un segundo volvió la cabeza hacia atrás, con gesto de total asombro, e hizo una seña con el dedo al doctor Calderón, que se adelantó rápidamente para

consultarle algo. Cuando ambos hombres se alejaron de nuevo del ataúd, todo el mundo pudo ver que la posición de la cabeza había cambiado. Un rugido de entusiasmo brotó de la multitud y se ahogó de repente, como cortado en el aire, pues el sacerdote que se hallaba en el ataúd emitió un quejido y se incorporó apoyándose en un codo, contemplando a la muchedumbre con mirada confusa y parpadeante.

John Adams Race, que hasta aquel momento sólo había sabido de los milagros de la ciencia, jamás en el futuro fue capaz de explicar la confusión vivida en los días que sucedieron a este acontecimiento. Tenía la impresión de haber rebasado el mundo del tiempo y del espacio y de vivir en el terreno de lo imposible. En media hora, toda la ciudad y el distrito entero se convirtieron en lo nunca visto desde hacía mil años; un pueblo medieval transformado en una multitud de monjes ante un asombroso milagro; una ciudad griega en la que un dios hubiera bajado a vivir entre los hombres. Había miles de personas postradas en la carretera; centenares que tomaron inmediatamente los votos; y ni siquiera los forasteros, como los dos norteamericanos, podían pensar o hablar de otra cosa que no fuera aquel prodigio. En cuanto a Alvarez, como se puede suponer, vivió unos momentos de gran agitación; se quedó sentado, con la cabeza entre las manos.

En medio de todo aquel ciclón de beatitud, se veía a un hombrecillo que pugnaba por hacerse oír. Hablaba muy bajito y había un ruido ensordecedor. Hizo unos cuantos ademanes casi imperceptibles que más parecían de irritación que de otra cosa. Se acercó al parapeto y se asomó por encima del mismo, intentando acallar por señas a la multitud, con movimientos que recordaban el batir de las cortas alas de un pingüino. El ruido se fue convirtiendo en algo así como un fuerte arrullo; y entonces el Padre Brown lanzó por primera vez la más indignada y violenta diatriba contra su rebaño.

—Ay gente *necia* —les dijo con voz aguda y trémula—, ay gente necia, *necia* sin remedio.

De repente, hizo un esfuerzo por dominarse, se dirigió hacia las escaleras con porte completamente normal, y comenzó a descender a toda prisa.

—¿Adónde va usted, Padre? —le preguntó Mendoza con mayor veneración que la habitual.

—A la oficina de telégrafos —le dijo apresuradamente el Padre Brown—. ¿Cómo dice? No, claro que no es un milagro. ¿Por qué habría de serlo? Por los milagros hay que pagar un precio bastante más alto.

Y bajó a toda velocidad las escaleras, mientras la gente se postraba a su paso implorando su bendición.

—Que Dios te bendiga, que Dios te bendiga —decía el Padre Brown a toda prisa—. Que Dios te bendiga y te conceda más sentido común.

Se escabulló con extraordinaria rapidez hacia la oficina de telégrafos, donde puso el siguiente telegrama al secretario de su obispo: «Por aquí corre el bulo de un milagro; espero que su ilustrísima no le dé crédito. No hay tal.»

Tras este esfuerzo, dio media vuelta y echó a andar, tambaleándose ligeramente; John Race lo agarró del brazo, al tiempo que le decía:

—Permítame que le acompañe a casa; se merece usted algo más que lo que esa gente le está dando.

John Race y el sacerdote estaban sentados en el presbiterio; encima de la mesa se veía todavía el montón de papeles que este último había estado tratando de despachar la víspera; la botella de vino y la copa vacía seguían estando donde las había dejado.

—Y ahora —dijo el Padre Brown con tono casi tétrico—, puedo ponerme a pensar.

—Yo que usted no me pondría a pensar muy intensamente todavía —dijo el americano—. Es preferible que descanse. Además, ¿en qué tiene que pensar?

—El caso es que muchas veces he tenido que dedicarme a investigar sobre asesinatos —replicó el Padre Brown—, y ahora tengo que investigar sobre el mío propio.

—Yo en su lugar —dijo Race— me tomaría un poquito de vino antes.

El Padre Brown se puso en pie y se sirvió otra copa, la levantó, se quedó absorto con la mirada perdida en el vacío, y volvió a posarla sobre la mesa. Luego se sentó y dijo:

—¿Sabe usted lo que sentí cuando me morí? No se lo va a creer, pero tuve la sensación de que ocurría algo enormemente sorprendente.

—Bueno —respondió Race—, supongo que le sorprendió que le dieran un golpe en la cabeza.

El Padre Brown se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

—Lo que me sorprendió fue que no me dieron un golpe en la cabeza.

Race se le quedó mirando un momento, como si el golpe en la cabeza hubiera sido excesivamente contundente; pero se limitó a preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que el hombre bajó la cachiporra con todas sus fuerzas, pero se detuvo sobre mi cabeza y ni siquiera me tocó. Y luego el otro hombre fue a clavarme un cuchillo, pero ni siquiera me hizo el menor rasguño. Era

como si estuviéramos en el teatro. En realidad, creo que lo estábamos. Y luego sucedió esa cosa extraordinaria.

Se quedó mirando muy pensativo los papeles que había encima de la mesa, y luego prosiguió:

—Aunque no me tocaron ni con la porra ni con el cuchillo, empecé a notar que se me doblaban las piernas y me faltaba la vida. Me di cuenta de que me derrumbaba, pero no era por el efecto de esas armas. ¿Sabe usted por qué fue?

Y señaló el vino que había sobre la mesa.

Race cogió la copa, la observó y la olió. Luego dijo:

—Creo que tiene usted razón. Mi primera colocación fue en una farmacia, y estudié química. No podría afirmarlo con seguridad sin someterlo a análisis, pero creo que este mejunje tiene algo raro. Hay sustancias que utilizan los asiáticos para producir un sueño temporal parecido a la muerte.

—Eso es —dijo el sacerdote muy tranquilo—. Todo este milagro fue una impostura, por una u otra razón. La escena del funeral fue un montaje, y se presentó en el momento oportuno. Creo que forma parte de esa devastadora locura de la publicidad que tiene dominado a Snaith, sólo por eso. Después de todo, una cosa es escribir una serie de artículos sobre mi persona y sacarme en primera plana como si fuera una especie de Sherlock Holmes de mentirijilla, y otra…

Mientras pronunciaba estas palabras, el rostro del sacerdote se alteró. Sus parpadeantes ojillos se cerraron de golpe y se puso en pie como si se estuviera ahogando. Luego extendió una mano temblorosa, como si quisiera abrirse camino hasta la puerta.

—¿Adónde va usted? —le preguntó el otro algo extrañado.

—Ya que me lo pregunta —dijo el Padre Brown muy pálido—, le diré que iba a rezar. O mejor dicho, a alabar.

—No sé si le entiendo. ¿Qué le sucede?

—Voy a alabar a Dios por haberme salvado de una manera tan extraña e increíble…, salvado por los pelos.

—Por supuesto, no comparto su religión —replicó Race—; pero créame que tengo suficiente base religiosa para comprender lo que acaba de decir. Me imagino que quiere darle gracias a Dios por haberle salvado de la muerte.

—No —dijo el sacerdote—. De la muerte, no. Del oprobio.

El otro se quedó sentado, mirándole con toda atención; y las palabras que pronunció a continuación el sacerdote salieron de su boca como una especie de gemido.

—¡Y si por lo menos fuera sólo el oprobio de mi persona! Pero se desacreditaba todo aquello que yo represento; pretendían cubrir de ignominia a la Fe. ¡Buena se habría armado! El escándalo más tremendo lanzado contra nosotros desde que se ahogó la última mentira en la garganta de Titus Oates[10].

—¿De qué demontres me está hablando usted? —le preguntó su compañero.

—Está bien, más vale que se lo explique de una vez —dijo el sacerdote; luego se sentó y prosiguió en tono más sosegado—. Se me ocurrió de repente cuando le mencioné a Snaith y Sherlock Holmes. Ahora recuerdo lo que le escribí sobre su absurdo proyecto; hice un comentario muy natural, pero creo que se las ingeniaron para que llegara a escribir exactamente aquellas palabras. Algo así como: «Estoy dispuesto a morir y resucitar como Sherlock Holmes, si ésa es la mejor solución.» En cuanto me acordé de esto, me di cuenta de que me habían inducido a escribir un montón de cosas por el estilo, todas con la misma finalidad. Escribí, como si me dirigiera a un cómplice, diciendo que bebería el vino con la pócima a una hora determinada. ¿Lo entiende ahora?

Race se levantó de un salto, mirándole fijamente y dijo:

—Sí, ahora creo que empiezo a comprender.

—*Ellos* habrían explotado el milagro. Y luego *ellos* lo habrían reventado. Y lo que es peor, habrían demostrado que yo formaba parte del complot. Sería *nuestro* milagro falsificado. Ése es el meollo de la cuestión; cuestión que nos ha acercado excesivamente al infierno, que espero que ni usted ni yo tengamos que volver a ver jamás tan de cerca.

Luego dijo, tras una pausa, en tono bastante más tranquilo:

—Con eso sí que me habrían sacado en primerísima plana.

Race clavó la mirada en la mesa y preguntó en tono taciturno:

—¿Cuántos canallas estaban metidos en este asunto?

El Padre Brown meneó la cabeza y respondió:

—Más de los que a mí me gustaría; pero tengo la esperanza de que algunos fueran únicamente instrumentos. Supongo que Alvarez pensará que en la guerra todo está permitido; es un tipo extraño. Pero me temo que Mendoza es un viejo hipócrita; nunca me inspiró confianza y me odiaba por mi intervención en temas industriales. Pero todo ello puede aguardar; de momento, he de dar gracias a Dios por haberme librado del mal. Y sobre todo, por habérseme ocurrido telegrafiar inmediatamente al obispo.

John Race estaba sumiso en profundos pensamientos. Al cabo, le dijo:

—Me ha dicho usted muchas cosas que yo ignoraba, y me siento inclinado a contarle la única que ignora usted. Puedo suponer en qué se basaron estos tipos para tramar lo que hicieron. Pensaron que cualquier persona que se despertara metido en un ataúd a punto de que lo canonizaran como un santo, y convertido en milagro viviente admirado por todo el mundo, se dejaría llevar por sus adoradores y aceptaría la corona de gloria que le llovía del cielo. He de admitir que sus planes se basaban en pura psicología práctica, teniendo en cuenta la naturaleza humana. He visto gente de todo tipo en toda clase de situaciones; pero le aseguro con toda franqueza que no creo que haya un hombre entre mil capaz de despertarse como usted, con pleno dominio de sus facultades; y que mientras aún casi hablaba en sueños, tuviera la sensatez y la sencillez y la humildad de…

A Race le sorprendió enormemente comprobar que se había emocionado y que le temblaba la voz.

El Padre Brown contemplaba abstraído, bizqueando ligeramente, la botella que había encima de la mesa. Luego dijo:

—Oiga, ¿qué le parece si abrimos una botella de vino de verdad?

II

La saeta del cielo

Lo malo es que hay un centenar de relatos policiacos que empiezan con que se descubre el asesinato de un millonario norteamericano, acontecimiento que, por alguna razón desconocida, suele considerarse como una especie de calamidad. He de confesar con cierta satisfacción que este relato comienza con un millonario asesinado; en realidad, y hasta cierto punto, comienza con tres millonarios asesinados, cosa que a algunas personas les parecerá un *embarras de richesse*[11]. Pero fue básicamente esta coincidencia o continuidad de política criminal el motivo de que este asunto saliera del curso normal de los casos criminales y se convirtiera en un problema extraordinario.

Todo el mundo dijo que habían sido víctimas de alguna *vendetta*[12] o maldición relacionada con la posesión de una reliquia de gran valor, desde el punto de vista tanto intrínseco como histórico: una especie de cáliz con incrustaciones de piedras preciosas comúnmente conocido como la Copa Copta. Su origen era oscuro, pero se suponía que servía para uso religioso; y algunas personas atribuían la maldición que pesaba sobre sus dueños al fanatismo de un cristiano oriental horrorizado al ver que el objeto pasaba a manos tan materialistas. Pero el misterioso asesino, fuera o no semejante fanático, era ya un personaje de extravagante y sensacional interés en el mundo del periodismo y la chismorrería. El desconocido personaje fue bautizado con un nombre o, mejor dicho, con un apodo. Pero aquí vamos a ocuparnos solamente de la historia de la tercera víctima, pues fue únicamente en ese caso en el que tuvo ocasión de intervenir un tal Padre Brown, que es el protagonista de todos estos relatos.

Cuando el Padre Brown descendió de un transatlántico y puso por primera vez pie en tierra americana, descubrió, como tantos otros ingleses antes que él, que era una persona mucho más importante de lo que jamás hubiera podido imaginar. Su rechoncha figura, su aspecto vulgar, podían pasar

prácticamente inadvertidos entre la muchedumbre en su patria, a no ser que alguien se fijara en ellos precisamente por su extraordinaria insignificancia. Pero América tiene un don especial para fomentar la fama; y la presencia del Padre Brown en un par de curiosos problemas delictivos, junto con su prolongada asociación con Flambeau, el detective ex delincuente, le habían creado en América una fama a partir de lo que en Inglaterra era poco más que un simple rumor. Su rostro redondo se quedó estupefacto cuando se encontró con que en el muelle le asaltaba un grupo de periodistas, como si fuera una banda de atracadores, y le hacían preguntas sobre todos los temas en los que él pensaba que no tenía ni idea, tales como detalles sobre atuendos femeninos y datos estadísticos referentes a la delincuencia en el país en el que acababa de poner los pies. Fue tal vez el contraste con la negra y belicosa solidaridad de este grupo lo que hizo que se destacara otro personaje que se mantenía a bastante distancia del mismo, figura también negra sobre la ardiente claridad del día en una época del año y en lugar tan luminoso como aquél, pero completamente solitario; era un hombre alto, de rostro amarillento y grandes gafas, que le detuvo con un gesto en cuanto acabaron los periodistas, y que le dijo:

—Usted perdone, me parece que está buscando al capitán Wain.

Tenemos que disculpar al Padre Brown, pues él mismo nos hubiera pedido sinceramente disculpas. Conviene recordar que jamás había estado en América, y sobre todo que jamás había visto unas gafas con montura de carey como aquéllas, porque todavía no se habían puesto de moda en Inglaterra. La primera sensación que tuvo fue que se hallaba ante un monstruo marino con gafas de bucear y algo así como un casco de submarinista. El caso es que el hombre iba exquisitamente ataviado; y al ingenuo de Brown las gafas le parecieron una extraña deformidad en un dandy[13]. Era como si a un dandy se le hubiera ocurrido ponerse una pierna de madera en el afán de hacer un alarde de elegancia.



El comentario le causaba además cierta desazón. Entre la larga lista de personas que esperaba ver durante su estancia en América figuraba un aviador norteamericano apellidado Wain, amigo de unos amigos suyos franceses; pero nunca imaginó que oiría hablar de él tan pronto.

—Discúlpeme usted —le dijo en tono de duda—, ¿es usted el capitán Wain? ¿Acaso…, acaso lo conoce usted?

—Bueno, estoy completamente convencido de que no soy el capitán Wain —dijo el hombre de las gafas, con cara de póker—. No me quedó duda alguna al respecto cuando vi que él le estaba esperando allá fuera, en el coche. Pero la otra pregunta resulta algo más problemática. Supongo que conozco a Wain y a su tío, así como al viejo Merton. Conozco al viejo Merton, pero él no me conoce a mí. Él cree que así es mejor para él, y yo creo que así es mejor para mí. ¿Comprende?

El Padre Brown no comprendía nada. Escrutó con mirada parpadeante el reluciente mar y los pináculos de la ciudad, y luego clavó la vista en el hombre de las gafas. No era sólo la máscara que cubría sus ojos lo que le confería a aquel hombre su aspecto impenetrable. Había en su amarillento rostro cierto aire asiático, incluso chino; y su conversación consistía al parecer en una serie de capas estratificadas de ironía. Era un tipo que se encontraba de cuando en cuando en medio de aquella población cordial y sociable; era el americano inescrutable.

—Me llamo Drage —le dijo—, Norman Drage, y soy ciudadano norteamericano, cosa que lo explica todo. Por lo menos, supongo que a su amigo Wain le gustaría explicarle el resto; de modo que dejaremos lo del Cuatro de Julio[14] para otra ocasión.

El Padre Brown se sintió arrastrado, con una sensación de aturdimiento, hacia un coche que se encontraba algo alejado, desde el que le saludaba un joven con una crespa y descuidada melena amarilla y una expresión taciturna y atormentada que dijo llamarse Peter Wain. Antes de que pudiera decir esta boca es mía, lo metieron en el coche, que atravesó a gran velocidad la ciudad y luego prosiguió camino. No estaba acostumbrado al impetuoso sentido práctico de aquella manera de actuar americana, y se sintió tan estupefacto como si lo llevaran en un carro tirado por dragones a un mundo mágico. Bajo tan desconcertantes condiciones, oyó hablar por primera vez, a través de los largos monólogos de Wain y las breves frases de Drage, de la Copa Copta y de los dos crímenes que ya se relacionaban con ella.

Al parecer, Wain tenía un tío que se apellidaba Crake, el cual tenía un socio que se apellidaba Merton, el cual hacía el número tres de una serie de

ricos empresarios a los que había pertenecido la copa. El primero de los cuales, Titus P. Trant, el Rey del Cobre, había recibido algunas cartas amenazadoras firmadas por alguien que decía llamarse Daniel Doom. Este nombre era probablemente un seudónimo, pero había llegado a simbolizar un personaje muy conocido aunque no muy popular; algo así como la encarnación de Robin Hood y Jack el Destripador, todo en uno[15]. Pues pronto se puso de manifiesto que el autor de las amenazadoras cartas no se limitó a amenazar. En resumen, que el bueno de Trant apareció una mañana con la cabeza dentro del estanque de los nenúfares, y nadie tenía la más mínima pista. Afortunadamente, la copa se encontraba a buen recaudo en el banco; y pasó, con el resto de las propiedades de Trant, a manos de su sobrino, Brian Horder, también un hombre inmensamente rico y que se vio amenazado por el anónimo enemigo. A Brian Horder le encontraron muerto al pie de un acantilado en los alrededores de su mansión en la playa, en la que se cometió un robo, esta vez de grandes dimensiones. Y aunque al parecer se había salvado una vez más la copa, robaron un gran número de bonos y valores que dejaron muy mal parados los asuntos financieros de Horder.

—La viuda de Horder tuvo que vender la mayoría de sus bienes —explicó Wain—, y creo que fue entonces cuando Brander Merton adquirió la copa, pues ya estaba en su poder cuando yo le conocí. Pero ya se habrá dado usted cuenta de que no es un objeto cuya posesión resulte cómoda.

—¿Ha recibido ya el señor Merton alguna carta amenazadora? —preguntó el Padre Brown tras una pausa.

—Supongo que sí —intervino el señor Drage.

Había un tono en su voz que hizo que el sacerdote le mirara con curiosidad, hasta que se dio cuenta de que el hombre de gafas se reía en silencio, de un modo que hizo que el recién llegado se estremeciera.

—Estoy bastante seguro de que sí las ha recibido —dijo Peter Wain con el ceño fruncido—. No he visto las cartas, pues sólo su secretario tiene acceso a su correspondencia, pues es bastante cauto en temas de negocios, como deben serlo los grandes empresarios. Pero le he visto verdaderamente irritado y disgustado con algunas cartas; y otras las rompe incluso antes de que las vea su secretario. El secretario, por su parte, anda algo nervioso, y dice que está convencido de que alguien le va a jugar una mala pasada al viejo; concretando: que le quedaríamos muy agradecidos si pudiera usted echarnos una mano en este asunto. Todo el mundo conoce su gran reputación, Padre Brown, y el secretario me mandó preguntarle si no le importaría acompañarnos inmediatamente a casa del señor Merton.

—Ya veo —replicó el Padre Brown, que por fin comenzaba a vislumbrar el sentido de aquel secuestro—. Pero en realidad, no creo que yo pueda hacer más de lo que pueden hacer ustedes. Ustedes conocen el tema y supongo que tendrán cien veces más datos para llegar a una conclusión científica que un forastero como yo.

—Sí —respondió el señor Drage secamente—; nuestras conclusiones son demasiado científicas para ser ciertas. Supongo que si algo acabó con un hombre como Titus P. Trant, cayó del cielo sin que pueda caber explicación científica alguna. Lo que la gente suele llamar un castigo de Dios.

—¡No querrá usted decir que fue algo sobrenatural! —exclamó Wain.

Pero no era nada fácil saber en ningún momento lo que quería decir el señor Drage; excepto que si decía que alguien era un tipo fenomenal, lo más probable es que quisiera decir que era un imbécil. El señor Drage conservó su inmovilidad oriental hasta que el coche se detuvo al poco rato ante lo que evidentemente era su punto de destino. Se trataba de un lugar bastante singular. Habían recorrido una región de escaso arbolado hasta llegar a una gran llanura, y se encontraban ante un edificio que consistía en una especie de muro o valla muy alta, de forma circular, como un campamento romano, y con todo el aspecto de ser un aeródromo. La tapia no parecía ni de madera ni de piedra, y al mirarla de cerca se veía que era de metal.

Todos se bajaron del coche y se abrió con suma cautela una puertecilla deslizante, que se manipulaba como si se tratase de la apertura de una caja fuerte. Pero con gran sorpresa por parte del Padre Brown, el hombre que se llamaba Norman Drage no se dispuso a entrar, sino que se despidió de los otros dos con siniestro regocijo.

—No entro —les dijo—. Estoy seguro de que el viejo Merton se pondría loco de alegría. Le gusta tanto verme, que se moriría de gusto.

Y se alejó a grandes zancadas, mientras el Padre Brown, cada vez más sorprendido, entraba por la puerta de acero que inmediatamente se cerró tras él con un golpecito metálico. Dentro había un cuidado y amplio jardín de alegres y variados colores, pero en el que no se veía absolutamente ningún árbol, ni matorral, ni flor. En el centro del mismo se erguía una casa hermosa e incluso de notable arquitectura, pero tan alta y estrecha que más bien parecía una torre. Los ardientes rayos del sol se reflejaban en algunos puntos de la cubierta de cristal del edificio, pero al parecer no había ventana alguna en la parte inferior del mismo. Todo relucía con esa limpieza inmaculada que parece consustancial con el aire americano. Cuando llegaron al interior del portal, se encontraron con resplandecientes mármoles y metales y esmaltes de

brillantes colores, pero ni traza de escalera. Sólo el pozo de un ascensor que se elevaba en medio entre sólidas paredes, y cuya entrada estaba custodiada por unos hombres corpulentos y fornidos que parecían policías de paisano.

—Medidas de protección de lo más extremadas, ya lo sé —dijo Wain—. Puede que se le escape una sonrisa, Padre Brown, al ver que Merton tiene que vivir en una fortaleza como ésta en la que no hay un solo árbol en el jardín para evitar que alguien pueda esconderse detrás. Pero no sabe usted a qué clase de problemas tenemos que enfrentarnos en este país. Y puede que tampoco sepa usted lo que significa exactamente el nombre de Brander Merton. Es un hombre de aspecto bastante tranquilo, y pasaría desapercibido en la calle; no es que tenga oportunidad de hacerlo en la actualidad, pues sólo sale en contadas ocasiones y en coche cerrado. Pero si le sucediera algo a Brander Merton, se producirían terremotos desde Alaska hasta las islas de los Caníbales. Supongo que no ha existido nunca rey o emperador que tuviera tanto poder sobre las naciones como él. Después de todo, me imagino que si le pidieran a usted que visitara al zar, o al rey de Inglaterra, sentiría curiosidad por conocerlos. Puede que a usted le dejen indiferente los zares o los millonarios, pero una persona tan poderosa siempre resulta interesante. Y espero que la visita a una especie de emperador de los tiempos modernos como es Merton no vaya contra sus principios.

—Claro que no —dijo el Padre Brown tan tranquilo—. Es mi obligación visitar a los prisioneros y a los que sufren en cautividad.

Se produjo un silencio, y el joven frunció el ceño con expresión extraña y casi furtiva en su enjuto rostro. Luego dijo bruscamente:

—Bueno, ha de tener usted en cuenta que no son sólo los ladrones vulgares y la Mano Negra[16] los que se enfrentan a él. El tal Daniel Doom tiene mucho de diablo. Recuerde que acabó con Trant en su propio jardín y con Horder en los alrededores de su casa, y no ha habido quien le echara el guante.

La planta superior de la mansión, rodeada de muros de enorme grosor, consistía en dos salas; una exterior, a la que accedieron, y otra interior, que era el *sancta sanctorum* del famoso millonario. Cuando entraron en la sala exterior, salían unas visitas de la sala interior. Peter Wain saludó a uno de ellos, al que llamó tío; era un hombre de reducida estatura, pero de aspecto resuelto y activo, con la cabeza completamente afeitada y un rostro moreno, casi demasiado moreno como para haber sido blanco en algún momento. Era el viejo Crake, vulgarmente conocido como Hickory Crake en recuerdo del famosísimo Old Hickory[17], por la fama que alcanzó en las últimas guerras

contra los pieles rojas. Su compañero formaba singular contraste con él; se trataba de un caballero muy apuesto, con pelo oscuro como barniz negro y monóculo sujeto por una cinta negra: era Barnard Blake, el abogado del viejo Merton y había estado discutiendo con los socios temas de negocios de la empresa. Los cuatro hombres se encontraban en medio de la sala exterior y se detuvieron un momento para intercambiar unas palabras de cortesía, mientras unos entraba y otros salían. Y durante todas estas idas y venidas, otro personaje permanecía sentado al fondo de la sala, junto a la puerta que conducía a la sala interior, macizo e inmóvil en la penumbra de la ventana interior; un hombre de negro rostro y enormes hombros. Era lo que en América, con su peculiar sentido del humor y de la autocrítica, se denomina en plan de broma el *Hombre del Saco*; para sus amigos, un guardaespaldas; para sus enemigos, un matón.

El hombre jamás se movía ni hacía el menor gesto para saludar a nadie; pero su presencia en la sala exterior provocó en Peter Wain su primera pregunta nerviosa.

—¿Hay alguien con el jefe?

—No te alarmes, Peter —le contestó su tío riéndose entre dientes—. Su secretario, Wilton, está con él, así que no hay cuidado. Estoy convencido de que Wilton no pega jamás el ojo, con tal de no perder de vista a Merton. Vale más que veinte guardaespaldas. Y es ágil y silencioso como un indio.

—Supongo que lo dirás con conocimiento de causa —replicó su sobrino echándose a reír—. Recuerdo las cosas de los indios que me enseñabas de niño, cuando tanto me gustaba leer cuentos de pieles rojas. Pero en aquellos cuentos los indios siempre salían perdiendo.

—En la vida real, no —dijo el viejo colonizador del Oeste con gesto torvo.

—¿Ah, no? —intervino el insulso señor Blake—. Hubiera pensado que prácticamente no tenían nada que hacer frente a nuestras armas de fuego.

—Vi a un indio acosado por cien rifles, sin más arma que una navaja de cortar cabelleras, matar a un blanco que estaba de pie en lo alto de un fortín —dijo Crake.

—¡No me diga! ¿Cómo lo hizo? —preguntó el otro.

—Lanzándole la navaja —replicó Crake—; se la tiró de golpe antes de que hicieran fuego. No sé dónde había aprendido a hacerlo.

—Bueno, y yo espero que tú no lo hayas aprendido —dijo su sobrino echándose a reír.

—A mí me parece —intervino el Padre Brown en tono pensativo— que esa historia podría tener una moraleja.

Mientras así conversaban, el señor Wilton, el secretario, salió de la sala interior y se quedó aguardando; era un hombre pálido y rubio, de barbilla cuadrada y mirada serena, como la de un perro; no costaba trabajo creer que tenía el ojo alerta de un perro guardián. Dijo escuetamente:

—El señor Merton los recibirá dentro de unos diez minutos.

Pero sus palabras bastaron para que el grupo se disolviera. El viejo Crake dijo que se tenía que marchar, y su sobrino salió con él y su compañero el letrado, dejando al Padre Brown un momento a solas con el secretario; pues apenas se podía considerar al gigante negro del otro extremo de la sala como un ser humano o vivo, pues estaba sentado absolutamente inmóvil, de espaldas a ellos y con la mirada clavada en la sala interior.

—Ya ve que tenemos medidas muy complicadas aquí —dijo el secretario —. Seguramente ya le habrán contado a usted lo del tal Daniel Doom, y el motivo por el que no se puede dejar al jefe solo por mucho tiempo.

—Pero ahora lo está, ¿no? —preguntó el Padre Brown.

El secretario lo miró con sus ojos grises, de grave mirada, y dijo:

—Durante quince minutos. Sólo durante quince minutos en las veinticuatro horas del día. Es el único momento de auténtica soledad que tiene; e insiste en tenerlo por un motivo muy peculiar.

—¿Cuál es ese motivo? —preguntó el visitante.

Wilton, el secretario, mantuvo la serenidad de su mirada, pero su boca, que antes tenía un gesto grave, se crispó con tétrica expresión. Luego dijo:

—La Copa Copta. Puede que a usted se le haya olvidado la Copa Copta, pero a él no se le ha olvidado ni eso ni nada. No confía en ninguno de nosotros en lo que respecta a la Copa Copta. La tiene guardada bajo llave en algún lugar de esa sala y sólo él tiene acceso a ella. De modo que tenemos que correr el riesgo de ese cuarto de hora que se pasa sentado y adorándola; he de admitir que es el único culto que practica. En realidad, no corre peligro alguno, pues he convertido este lugar en una auténtica trampa y creo que ni el mismísimo demonio podría entrar en él… o, mejor dicho, salir de él. Si al endiablado Daniel Doom se le ocurriera hacernos una visita, le juro que tendría que quedarse a cenar y un poco más. Yo estoy aquí sobre ascuas durante un cuarto de hora, pero si oigo un disparo o ruido de pelea, aprieto el botón y se produce una corriente eléctrica todo alrededor de la tapia del jardín que electrocutaría a cualquiera que pretendiera cruzarla o saltarla. Naturalmente, no lo pueden matar de un tiro, pues ésta es la única puerta de

entrada; y se sienta junto a la única ventana que hay, en lo alto de una torre tan lisa como el palo de una cucaña. De todas maneras, todos llevamos armas; y si Doom entrara en esa sala, sería hombre muerto antes de que pretendiera salir de ella.

El Padre Brown contemplaba la alfombra con parpadeantes ojos y absoluta concentración. De repente dijo, algo sobresaltado:

—Espero que me disculpe, pero se me acaba de pasar una idea por la cabeza y he de mencionársela. Se refiere a usted.

—¿Ah, sí? —replicó Wilton—. ¿De qué se trata?

—Creo que es usted un hombre de ideas fijas —prosiguió el Padre Brown —, y me perdonará que le diga que da la impresión de que tiene usted mayor empeño en atrapar a Daniel Doom que en defender a Brander Merton.

Wilton hizo un gesto de sorpresa y siguió mirando fijamente a su interlocutor; luego la mueca de su boca fue transformándose en una curiosa sonrisa. Al cabo dijo:

—¿Cómo ha llegado usted a…? ¿Qué le indujo a pensar eso?

—Dijo usted que si oía un disparo, podía electrocutar inmediatamente al enemigo que pretendiera escapar —observó el sacerdote—. Supongo que se le habrá ocurrido pensar que el disparo podría suponer la muerte de su jefe antes de que la descarga acabara con la vida de su adversario. Ya sé que, llegado el caso, usted defendería al señor Merton, pero me da la impresión de que esto ocupa un lugar muy secundario en su mente. Como bien dice usted, se han tomado medidas muy complicadas, y al parecer las ha tomado usted. Pero están pensadas para atrapar al asesino más que para evitar la muerte de ese hombre.

—Padre Brown —dijo el secretario, que había recuperado su tono sosegado—, es usted una persona inteligente, pero tiene otra cualidad además de la inteligencia. Es usted un tipo de hombre ante el que uno se siente obligado a sincerarse; y además, tarde o temprano se enteraría usted, pues todo el mundo me toma el pelo por ello. Dicen que tengo la monomanía de atrapar a ese bandido, y puede que no les falte razón. Pero le voy a contar algo que no sabe ninguno de ellos. Mi nombre completo es John Wilton Horder.

El Padre Brown asintió con la cabeza, como si ya lo comprendiera todo, pero el otro prosiguió:

—Ese tipo que dice llamarse Doom asesinó a mi padre y a mi tío y dejó a mi madre en la ruina. Cuando Merton necesitó un secretario, acepté el empleo, suponiendo que allí donde se encontrara la copa, tarde o temprano se

encontraría el asesino. Pero no sabía quién era el asesino, y lo único que podía hacer era aguardarle; y tenía el propósito de servir a Merton con toda lealtad.

—Ya comprendo —dijo el Padre Brown en tono afable—; a propósito, ¿no le parece que ya es hora de que nos ocupemos de él?

—Sí, claro —respondió Wilton, saliendo con un ligero sobresalto de su ensimismamiento, lo que indujo al Padre Brown a suponer que se hallaba de nuevo absorto en su manía de venganza—. Pase usted a verle.

El Padre Brown se dirigió sin titubear a la sala interior. No se oyó ningún saludo, sino un silencio mortal; un segundo después el sacerdote volvió a aparecer en el umbral de la puerta.

Inmediatamente el silencioso guardaespaldas que estaba sentado junto a la puerta se movió bruscamente; era como si un mueble inmenso hubiera cobrado vida. Parecía como si la simple actitud del sacerdote hubiera servido de señal, ya que su cabeza se recortaba a contraluz sobre la ventana interior y su rostro quedaba en penumbra.

—Supongo que va usted a pulsar el timbre —dijo el sacerdote con una especie de suspiro.

Wilton salió de golpe de su brutal ensimismamiento y se puso en pie de un salto al tiempo que gritaba trabándosele las palabras:

—No ha habido ningún disparo.

—Bueno, depende de lo que usted entienda por disparo.

Wilton se abalanzó hacia la puerta y entró con el sacerdote en la sala interior. Era una habitación relativamente pequeña, y amueblada con sencillez, aunque con elegancia. Frente a ellos se veía una ventana, abierta de par en par, que daba al jardín y a la llanura boscosa. Junto a la ventana había una butaca y una mesita, como si el prisionero deseara disfrutar de todo el aire y la luz que le estaba permitido durante su breve lujo de soledad.

Sobre la mesita bajo la ventana se encontraba la Copa Copta; no cabía duda de que su propietario la había estado contemplando en las mejores condiciones de luz. Y valía la pena contemplarla así, pues la resplandeciente claridad del día convertía sus valiosas gemas en llamaradas multicolores que la hubieran hecho digno modelo del Santo Grial. Valía la pena contemplarla; pero Brander Merton no la contemplaba. Tenía la cabeza caída hacia atrás, sobre el respaldo de la butaca, su mata de pelo blanco echada hacia el suelo y su puntiaguda barba gris apuntando hacia el techo; en el cuello, clavada, una larga flecha, pintada de marrón y rematada por plumas rojas.

—Un disparo silencioso —dijo el Padre Brown en voz baja—. Pensé en esos nuevos inventos para silenciar las armas de fuego, pero éste es un

invento muy antiguo, e igualmente silencioso.

Calló un momento y luego añadió:

—Creo que está muerto. ¿Qué va a hacer usted?

El pálido secretario hizo acopio de fuerzas y dijo:

—Claro que voy a pulsar ese botón; y si eso no acaba con Daniel Doom, le perseguiré hasta el fin del mundo con tal de dar con él.

—Tenga cuidado no vaya a acabar con alguno de nuestros amigos —observó el Padre Brown—; no pueden estar muy lejos; más vale que los mandemos llamar.

—Todos ellos conocen sobradamente la tapia —respondió Wilton—. Ninguno va a intentar saltarla, a menos que…, a menos que tenga mucha prisa.

El Padre Brown se acercó a la ventana por la que indudablemente había entrado la flecha y echó un vistazo al exterior. El jardín, con sus lisos lechos de flores, se extendía allá abajo como si fuera un mapamundi de delicados colores. El paisaje que se divisaba resultaba tan yermo y extenso, la torre se elevaba con una altura tan considerable, que recordó una extraña frase que brotó de sus labios:

—Castigo de Dios. Alguien dijo algo sobre un castigo de Dios que la muerte había caído del cielo. Está todo tan lejos que parece imposible que pudieran disparar una flecha desde semejante distancia, a menos que fuera una saeta del cielo.

Wilton se encontraba de nuevo junto al sacerdote, pero no dijo nada, y el Padre Brown continuó como en un soliloquio:

—¿Y si fuera cosa de aviones? Hay que preguntarle al joven Wain… que nos hable de aviones.

—Pasan muchos por aquí —dijo el secretario.

—También puede ser cosa de armas muy antiguas o muy modernas —observó el Padre Brown—. Su anciano tío conocerá algunas, creo yo; hay que preguntarle sobre flechas. Me parece que ésta es una flecha india. No sé desde dónde disparaba aquel piel roja; me refiero a la anécdota que contó ese señor. Yo dije que tenía moraleja.

—La única moraleja que se me ocurre —replicó Wilton muy acalorado— es que un piel roja puede disparar a mayor distancia de lo que se puede figurar. Es una tontería que usted crea que existe paralelismo alguno.

—Me parece que no ha dado usted con la moraleja —comentó el Padre Brown.

Aunque al día siguiente, al parecer, el curita se desvaneció entre los millones de habitantes de Nueva York, sin otra pretensión que la de ser un número más en una calle numerada, lo cierto es que se dedicó durante un par de semanas, con mucha intensidad aunque con mucha discreción, a investigar sobre el tema que le había sido encomendado, pues le preocupaba enormemente que se pudiera producir un error judicial. Sin que diera la impresión de que los elegía especialmente entre la gente que acababa de conocer, tuvo ocasión de conversar con dos o tres personas recientemente relacionadas con aquel enigma; con el anciano Hickory Crake sostuvo una conversación sumamente curiosa e interesante, que se celebró en un banco de Central Park**[18]**. El veterano estaba sentado con sus huesudas manos y su enjuto rostro apoyados en la empuñadura de un bastón, de madera color rojo oscuro, cuya forma parecía inspirarse en la de un *tomahawk***[19]**.

—Sí, claro, se puede disparar desde muy lejos —dijo meneando la cabeza —, pero yo le recomendaría que no se basara excesivamente en esta posibilidad. He conocido personas que, disparando con un arco, alcanzaban su objetivo con mayor exactitud que una bala; algo increíble, oiga, teniendo en cuenta la distancia desde la que apuntaban. Lo que pasa es que en la actualidad ya casi no se ve a un piel roja con arco y flechas, y menos aún por estos parajes. Pero en caso de que por casualidad pudiera encontrarse alguno de aquellos indios de la frontera, con un arco de los de aquellos tiempos, oculto tras algún árbol, a cientos de metros de la tapia de Merton…, en ese caso, no le digo que el noble salvaje no fuera capaz de disparar una flecha por encima de la tapia y colarla por la ventana de Merton; qué digo, e incluso acertarle a Merton. En aquellos tiempos, fui yo testigo de cosas tan excepcionales como ésa y más.

—No lo dudo —dijo el sacerdote—, ha hecho usted cosas tan excepcionales como ésa, además de presenciar otras.

El bueno de Crake se rió entre dientes y luego dijo con aspereza:

—Bah, todo eso son historias muy antiguas.

—Hay gente muy aficionada a la historia antigua —replicó el sacerdote —. Supongo que no existe nada en su pasado que dé pábulo a que se hagan comentarios desagradables sobre su persona en lo que se refiere a este tema.

—¿Qué está usted insinuando? —preguntó Crake, con gran viveza en la mirada, que iluminó por primera vez aquel rojo e impasible rostro suyo, que tanto recordaba la cabeza de un *tomahawk*.

—Hombre, que como conoce usted perfectamente las costumbres de los pieles rojas… —comenzó a decir el Padre Brown pausadamente.

Sentado en el banco, con la barbilla apoyada en aquel bastón suyo de tan extraña forma, Crake parecía un hombre encorvado y encogido. Pero inmediatamente se levantó, quedándose en pie en el sendero del parque como un matón dispuesto a pelear, empuñando el bastón como si fuera una cachiporra.

—¿Cómo dice? —gritó con voz ronca—. ¿Qué diablos está insinuando? ¡No se atreverá a decirme a la cara que yo he sido capaz de asesinar a mi propio cuñado!

La gente que estaba sentada en una docena de bancos que había por allí cerca se quedaron mirando a los dos hombres, de pie y uno frente a otro en medio del sendero; el hombrecillo calvo y enérgico blandía su exótico bastón como una maza; el personaje rechoncho y vestido con ropa talar negra lo contemplaba impasible, sin mover ni un solo músculo, excepto los de los párpados de sus ojos. Por un momento dio la impresión de que al personaje negro y rechoncho le iban a asestar un golpe en la cabeza, y liquidarlo con la proverbial celeridad y eficacia de los auténticos pieles rojas; en la distancia se avistaba la corpulenta silueta de un policía irlandés, que se dirigía a toda velocidad hacia el grupo. Pero el sacerdote se limitó a decir, sin alterarse lo más mínimo y como quien responde a una pregunta de lo más corriente:

—He sacado algunas conclusiones al respecto, pero creo que me las guardaré para mi coleto hasta que presente el informe.

Bien fuera por los pasos del policía que se acercaba a ellos, o por la mirada del sacerdote, el caso es que el bueno de Hickory se metió el bastón bajo el brazo y se caló el sombrero, gruñendo algo entre dientes. El sacerdote le deseó muy buenos días, y salió del parque a paso mesurado, encaminándose hacia el *hall* del hotel donde sabía que le aguardaba Wain. Nada más verlo, el joven se levantó y salió a su encuentro para saludarle; tenía un aspecto todavía más taciturno y atormentado que en la ocasión anterior, como si le royera alguna preocupación; el sacerdote supuso que su joven amigo había estado recientemente empeñado, con un éxito excesivamente manifiesto, en evadir la última enmienda de la Constitución norteamericana[20]. Pero en cuanto se mencionó su gran afición o conocimiento favorito, se mostró suficientemente atento y concentrado. El Padre Brown le preguntó, como sin darle importancia y a título de entablar conversación, si se realizaban muchos vuelos por aquella zona, y le contó que en un principio creyó que la tapia de la casa del señor Merton era un aeródromo.

—Fue una casualidad que no viera ninguno mientras estuvo usted allí —le respondió el capitán Wain—. A veces pasan como moscas; aquella gran llanura es un sitio ideal para volar y no me extrañaría que, con el tiempo, se convirtiera en el principal criadero, por decirlo de algún modo, de los pájaros que a mí me gustan. Naturalmente, yo también he volado mucho por esa zona, y conozco a casi todos los compañeros de por allí que volaron en guerra; pero hay también mucha gente nueva de la que no tengo ni idea. Me imagino que pronto será como conducir un automóvil, y que todos los norteamericanos tendrán su propio avión.

—Puesto que su Creador les concedió —dijo el Padre Brown con una sonrisa— el derecho a la vida, a la libertad y conducir un automóvil, además de pilotar un avión. Supongo que se puede dar por hecho que si un avión desconocido sobrevolara la casa de cuando en cuando, a nadie le llamaría la atención.

—No, supongo que no —replicó el joven.

—Y aunque el piloto fuera conocido —prosiguió su interlocutor—, supongo que podría hacerse con un aparato que nadie reconociera. Por ejemplo, si usted volase como de costumbre, es posible que el señor Merton y sus amigos le reconocieran inmediatamente; pero podría pasar bastante cerca de la ventana en otro modelo de avión, o como quiera que lo llame; quiero decir, bastante cerca para lograr alguna finalidad práctica.

—Supongo que sí —contestó el joven, casi de manera automática.

Luego enmudeció y se quedó mirando al sacerdote con la boca abierta y los ojos como platos, hasta que al fin dijo en voz baja:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Luego se levantó del sofá en el que estaba sentado, pálido, temblando de pies a cabeza y sin dejar de mirar al sacerdote.

—¿Está usted loco, o qué? —le dijo—. ¡Loco de remate!

Hubo un silencio y luego volvió a decir en tono vivo y sibilante:

—Ha venido aquí ex profeso a sugerirme…

—No, sólo a recopilar algunas sugerencias —le interrumpió el Padre Brown poniéndose en pie—. Es posible que tenga ya algunas conclusiones provisionales, pero de momento es preferible que me las reserve.

Luego saludó a su interlocutor con la misma corrección ceremoniosa y salió del hotel, prosiguiendo sus curiosas peregrinaciones.

Éstas le llevaron, al anochecer de aquel mismo día, hasta unas oscuras callejuelas y escalinatas que descendían de manera irregular hacia el río, en la parte más antigua y peor trazada de la ciudad. Justo debajo del farolillo de

color que alumbraba la entrada de un modestísimo restaurante chino encontró a un personaje que ya había visto anteriormente, aunque desde luego tenía un aspecto muy diferente de cuando lo conoció.

El señor Norman Drage seguía contemplando el mundo a través de sus grandes gafas, que en cierto modo cubrían su rostro como si fueran una máscara de vidrio. Pero aparte de las gafas, su aspecto había sufrido una profunda transformación durante el mes transcurrido desde el asesinato. En la primera ocasión, como pudo observar el Padre Brown, iba vestido de punta en blanco; en realidad, hasta ese punto crítico en el que uno puede pasar de la elegancia del dandy a la cursilería del maniquí a la puerta de una sastrería. Pero ahora su apariencia se había modificado misteriosamente y resultaba muchísimo peor; algo así como si el maniquí de la sastrería se hubiera convertido en un espantapájaros. Seguía llevando sombrero de copa, pero se le veía muy ajado y deslucido; el traje estaba hecho unos zorros y la cadena del reloj y otros adornos habían desaparecido. Sin embargo, el Padre Brown le saludó como si se hubieran visto la víspera, y no puso reparos a sentarse con él en un banco de aquel humilde restaurante con el que estaba relacionado. No fue él, sin embargo, quien inició la conversación.

—¿Qué? —rezongó Drage—. ¿Ha conseguido usted vengar a su venerado y excelso millonario? Ya se sabe que todos los millonarios son venerados y excelsos; al día siguiente puede uno leerlo todo en el periódico, y todos vivían según las enseñanzas de la Biblia familiar, que habían leído en el regazo de su madre. ¡Pardiez! Si leyeran algunas de las cosas que están escritas en la Biblia familiar, la madre se habría llevado un buen susto. Y seguro que el millonario también. El susodicho Libro está lleno de creencias grandilocuentes y salvajes que hoy ya no se estilan; una especie de sabiduría de la Edad de Piedra y enterrada bajo las pirámides. Es como si hoy día alguien tira al viejo Merton de lo alto de la torre ésa y lo deja en el suelo para que se lo coman los perros; pues mismamente lo que le pasó a Jezabel. Y en cuanto a Agag, ¿acaso no lo cortaron en trocitos, y todo porque andaba con delicadeza?**[21]** Pues Merton siempre anduvo con delicadeza, maldito sea, hasta que se puso tan delicado que ya no podía dar un paso. Pero la saeta del Señor lo encontró, como hubiera ocurrido en el viejo Libro, y acabó con su vida en lo alto de la torre, para que sirviera de escarmiento a su pueblo.

—La saeta al menos era de lo más material —comentó su interlocutor.

—También son muy materiales las pirámides, y bien que guardan a los faraones muertos —replicó el de las gafas con sonrisa irónica—. Creo que todas esas religiones materiales de tiempos remotos tienen cosas muy válidas.

Hay relieves de hace miles de años en los que aparecen dioses y emperadores pulsando un arco; y da la impresión de que sus manos son realmente capaces de pulsar esos arcos de piedra. Puede que sean materiales, pero ¡qué materiales! ¿No le sucede a usted que a veces se queda contemplando esas decoraciones y objetos orientales de otras épocas y acaba con la sensación de que el bueno de Dios sigue montado en un carro como si fuera un Apolo moreno, lanzando negros rayos de muerte?

—En ese caso —replicó el Padre Brown—, yo le llamaría de otro modo. Pero dudo mucho que Merton muriera ni por un rayo negro, ni por una flecha de piedra.

—Supongo que está usted pensando que es un san Sebastián[22] —refunfuñó Drage—, que murió asaetado. Como es millonario, ha de ser mártir. ¿Pero sabe usted acaso si no se lo merecía? Me parece que no tiene usted ni idea de quién era el tal millonario. Pues mire usted: se merecía lo que le pasó, y cien veces más.

—En ese caso —preguntó el Padre Brown con toda la calma—, ¿por qué no lo mató usted mismo?

—¿Quiere que le diga por qué no lo maté? —replicó el otro mirando fijamente a su interlocutor—. Pues sí que es usted un sacerdote bien gracioso.

—Nada de eso —replicó el Padre Brown, con el tono de quien rechaza un cumplido.

—Supongo que es una manera de decirme que lo hice —rezongó Drage —. Pues muy bien, demuéstremelo si puede. Y en cuanto a él, no ha sido ninguna pérdida para nadie.

—No es verdad —le interrumpió el Padre Brown—. Al menos para usted sí que ha sido una pérdida. Por eso no lo mató.

Y salió de la habitación, dejando al hombre de las gafas con la boca abierta.

Sería cosa de un mes más tarde cuando el Padre Brown volvió a la casa en la que el tercer millonario había sufrido la venganza de Daniel Doom. Se celebraba una especie de consejo, en el que intervenían las personas más estrechamente relacionadas con el caso. El viejo Crake presidía la mesa, su sobrino estaba sentado a su derecha, y el abogado a su izquierda; el hombre corpulento, de rasgos africanos, que resultó llamarse Harris, también se encontraba presente, aunque sólo como testigo material; un individuo pelirrojo, de afilada nariz, al que los demás llamaban Dixon, parecía el representante de Pinkerton[23], o de alguna agencia privada por el estilo; y el

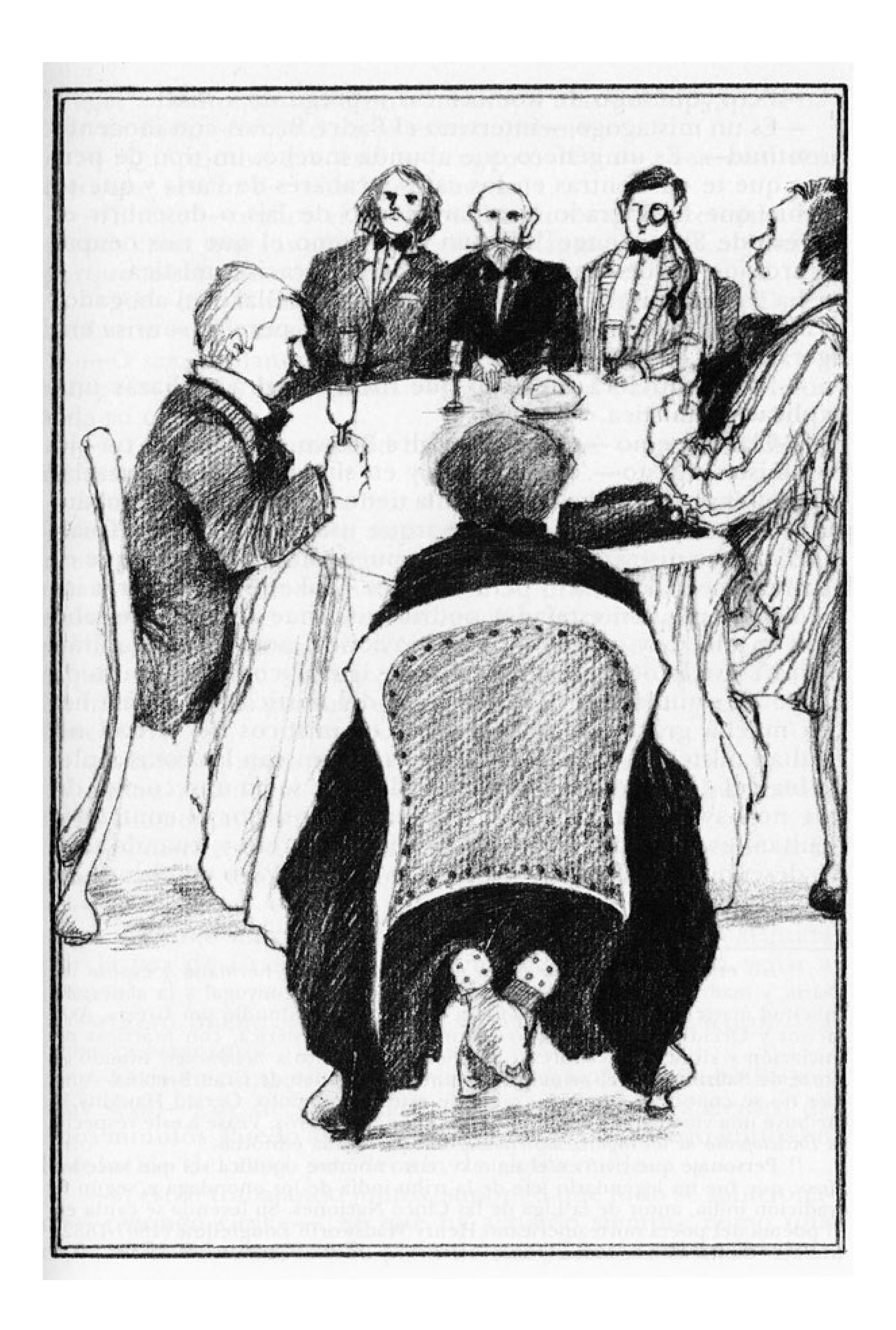
Padre Brown se acomodó discretamente en una silla vacía que había a su lado.

Todos los periódicos del mundo dedicaban páginas y más páginas a la catástrofe acaecida al coloso de las finanzas, al organizador supremo de los grandes negocios que rigen el mundo moderno; pero pocos detalles podían obtenerse del reducido número de personas que habían estado junto a él en el mismísimo momento de su muerte. El tío, el sobrino y el abogado que los acompañaba declararon que ya se encontraban fuera de la tapia cuando sonó la alarma; y las preguntas formuladas a los guardas que controlaban la barrera de entrada, dentro y fuera de la finca, dieron como resultado unas respuestas bastantes confusas, pero que en conjunto confirmaban aquellas declaraciones. Al parecer, sólo una complicación merecía tenerse en cuenta. Y es que aproximadamente a la hora que se produjo la muerte, un poco antes, se había visto a un forastero que merodeaba misteriosamente por los alrededores de la entrada y que dijo que quería ver al señor Merton. Los criados tuvieron alguna dificultad para comprenderle, pues se expresaba en un lenguaje muy extraño; pero *a posteriori* se pensó que esto también era de lo más sospechoso, ya que dijo algo así como que un hombre perverso perecería a causa de una palabra del cielo.

Peter Wain se inclinó hacia adelante, y sus ojos destelleaban en su macilento rostro.

—Me apuesto cualquier cosa a que era Norman Drage —exclamó.

—¿Y quién diablos es Norman Drage? —replicó el joven—. Se lo pregunté sin rodeos, pero no sé cómo se las arregla para darle la vuelta del revés a cualquier pregunta directa; hay que ver cómo para todas las estocadas. Anduvo dándome la lata con insinuaciones sobre la aeronave del futuro; pero nunca me inspiró mucha confianza.



—Pero ¿qué tipo de hombre es? —preguntó Crake.

—Es un mistagogo —intervino el Padre Brown con inocente prontitud—. Es un género que abunda mucho; un tipo de persona que te encuentras en los cafés y cabarés de París y que te cuenta que ha logrado levantar el velo de Isis o descubrir el secreto de Stonehenge[24]. En un caso como el que nos ocupa, seguro que encuentran algún tipo de explicación mística.

La oscura y lisa cabeza del señor Barnard Blake, el abogado, se inclinaba cortésmente hacia el sacerdote, pero su sonrisa era ligeramente hostil cuando le dijo:

—Nunca hubiera supuesto que fuera usted a rechazar una explicación mística.

—Claro que no —replicó el Padre Brown, guiñándole un ojo en amistoso gesto—. Por eso estoy en situación de rechazarla. Cualquier abogaducho de pacotilla tiene capacidad para embaucarme a mí, pero no a usted, porque usted es abogado. Cualquier payaso disfrazado de piel roja puede hacerme creer que es el auténtico Hiawatha[25]; pero el señor Crake lo descubriría inmediatamente. Un estafador podría contarme a mí que se sabe todo lo que hay que saber sobre aviones, pero no al capitán Wain. Y con lo otro pasa exactamente igual, ¿comprende usted? Como he estudiado un poco el tema del misticismo, no me hacen mucha gracia los mistagogos. Los místicos de verdad no ocultan misterios, sino que los revelan. Plantean las cosas a plena luz del día, y cuando se contemplan así, se da uno cuenta de que no hay misterio alguno. Los mistagogos, por el contrario, ocultan las cosas con mucha oscuridad y secreto y, cuando uno las descubre, resulta que son una trivialidad. Pero en el caso de Drage, admito que tenía otro motivo, y más práctico, para hablar de fuego divino o rayos exterminadores.

—¿Qué motivo era ése? —preguntó Wain—. Sea cual sea, creo que hemos de tenerlo en cuenta.

—Bueno —replicó el sacerdote lentamente—, pretendía hacernos creer que los asesinatos eran milagros porque…, bueno, porque sabía que no lo eran.

—Ya —dijo Wain silabeando—, ya me lo figuraba yo. O sea, hablando en plata, que él es el autor del crimen.

—O sea, hablando en plata, que él es el autor de otra fechoría, pero no de este crimen —respondió el Padre Brown con toda su calma.

—¿Y a eso lo llama usted hablar en plata? —preguntó Blake en tono cortés.

—Dirán ustedes que yo sí que soy un mistagogo ahora —replicó el Padre Brown algo azorado, pero con una gran sonrisa—, pero les aseguro que no suelo serlo. Drage no cometió el crimen…, quiero decir este crimen. Su único crimen fue el de ejercer el chantaje, y por eso se le solía ver por aquí; pero no es probable que deseara que se divulgara el secreto o que la muerte pusiera fin a su negocio. Ya hablaremos de él más adelante. De momento, me gustaría que lo descartáramos y dejáramos vía libre.

—Vía libre, ¿para qué? —preguntó su interlocutor.

—Para acceder a la verdad —dijo el sacerdote mirándole tranquilamente, sin pestañear.

—¿Quiere usted decir —replicó el otro con un temblor en la voz—, quiere usted decir que conoce la verdad?

—Creo que sí —dijo el Padre Brown con humildad.

Se produjo un repentino silencio, interrumpido en seguida por la voz de Crake, que gritó en tono áspero y sin venir a cuento:

—¡Pero bueno! ¿Dónde está el secretario ése? ¡Wilton! Ya debería estar aquí.

—Estoy en contacto con el señor Wilton —dijo el Padre Brown muy serio—; de hecho le pedí que me telefoneara dentro de unos minutos. Puedo asegurarles que hemos trabajado juntos en la solución del caso, por decirlo de algún modo.

—Si están trabajando juntos, supongo que todo se solucionará —rezongó Crake—. Sé que ha actuado siempre como una especie de sabueso, tras la pista de ese misterioso bandido, de modo que no es ninguna tontería emparejarse con él para salir de caza. Pero si ha descubierto la solución de este enigma, ¿cómo demonios dio con ella?

—Usted me la facilitó —respondió el sacerdote imperturbable, sin dejar de mirar afablemente al iracundo ex combatiente—. Quiero decir que la primera pista me la dio una historia que contó usted sobre un indio que lanzó un cuchillo y alcanzó a un hombre que se encontraba en lo alto de un fortín.

—Ya ha mencionado usted eso en varias ocasiones —intervino Wain con gesto desconcertado—; pero no le veo ninguna relación, a menos que el asesino lanzara una flecha y le diera a un hombre que se encontraba en el último piso de una casa que parece un fortín. Con la diferencia de que no lanzaron, sino que dispararon la flecha, y que la distancia que tendría que recorrer sería mucho mayor. Desde luego, la distancia sería enormemente grande; pero no veo que con ello hayamos adelantado nada.

—Me parece que no comprendió usted el sentido del cuento —dijo el Padre Brown—. No se trata de que un objeto pueda recorrer una distancia mayor que otro, sino de que el utilizar un objeto para un fin para el que no ha sido diseñado puede convertirlo en un arma de dos filos. Los defensores del fortín del cuento de Crake pensaron que un cuchillo es un arma para luchar cuerpo a cuerpo, sin darse cuenta de que se puede lanzar como una jabalina. Conozco a gente que lanzarían una jabalina sin ocurrírseles utilizarla para la lucha cuerpo a cuerpo, como si fuera una espada. En resumen, que la moraleja del cuento es que, si se puede convertir un cuchillo en flecha, también se puede convertir una flecha en cuchillo.

Todos los ojos estaban clavados en su persona, pero él prosiguió en el mismo tono sencillo, como sin darse importancia:

—Naturalmente, estuvimos mucho tiempo cavilando sobre quién pudo haber disparado aquella saeta que entró por la ventana y si lo hizo desde muy lejos, y cosas por el estilo. Pero lo cierto es que nadie disparó la saeta y que ésta, desde luego, no entró por la ventana.

—Entonces, ¿cómo llegó a la habitación? —preguntó el abogado de piel aceitunada con gesto ceñudo.

—Supongo que alguien la llevó allí —dijo el Padre Brown—; no habrá sido muy difícil ni llevarla ni ocultarla. Alguien la tenía en la mano mientras estaba con Merton en la salita de éste. Alguien se la clavó en el cuello como si fuera un puñal, y luego tuvo la inteligentísima idea de colocarlo todo en una posición y un ángulo tales que en seguida supusimos que había entrado volando por la ventana como un pajarito.

—Alguien —dijo el viejo Crake, con una voz que pesaba como una losa.

El teléfono resonó con un repiqueteo estridente y horriblemente insistente. Estaba en la sala contigua, y el Padre Brown salió disparado hacia allí antes de que nadie pudiera moverse.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó Peter Wain, que parecía muy agobiado y distraído.

—Dijo que esperaba una llamada de Wilton, el secretario —replicó el tío, con el mismo tono de voz apagado.

—Y supongo que será Wilton —observó el abogado, como quien habla por matar el silencio. Pero nadie replicó hasta que el Padre Brown volvió a aparecer en la sala, con una respuesta en la boca.

—Caballeros —dijo, una vez que se hubo sentado—, ustedes me pidieron que investigara sobre este enigmático asunto; he descubierto la verdad y no tengo más remedio que revelársela a ustedes, sin pretender suavizar el

impacto. Comprenderán que quienquiera que esté dispuesto a meter las narices en asuntos de este tipo no puede andarse con consideraciones personales.

—Supongo que quiere usted decir —intervino Crake, rompiendo el silencio que se produjo tras las palabras del sacerdote— que algunos de nosotros estamos acusados o somos sospechosos.

—Todos somos sospechosos —respondió el Padre Brown—. Incluso yo, pues fui yo quien descubrió el cadáver.

—Claro que todos somos sospechosos —replicó Wain en tono cortante—. El Padre Brown tuvo la amabilidad de explicarme cómo pude haber sitiado la torre con mi aparato volador.

—No —replicó el sacerdote con una sonrisa—; fue usted el que me describió cómo pudo hacerlo. Eso fue precisamente lo más interesante de todo.

—También le parecía a usted probable —rezongó Crake— que le hubiera matado yo con una flecha india.

—Me parecía de lo más improbable —dijo el Padre Brown con gesto irónico—. Les pido disculpas si les ofendí, pero no se me ocurría otra manera de ir eliminando posibilidades. Pocas cosas me parecen menos probables que la posibilidad de que el capitán Wain pasara a toda velocidad en un enorme aparato por delante de la ventana, en el mismísimo momento del crimen, sin que nadie lo viera; a menos que pensemos en la todavía más improbable posibilidad de que un anciano y respetable caballero, armado con arco y flechas, se dedicara a jugar a los indios detrás de los matorrales con el fin de asesinar a alguien a quien podría haber matado con más facilidad de veinte maneras diferentes. Pero tenía que averiguar si tenían algo que ver en el asunto; de modo que tenía que acusarlos, para que quedara probada su inocencia.

—¿Y se puede saber cómo quedó probada su inocencia? —preguntó Blake, el abogado, inclinándose hacia el sacerdote con mucho interés.

—Sencillamente, por lo alterados que se pusieron cuando se sintieron acusados —respondió el otro.

—¿A qué se refiere usted, exactamente?

—Permítame que le diga —observó el Padre Brown con gesto contenido — que me creí en la obligación de sospechar de ellos y de cualquier otra persona. Sospeché del señor Crake y del capitán Wain, en el sentido de que me planteé la posibilidad o la probabilidad de que fueran culpables. Les comuniqué que había formado algunas conclusiones al respecto; y ahora les

voy a decir cuáles eran dichas conclusiones. Estaba convencido de que eran inocentes, por el modo y el momento en los que pasaron de la despreocupación a la indignación. Mientras no se les había ocurrido que los pudieran acusar de nada, me facilitaron toda clase de detalles que podían haber servido de base a una acusación. Llegaron prácticamente a explicarme cómo podían haber cometido el crimen. Luego, de repente, se dieron cuenta de que los estaba acusando y reaccionaron con estupor y con rabia; se dieron cuenta de ello mucho después de que pensara que se les podía acusar, pero mucho antes de que yo les acusara. Y un culpable jamás reacciona así. Suele mostrarse reticente y suspicaz desde el primer momento; o, por el contrario, puede fingir que no está preocupado y que es inocente hasta el último momento. Pero nunca empezaría por crearse problemas y de repente se pondría furiosamente a negar la sospecha que él mismo había fomentado. Esto sólo sucede si no ha llegado a darse cuenta de lo que estaba sugiriendo. Un asesino tiene siempre en mente su crimen, al menos con la suficiente morbosidad como para impedirle que olvide su relación con el delito, y luego se acuerde de repente y la niegue. De modo que los descarté a ustedes dos, así como a otras personas, por razones que ahora no son del caso. Por ejemplo, estaba el secretario… Pero dejemos ese tema de momento. Verán ustedes: me acaba de telefonear Wilton y me ha autorizado a que les comunique algunas noticias bastante graves. Me imagino que todos ustedes saben ya quién es Wilton y lo que pretendía.

—Sé que andaba tras Daniel Doom, y que no descansaría hasta que diera con él —respondió Peter Wain—, y también me han contado que es hijo del pobre Horder, cuya muerte pretende vengar. De lo que no me cabe la menor duda es de que anda en busca del tipo ése que dice llamarse Doom.

—Bueno —dijo el Padre Brown—, pues lo ha encontrado.

—¡Al asesino! —gritó—. ¿O sea, que ya lo tienen en chirona?

—No —dijo el Padre Brown muy serio—; les dije que tenía que darles una noticia importante, pero me temo que se trata de algo de suma gravedad, ya que el pobre de Wilton ha asumido una terrible responsabilidad, y lo malo es que va a ponernos a todos nosotros en una situación también de enorme responsabilidad. Persiguió sin descanso al asesino y, justo cuando por fin lo tenía acorralado…, bueno, se tomó la justicia por su cuenta.

—Quiere usted decirnos que Daniel Doom… —comenzó a decir el abogado.

—Quiero decirles que Daniel Doom ha muerto —dijo el sacerdote—. Parece ser que se enfrentaron brutalmente y Wilton lo mató.

—Le está muy bien empleado —rezongó el señor Hickory Crake.

—No se le puede censurar a Wilton que diera muerte a ese sinvergüenza, sobre todo teniendo en cuenta los antecedentes de la familia —asintió Wain —; era como aplastar a una víbora.

—Yo no estoy de acuerdo con ustedes —dijo el Padre Brown—. Es muy fácil sacar argumentos románticos para defender los linchamientos y las actuaciones fuera de la ley; pero me da la sensación de que, si hacemos caso omiso de nuestras leyes y nuestras libertades, todos saldremos perdiendo. Además, me parece ilógico decir que Wilton hizo bien cometiendo un crimen, sin preguntarnos siquiera si a lo mejor Doom tenía sus razones para cometer otro. Dudo mucho de que Doom fuera simplemente un vulgar asesino; puede que fuera una especie de delincuente obsesionado con la copa, que trataba de conseguirla con amenazas y sólo mataba si alguien le hacía frente; recordemos que las dos víctimas cayeron justo en las inmediaciones de sus respectivos domicilios. Lo que tengo más en contra de la actuación de Wilton es que nos ha privado para siempre de la oportunidad de conocer el punto de vista de Doom en esta cuestión.

—Bueno, pues yo no tengo paciencia para tanta absolución sentimental de despreciables y sanguinarios sinvergüenzas como ése —gritó Wain muy acalorado—. Si Wilton se trincó al asesino, hizo muy requetebién, y no hay más que hablar.

—Desde luego que sí —dijo su tío, asintiendo vigorosamente con la cabeza.

El rostro del Padre Brown tenía una expresión todavía más seria cuando fue contemplando, una por una, las caras que lo miraban en semicírculo. Luego les preguntó:

—¿Están todos de acuerdo con esta opinión?

Mientras pronunciaba estas palabras, era muy consciente de que él era inglés y de que aquella no era su patria. Sabía que sus interlocutores eran extranjeros, aunque lo tratasen como a un amigo. Y por aquel círculo de extranjeros corría un inquieto fuego que le resultaba completamente ajeno a su tradición; el espíritu más bravo de una nación occidental capaz de rebelarse y de linchar y, sobre todo, capaz de aliarse. Y se dio cuenta de que ya habían establecido una alianza.

—Muy bien —dijo el Padre Brown con un suspiro—, he de entender, por tanto, que condonan ustedes a este desgraciado su crimen, o administración particular de la justicia, o como quieran llamarlo. Por tanto, no le perjudicará que les cuente algunos detalles más del caso.

Entonces se puso en pie y, aunque los presentes no le dieron a su movimiento un significado especial, tuvieron la sensación de que, en cierto modo, cambiaba o se helaba el mismísimo aire de la sala en que se encontraban.

—Wilton mató a Doom de una manera un tanto extraña —comenzó a decir el Padre Brown.

—¿Cómo lo hizo? —le interrumpió Crake con brusquedad.

—Con una saeta —dijo el Padre Brown.

La gran sala se encontraba en la penumbra y la luz del día había quedado reducida a un resplandor que entraba a través de la gran ventana que había en la salita interior, en donde había muerto el famoso millonario. Casi automáticamente, los ojos de todos los presentes giraron lentamente hacia aquel punto, pero nadie pronunció la menor palabra. Luego se oyó la voz de Crake, quebrada y aguda, con tono senil, como si fuera el graznido de un cuervo:

—¿Qué está usted diciendo? ¿Qué está usted diciendo? A Brander Merton lo mataron con una saeta. A ese bandido lo mataron con una saeta…

—Con la misma saeta —dijo el Padre Brown—, y al mismo tiempo.

De nuevo se produjo un silencio que era a la vez ahogado y pleno, como si fuera a estallar; entonces el joven Wain dijo:

—Quiero usted decir que…

—Quiero decir que su amigo Merton era Daniel Doom —dijo el Padre Brown con firmeza—; y no encontrarán a otro Daniel Doom. Su amigo Merton estaba loco por tener la Copa Copta, que adoraba como a un dios todos los días; y cuando era joven y llevaba una vida desenfrenada, no dudó en matar a dos hombres con tal de hacerse con ella, aunque para mí que las muertes fueron hasta cierto punto accidentales y debidas al robo. El caso es que la copa estaba en su poder; el tal Drage sabía lo ocurrido y lo tenía sometido a chantaje. Pero Wilton andaba tras él por otro motivo; me da la impresión de que no descubrió la verdad hasta que no vino a vivir a esta casa. Pero en cualquier caso, fue en esta casa, y en esa habitación, donde acabó su persecución y donde dio muerte al asesino de su padre.

Durante un buen rato todos guardaron silencio. Luego se oyó al viejo Crake tamborileando con los dedos en el tablero de la mesa al tiempo que musitaba:

—Brander tuvo que haberse vuelto loco. Tenía que estar loco.

—¡Ay Señor! —estalló Peter Wain—. Y ahora, ¿qué le vamos a contar a la prensa, y a los grandes hombres de negocios? Brander Merton era algo así

como el Presidente o el Papa de Roma.

—Desde luego que esto es muy distinto —comenzó a decir Barnard Blake, el abogado, en voz baja—. La diferencia supone todo un…

El Padre Brown dio un puñetazo en la mesa y las copas que había sobre la misma tintinearon; les dio la impresión de que se oyó un eco fantasmal procedente del misterioso cáliz que todavía se encontraba en la habitación contigua.

—No —exclamó con un tono de voz que resonó como un pistoletazo—. No existe diferencia alguna. Les di la oportunidad de que se apiadaran del pobre desgraciado cuando pensaban que era un vulgar asesino. Entonces no me hicieron caso y todos ustedes estaban a favor de la venganza individual. Todos dijeron que estaba muy bien que lo hubieran matado como a una fiera sin posibilidad de defenderse, e insistieron en que tenía su justo merecido. De modo que si Daniel Doom se llevó su justo merecido, también Brander Merton se llevó su justo merecido. Y lo que valía para Doom, santo cielo, también ha de valer para Merton. Lo mismo me da que se rijan ustedes por su primitiva justicia o por nuestra monótona legalidad; pero en nombre de Dios Nuestro Señor les ruego que la legalidad o la ilegalidad sea la misma para todos.

Nadie contestó, excepto el abogado, que dijo medio refunfuñando:

—¿Qué dirá la policía cuando les digamos que estamos dispuestos a condonar un crimen?

—¿Qué dirá si les digo que ya lo condonaron? —replicó el Padre Brown —. Su respeto por la ley llega bastante tarde, señor Barnard Blake.

Hizo una pausa y luego prosiguió en tono algo más sosegado:

—Por mi parte, no tengo inconveniente en confesar la verdad si las autoridades me preguntan algo; los demás pueden hacer lo que les parezca mejor. Pero en realidad, poco importa. Wilton sólo me llamó para decirme que podía confesarles su crimen, porque cuando se enteraran del mismo, él se encontraría ya fuera de su alcance.

Entró lentamente en la habitación interior y se quedó en pie junto a la mesita cerca de la cual había muerto el millonario. La Copa Copta seguía en el mismo lugar, y el sacerdote permaneció allí durante unos momentos, contemplando su resplandor de todos los colores del arco iris, y más lejos, el abismal azul del cielo.

III

El oráculo del perro

—Sí —dijo el Padre Brown—; a mí me gustan los perros, siempre y cuando no se les idolatre.

Las personas que tienen agudeza para expresarse no siempre tienen la misma agudeza para escuchar. A veces, su propio talento produce una especie de estupidez. El amigo y acompañante del Padre Brown era un joven lleno de ideas y anécdotas, un muchacho lleno de vitalidad apellidado Fiennes, con ojos azules y vivos y pelo rubio, que parecía cepillado hacia atrás, no con un vulgar cepillo, sino con el viento del mundo a su paso. Pero el torrente de su conversación enmudeció por completo durante unos momentos, sin acertar a comprender exactamente lo que había querido decir el sacerdote con aquella sencilla frase. Luego le preguntó:

—¿Se refiere usted a que la gente les da demasiada importancia? No lo creo. Son unos animales maravillosos. A veces me da la impresión de que saben más que nosotros.

El Padre Brown no hizo ningún comentario y siguió acariciando la cabeza del gran perdiguero con ademán distraído, pero al parecer bastante tranquilizador.

—Pues mire —dijo Fiennes, reemprendiendo con entusiasmo su monólogo—, había un perro en el caso por el que vine a verle: ya sabe usted, el llamado «Caso del asesinato invisible». Es una historia muy rara, pero en mi opinión, lo más raro de todo es lo del perro. Naturalmente, está el misterio del propio crimen, y de cómo mataron al bueno de Druce cuando estaba completamente solo en el invernadero…

La mano que acariciaba al perro detuvo un instante su rítmico movimiento, y el Padre Brown dijo sin alterarse:

—Ah, ya; así que era un invernadero, ¿verdad?

—Creí que se había enterado usted de todo por la prensa —le contestó Fiennes—. Aguarde un momento; me parece que llevo encima un recorte en el que podrá leer todos los detalles.



Sacó del bolsillo un recorte de periódico y se lo entregó al sacerdote, que lo cogió con una mano y se puso a leerlo acercándolo mucho a sus parpadeantes ojos, mientras que con la otra continuaba acariciando al perro. Al contemplarlo, uno recordaba la parábola del hombre que no dejaba que su mano derecha supiera lo que hacía su mano izquierda[26].

En el transcurso de los extraordinarios acontecimientos que se produjeron en Cranston, localidad de la costa de Yorkshire[27]*, en la que el coronel Druce apareció asesinado a puñaladas por la espalda, con un puñal del que no quedó ni rastro, ni en el lugar del crimen, ni tan siquiera en los*

alrededores del mismo, se confirmaron una serie de casos misteriosos, en los que morían asesinados hombres que se encontraban tras puertas y ventanas bien cerradas, y en los que los asesinos lograban desaparecer sin que pudieran hacerlo por puertas ni por ventanas.

En realidad, el invernadero en el que había muerto resultaba accesible por una de sus entradas, la puerta que daba al sendero central del jardín que conducía a la casa. Pero por una serie de acontecimientos que casi se podrían achacar a la casualidad, resulta que tanto el sendero como la entrada estuvieron vigilados durante los momentos cruciales, cosa que pueden confirmar toda una serie de testigos. El invernadero se encuentra en un extremo del jardín, donde no hay entrada ni salida de ninguna clase. El sendero central es un caminito flanqueado por dos hileras de espuelas de caballero, plantadas tan juntas que cualquiera que hubiera pisado fuera del camino habría dejado huellas; y tanto el sendero como las plantas llegaban hasta la mismísima puerta del invernadero, de modo que si alguien se hubiera salido de tan recto camino, tendría que notarse; y no se podía acceder al mismo de ningún otro modo.

Patrick Floyd, secretario de la víctima, declaró que él se encontraba en un lugar desde el que podía ver todo el jardín, desde el momento en el que el coronel Druce apareció por última vez vivo en la puerta del invernadero hasta que lo hallaron muerto; porque él, Floyd, estaba subido en una escalera de, mano recortando el seto del jardín. Janet Druce, hija de la víctima, confirmó sus palabras, pues dijo que había estado sentada en el porche de la casa durante todo ese tiempo, y había visto a Floyd ocupado en su tarea. Y al menos durante una parte de ese tiempo, también lo vio Donald Druce, hijo de la víctima, que se asomó a la ventana de su dormitorio en batín, pues se levantó tarde, y desde allí pudo ver el jardín y ratificar la declaración del secretario. Declaración que también coincidía con la del doctor Valentine, un vecino que estuvo un rato charlando con la señorita Druce en el porche, y con la del abogado del coronel, el señor Aubrey Traill, que fue al parecer la última persona que vio con vida a la víctima, si exceptuamos, como es de suponer, a la que lo asesinó.

Todos coincidieron en que los acontecimientos se desarrollaron de la manera siguiente: a eso de las tres y media de la tarde, la señorita Druce bajó por el sendero a preguntarle a su padre a qué hora quería merendar; él le respondió que no quería tomar nada y que estaba esperando a Traill, su abogado, y que, cuando llegara, lo mandaran al invernadero. La joven regresó hacia la casa y se encontró con Traill, que bajaba por el sendero; le

indicó dónde se encontraba su padre y él se dirigió hacia el invernadero. Una media hora más tarde, salió del mismo; el coronel lo acompañó hasta la puerta y, por lo que se podía ver, se encontraba perfectamente bien e incluso de muy buen humor. Unas horas antes se había disgustado por lo mucho que trasnochaba su hijo, pero parece ser que luego se le había pasado el berrinche, había recuperado su estado de ánimo habitual e incluso había estado sorprendentemente cordial con otras personas, en particular con dos sobrinos que fueron a pasar el día a su casa. Pero como éstos habían salido a dar un paseo durante el rato en que se produjo la tragedia, no pudieron aportar testimonio alguno. Parece ser que el coronel no se llevaba muy bien con el doctor Valentine, pero este caballero sólo estuvo unos momentos con la hija, a la que al parecer le hacía la corte.

Traill, el abogado, dice que dejó al coronel completamente solo en el invernadero, cosa que confirma Floyd, que podía observar el jardín a vista de pájaro y que no vio a nadie que cruzara la única entrada. Al cabo de diez minutos, la señorita Druce volvió a bajar por el jardín y vio a su padre, cuyo cuerpo se destacaba junto a su chaqueta blanca, caído en el suelo. Pegó un grito que hizo que los otros acudieran junto a ella y, cuando entraron en el invernadero, encontraron al coronel muerto en el suelo junto a su butaca de mimbre, que también estaba volcada. El doctor Valentine, que todavía se encontraba en las inmediaciones del lugar, declaró que la herida había sido producida con una especie de punzón que le habían clavado bajo el omóplato, perforándole el corazón. La policía buscó el arma por las inmediaciones de la vivienda, pero no encontró el menor rastro de la misma.

—De modo que el coronel gastaba chaqueta blanca, ¿eh? —dijo el Padre Brown dejando el recorte encima de la mesa.

—Se acostumbró a ella en el trópico —replicó Fiennes algo sorprendido —. Según él mismo solía relatar, parece ser que vivió allí algunas aventuras curiosas; me imagino que la poca simpatía que le tenía a Valentine era porque el médico también procedía del trópico. Pero todo ello constituye un rompecabezas infernal. Lo que relata el periódico es bastante exacto; no presencié la tragedia, en el sentido de que no estaba presente cuando se descubrió; había salido a pasear con los sobrinos y el perro…, precisamente con el perro del que quería hablarle. Pero sí que vi el escenario de la misma según está descrito; el sendero flanqueado por flores azules que va todo recto hasta la oscura entrada del invernadero, y el abogado que bajaba por el mismo, con traje negro y chistera, y la roja cabeza del secretario asomando por encima del seto verde, que recortaba con unas grandes tijeras de jardinero.

Cualquiera habría reconocido su cabeza roja aun a distancia; y si la gente dice que estuvo allí todo el rato, puede usted estar seguro de que lo estuvo. El tal Floyd, el secretario pelirrojo, es todo un personaje, un tipo que anda a la carrera, sin aliento, siempre haciendo lo que tienen que hacer los demás, como era en este caso el trabajo del jardinero. Tengo entendido que es norteamericano; desde luego, su estilo de vida…, lo que ellos llaman punto de vista, válgame Dios, es americano.

—¿Qué me dice del abogado? —preguntó el Padre Brown.

Se produjo un silencio, y luego Fiennes empezó a hablar con mayor lentitud de lo que era habitual en él:

—Traill me pareció un hombre muy peculiar. Impecablemente vestido de negro, resultaba un tanto afectado, pero no se podía decir que fuera elegante. Llevaba un par de mostachos negros y largos como no había vuelto a ver desde la época de la reina Victoria. Tenía un rostro y unos ademanes serios y distinguidos, pero de cuando en cuando daba la impresión de que se acordaba de que tenía que sonreír. Y cuando mostraba su blanca dentadura, parecía que perdía algo de dignidad, y su persona dejaba traslucir una especie de servilismo. Lo mismo es que era algo tímido, pues también solía juguetear con su corbata y su alfiler de corbata, que eran, como él, elegantes y poco corrientes. Si se me ocurriera otra persona…, pero es inútil, porque todo el tema resulta imposible. Nadie sabe quién lo hizo. Nadie sabe cómo pudo suceder. Aunque desde luego, le diría que hay una excepción, y en realidad por eso le conté todo el asunto. El perro lo sabe.

El Padre Brown suspiró y luego dijo en tono ausente:

—De modo que usted es amigo del joven Donald y por eso se encontraba allí, ¿verdad? ¿No salió con usted a dar un paseo?

—No —replicó Fiennes con una sonrisa—. El muy golfo se había ido a la cama por la mañana, y no se levantó hasta la tarde. Salí con sus primos, dos jóvenes oficiales que han llegado de la India, y nuestra conversación fue de lo más trivial. Recuerdo que el mayor, que se llama, me parece, Herbert Druce y que es experto en la cría de caballos, estuvo hablando todo el rato de una yegua que acababa de comprar y de la categoría moral del hombre que se la había vendido; en cuanto a su hermano Harry, parecía algo contrariado por la mala suerte que había tenido en Montecarlo. Le cuento esto para que vea, a tenor de lo que sucedió durante el paseo, que ninguno de nosotros estábamos con el ánimo predispuesto para un fenómeno de parapsicología. El único místico del grupo era el perro.

—¿Qué clase de perro era?

—De la misma raza que éste —respondió Fiennes—. Lo que hizo que le empezara a hablar de este asunto fue que usted dijera que no cree que deba creerse en un perro. Es un perdiguero grande y negro, que atiende por *Nox*[28], nombre muy adecuado, por cierto, pues su manera de obrar me parece un misterio más inescrutable que el propio crimen. Ya sabe usted que la casa y el jardín de los Druce están al lado de la playa; dimos un paseo de casi dos kilómetros por la arena y luego regresamos en la otra dirección. Pasamos por delante de una roca bastante extraña, que se llama la Roca de la Fortuna, famosa en el lugar porque es una gran piedra que se sostiene en equilibrio sobre otra, y da la impresión de que se va a venir abajo sólo con tocarla con un dedo. En realidad no es muy alta, pero su recortada silueta le da un aspecto amenazador y siniestro; al menos a mí así me lo pareció, aunque supongo que a mis alegres y jóvenes compañeros no les preocupaba lo más mínimo el pintoresquismo del paisaje. Lo mismo es que yo presentía que algo iba a pasar; justo en ese momento alguien dijo si no era hora de volver a merendar, e incluso entonces tuve la corazonada de que el tiempo era muy importante en aquel asunto. Ni Herbert Druce ni yo llevábamos reloj, así que se lo preguntamos a su hermano, que se había quedado atrás, pues se había detenido para prender una pipa junto al seto. Entonces él nos dijo a gritos la hora, justamente las cuatro y veinte, y su voz resonó con fuerza a la escasa luz del crepúsculo; no sé, pero sus gritos parecieron anunciar algún terrible acontecimiento. Precisamente fue su tono tan normal de decirlo lo que resultaba más dramático, cosa que suele suceder con los augurios; desde luego, aquella tarde el reloj marcó algunas horas verdaderamente siniestras. Según la declaración del doctor Valentine, el pobre Druce falleció justo a eso de las cuatro y media.

»Bueno, dijeron que podíamos seguir paseando otros diez minutos, y seguimos por la arena, sin hacer nada de particular: tirábamos piedras y el perro salía corriendo, o le tirábamos palos al agua, y el animal se metía a sacarlos. Pero la penumbra me resultaba cada vez más opresiva, y la oscura silueta de la Roca de la Fortuna me pesaba como una losa. Y luego sucedió esa cosa tan rara. *Nox* acababa de sacar del agua el bastón de Herbert, y su hermano le tiró el suyo. El perro volvió a meterse en el mar, pero justo cuando calculo que serían las cuatro y media en punto, dejó de nadar. Volvió a la arena y se quedó plantado delante de nosotros. De repente, levantó la cabeza hacia el cielo y lanzó un gruñido de dolor como jamás he oído otro en este mundo.

»“¿Qué le pasa a este perro?”, preguntó Herbert; pero ninguno supimos qué contestarle. Cuando el animal dejó de aullar y de gañir, se produjo un largo silencio en la solitaria playa; luego el silencio se rompió. Le juro por mi vida que lo rompió un débil y lejano alarido, como el grito de una mujer que se encontrara hacia el interior, más allá del seto. En aquel momento no nos dimos cuenta de lo que era, pero luego nos enteramos. Era el grito de la muchacha cuando descubrió el cuerpo de su padre.

—Supongo que entonces regresaron a la casa —dijo el Padre Brown con mucha paciencia—. ¿Qué sucedió entonces?

—Se lo voy a contar —respondió Fiennes recalcando tétricamente las palabras—. Cuando llegamos al jardín, lo primero que vimos fue a Traill, el abogado; lo recuerdo perfectamente, con su chistera negra y sus negros mostachos destacándose intensamente sobre la masa azul de flores que bajaba hasta el invernadero, y a lo lejos, el cielo crepuscular y la extraña silueta de la Roca de la Fortuna. Su rostro y su cuerpo quedaban a oscuras, a contraluz; pero le juro que pude ver sus blancos dientes, y que sonreía.

»En cuanto *Nox* vio al hombre, echó a correr hacia él y se quedó plantado en medio del sendero, ladrándole furiosamente, con toda su rabia, como si lo maldijera con tanto odio y tan evidentemente que casi se podían entender sus terribles maldiciones. El hombre dio media vuelta y echó a correr sendero abajo entre las flores.

El Padre Brown se puso en pie de un salto con inusitada impaciencia, al tiempo que exclamaba:

—Con que el perro lo descubrió, ¿eh? El oráculo del perro lo condenó. ¿Y vio usted qué clase de pájaros volaban por el aire, y puede usted decir con seguridad si estaban a la izquierda o a la derecha? ¿Consultó los augurios para saber el resultado de los sacrificios? ¡Supongo que le habrán rajado la barriga al perro para observar sus entrañas! Éstas son las pruebas científicas que ustedes, los humanitarios paganos, están dispuestos a aceptar cuando se trata de arrebatarle a un hombre la vida y el honor.

Fiennes se quedó un momento sentado, con la boca abierta, hasta que tuvo fuerzas para decir:

—Pero, bueno, ¿qué le pasa? ¿Qué he hecho ahora?

En los ojos del sacerdote apareció de nuevo una mirada de perplejidad…, la perplejidad de una persona que acaba de tropezar contra un poste en la oscuridad y no sabe de momento si le ha hecho daño a otra persona.

—Lo siento muchísimo —dijo con sincera aflicción—. Le pido perdón por haber sido tan grosero con usted; le ruego que me disculpe.

Fiennes se le quedó mirando con curiosidad y luego dijo:

—A veces me parece que encierra usted más misterios que todos los demás enigmas. En fin, si no cree usted en el misterio del perro, al menos habrá de admitir el misterio del hombre. No puede usted negar que, en el mismísimo momento en que el animal salió del agua y se puso a aullar, el alma de su amo salía de su cuerpo a consecuencia del acto de un poder invisible que ningún mortal ha podido descubrir ni imaginar. En cuanto al abogado, y no lo digo sólo por lo del perro, hay también otros detalles muy curiosos sobre su persona. Ya le dije que me pareció un tipo apacible, sonriente, algo sospechoso; una de sus manías me resultó muy esclarecedora. Ya sabe usted que tanto el médico como la policía acudieron inmediatamente; Valentine acababa de salir de la casa cuando fueron a llamarle, y él mismo telefoneó a la policía. Teniendo en cuenta que la casa está en lugar apartado, que éramos pocos los que estábamos por allí, y que se trataba de un espacio cerrado, resultó bastante fácil registrar a todas las personas que se encontraban por los alrededores; y desde luego registraron a todo el mundo… en busca del arma. Peinaron la casa de arriba abajo, así como el jardín y la playa, en busca del arma. La desaparición del puñal resulta casi tan inexplicable como la desaparición del autor del crimen.

—La desaparición del puñal —dijo el Padre Brown meneando la cabeza; parecía como si de repente estuviera muy pendiente de las palabras de su interlocutor, el cual continuó en estos términos:

—Bueno, ya le dije que el tal Traill tenía la manía de juguetear con su corbata y con el alfiler de la misma…, sobre todo con el alfiler. El alfiler, como su propia persona, resultaba al mismo tiempo llamativo y anticuado. Tenía una de esas piedras con anillos concéntricos que parecen un ojo; la insistencia del abogado manoseando el alfiler llegó a ponerme nervioso, pues se me figuraba que era un cíclope que me miraba con su único ojo desde el centro de su cuerpo. El alfiler, además de grande, era también muy largo; y se me ocurrió que la preocupación con la que se lo ajustaba se debía a que era más largo de lo que parecía; de hecho, tan largo como una daga.

El Padre Brown meneó la cabeza pensativo y luego preguntó:

—¿Se sugirió la posibilidad de que se pudiera haber utilizado otro instrumento?

—Sí, se sugirió otro —respondió Fiennes—; lo dijo uno de los jóvenes Druce… me refiero a los primos. Ni Herbert ni Harry Druce parecían a simple vista de ninguna utilidad a la hora de descubrir alguna pista científica; pero mientras Herbert resultó ser en realidad el clásico militar del cuerpo de

Dragones, que no pensaba en otra cosa más que en caballos y en sumarse a la gloria de la brigada de caballería de la Casa Real, Harry, el más joven de los dos hermanos, había estado en la India, en el cuerpo de Policía, y entendía algo de esos temas. En realidad, y a su manera, era bastante espabilado; para mí que demasiado espabilado; quiero decir que había salido del cuerpo por haber cometido alguna irregularidad con respecto a las normas, corriendo algún riesgo y tomando alguna decisión sin consultar a nadie. De todos modos, es como si fuera un detective sin empleo, y se lanzó a hacer pesquisas con más entusiasmo que el que cabe esperar de un aficionado. Discutí con él sobre el tema del arma, y a raíz de la discusión, surgió una idea nueva. Todo empezó porque él rechazaba mi descripción de que el perro le había ladrado a Traill; decía que, cuando un perro se irrita, no ladra, sino que gruñe.

—Y tenía toda la razón —observó el Padre Brown.

—El joven siguió diciendo que, puestos a eso, él había oído que *Nox* le ladraba también a otras personas, entre ellas a Floyd, el secretario. Le repliqué que su argumento se caía por su base, y que había dos o tres personas a las que no se les podía achacar el crimen; y a Floyd menos que a nadie, pues era más inocente que un niño de pecho y todo el mundo lo había visto, encaramado por encima del seto, con su plumero de pelo rojo más llamativo que una cacatúa colorada. «Ya sé que no resulta nada fácil —me dijo mi colega—, pero me gustaría que viniera usted conmigo al jardín un momento. Quiero enseñarle una cosa que me parece que nadie más ha visto.» Esto ocurrió el mismo día del crimen, y el jardín estaba como por la tarde. La escalera de mano se encontraba todavía junto al seto, y allí mismo se detuvo mi guía y sacó un objeto que estaba medio escondido entre la hierba. Era un par de tijeras de jardinero, y en una de las puntas había una mancha de sangre.

Hubo un breve silencio y luego el Padre Brown dijo de sopetón:

—¿Qué había ido a hacer el abogado?

—Nos dijo que el coronel lo había mandado llamar porque quería cambiar su testamento —respondió Fiennes—. A propósito, sobre esto del testamento, hay otra cosa que debería mencionarle. Verá usted; en realidad, el testamento no se firmó aquella tarde en el invernadero.

—Ya me lo supongo —dijo el Padre Brown—; tendrían que haberlo ratificado dos testigos.

—En realidad, el abogado fue el día anterior y entonces lo firmaron; pero volvieron a llamarlo al día siguiente porque el coronel albergaba alguna duda con respecto a uno de los testigos, y quería consultársela.

—¿Quiénes fueron los testigos? —preguntó el Padre Brown.

—De eso justamente quería hablarle —replicó su informador con mucho interés—; los testigos fueron Floyd, el secretario, y el tal doctor Valentine, ese cirujano extranjero o lo que sea; y estuvieron discutiendo. He de admitir que el secretario es un tipo bastante chismoso. Es una de esas personas de carácter vivo e imprudente que, sin pensárselo dos veces, siempre adoptan una posición agresiva y desconfiada; que están más dispuestas a desconfiar de la gente que a fiarse de ella. Estos pelirrojos de genio vivo y fogoso suelen ser o absolutamente crédulos o absolutamente incrédulos; y a veces, las dos cosas a un tiempo. Éste, además de sabelotodo, estaba dispuesto a enmendarle la plana al más pintado. Pero además de saber más que nadie, andaba siempre avisando a todo el mundo de que desconfiasen de los demás. Esto hay que tenerlo en cuenta a la hora de valorar sus recelos contra Valentine; aunque en este caso concreto parece ser que tenían algún fundamento. Dijo que Valentine no se llamaba en realidad Valentine, y que en algún sitio había visto que se llamaba De Villon. Dijo que impugnaría el testamento; naturalmente, tuvo la amabilidad de explicarle al abogado todas las disposiciones legales al respecto. Se pusieron como dos energúmenos.

El Padre Brown se echó a reír y dijo:

—Es lo que le suele pasar a la gente cuando le piden que actúe como testigo en un testamento; ya saben que no pueden heredar nada por esa parte. Pero ¿qué dijo el doctor Valentine? No cabe duda de que el secretario universal sabía más detalles sobre el apellido del doctor que el propio médico. Con todo, supongo que el doctor daría alguna información sobre su propio apellido.

Fiennes guardó un momento de silencio y luego replicó:

—El doctor Valentine se lo tomó de una manera muy particular. El doctor Valentine es un hombre muy singular. Tiene un aspecto bastante sorprendente, pero muy extranjero. Es joven pero lleva una barba cuadrada; su tez es muy pálida, terriblemente pálida, y tiene una expresión terriblemente seria. En sus ojos hay una mirada dolorida, como si debiera llevar gafas, o como si le doliera la cabeza de tanto cavilar; pero es bastante guapo, y va siempre impecablemente vestido, de chistera y gabán oscuro, con una escarapela roja en el ojal. Su porte resulta algo frío y altanero y tiene un modo de mirar a la gente que es de lo más desconcertante. Cuando el otro le acusó de haber cambiado de apellido, se limitó a mirarle fijamente, como si fuera una esfinge, y luego le dijo con una risita que ya se figuraba él que los americanos no tenía apellidos y que por eso no podían cambiárselos. Creo que entonces el coronel también se enfadó y le dijo al doctor un montón de cosas

desagradables, sobre todo si se tiene en cuenta que el médico pretende llegar a formar parte de la familia. Sin embargo, yo no le habría dado demasiada importancia a toda esta cuestión de no ser por unas palabras que oí por casualidad a primera hora de la tarde del día en que ocurrió la tragedia. No quiero tenerlas muy en cuenta, pues no es el tipo de conversación que a uno, en circunstancias normales, le gusta escuchar a hurtadillas. Cuando salía hacia la puerta de la calle con los dos muchachos y el perro, oí voces que me indicaron que el doctor Valentine y la señorita Druce se habían retirado a un lugar a la sombra de la casa, un rincón situado tras un macizo de flores, y hablaban en apasionados susurros…, casi como silabeando las palabras; pues era al mismo tiempo una pelea de enamorados y una cita de enamorados. No se pueden repetir la mayoría de las cosas que se dijeron; pero en un asunto tan lamentable como el que nos ocupa, no tengo más remedio que decir que repitieron varias veces una frase en la que hablaban de matar a alguien. De hecho, me pareció que la muchacha le rogaba que no matara a alguien, o que ninguna provocación justificaba la muerte de una persona; palabras que desde luego no parecen muy adecuadas para dirigírselas a alguien que ha venido a casa a merendar.

—¿Sabe usted —preguntó el sacerdote— si el doctor Valentine parecía muy enojado después de la escena con el secretario y el coronel? Me refiero a cuando fueron de testigos para lo del testamento.

—Desde luego, muchísimo menos que el secretario —replicó el otro—. El secretario sí que estaba furioso después de haber firmado como testigo en el testamento.

—Y a propósito —dijo el Padre Brown—, hábleme del testamento.

—El coronel era riquísimo y su testamento era muy importante. En aquel momento, Traill no nos quiso contar en qué consistía la modificación, pero luego me enteré, de hecho, esta misma mañana, de que le había dejado todo el dinero a la hija y no al hijo. Ya le conté a usted que Druce estaba furioso con mi amigo Donald por la vida tan desordenada que llevaba.

—La cuestión del motivo se ha visto bastante eclipsada por la cuestión del método —observó pensativo el Padre Brown—. Por lo que se ve, en aquel momento, la señorita Druce se beneficiaba inmediatamente de esta muerte.

—¡Alabado sea Dios! Qué manera más fría de tratar el tema —exclamó Fiennes, mirándolo fijamente—. Realmente, no pensará usted que ella…

—¿Va a casarse con el doctor Valentine? —preguntó el otro.

—Algunas personas se oponen —contestó su amigo—. Pero en la ciudad lo respetan y lo admiran, y es un cirujano experto y entregado a su profesión.

—Un cirujano tan entregado a su profesión —dijo el Padre Brown—, que llevaba consigo sus instrumentos quirúrgicos cuando fue a merendar a casa de la señorita. Porque seguramente utilizó una lanceta o algo por el estilo, y al parecer no llegó a irse a su casa.

Fiennes se puso en pie de un salto y se le quedó mirando con expresión vivamente inquisidora:

—¿Está usted insinuando que pudo haber utilizado la misma lanceta…?

El Padre Brown meneó la cabeza y dijo:

—Todo esto no son más que simples conjeturas, de momento. Lo malo no es averiguar quién lo hizo, ni con qué, sino cómo. Podemos pensar en muchas personas e incluso en muchos instrumentos…, alfileres, tijeras y lancetas. Pero ¿cómo pudo meterse alguien en el invernadero? ¿Cómo pudo meterse ni siquiera un alfiler?

Mientras decía estas frases, observaba muy ensimismado el techo de la habitación, pero, justo cuando pronunciaba las últimas palabras, fijó de repente la vista en algo, como si acabara de ver una mosca muy especial en el techo.

—Bueno, ¿usted qué haría? —preguntó el joven—. Tiene usted muchísima experiencia; ¿qué me aconseja que haga ahora?

—Siento mucho decirle que no le voy a ser de gran utilidad —dijo el Padre Brown al tiempo que suspiraba—. No se me ocurren muchas cosas, ya que ni conozco ese lugar ni a esas personas. De momento, siga usted investigando por los alrededores. Por lo que usted me dijo, su amigo el de la policía india se ocupa hasta cierto punto de las investigaciones por allí. Yo que usted iría en seguida a ver cómo le va. Entérese de lo que está haciendo en plan de detective aficionado. Lo mismo ya hay alguna noticia.

En cuanto desaparecieron sus huéspedes, tanto el bípedo como el cuadrúpedo, el Padre Brown cogió la pluma y reanudó su interrumpida ocupación, consistente en preparar una serie de charlas sobre la Encíclica *De Rerum Novarum*[29]. El tema daba para mucho, y tuvo que replanteárselo más de una vez, de modo que estaba prácticamente dedicado a lo mismo dos días después, cuando el perrazo negro volvió a entrar saltando en la habitación y se abalanzó sobre él, con grandes muestras de entusiasmo y agitación. Su amo venía detrás, y compartía su agitación, aunque no su entusiasmo. Estaba agitado, pero de manera menos agradable, pues parecía que sus ojos azules se le iban a salir de la cabeza y su rostro, de expresión vehemente, mostraba cierta palidez.

—Me dijo usted —dijo bruscamente y sin preámbulos— que fuera a ver lo que estaba haciendo Harry Druce. ¿Sabe usted lo que ha hecho?

El sacerdote no replicó y el joven prosiguió en tono sobresaltado.

—Le voy a decir lo que ha hecho. Se ha suicidado.

Los labios del Padre Brown se movieron imperceptiblemente, y nada de lo que dijo tenía un sentido práctico…, no hizo ninguna referencia ni a esta historia ni a nada de este mundo.

—A veces me pone usted la carne de gallina —dijo Fiennes—. ¿Sabía usted…, se esperaba usted esto?

—Pensaba que podía suceder —dijo el Padre Brown—; por eso le mandé a ver lo que estaba haciendo. Tenía la esperanza de que, a lo mejor, no llegaba usted demasiado tarde.

—Fui yo quien lo encontró —dijo Fiennes con voz ronca—. Ha sido la cosa más horrorosa y más misteriosa que me ha sucedido jamás. Volví a bajar al dichoso jardín y me di cuenta de que, una vez más, había sucedido algo nuevo y fuera de lo normal, además del crimen. Las flores seguían balanceándose en masas azules a ambos lados de la negra entrada del viejo y gris invernadero; pero las flores me parecieron demonios azules que bailaban ante una oscura caverna de ultratumba. Eché un vistazo a mi alrededor y me pareció que todo estaba en su sitio habitual. Y, sin embargo, empecé a pensar que algo no encajaba en la forma del cielo. De repente me di cuenta de lo que pasaba. La Roca de la Fortuna siempre se elevaba por detrás del seto del jardín, recortándose contra el mar. Y la Roca de la Fortuna había desaparecido.

El Padre Brown había levantado la cabeza y le escuchaba con sumo interés.

—Era como si una montaña hubiera echado a andar y hubiera desaparecido del paisaje, o como si la luna se hubiera caído del cielo; sin embargo, yo sabía que la roca podía derrumbarse con sólo tocarla. Dominado por una fuerza extraña, salí corriendo, veloz como el viento, por el sendero del jardín y atravesé el seto como si fuera una tela de araña. En realidad, el seto no era nada espeso, pero, como estaba perfectamente recortado, daba la impresión de ser una valla. Una vez en la playa, vi que la roca se había caído de su pedestal; y el pobre Harry Druce yacía como un guiñapo debajo de la misma. Tenía un brazo alrededor de la piedra, en una especie de abrazo, como si la hubiera derribado él mismo; y junto a ella había garabateado sobre la arena marrón, en letras muy grandes y deformadas, las siguientes palabras: «La Roca de la Fortuna aplasta al Necio».

—Fue por culpa del testamento del coronel —comentó el Padre Brown—. El joven se lo había jugado todo con la esperanza de beneficiarse de la situación desfavorable de Donald, sobre todo cuando vio que su tío lo había mandado ir el mismo día que llamó al abogado, y lo recibió con muchísima cordialidad. No tenía otra salida; lo habían echado de la policía y se había arruinado en Montecarlo. Así que acabó con su propia vida cuando se dio cuenta de que había matado a su tío inútilmente.

—¡Oiga, pare un momento! —exclamó Fiennes—. Va usted demasiado deprisa para mí.

—Y a propósito del testamento —prosiguió el Padre Brown imperturbable—, antes de que se me olvide, o de que pasemos a cuestiones de mayor importancia, me parece que había una explicación muy sencilla al tema del apellido del médico. Creo recordar que he oído los dos apellidos antes. El doctor es en realidad un aristócrata francés que ostenta el título de marqués de Villón. Pero es asimismo ardiente republicano, por lo que renunció al título y adoptó el antiguo apellido de su familia. «Con el tal ciudadano Riqueti[30], habéis tenido intrigada a Europa durante diez días.»

—¿Qué es eso? —preguntó el joven con gesto de no entender ni jota.

—No importa —respondió el sacerdote—. El noventa por ciento de las veces el cambiarse de apellido es una bellaquería; pero en este caso fue por puro fanatismo. Ése es el motivo de su sarcasmo cuando dijo que los americanos no tienen apellidos…, es decir, no tienen títulos. En Inglaterra, al marqués de Hartington nunca se le llamaría Mister Hartington; pero en Francia, al marqués de Villon le llaman Monsieur de Villon. Así que esto podría muy bien tomarse por un cambio de apellido. En cuanto a la conversación en la que hablaban de matar a alguien, supongo que sería también algo relacionado con la arquitectura francesa. El médico pensaría retar a Floyd a un duelo, y la muchacha estaría tratando de disuadirle.

—Claro, ya veo —dijo Fiennes lentamente—. Ahora comprendo lo que ella quería decir.

—¿Y qué era? —le preguntó su interlocutor con una sonrisa.

—Bueno —prosiguió el joven—, fue una cosa que me sucedió justo antes de que encontrara el cadáver de ese pobre desgraciado, pero la catástrofe me lo había borrado de la mente. Supongo que no es fácil recordar un idilio romántico cuando te das de narices con una tragedia. Bueno, resulta que el otro día, cuando bajaba por unas callejuelas que conducen a casa del coronel, me encontré con su hija que iba con el doctor Valentine. Ella iba de luto, naturalmente, y él va siempre de negro, como si fuera a un funeral; pero no

diría yo que tuvieran cara muy de funeral. Jamás vi dos personas que, en su estilo, tuvieran un aspecto más respetablemente radiante y alegre. Se pararon a saludarme, y me dijeron que se habían casado y que vivían en una casita en las afueras de la ciudad, en la que el doctor tenía su consulta. La noticia me sorprendió bastante, pues sabía que el padre de la muchacha le había dejado la finca en herencia; así que le lancé una indirecta diciéndole que me dirigía a casa de su difunto padre, y que medio esperaba habérmela encontrado allí. Ella se echó a reír y me dijo: «Qué va, hemos renunciado a todo. A mi marido no le gustan las herederas.» Entonces me enteré, no sin cierta sorpresa, que se habían empeñado en devolverle la herencia al pobre de Donald; espero que el susto le haya servido de escarmiento, y que no despilfarre lo que tiene. En realidad, nunca ha hecho ningún disparate; lo único es que era muy joven y su padre no ha sabido educarlo. Pero fue a propósito de la herencia por lo que ella dijo algo que en aquel momento no comprendí; pero ahora veo que tiene usted razón. Me dijo de repente con espléndida arrogancia absolutamente altruista: «A ver si con eso ese necio pelirrojo deja de dar la murga con el testamento. ¡Mira que decir que mi marido, que ha renunciado a un título de tiempos de las Cruzadas por fidelidad a sus principios, iba a matar a un anciano en un invernadero por una herencia como ésa!» Luego se echó de nuevo a reír y añadió: «Mi marido no mata a nadie que no sea en la mesa de operaciones. Vamos, si ni siquiera le pidió a sus amigos que fueran a ver al secretario.» Ahora comprendo de qué me estaba hablando.

—Yo sólo lo comprendo en parte —dijo el Padre Brown—. ¿A qué se refería exactamente cuando dijo que el secretario estaba dando la murga con el testamento?

Fiennes sonrió y dijo:

—Me gustaría que conociera usted al secretario, Padre Brown. Le encantaría ver cómo hace funcionar las cosas a toda máquina, como dice él. El día del duelo, la casa funcionó a toda máquina. Convirtió el funeral en un acontecimiento deportivo de rompe y rasga. En cuanto sucedía algo importante, no había manera de contenerlo. Ya le dije que supervisaba al jardinero cuando éste se ocupaba del jardín y daba clases de derecho al abogado. Ni qué decir tiene que se permitió explicarle al cirujano cómo debía ejercer su profesión; y como el cirujano era el doctor Valentine, puede usted figurarse que acabó acusándole de algo peor que no saber nada de cirugía. Al secretario se le metió en su colorada cabezota que el médico había cometido el crimen, y cuando llegó la policía adoptó una actitud verdaderamente sublime. ¡Para qué le voy a decir que se convirtió inmediatamente en el más

importante de todos los detectives aficionados! Jamás descolló Sherlock Holmes[31] sobre Scotland Yard con más titánico orgullo intelectual y desprecio que el secretario particular del coronel Druce sobre la policía que investigaba la muerte de éste. Le digo que daba gusto verle. Andaba de acá para allá con aire ensimismado, meneando su cresta de pelo escarlata y contestando impacientemente con frases lacónicas. Fue naturalmente su conducta durante aquellos días lo que puso tan furiosa a la hija de Druce. Naturalmente, tenía una teoría. El tipo de teoría que uno se saca de un libro; pero es que Floyd es un tipo que estaría mejor en un libro. Resultaría más divertido y no daría tanto la lata.

—¿Cuál era su teoría? —preguntó su interlocutor.

—Huy, era de lo más apasionante —respondió Fiennes en tono abatido—. Hubiera dado una primera plana inolvidable, de haberse podido sostener durante diez minutos más. Dijo que el coronel estaba todavía vivo cuando él llegó al invernadero, y que el médico lo había matado con un instrumento quirúrgico con la excusa de rasgarle la ropa.

—Ya —dijo el sacerdote—. O sea que se había tumbado boca abajo a echar la siesta sobre el suelo de tierra.

—Hay que ver hasta dónde llegamos cuando actuamos con precipitación. Estoy convencido de que Floyd habría conseguido que publicaran su magnífica teoría en los periódicos, y hasta que llevaran al médico a los tribunales; pero toda su teoría se vino abajo cuando descubrimos el otro cadáver debajo de la Roca de la Fortuna. Y por eso hemos vuelto a verle a usted. Supongo que el suicidio es prácticamente una confesión. Lo malo es que ahora nunca sabremos cómo ocurrió todo.

Hubo un momento de silencio y luego el sacerdote dijo con toda humildad:

—Creo que sé cómo ocurrió todo.

Fiennes se le quedó mirando fijamente.

—Oiga usted —exclamó al cabo—, ¿cómo puede usted saber cómo ocurrió todo, o estar seguro de que conoce la verdad del cuento? No se ha movido usted de aquí y lleva varios días dedicado a escribir un sermón, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia del lugar de los hechos. ¿Y me va a decir que ya sabe lo que pasó? Si ya ha llegado usted a una conclusión, ¿quiere decirme por dónde empezó? ¿En qué se basa para inventarse su propia versión?

El Padre Brown se puso en pie de un salto con desacostumbrada animación y sus primeras palabras surgieron como una explosión.

—¡El perro! —exclamó—. ¡Sencillamente, el perro! Tenía usted toda la historia en sus manos a partir del comportamiento del perro en la playa, siempre y cuando se hubiera fijado bien en el animal.

Fiennes le miró todavía con mayor intensidad.

—Pero si usted me dijo el otro día que lo que pensaba del perro era una tontería, y que el perro no tenía nada que ver en todo este asunto.

—El perro tenía muchísimo que ver en todo este asunto —replicó el Padre Brown—, como usted mismo hubiera podido comprobar de haber tratado al perro como un animal, y no como si fuera Dios Todopoderoso en el momento de juzgar las almas de los seres humanos.

Guardó un momento de silencio, con aspecto algo azorado y luego dijo como si pidiera patéticamente disculpas:

—La verdad es que me encantan los perros. Y me parecía que en todo este sensacionalismo de supersticiones perrunas, a nadie le importaba lo más mínimo el pobrecillo animal. Empezaremos por un pequeño detalle, lo de cuando ladró al abogado o gruñó al secretario. Me pregunta usted cómo puedo adivinar las cosas estando como estoy a tantos kilómetros de distancia; he de confesarle que se lo debo a usted, pues me describió toda aquella gente con tanta exactitud, que parece como si los conociera. Un hombre como Traill, habitualmente cejijunto pero que de repente esboza una sonrisa, un hombre que juguetea con cualquier cosa, especialmente si la tiene cerca del cuello, es un tipo nervioso y azorado. No me extrañaría que Floyd, el eficiente secretario, tampoco tuviera mucha seguridad en sí mismo; esos yanquis tan activos suelen ser nerviosos y asustadizos. Por eso se cortó con las tijeras de podar y se le cayeron al suelo cuando oyó el grito de Janet Druce.

»Y a los perros no les gusta la gente nerviosa. No sé si será porque les ponen nerviosos o porque, como al fin y al cabo son animales, disfrutan asustando a los demás; o porque su vanidad canina (que es colosal) se siente sencillamente ofendida cuando alguien los rechaza. De todas maneras, lo único que el pobre de *Nox* quería decir cuando protestaba contra esas dos personas es que no le gustaban porque le tenían miedo. Ya sé que es usted muy inteligente, y nadie que tenga dos dedos de frente se burla de una persona inteligente. Pero a veces se me ocurre, por ejemplo, que es usted demasiado inteligente para comprender a los animales. A veces es usted demasiado inteligente para comprender a las personas, sobre todo cuando su comportamiento es casi tan elemental como el de los animales. Los animales son muy realistas; viven en un mundo muy prosaico. Pongamos por caso: un perro le ladra a un hombre y un hombre sale corriendo. Al parecer, no es

usted lo suficientemente sencillo como para comprender el hecho de que el perro ladró porque no le gustaba aquel hombre y que el hombre huyó porque le daba miedo el perro. No tenían otros motivos, ni los necesitaban, para actuar como actuaron; pero usted se empeña en ver en ellos enigmas psicológicos, imaginando que el perro tenía dotes sobrenaturales y que era el misterioso portavoz del destino. Y supone usted que el hombre huía, no del perro, sino del verdugo. Sin embargo, si se para usted un momento a reflexionar, verá que toda esta profunda psicología resulta de lo más improbable. Si el perro pudiera saber, de manera total y absoluta, quién era el asesino de su amo, no se limitaría a pegarle ladriditos, como le haría a un cura que hubiera ido a merendar; lo más probable es que le saltara a la yugular. Por otra parte, puede usted verdaderamente pensar que un hombre tan cruel como para haber sido capaz de asesinar a un viejo amigo y luego marcharse sonriendo a la familia de su amigo, en presencia de la hija de su amigo y del médico que realiza la autopsia…, ¿cree usted que un tipo así iba a mostrar la menor señal de arrepentimiento sólo porque le ladra un perro? A lo mejor se da cuenta de la trágica ironía de este hecho; o tal vez se estremezca su alma, como ante cualquier otra tragedia trivial. Pero desde luego no sale corriendo como un loco por el jardín, huyendo del único testigo que, bien lo sabe él, no puede hablar. La gente es presa del pánico cuando tiene miedo, no de trágicas ironías, sino de una dentellada. Todo es mucho más sencillo de lo que usted se figura.

»Pero cuando analizamos lo que sucedió en la playa, las cosas se ponen mucho más interesantes. Y por lo que usted me contó, mucho más enigmáticas. No comprendí muy bien eso de que el perro entraba y salía del agua; no me parece cosa propia de un perro. Si *Nox* hubiera estado muy preocupado por cualquier otra cosa, seguramente se habría negado a ir a buscar el bastón. Lo más seguro es que habría estado husmeando en la dirección en que sospechaba que había ocurrido algo malo. Pero, en mi experiencia, cuando un perro anda detrás de algo, ya sea una piedra, o un palo o un conejo, no hay quien lo detenga a no ser que se lo ordene tajantemente su amo y, a veces, ni por ésas. Me parece de lo más improbable que de repente diera media vuelta porque había cambiado de humor.

—Pues lo cierto es que dio media vuelta —insistió Fiennes—, y regresó sin el bastón.

—Regresó sin el bastón por una razón evidentísima —replicó el sacerdote—. Regresó porque no encontraba el bastón. Y ladró quejumbroso porque no podía encontrarlo. Los perros suelen aullar por este tipo de cosas. Los perros

son endemoniadamente ritualistas. Les gusta que un juego se realice con rutinaria exactitud, lo mismo que a los niños les gusta que les cuenten un cuento siempre exactamente con las mismas palabras. En ese caso, el juego falló en un momento determinado. Regresó para quejarse muy en serio del comportamiento del bastón. Jamás le había ocurrido nada por el estilo. Jamás un perro tan eminente y distinguido había sido tratado así por un cochino bastón como aquél.

—Pero, bueno, ¿qué había hecho el bastón? —preguntó el joven.

—Se había hundido —respondió el Padre Brown.

Fiennes no dijo ni palabra, pero siguió mirando fijamente al sacerdote y éste prosiguió:

—Se hundió porque, en realidad, no era un bastón, sino una varilla de acero cubierta por una finísima caña y terminada en una afilada punta. En otras palabras, era un bastón de estoque. Supongo que ningún asesino se deshace de un arma ensangrentada de manera tan extraña y, sin embargo, tan natural, como es tirándola al mar para que vaya a buscarla un perro perdiguero.

—Empiezo a comprender lo que está usted insinuando —admitió Fiennes —. Pero aun suponiendo que se utilizara un bastón de estoque, no tengo ni idea de para qué se utilizó.

—Pues a mí se me pasó una idea por la cabeza al principio de todo, cuando mencionó usted la palabra invernadero —dijo el Padre Brown—. Y otra cuando me contó que Druce llevaba una chaqueta blanca. Como todo el mundo buscaba un puñal corto, a nadie se le ocurrió pensar en esto; pero si partimos de un arma de hoja larga, tipo estoque, ya no resulta tan imposible.

Estaba recostado en una butaca, mirando al techo, y empezó a hablar como quien recuerda sus pensamientos más remotos y sus principios más elementales.

—Todos los argumentos de la novela policiaca tipo *El misterio del cuarto amarillo*[32], en la que un hombre aparece muerto en una habitación cerrada a cal y canto, en la que no puede entrar nadie, no valen en nuestro caso, ya que tenemos un invernadero. Cuando hablamos del Cuarto Amarillo, o de cualquier otra habitación, se supone que tenemos paredes realmente macizas e impenetrables. Pero un invernadero es diferente; muchas veces es una construcción, como lo es en este caso, hecha a base de ramas entrelazadas y planchas de madera, con hendiduras de trecho en trecho. Había justamente una detrás de la espalda de Druce, que estaba sentado con la butaca contra la pared. Pero así como la habitación era un invernadero, lógicamente la butaca

era de mimbre, es decir, con una superficie abierta en celosía. Por último, el invernadero estaba junto al seto, y usted mismo me dijo que era un seto fino. Cualquiera que estuviera en la parte de afuera podría fácilmente ver, entre la maraña de hojas, ramas y cañas, la mancha blanca de la chaqueta del coronel, tan clara como el blanco de una diana.

»El caso es que me dio usted una descripción geográfica un tanto vaga, pero al cabo conseguí hacer algunas deducciones. Dijo usted que la Roca de la Fortuna no era muy alta, pero que se podía ver dominando el jardín como si fuera la cumbre de una montaña. Es decir, que estaba muy cerca del extremo del jardín, de modo que, cuando salieron ustedes a pasear, fueron dando un gran rodeo hasta llegar a la parte de abajo de la finca. Así es que no es probable que la señorita chillara con tanta fuerza como para que la oyeran a casi un kilómetro de distancia. Lo más probable es que se le escapara un grito de sorpresa, y que ustedes lo oyeran desde la playa. Y entre muchas otras cosas interesantes que usted me contó, permítame que le recuerde que me dijo usted que Harry Druce se había quedado atrás para encender la pipa bajo un seto.

Fiennes se estremeció ligeramente.

—¿Quiere usted decir que sacó el arma y la metió por el seto clavándola en la mancha blanca? En ese caso, actuó de manera un tanto arriesgada y movido por un impulso repentino. Además, no podía saber con certeza si el anciano le había dejado el dinero, que de hecho no se lo dejó.

El rostro del Padre Brown se animó.

—No comprende usted el carácter de este hombre —le dijo como si él lo hubiera conocido de toda la vida—. Es un tipo curioso, aunque no del todo infrecuente. Si hubiera sabido con certeza que heredaría el dinero, estoy bastante seguro de que no habría hecho lo que hizo. Se habría dado cuenta de que era una barbaridad.

—¿No le parece una cosa bastante paradójica? —preguntó el otro.

—Este hombre era un jugador —prosiguió el sacerdote—, y estaba desacreditado por haber corrido riesgos y haberse saltado la jerarquía. No sería raro que hubiera actuado sin demasiados escrúpulos, porque ya se sabe que cualquier policía imperial se parece más de lo que nos gustaría a la policía secreta rusa. Pero había traspasado ciertos límites y fracasó. Mire usted: este tipo de persona siente la tentación de cometer una locura, precisamente porque el riesgo es algo maravilloso en retrospectiva. Le gusta pensar: «Nadie más que yo sería capaz de agarrar una oportunidad así, o de darse cuenta de que había que actuar en ese momento o nunca. Era una jugada

fantástica, fenomenal, teniendo en cuenta todas las circunstancias: Donald, que ha caído en desgracia; mandan llamar al abogado; al mismo tiempo, nos mandan llamar a Herbert y a mí… y encima, la manera cómo me sonrió el viejo cuando me saludó. Todo el mundo diría que estoy loco por correr semejante riesgo, pero así se hacen las grandes fortunas cuando uno está lo suficientemente loco como para saberse anticipar a los acontecimientos.» Resumiendo, estamos ante la vanidad de adivinar el futuro, ante la megalomanía del jugador. Cuando más incongruente sea la coincidencia, más inmediatamente se toma la decisión y más probable es que se aproveche rápidamente la ocasión. Lo accidental, la trivialidad de la mancha blanca y el agujero en medio del seto, le embriagaron como si fuera la visión del deseo del mundo. ¡Cualquiera que fuera tan inteligente como para darse cuenta de semejante combinación de casualidades, tendría que tener valor para hacer uso de ellas! Así es como el demonio le habla al jugador. Pero ni el propio demonio le habría sugerido a ese pobre desgraciado que cayera tan bajo como para matar deliberadamente a su anciano tío, del que siempre había tenido la esperanza de heredar algo. Eso habría sido demasiado respetable.

Guardó un momento de silencio, y luego prosiguió recalcando parsimoniosamente las palabras:

—Y ahora trate de recordar la escena, tal y como usted la presenció. Estaba allí, sumido en el vértigo de su diabólica oportunidad, y alzó la vista y vio la extraña silueta que bien pudiera ser la imagen de su propia alma que se tambaleaba; un gran peñasco peligrosamente colocado sobre otro, como una pirámide invertida, y recordó que se llamaba la Roca de la Fortuna. Ya puede usted suponerse cómo interpretó un tipo así semejante símbolo. Me imagino que lo incitó a actuar, pero también a obrar con precaución. Quien pretendiera llegar a ser una torre, no debía temer ser una torre derribada. Sea como fuere, el caso es que entró en acción. El siguiente problema era borrar las huellas. Si le encontraban el bastón de estoque, y encima ensangrentado, tenía todas las de perder en las investigaciones que con toda seguridad se llevarían a cabo inmediatamente. Si lo escondía en algún sitio, tarde o temprano lo encontrarían y se enterarían de quién era su dueño. Incluso si lo tiraba al mar, alguien se daría cuenta de ello y le parecería raro…, a menos que se le ocurriera una manera más natural de disimularlo. Y ya sabe usted que se le ocurrió, y fue una idea estupenda. Como era el único que llevaba reloj, les dijo a ustedes que todavía no era hora de regresar a casa, de modo que siguieron paseando y se inventó el juego de tirarle el bastón al perdiguero

para que lo fuera a buscar. ¡Pero se puede uno imaginar que sus ojos recorrerían siniestramente aquella playa solitaria antes de posarse en el perro!

Fiennes asintió con la cabeza, con la mirada perdida en el espacio. Sus pensamientos, al parecer, se desviaron hacia un aspecto menos práctico del relato, porque comentó:

—Tiene gracia que al fin y al cabo el perro tuviera algo que ver en toda esta historia.

—El perro le podía haber contado casi todo si fuera capaz de hablar —dijo el sacerdote—. De lo único de que me quejo es de que, porque no sabe hablar, se inventó usted la historia y puso en su boca palabras que son propias de hombres y de ángeles. Es algo que observo cada vez más en el mundo moderno, y que aparece en todos los rumores de los periódicos y en todos los temas de conversación; algo que resulta arbitrario. La gente se traga todo lo que le cuentan sin que se haya demostrado. Es algo que va a acabar con todo su antiguo racionalismo y escepticismo y que sube como la marea; tiene un nombre: superstición.

Se puso en pie bruscamente, con gesto adusto, y siguió hablando casi como si estuviera a solas:

—La primera consecuencia de no creer en Dios es que uno pierde el sentido común y no es capaz de ver las cosas tal y como son. Cualquier cosa que te cuentan y dicen que es muy importante, cobra un valor infinito, como el paisaje de una pesadilla.



Un perro se convierte en oráculo, y un gato en misterio, y un cerdo en mascota, y un escarabajo en animal sagrado, y se resucita todo el *zoo* del politeísmo de Egipto y de la India antigua: el perro Anubis y el gran Pasht de ojos verdes y los sagrados toros mugidores de Basán[33]; y así regresáis a los animales dioses de los primeros siglos y os refugiáis en elefantes y serpientes y cocodrilos; y todo porque no os atrevéis a decir estas cuatro palabras: «Y se hizo Hombre.»

El joven se puso en pie, algo azorado, como si hubiera estado oyendo un soliloquio. Llamó al perro y salió de la habitación despidiéndose con palabras vagas pero afectuosas. Pero tuvo que llamar al perro una segunda vez, porque el animal se había quedado atrás, completamente inmóvil durante un instante, mirando fijamente al Padre Brown como el lobo miraba a San Francisco.

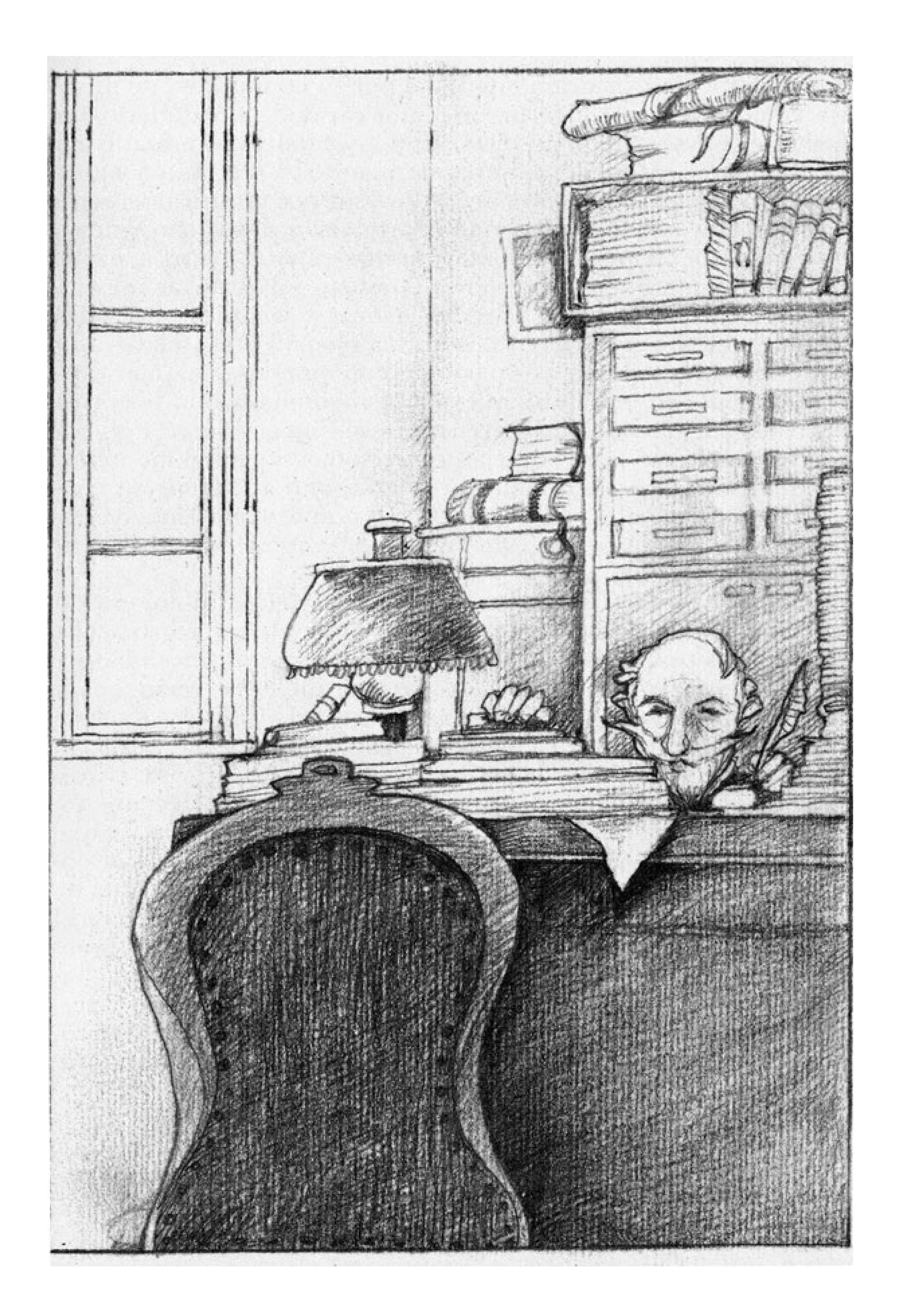
IV

El milagro de la calle de la Media Luna

La calle de la Media Luna se trazó en cierto modo para que fuera tan romántica como su nombre; y las cosas que allí sucedieron fueron, dentro de lo que cabe, bastante románticas. Al menos fue la expresión de ese auténtico elemento sentimental —histórico y casi heroico— que logra mantenerse codo a codo con el espíritu comercial en las ciudades más antiguas de la costa oriental de Norteamérica. En su origen era un semicírculo de arquitectura clásica que verdaderamente recordaba aquel ambiente del siglo XVIII en el que los hombres como Washington y Jefferson[34] eran al parecer tanto más republicanos cuanto más aristócratas. A los forasteros se les preguntaba indefectiblemente qué les parecía nuestra ciudad, dándose por supuesto que habrían de decir lo que les parecía nuestra calle de la Media Luna. Incluso los contrastes que alteran su armonía original eran característicos de su supervivencia. En un extremo de la calle, como si dijéramos en un cuerno de la luna, las dos últimas ventanas daban sobre un terreno cercado que era como un trozo de parque de una mansión señorial, con árboles y setos tan ordenados como si se tratase de un jardín de tiempos de la reina Ana[35]. Pero justo a la vuelta de la esquina, las demás ventanas, incluso de las mismas habitaciones, o mejor dicho «apartamentos», daban al muro, liso y feo, de un enorme almacén anejo a una desagradable industria. En ese extremo de la calle, los apartamentos de la calle de la Media Luna se habían vuelto a construir según el monótono modelo de los hoteles americanos, y tenían una altura que, aunque inferior a la del colosal almacén, les habría valido en Londres el título de rascacielos. Pero la columnata que recorría la fachada de la calle en su parte inferior tenía una dignidad gris y teñida por el tiempo que sugería que los espíritus de los Padres de la República vagaban todavía por entre aquellas piedras. En cuanto a las propias habitaciones, eran tan pulcras y modernas como cabe esperar de los últimos adelantos de Nueva York, sobre todo las del

extremo norte, es decir, las que se encuentran entre el pulcro jardín y la lisa pared del almacén. Consistían en una serie de pisos, como diríamos en Inglaterra, de reducidísimas dimensiones, cada uno de ellos consistente en un cuarto de estar, un dormitorio y un cuarto de baño, todos ellos idénticos, como las celdas de una colmena. En uno de ellos se encontraba el famoso Warren Wynd, sentado ante un escritorio, clasificando cartas y pedidos desparramados con maravillosa celeridad y precisión. Sólo se le podía comparar a un huracán ordenado.

Warren Wynd era un hombrecillo de pelo cano y ralo, que llevaba una barba puntiaguda y tenía un aspecto frágil pero tremendamente activo. Tenía unos ojos maravillosos, más brillantes que las estrellas y más potentes que un par de imanes, que todo aquel que los había visto no podía olvidarlos fácilmente. Y es cierto que en su tarea de reformista y regulador de muchas obras buenas había demostrado que al menos tenía un par de ojos en la cara. Se contaban infinidad de anécdotas y relatos referentes a la milagrosa rapidez con que podía formar un juicio correcto, en particular sobre la naturaleza humana. Decían que había elegido a la mujer que llevaba mucho tiempo ayudándole en sus actividades caritativas, de entre un regimiento de mujeres vestidas de uniforme que desfilaban con motivo de un acontecimiento oficial, según unas versiones de las Exploradoras y según otras de la Policía femenina.



Según otra anécdota, tres mendigos, de aspecto prácticamente igual por su comunidad de miseria y suciedad, fueron a pedirle una caridad. Sin dudarlo un instante, envió a uno de ellos a un hospital especializado en determinada enfermedad nerviosa, mandó al segundo a hacer una cura de desintoxicación de alcoholismo y contrató al tercero, con un buen sueldo, como criado particular a su servicio, puesto que desempeñó perfectamente durante muchos años a partir de ese momento. Naturalmente, tampoco faltaban las inevitables anécdotas sobre sus rápidas críticas y lacónicas y agudas réplicas cuando conoció a Roosevelt, a Henry Ford[36], a la señora Asquith y a todas las demás personas con quienes cualquier norteamericano de pro tiene que haber mantenido una histórica entrevista, al menos en la prensa. Desde luego, no se hubiera sentido amilanado por semejantes personajes; y en el momento en que iniciamos este relato, proseguía imperturbable su centrifugado de papeles, a pesar de que el hombre que tenía delante era un personaje casi tan importante como los anteriores mencionados.

Silas T. Vandam, millonario y magnate del petróleo, era un hombre enjuto, de rostro amarillento y pelo de un negro azulado, colores que resultaban menos manifiestos y, sin embargo, algo más siniestros porque su rostro y su silueta se veían a contraluz, recortándose sobre la ventana y la pared blanca del almacén de enfrente; vestía un elegante abrigo con vueltas de astracán, que llevaba abotonado de arriba abajo. Por el contrario, el rostro vivo y los brillantes ojos de Wynd estaban perfectamente iluminados por la luz que entraba por la otra ventana, la que daba al jardincillo, pues su butaca y su escritorio estaban orientados hacia esta ventana; y aunque tenía cierta expresión de preocupación, no parecía que el motivo de la misma fuera el millonario. El mayordomo, o criado personal de Wynd, un hombre grueso y corpulento, con pelo rubio y aplastado, se encontraba en pie, detrás de la mesa de su amo, con un fajo de cartas en la mano; y el secretario particular de Wynd, un joven pulcro, pelirrojo y de rostro anguloso, tenía ya la mano en el picaporte de la puerta, como anticipando algún propósito u obedeciendo alguna indicación de su jefe. La habitación, además de pulcra, era de una austeridad rayana en lo vacío (la carencia de objetos); porque Wynd, con su característica minuciosidad, había alquilado todo el piso de arriba, que había convertido en una especie de desván o almacén, y en donde tenía todos los demás papeles y posesiones guardados en cajas y liados en fardos.

—Déle usted eso al conserje de planta —dijo Wynd al criado que tenía las cartas en la mano— y luego tráigame el folleto de las salas de fiesta de Mineápolis; lo encontrará en la carpeta de la «G». Lo necesito dentro de

media hora, pero entretanto no me moleste. Bueno, señor Vandam, su propuesta me parece muy prometedora; pero no puedo darle una respuesta definitiva hasta que no vea el informe. Espero tenerlo mañana por la tarde, y le telefonearé en seguida. Siento mucho no poder decirle nada más concreto de momento.

Al señor Vandam le dio la impresión de que lo estaba echando muy finamente; y su rostro cetrino y saturnino dejo traslucir que encontraba la situación no exenta de ironía.

—Bueno, entonces será mejor que me vaya —dijo.

—Muchas gracias por venir a verme, señor Vandam —dijo Wynd con toda cortesía—; me perdonará que no salga a despedirle, pero tengo que resolver una cosa muy urgente. Fenner —añadió dirigiéndose al secretario—, acompañe usted al señor Vandam hasta su coche, y no vuelva hasta dentro de media hora. Quiero resolver unos temas yo solo; luego venga a echarme una mano.

Los tres hombres salieron juntos al pasillo, cerrando la puerta al salir. Wilson, el corpulento criado, fue por el pasillo hacia donde se encontraba el conserje de planta y los otros dos se dirigieron en sentido opuesto hacia el ascensor, pues el apartamento de Wynd se encontraba en el piso catorce. No se habían apartado ni un metro de la puerta del apartamento cuando se dieron cuenta de que el pasillo estaba dominado por un personaje que avanzaba con aspecto impresionante. Era un hombre muy alto, de anchos hombros, y resultaba todavía más voluminoso y llamativo porque iba vestido de blanco, o de un gris tan claro que parecía blanco, con un sombrero de pajilla de ala muy ancha y un halo de pelo también blanco. Enmarcado por semejante aureola, su rostro, enérgico y atractivo, recordaba al de un emperador romano, aunque la vivacidad de sus ojos y la placidez de su sonrisa le conferían un aspecto más juvenil, incluso algo infantil.

—¿Está el señor Warren Wynd en el despacho? —preguntó con gran efusión.

—El señor Warren Wynd está ocupado —le dijo Fenner—; ha dado órdenes terminantes de que no se le moleste. Soy su secretario, así que si quiere dejarme algún recado…

—El señor Warren Wynd no recibe más que al Papa o las testas coronadas —dijo Vandam, el magnate del petróleo, con agria sonrisa—. El señor Wynd es muy especial. Fui a verle para entregarle la tontería de veinte mil dólares, bajo determinadas condiciones, y me dijo que volviera otro día, como si yo fuera el chico de los recados.

—Es estupendo ser un chico —dijo el desconocido—, y todavía mejor llevar un recado; yo traigo precisamente un recado que no tiene más remedio que escuchar. Es un recado del lejano Oeste, un gran país en el que se está forjando la auténtica América, mientras todos ustedes están aquí roncando. Dígale usted que Art Alboin, de Oklahoma City[37], ha venido a convertirle.

—Ya le he dicho que no recibe a nadie —replicó secamente el secretario pelirrojo—. Ha dicho que no le moleste nadie durante media hora.

—A ustedes, los del Este, no les gusta nada que los molesten —dijo el jovial Alboin—, pero me parece a mí que se va a levantar un vendaval por el Oeste que les va a molestar un rato largo. Estará calculando cuánto dinero tiene que asignar a todas esas religiones antiguas y pasadas; pero miren bien: cualquier proyecto que haga caso omiso del movimiento del Gran Espíritu de Texas y Oklahoma es que no tiene en cuenta la religión del futuro.

—Bah, ya conozco yo esas religiones del futuro —dijo el millonario con aire despectivo—. Las he estudiado con lupa, y tienen menos sustancia que un perro sarnoso (y son todas más falsas que…). Había la mujer aquella que se llamaba Sofía, aunque mejor le quedaría el nombre de Safira[38], digo yo. Menuda filfa. Tiraban de las mesas y de las panderetas con una cuerda. Y luego estaban los de la Vida Invisible, contando que podían desaparecer cuando se les antojara; ya lo creo que desaparecieron, y con ellos cien mil dólares míos. En Denver conocí a Júpiter Jesús; charlé con él semanas y semanas, y al final resulta que era un sinvergüenza vulgar y corriente. Igual que el Profeta de la Patagonia; seguro que ha salido a escape para allá. No, a mí ya no me la dan con ésas; a partir de ahora sólo creo lo que veo. Me parece que a eso lo llaman ateísmo.

—Ya veo que no me ha entendido usted —dijo el hombre de Oklahoma con mucho interés—. Creo que soy tan ateo como usted. En nuestro movimiento no hay nada de sobrenatural ni de supersticiones; nada más que pura ciencia. La única ciencia válida es la salud, y la única salud auténtica está en respirar. Se llena uno los pulmones con el aire puro de la pradera y puede uno echar de un soplo estas viejas ciudades del Este al mar. Y sus importantes ciudadanos salen volando como un vilano del cardo. Eso es lo que nosotros hacemos en este movimiento nuevo: respiramos. No rezamos; respiramos.

—Muy bien, me alegro mucho —dijo el secretario, un poco harto.

Tenía un rostro vivo, inteligente, que apenas podía ocultar su aburrimiento; pero había escuchado ambos monólogos con la admirable

paciencia y cortesía (muy diferente con la fama de impaciencia e insolencia) con que se soporta este tipo de monólogo en Norteamérica.

—Nada sobrenatural —prosiguió Alboin—, sino un hecho tremendamente natural después de todas las fantasías sobrenaturales. ¿Para qué querían los judíos un Dios sino para que soplara en la nariz del hombre aliento de vida? Nosotros, en Oklahoma, soplamos en nuestras propias narices. ¿Sabe usted lo que quiere decir Espíritu? Viene de una palabra griega que significa ejercicios de respiración. Vida, progreso, profecía, todo queda reducido a respirar.

—No faltará quien diga que es viento y nada más —dijo Vandam—; pero al menos me alegro de que hayan prescindido de la engañifa de la divinidad.

En el inteligente rostro del secretario, bastante pálido por contraste con su cabello rojo, apareció brevemente una extraña expresión que parecía indicar cierta amargura oculta.

—Yo no me alegro —les dijo—, pero estoy seguro de que es así. Parece que ustedes disfrutan con ser ateos; a lo mejor es que no creen más que lo quieren creer. Pero ojalá hubiera un Dios; lo malo es que no lo hay. Peor para mí.

Sin que hubieran percibido el menor ruido o movimiento, todos se dieron cuenta en aquel momento de que el grupo que se encontraba a la puerta de Wynd había pasado silenciosamente de estar compuesto por cuatro personas en lugar de tres. Ninguno de los tres hombres que tan acaloradamente discutían tenía ni idea del tiempo que llevaba allí el cuarto personaje, pero tenía todo el aspecto de llevar algún rato aguardando respetuosamente, y hasta con cierta timidez, a que se le presentara la oportunidad de poder decir algo urgente. A los otros, que estaban algo exasperados, les dio la impresión de que había surgido de repente y sin hacer el menor ruido, como un hongo. Y la verdad es que tenía un aspecto bastante parecido al de un gran hongo negro, pues era muy bajito y su rechoncha figura quedaba eclipsada bajo su gran sombrero de teja; el parecido habría sido todavía mayor si los hongos tuvieran la costumbre de llevar paraguas, aunque fuera uno tan viejo y destartalado como el de nuestro personaje.

Fenner, el secretario, experimentó además una sorpresa adicional, pues se dio cuenta de que tenía delante a un sacerdote; pero cuando el sacerdote volvió hacia él su redondo rostro bajo el redondo sombrero y le preguntó con la mayor inocencia por el señor Warren Wynd, le contestó con la misma negativa que a los anteriores, aunque esta vez con mayor sequedad. Pero el sacerdote siguió en sus trece y le dijo:

—Mire: lo que quiero es ver al señor Wynd. Aunque le parezca raro, no quiero más que eso. No crea que quiero hablarle. Sólo quiero verle. Quiero ver si se le puede ver ahí dentro.

—Oiga, le digo que está ahí dentro, pero que no puede verle —respondió Fenner, cada vez más irritado—. ¿A qué se refiere usted con eso de que quiere ver si se le puede ver ahí dentro? Claro que está ahí dentro. Acabamos de dejarle detrás de esa puerta hace cinco minutos, y no nos hemos movido de aquí desde ese momento.

—Bueno, pues yo quiero ver si está bien —dijo el sacerdote.

—¿Por qué? —preguntó, exasperado, el secretario.

—Porque tengo un motivo grave, incluso diría yo solemne, para dudar de que se encuentre bien —dijo el sacerdote muy serio.

—¡Válgame Dios! —exclamó furioso Vandam—. Ya está bien de supersticiones.

—Ya veo que tendré que explicarles mis razones —observó el curita muy serio—. Supongo que no me dejará siquiera que mire por la rendija de la puerta a menos de que se lo cuente todo.

Se quedó un momento callado, como si estuviera meditando, y luego prosiguió, sin fijarse en la sorpresa que se reflejaba en los rostros que tenía a su alrededor.

—Iba yo paseando por delante de la columnata cuando vi a un pobre harapiento que daba la vuelta a la esquina a todo correr. Echó a andar por la acera donde yo me encontraba y me di cuenta de que era un tipo flaco cuyo rostro me resultaba familiar. Se trataba de un irlandés de conducta algo disoluta al que en cierta ocasión eché yo una mano; no les voy a decir su nombre. Cuando me vio, se detuvo tambaleándose, me llamó por mi nombre y dijo: «Vaya por Dios, pero si es el Padre Brown; es usted la única persona que me daría miedo encontrarme hoy.» Por sus palabras, deduje que habría estado haciendo alguna barbaridad, y no creo que mi persona le diera miedo alguno, porque en seguida se puso a contarme lo que había hecho. Que desde luego era algo de lo más extraño. Me preguntó si conocía a Warren Wynd, y yo le dije que no, aunque sabía que vivía en uno de aquellos pisos de arriba. Entonces me dijo: «Es un tipo que se cree que es un santo de Dios; pero si supiera lo que yo he estado diciendo de él, seguro que se ahorcaba —y repitió varias veces muy excitado—: Seguro que se ahorcaba.» Le pregunté si le había hecho algo a Wynd y me contestó una cosa muy rara. Me dijo: «Cogí una pistola y la cargué, no con una bala ni con un balín, sino con una maldición.» Según pude deducir, lo único que hizo fue bajar por el callejón

que hay entre este edificio y el almacén, con una pistola cargada con balas de fogueo, y disparar a la tapia, como si con eso fuera a derribar el edificio. «Pero al disparar —me dijo—, le eché la gran maldición de que la justicia de Dios lo agarre por los pelos y la venganza del infierno lo coja por los pies, y lo descuarticen vivo como a Judas, para que no se le vuelva a ver por este mundo.» Bueno, no viene a cuento ahora lo que le dije a ese pobre desgraciado; el caso es que se marchó un poco más tranquilo, y yo me dirigí a la parte de atrás del edificio para echar un vistazo. Desde luego, en el callejón que hay al pie de este muro había una pistola antigua y oxidada, tirada en el suelo; entiendo de armas lo suficiente para saber que la habían cargado sólo con un poco de pólvora; había unas manchas negras de pólvora y humo en el muro, e incluso la marca de la boca del cañón del arma, pero ni el menor rastro de bala. No había dejado ninguna huella destructiva, en realidad, no había dejado huella alguna, a excepción de aquellas manchas negras y la negra maldición que había lanzado al cielo. Así que me decidí a subir a preguntar por el tal Warren Wynd, a saber si se encuentra bien.

Fenner, el secretario, se echó a reír y dijo:

—Bueno, en seguida lo saco de dudas. Le aseguro que se encuentra perfectamente; lo dejamos sentado escribiendo hace unos minutos. Estaba solo en el piso, que está a unos cien metros por encima de la calle, y quedaba sentado de tal forma que nadie podría alcanzarle, aunque le dispararan con otra cosa que las balas de fogueo de su amigo. No hay manera de acceder al piso como no sea por esta puerta, y estamos aquí de pie desde que salimos del despacho.

—Con todo y con eso —dijo el Padre Brown muy serio—, me gustaría echar un vistazo.

—Pues le digo que no puede ser —replicó el otro—. Válgame Dios, no irá usted a decirme que se cree lo de la maldición.

—Olvida usted —intervino el millonario con gesto despectivo— que el reverendo se dedica básicamente a lo de las bendiciones y maldiciones. Mire usted, caballero: si le han echado la maldición de que se lo lleven los demonios, ¿por qué no lo bendice usted para contrarrestar? ¡No me irá usted a decir que sus bendiciones no tienen más poder que las maldiciones de un rufián irlandés!

—¿Pero es que todavía hay gente que siga creyendo en esas cosas? —preguntó el del Oeste.

—Me parece que el Padre Brown cree en un montón de cosas —dijo Wandam, cuyo genio se resentía por el anterior desaire y el presente altercado

—. El Padre Brown cree que un ermitaño cruzó un río a lomos de un cocodrilo surgido de la nada, y luego le ordenó al cocodrilo que se muriera y el bicho la palmó. El Padre Brown cree que uno de esos benditos santos murió y su cadáver se convirtió en tres cadáveres que están en tres parroquias diferentes, y las tres se empeñan en decir que el santo era de aquel lugar. El Padre Brown cree que un santo colgó su capa de un rayo de sol, y otro se sirvió de la suya como barco para cruzar el Atlántico. El Padre Brown cree que el asno sagrado tenía seis patas, y que la casa de Loreto[39] salió volando por los aires. Cree en cientos de vírgenes de piedra que se pasan el día guiñando el ojo y lloriqueando. No le cuesta ningún trabajo creer que un hombre pueda salir huyendo por el ojo de una cerradura, o esfumarse de una habitación cerrada a cal y canto. Me parece a mí que no siente mucho respeto por las leyes de la naturaleza.

—Pues yo tengo que respetar absolutamente las leyes de Warren Wynd —dijo el secretario harto del tema—, y si él dice que hay que dejarlo solo, hay que dejarlo. Wilson puede ratificar mis palabras.

En ese momento, el corpulento criado que había ido a buscar el folleto pasó tan tranquilo por el pasillo, llevando en la mano el folleto, pero sin detenerse para nada ante la puerta.

—Ya verán cómo va a sentarse en el banco que hay al lado del conserje de planta y se está mano sobre mano hasta que lo manden llamar; pero seguro que no se le ocurre entrar antes; ni a mí tampoco. Los dos sabemos muy requetebién lo que nos conviene, y el Padre Brown tendría que recurrir a una legión de ángeles y santos para hacer que se nos olvidara.

—Pues por ángeles y santos, que… —comenzó a decir el sacerdote.

—Qué tontería —replicó Fenner—. No quiero ofender a nadie, pero esas cosas están muy bien en criptas y claustros, y todos esos sitios a la luz de la luna. Pero los fantasmas no pasan por una puerta cerrada en un hotel norteamericano.

—Mire usted: cualquier persona puede abrir una puerta, aunque sea en un hotel norteamericano —replicó el Padre Brown sin perder la paciencia—. Y a mí me parece que lo más simple sería abrirla.

—Sí, lo más simple para que a mí me despidieran —respondió el secretario—, y a Warren Wynd no le gusta que sus secretarios sean demasiado simples. Desde luego no tan simples como para que se crean el cuento chino que por lo visto se ha creído usted.

—Está bien —dijo el sacerdote muy serio—, reconozco que creo en muchísimas cosas en las que ustedes seguramente no creen. Pero me llevaría

mucho tiempo explicarles todas las cosas en las que creo, así como los motivos en que me baso para pensar que tengo razón en lo que les digo. En cambio, ustedes no necesitan más que dos segundos para abrir esa puerta y demostrar que estoy equivocado.

Había algo en su frase que al parecer agradó al espíritu aventurero e inquieto del hombre del Oeste.

—He de admitir que me encantaría poder demostrar que está usted equivocado —dijo Alboin, alejándose del grupo de repente—, y lo voy a hacer.

Abrió la puerta del apartamento de golpe y echó un vistazo al interior. La primera ojeada bastó para comprobar que la butaca de Warren Wynd estaba vacía. A la segunda ojeada quedó de manifiesto que la habitación también estaba vacía.

Fenner, que de repente había recuperado todas sus energías, pasó por delante del otro y entró en el apartamento.

—Estará en el dormitorio —dijo escuetamente—, tiene que estar allí.

Y desapareció en la otra habitación, mientras los demás se quedaban en la salita exterior, mirando a su alrededor. Volvió a sorprenderles, con la fuerza de un reto, la austeridad y la sencillez con que estaba amueblada y que ya habían advertido anteriormente. Desde luego, en aquella habitación no podía esconderse ningún ratón, cuanto menos una persona. No había cortinas y, cosa poco habitual en las viviendas norteamericanas, tampoco había armarios. Incluso el escritorio era una sencilla mesa con un gran cajón y una tapa inclinada. Las sillas eran duros armazones de respaldo alto. Al cabo de un momento, el secretario volvió a aparecer en la puerta del dormitorio, tras haber registrado las dos habitaciones interiores. Sus sorprendidos ojos expresaban una negativa, y su boca, como movida por un resorte mecánico, sólo acertó a decir:

—No habrá salido por aquí, ¿verdad?

A los demás ni siquiera les pareció necesario contestar a aquella pregunta con una negativa. Era como si sus mentes se hubieran estrellado contra el muro blanco del almacén que se veía por la ventana opuesta, y cuyo color iba tornando paulatinamente del blanco al gris según se desvanecía la luz de la tarde. Vandam se acercó al alféizar de la ventana en el que se había apoyado media hora antes y echó un vistazo al exterior. No había ni canalón de desagüe ni escalera de incendio, ni punto alguno donde apoyarse en el muro que bajaba hasta el callejón; nada en absoluto que pudiera dar pie a alguna teoría similar a la de otros relatos por el estilo. En el otro lado de la calle

había todavía menos variaciones; sólo se veía la aburrida superficie del muro encalado. Miró hacia abajo, como si esperara descubrir en el callejón el cadáver del desaparecido filántropo, que hubiera optado por suicidarse, pero no alcanzó a ver otra cosa que un pequeño objeto oscuro que, aunque reducido por la distancia, bien podía ser la pistola que el sacerdote había visto en el suelo. Mientras tanto, Fenner se había acercado a la otra ventana, abierta sobre un muro igualmente liso e inaccesible, pero que daba, no a la calle, sino a un cuidado parquecillo. Un grupo de árboles impedía ver el suelo, pero su altura era insignificante comparada con el acantilado de construcciones humanas. Los dos hombres dieron media vuelta y se quedaron frente a frente en medio de aquella penumbra que iba agrisando rápidamente los últimos rayos plateados de luz que se reflejaban sobre las relucientes superficies de las mesas y escritorios. Como si le irritara la luz crepuscular, Fenner tocó el interruptor y la escena cobró sorprendentemente volumen bajo la nitidez de la luz eléctrica.

—Como decía usted hace un momento —dijo Vandam en tono sombrío —, desde abajo ningún disparo podía haberle alcanzado, aun en el supuesto caso de que hubiera una bala en el arma. Pero es que, aunque le hubieran metido una bala en el cuerpo, no iba a desaparecer como una pompa de jabón.

El secretario, más pálido que nunca, miraba con irritación el bilioso rostro del millonario.

—¿Pero de dónde se saca usted que haya muerto? ¿Quién habla aquí de balas ni de pompas de jabón? ¿Por qué iba a estar muerto?

—¿Por qué iba a estarlo? —replicó Vandam sin alterarse—. Y si usted me dice dónde está, yo le cuento cómo llegó hasta allí.

Tras un momento de silencio, el secretario musitó malhumorado:

—Supongo que tiene usted razón. Estamos ante una cuestión muy relacionada con lo que antes comentábamos. Tendría maldita la gracia que usted, o incluso yo mismo, tuviéramos que admitir que las maldiciones existen. Pero ¿quién pudo hacer daño a Wynd, encerrado aquí arriba?

El señor Alboin, de Oklahoma, llevaba un buen rato plantado en medio de la habitación con las piernas abiertas, y el halo de su pelo y sus redondos ojos parecían expresar todo su asombro. En ese preciso momento dijo, en tono ausente y con el improcedente atrevimiento de un *enfant terrible*[40]:

—A usted no le caía nada bien, ¿eh, señor Vandam?

—Si empezamos a hacer conjeturas, creo recordar que fue usted el que dijo que el viento del Oeste podía barrer a nuestros personajes como si fueran vilanos de cardo.

—Pues sí que lo dije —asintió el del Oeste con toda ingenuidad—, pero ya me explicará cómo demonios pude haber hecho esto.

El silencio que se produjo a continuación quedó roto por la voz de Fenner, que dijo con una brusquedad que lindaba con la violencia:

—Con respecto a este asunto, sólo cabe decir una cosa. Y es que no se ha producido, no puede haberse producido.

—Ya lo creo —dijo el Padre Brown desde un rincón—; claro que se ha producido.

Todos se sobresaltaron, porque la verdad es que se habían olvidado por completo del insignificante personaje que les había convencido para que abrieran la puerta. Y el movimiento de recuperación de memoria se vio acompañado de un brusco cambio de actitud en todos ellos; pues de repente se acordaron de que lo habían rechazado como si fuera un soñador supersticioso por haberles insinuado que había sucedido algo que luego ocurrió delante de sus narices.

—¡Rayos! —exclamó el impetuoso hombre del Oeste, como quien no puede frenar sus palabras—. ¡Mira que si al final este señor tenía razón!

—He de admitir —dijo Fenner mirando la mesa con el ceño fruncido— que, al parecer, las premoniciones de su reverencia no carecían de fundamento. No sé si tendrá algo más que decirnos.

—A lo mejor se le ocurre decirnos qué diablos tenemos que hacer ahora —dijo Vandam en tono sardónico.

El sacerdote asumió su situación con humildad, pero con gran sentido práctico.

—Lo único que se me ocurre —les dijo— es comunicar a las autoridades lo que ha sucedido aquí, y luego ir a ver si hay más huellas del hombre que efectuó el disparo. Desapareció por la otra punta de la calle, por donde está ese jardincillo. Hay allí unos bancos, y es un lugar muy frecuentado por los vagabundos.

Les llevó un buen rato establecer contacto directo con la dirección del hotel, y a través de ésta, contacto indirecto con las autoridades de la policía; de modo que ya era casi noche cerrada cuando salieron a la alargada curva clásica de la columnata. La calle tenía el mismo aspecto frío y cóncavo de la media luna que le da su nombre y, en el momento en que doblaban la esquina junto al parquecillo, el astro se alzaba luminoso y espectral tras las copas de los árboles. La noche velaba gran parte de lo que en aquel lugar había de artificial y urbano; y cuando se fundieron con las sombras de los árboles, tuvieron la extraña sensación de que de repente se encontraban a muchos

ciento de kilómetros de sus respectivos hogares. Cuando llevaban u ratito caminando en silencio, Alboin, que era quizás algo primitivo, estalló de repente.

—Me rindo —exclamó—, reconozco que me han dado jaque mate. Nunca pensé que llegaría a esto, pero ¿qué puede uno hacer cuando las cosas se ponen así? Le ruego que me disculpe. Padre Brown; confieso que es la primera noticia que tengo de usted y de sus cuentos chinos; pero de ahora en adelante, me los creo todos, de pe a pa. Vamos a ver, señor Vandam: decía usted que era ateo y que sólo cree lo que ve. Dígame: ¿qué vio usted? O mejor dicho: ¿qué fue lo que no vio usted?

—Ya sé —dijo Vandam, asintiendo con la cabeza con aire taciturno.

—Bah, nos estamos poniendo nerviosos, y es por culpa de la luna y de los árboles —insistió obstinadamente Fenner—. Los árboles siempre tienen un aspecto raro a la luz de la luna, con las ramas extendidas como reptiles. Fíjense en ésa…

—Sí —dijo el Padre Brown deteniéndose en seco a observar la luna a través de unas enmarañadas ramas—. Qué rama tan rara hay allá arriba.

Al cabo de un momento de silencio, dijo escuetamente:

—Pensé que era una rama quebrada.

Pero había un ligero tono en su voz que hizo que sus acompañantes se estremecieran involuntariamente. Algo parecido a una rama seca colgaba fláccidamente del árbol, cuya oscura silueta se recortaba sobre la luna; pero no era una rama seca. Cuando se aproximaron, Fenner dio un salto hacia atrás al tiempo que se le escapaba un sonoro juramento. Luego echó a correr hacia el árbol y aflojó la soga que tenía al cuello aquel pobre cuerpo que se balanceaba coronado por un caído penacho de pelo gris. Adivinó que el cuerpo estaba muerto aun antes de que lograra descolgarlo del árbol. Una larguísima soga estaba liada alrededor de las ramas, y un trozo relativamente corto de la misma caía desde la horqueta de la rama hasta el cuerpo. Debajo de los pies del cadáver se veía una manguera de jardín, enrollada hasta la altura de casi un metro, como si fuera el taburete que derriba un suicida cuando se ahorca.

—¡Hay Dios mío! —exclamó Alboin en un tono que más parecía una oración que un juramento—. ¿Qué fue lo que dijo aquel hombre…? «Si lo supiera, seguro que se ahorcaba.» ¿No fue eso lo que dijo, Padre Brown?

—Sí —respondió el Padre Brown.

—Bueno, nunca pensé que llegaría a ver o afirmar semejante cosa —dijo Vandam en tono apagado—, pero ¿qué otra cosa se puede decir sino que la

maldición tuvo su efecto?

Fenner estaba en pie y se cubría la cara con las manos; el sacerdote le puso una mano sobre el brazo y le dijo con dulzura:

—¿Le tenía usted un gran afecto?

El secretario dejó caer las manos y su pálido rostro adquirió un tono fantasmal bajo la luz de la luna. Luego dijo:

—Le odiaba; y si lo mató una maldición, bien pudiera ser alguna mía.

Se acentuó la presión de la mano del sacerdote sobre su brazo; luego el Padre Brown dijo, con una gravedad que hasta entonces apenas había aparecido en sus palabras:

—No fue su maldición; no se preocupe, por favor.

La policía del distrito no sabía cómo tratar a los cuatro testigos implicados en el caso. Todos ellos eran gente conocida y muy decente, en el sentido habitual de la palabra; y uno de ellos era una persona de considerable poder e importancia: Silas Vandam, del Consorcio del Petróleo. El primer agente que pretendió expresar su escepticismo sobre el caso hizo que inmediatamente salieran chispas del acero que había en el cerebro de aquel magnate.

—No me venga usted con que hay que atenerse a los hechos —le dijo el millonario con aspereza—; desde antes de que usted naciera, llevo yo ateniéndome a mucho hechos, aunque algunos hechos han tenido que atenerse a lo que yo dijera. Le voy a explicar los hechos de cabo a rabo, y tenga usted buen cuidado de anotarlos exactamente.

El policía en cuestión era joven y desempeñaba un cargo de escasa responsabilidad; además, tenía la vaga impresión de que el millonario era demasiado político como para que se le pudiera tratar igual que a un ciudadano vulgar; de modo que los remitió, a él y a sus compañeros, a un superior más imperturbable, un tal inspector Collins, un hombre de pelo entrecano y una manera de hablar agradable pero inflexible; como quien se sabe cordial, pero no está dispuesto a escuchar tonterías.

—Vaya, vaya —les dijo, observando a los tres personajes que tenía ante él con ojos un tanto burlones—; así que estamos ante una historia de lo más divertida.

El Padre Brown ya se había marchado, dispuesto a dedicarse a sus tareas cotidianas; pero Silas Vandam había suspendido durante una hora el gigantesco negocio de los mercados para ir a prestar declaración sobre su extraordinaria experiencia. En cuanto al trabajo de Fenner como secretario, se puede decir que había concluido al mismo tiempo que la vida de su jefe; y el famoso Art Albion, que no tenía nada que hacer ni en Nueva York ni en

ningún otro sitio, salvo divulgar la religión de la Respiración Vital o el Gran Espíritu, no tenía de momento mayor motivo para dedicarse a otra cosa que lo que le tenía inmediatamente ocupado. De modo que los tres se encontraban en hilera en el despacho del inspector, dispuestos a corroborar las palabras que cada uno decía.

—Antes de empezar —les dijo el inspector en tono jovial—, será mejor que les diga que más vale que no vengan con historias de milagros. Soy una persona práctica, además de policía, y me parece que todo eso son cosas de curas y de clérigos. Parece ser que el sacerdote ése les tiene a todos ustedes muy soliviantados con la historia de una muerte y un juicio espeluznantes; pero voy a dejarle, a él y a su religión, al margen de todo este asunto. Si Wynd salió de aquella habitación, es porque alguien le dejó salir. Y si Wynd apareció colgado de aquel árbol, es porque alguien lo colgó del mismo.

—Claro que sí —dijo Fenner—; pero si nosotros le aseguramos que nadie le dejó salir, habrá que preguntarse cómo pudo haberle colgado alguien allá fuera.

—¿Cómo puede uno tener una nariz en la cara? —preguntó el inspector —. Él tenía una nariz en la cara, y un nudo corredizo alrededor del cuello. Éstos son hechos; y como les digo, soy un hombre práctico y me dejo guiar por los hechos. No puede ser un milagro, así que tiene que ser obra humana.

Alboin estaba sentado en segundo término; su corpulenta figura parecía formar un telón de fondo adecuado sobre el que se recortaban las siluetas, más delgadas y vivarachas, de los hombres que tenía delante. Su cabeza blanca estaba inclinada sobre el pecho y medio sumida en meditación; pero cuando el inspector pronunció la última frase, la levantó, sacudiendo su abundante melena con gesto leonino; parecía algo aturdido, pero estaba despierto. Se colocó en primer término, en el centro del grupo, y a los otros les pareció todavía más voluminoso que antes. Se habían sentido fácilmente predispuestos a tomarlo por un necio o por un estafador; pero no mentía cuando dijo que contaba con grandes reservas pulmonares y vitales, comparables a un fuerte vendaval de poniente que un día podría barrer cualquier cosa carente de peso.

—De modo que es usted un hombre práctico, señor Collins —dijo en tono suave y, a la vez, cargado de intencionalidad—. Ya ha repetido usted dos o tres veces en el transcurso de esta breve conversación que es usted un hombre práctico, de modo que no me cabe la menor duda de que debe serlo. Hecho sin duda de lo más interesante para cualquiera que se entretenga en relatar su vida, sus cartas y sus tertulias, con su retrato cuando tenía cinco años, el

daguerrotipo de su abuela y unas fotos de su pueblo; y estoy completamente convencido de que su biógrafo no omitirá mencionar este hecho, ni tampoco el de que era usted chato y tenía una verruga en la nariz, y que estaba usted tan gordo que le costaba trabajo caminar. Y como es usted tan práctico, me figuro que seguirá practicando hasta que logre resucitar a Warren Wynd, y descubra exactamente cómo atraviesa un hombre práctico una puerta maciza. Pero me parece que está usted muy equivocado. Usted no es un hombre práctico. Usted lo que es es una broma pesada. El Señor Todopoderoso nos gastó una broma pesada cuando lo creó a usted.

Con típico sentido teatral, se dirigió muy digno hacia la puerta, antes de que el atónito inspector pudiera articular palabra alguna; y ninguna recriminación posterior logró arrebatarle cierto aire triunfal.

—Creo que tiene usted toda la razón —dijo Fenner—. Si éstos son los hombres prácticos, me quedo con los sacerdotes.

Se intentó llegar a una versión oficial del suceso cuando las autoridades se dieron plenamente cuenta de las personalidades relacionadas con el asunto y de las implicaciones del mismo. La noticia ya había aparecido en la prensa, con unas connotaciones sensacionalistas e incluso descaradamente sobrenaturales. Las entrevistas en las que Vandam relataba su maravillosa aventura, los artículos sobre el Padre Brown y sus intuiciones místicas, acabaron por inducir a quienes se sienten responsables de guiar al público a querer guiarlo por un camino más sabio. En la siguiente ronda se abordó a los incómodos testigos de manera más indirecta y cautelosa. Se les dijo, como quien no quiere la cosa, que el profesor Vair tenía muchísimo interés en experiencias tan fuera de lo corriente como aquélla, y que le interesaba sobremanera un caso tan sorprendente como el que había presenciado. El profesor Vair era un prestigioso psicólogo, famoso por su imparcial interés por la criminología; poco tiempo después descubrieron que tenía cierta relación con la policía.

El profesor Vair era un caballero cortés, discretamente vestido con traje gris pálido, y que lucía una artística corbata y una elegante perilla; quien no estuviera familiarizado con cierto tipo de catedráticos lo habría tomado por un paisajista. Daba la impresión de ser una persona no sólo cortés, sino además sincera.

—Sí, sí, ya comprendo —les dijo sonriendo—; ya me imagino lo que habrán tenido que aguantar. La policía no se destaca precisamente por sus pesquisas de tipo sobrenatural, ¿verdad? Por supuesto, el bueno de nuestro amigo Collins dijo que sólo le interesaban los hechos. ¡Error supino! En un

caso como el que nos ocupa, resulta más que evidente que *no* debemos limitarnos a los hechos, ya que las impresiones personales son mucho más importantes.

—¿Está usted insinuando —preguntó Vandam muy serio— que lo que nosotros definimos como hechos no son más que impresiones personales?

—Nada de eso —dijo el profesor—; lo único que quería decirles es que la policía es estúpida por creer que en estos temas se puede descartar el elemento psicológico. Naturalmente, el elemento psicológico es fundamental en cualquier tema, aunque la gente apenas se ha dado cuenta de ello hasta ahora. Para empezar, vamos a analizar el elemento denominado personalidad. Ya había oído hablar del sacerdote, el Padre Brown; es uno de los hombres más notables de nuestros tiempos. Las personas como él tienen una especie de aureola a su alrededor y no se sabe hasta qué punto los nervios, e incluso los sentidos, de las personas que lo tratan se ven alterados momentáneamente por dicha aureola. La gente se queda hipnotizada…, sí, hipnotizada; porque el hipnotismo, como todo, es una cuestión de graduación; interviene ligeramente en todas las conversaciones cotidianas; no es necesariamente un espectáculo que un señor vestido de frac presenta en el escenario de un teatro. La religión del Padre Brown siempre comprendió la psicología de determinados ambientes, y sabe cómo resultar atractiva siempre, incluso, por ejemplo, para el sentido del olfato. Comprende los curiosos efectos que la música produce en los animales y en los seres humanos; es capaz de…

—¡Pero bueno! —protestó Fenner—. ¿No irá usted a pensar que apareció por el pasillo arrastrando un órgano de iglesia?

—Eso sería demasiado burdo —respondió el profesor Vair, echándose a reír—. Sabe perfectamente cómo concentrar la esencia de todos estos sonidos, imágenes, e incluso olores espirituales en unos cuantos ademanes contenidos; es un arte o una ciencia de la expresión corporal. Tiene tal capacidad que pudo haber conseguido, tan sólo con su paciencia, que la mente de ustedes se fijara en lo sobrenatural y no pudiera percibir las cosas naturales que se producían a izquierda y derecha. Bien saben ustedes —prosiguió volviendo a adoptar un tono de animada condescendencia— que cuanto más lo estudiamos, más difícil nos resulta el tema de la percepción humana. De cada veinte personas, ni siquiera hay una que observe realmente las cosas; de cada cien personas, ni siquiera hay una que las observe con toda exactitud; y desde luego, de cada cien, no hay ni siquiera una capaz de observarlas en primer lugar, luego recordarlas y, por último, describirlas. Se han realizado innumerables experimentos científicos que demuestran que una persona

sometida a cierta presión puede haber pensado que una puerta estaba cerrada cuando estaba abierta, o abierta cuando estaba cerrada. Personas que han dado cifras diferentes en cuanto al número de puertas o ventanas de una pared que tenían delante. O que han sufrido alucinaciones ópticas a plena luz del día. Y todo ello sin encontrarse siquiera bajo los efectos hipnóticos de otra personalidad; pero es que, en el caso que nos ocupa, nos hallamos con una personalidad muy fuerte y pensativa, empeñada en transmitirles una imagen; la imagen del indomable rebelde irlandés que, amenazando al cielo con su revólver, dispara una salva de fogueo, cuyos ecos retumban cual truenos celestes.

—Profesor —exclamó Fenner—, se lo juro: que me muera si se abrió aquella puerta.

—Algunos experimentos recientes —prosiguió el profesor sin alterarse— demuestran que nuestra conciencia no es continua, sino una serie de impresiones rápidas, como las imágenes del cine; es posible que algo o alguien se introduzca o desaparezca, por decirlo de algún modo, entre esas escenas actuando sólo cuando se baja el telón. Es muy probable que todo el arte de los prestidigitadores y de los juegos malabares se base en lo que podríamos llamar esos momentos de ceguera que se producen entre los momentos de percepción visual. Supongamos que este sacerdote, predicador de teorías trascendentales, les hubiera llenado de imágenes trascendentales; la imagen de un celta semejante a un titán, capaz de derribar la torre con el poder de su maldición. Probablemente acompañó sus palabras con algún ademán pequeño pero eficaz, haciendo que los ojos y la mente de ustedes se volvieran hacia el desconocido destructor que se encontraba allá abajo. O tal vez sucediera algo, o pasara alguien por el pasillo.

—Wilson, el criado —rezongó Alboin—, pasó por delante de la puerta y fue a sentarse al banco, pero no creo que ello fuera motivo para que nos distrajéramos mucho.

—Será difícil saber cuánto —replicó Vair—; puede haber sido eso, aunque lo más probable es que ustedes siguieran con la vista algún ademán del sacerdote mientras les contaba su cuento mágico. En uno de esos momentos de ceguera, el señor Warren Wynd habrá salido sigilosamente del apartamento para ir al encuentro de la muerte. Ésta es la explicación más probable. Sirve de ejemplo a este nuevo descubrimiento. La mente no es una línea continua, sino más bien una línea de puntos.

—Con muchos puntos —dijo Fenner con un hilo de voz—. O tal vez con muchos agujeros.

—¿No cree usted en realidad que su jefe estaba encerrado en una habitación que es como una caja? —le preguntó Vair.

—Mejor será creer eso que creer que yo tengo que estar encerrado en una habitación que sea como una jaula de locos —respondió Fenner—. Eso es lo que me molesta de sus sugerencias, profesor. Tan dispuesto estoy a creer en un sacerdote que cree en los milagros como a no creer en cualquiera que tenga derecho a creer en los hechos. El sacerdote me dice que un hombre puede apelar a un Dios que es para mí desconocido, con el fin de que le vengue mediante las leyes de una justicia superior, de la que no tengo ni idea. No tengo nada que decir, excepto que no sé nada del tema. Pero al menos, si la oración y el pistoletazo del pobrecillo irlandés se pudieran oír en un mundo superior al nuestro, quiere decir que ese mundo superior puede funcionar de una manera que nos parece extraña. Me pide usted que no crea en los hechos de este mundo según los percibo con mis cinco sentidos. Según usted, toda una procesión de irlandeses cargados con trabucos puede haber pasado por esa habitación mientras nosotros charlábamos, siempre y cuando tuvieran buen cuidado de caminar por los momentos ciegos de nuestra mente. Comparada con lo que usted nos cuenta, la milagrería de hacer que aparezca un cocodrilo o de dejar una capa colgada en un rayo de sol parecen jueguecitos de lo más inocentes.

—Está bien —dijo el profesor Vair en tono tajante—, si están ustedes decididos a creer en ese sacerdote y su milagroso irlandés, no tengo nada más que decir. Desgraciadamente, no han tenido ustedes la oportunidad de poder estudiar psicología.

—No —dijo Fenner tajantemente—, pero he tenido la oportunidad de poder estudiar a los psicólogos.

Y haciendo una inclinación de cortesía, salió de la habitación al frente de la comisión, sin pronunciar palabra alguna hasta que llegaron a la calle; pero una vez allí, se dirigió a ellos en términos explosivos.

—¡Hatajo de chiflados! —exclamó Fenner hecho un basilisco—. ¿Adónde demonios va a ir a parar el mundo si nadie sabe lo que ha visto y lo que no ha visto? Me hubiera gustado volarle la cabeza con una descarga de fogueo, y luego explicarle que lo había hecho en un momento de ceguera. Yo no sé si el milagro del Padre Brown fue un milagro o no, pero anunció que se produciría y se produjo. Pero esa panda de majaderos, de lo único que son capaces es de decir que una cosa que se ha visto que ha sucedido no ha sucedido. No estábamos borrachos. No somos creyentes. Pero sucedió lo que él dijo que sucedería.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —intervino el millonario—. Esto puede ser el comienzo de un gran movimiento de signo espiritual; pero en cualquier caso, el hombre que ya está dentro de ese movimiento espiritual, el Padre Brown, se ha marcado un buen tanto con este asunto.

Unos días más tarde, el Padre Brown recibió una nota muy cortés, firmada por Silas T. Vandam, en la cual se le pedía que, a una hora determinada, se presentara en el apartamento en el que se había producido la desaparición, con el fin de reconstruir, paso a paso, la secuencia de los maravillosos acontecimientos. Dichos acontecimientos ya se habían empezado a divulgar en los periódicos, y los seguían por todo el país las personas aficionadas al ocultismo. Al pasar por la calle de la Media Luna y subir las escaleras en dirección al ascensor, pudo ver los llamativos titulares de prensa, con frases como «Suicidio del Hombre Desaparecido» y «La Maldición que ahorcó al Filántropo». Encontró al grupito prácticamente como lo había dejado: Vandam, Alboin y el secretario; pero el tono en el que se dirigieron a él estaba teñido de un aspecto nuevo, incluso de cierta veneración. Se hallaban de pie, junto al escritorio de Wynd, sobre el que se veía una gran hoja de papel y otros objetos de escribanía, y se volvieron para saludarle.

—Padre Brown —dijo el portavoz, que era el hombre de pelo blanco que había venido del Oeste, y que se veía más aplacado, en vista de su responsabilidad—, le hemos pedido que acudiera a la cita, en primer lugar, para rogarle que nos disculpe y darle a usted las gracias. Reconocemos que fue usted quien, desde el primer momento, percibió el fenómeno espiritual. Todos nosotros somos unos escépticos empedernidos; pero ahora sabemos que es precisó romper esa coraza de escepticismo para llegar a conocer las cosas maravillosas que tienen lugar en el otro mundo. Usted defiende estas cosas; usted defiende la explicación sobrenatural de las cosas; y eso tenemos que reconocérselo a usted. En segundo lugar, pensamos que este documento no estaría completo si en él no figurara la firma de usted. Exponemos los hechos a la Sociedad de Investigación Psíquica, porque nos parece que las noticias que se publican en la prensa no son lo que se dice muy exactas. En el documento se expone que se pronunció la maldición en la calle; que el hombre estaba encerrado a cal y canto en esta habitación, como si fuera una caja; que tras la maldición, el hombre se esfumó y, de manera absolutamente inexplicable, apareció posteriormente ahorcado, como si se hubiera suicidado.



Esto es todo lo que podemos decir; pero es todo lo que sabemos, y lo que hemos visto con nuestros propios ojos. Y como usted fue el primero que creyó en el milagro, justo es que sea usted el primero que firme en el documento.

—No —dijo el Padre Brown algo azorado—. No creo que deba hacerlo.

—¿Se refiere usted a que no quiere ser el primero en firmar?

—Me refiero a que no quiero firmar el documento —repuso el Padre Brown humildemente—. Verán ustedes: no está bien que una persona como yo se tome a broma los milagros.

—Pero si dijo usted que era un milagro —dijo Alboin, abriendo mucho los ojos.

—Lo siento —repuso el Padre Brown—; lo siento, pero debe de haber algún error. No creo haber dicho jamás que se tratase de un milagro. Lo único que dije es que podría suceder. Ustedes dijeron que no podía suceder, porque si sucediera, sería un milagro. Y resulta que sucedió. Por eso ustedes dijeron que era un milagro. Pero yo no pronuncié ni una sola palabra referente a cosa milagrosa ni mágica, ni nada por el estilo, en todo el rato que estuve aquí.

—Pues yo pensaba que usted creía en los milagros —intervino el secretario.

—Y creo en ellos —respondió el Padre Brown—. Creo que hay tigres que devoran hombres, aunque no los vea por la calle. Pero si busco milagros, sé muy bien dónde encontrarlos.

—No puedo comprender que adopte usted esta actitud, Padre Brown —dijo Vandam muy serio—; me parece muy estrecha de miras; y no creo que usted sea una persona estrecha de miras aunque sea cura. ¿Se da usted cuenta de que un milagro como éste dará al traste con el materialismo para siempre? Servirá para que el mundo se entere, a toda plana, que los poderes espirituales pueden funcionar y funcionan. Le hará usted a la religión el servicio más grande que jamás le ha hecho cura alguno.

El sacerdote adoptó una actitud algo más rígida; daba la impresión de que, a pesar de su rechoncha figura y de manera inconsciente e impersonal, se hallaba revestido de una extraña dignidad. Luego dijo:

—¿No irá usted a decirme que ponga al servicio de la religión lo que, en mi opinión, no es más que una mentira? No sé exactamente lo que quería usted decir con esa frase; y a decir verdad, no estoy seguro de que usted mismo lo sepa. Es posible que pueda utilizar una mentira al servicio de la religión; pero no al servicio de Dios. Y ya que se mete usted tanto con las

cosas en las que yo creo, ¿no le parece que sería buena idea que se enterara de cuáles son esas cosas?

—Me parece que no le entiendo muy bien —observó el millonario con curiosidad.

—A mí también me lo parece —replicó el Padre Brown con toda sencillez—. Decía usted que esto se había realizado mediante poderes espirituales. ¿Qué poderes espirituales? No irá usted a creer que los ángeles del cielo se lo llevaron y lo dejaron colgado de un árbol del parque, ¿verdad? Y en cuanto a los ángeles del infierno…, no, no, no. Los hombres que hicieron eso obraron con maldad, pero no se movieron más que a impulsos de su propia maldad; no eran lo suficientemente perversos como para recurrir a poderes espirituales. Y les aseguro por mis pecados que sé algo de satanismo; no me ha quedado más remedio que estudiar el tema. Sé lo que es, sé en qué consiste prácticamente siempre. Interviene en ello el orgullo y la astucia. Le gusta sentirse superior, le encanta aterrorizar al inocente con cosas que sólo se entienden a medias y hacer que a los niños se les pongan los pelos de punta. Por eso es tan aficionado a los misterios y a las iniciaciones, a las sociedades secretas y a todas esas cosas por el estilo. Sus ojos siempre miran hacia dentro, y por majestuoso e imponente que pueda parecer, siempre oculta una sonrisita demencial —se estremeció de repente, como si hubiera sentido una corriente de aire helado—. Ellos no tienen nada que ver con esto, se lo aseguro. ¿Les parece a ustedes que a ese pobre irlandés chiflado, que corría calle abajo desvariando, que soltó la mitad de la historia en cuanto me vio, y que salió a la carrera ante el temor de tener que contarme todo, les parece a ustedes que Satanás le confiaría algún secreto a semejante personaje? Reconozco que intervino en algún plan, probablemente en colaboración con otros dos hombres más perversos que él; y por ese motivo estaba furibundo cuando se metió por el callejón a toda prisa y disparó su revólver y su maldición.

—Entonces, ¿qué diablos significa todo esto? —preguntó Vandam—. Con disparar una pistola y soltar una maldición de pacotilla no se consigue lo que se consiguió, a menos que se produzca un milagro. No se consigue que desaparezca Wynd, como si fuese brujo. No se consigue que vuelva a aparecer a cuatrocientos metros de distancia con una soga al cuello.

—No —replicó el Padre Brown escuetamente—; pero ¿qué se consigue con ello?

—No sé a dónde quiere ir a parar —dijo el millonario muy serio.

—Digo que qué se consigue con ello —repitió el sacerdote, dando muestras por primera vez de una especie de animación rayana en el enojo—.

No hace usted más que repetir que un disparo de fogueo no habría conseguido esto y lo otro, y que si no hubiera habido más, no se habría producido el crimen ni se habría producido el milagro. ¿Qué haría usted si un loco disparara un arma de fuego sin ton ni son justo debajo de su ventana? ¿Qué es lo primero que haría?

Vandam se quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Supongo que me asomaría a la ventana.

—Eso es —dijo el Padre Brown—, se asomaría usted a la ventana. Ahí está el meollo del asunto. Un asunto bien triste, por cierto, pero que ya se acabó; y además se daban circunstancias atenuantes.

—¿Y por qué tuvo tan malas consecuencias para él el asomarse a la ventana? —preguntó Alboin—. No se cayó de ella, puesto que no lo encontramos en el callejón.

—No —dijo el Padre Brown muy quedo—. No se cayó, sino que ascendió.

Había un tono en su voz que recordaba el gemido de un gongo, como si anunciara una catástrofe; pero prosiguió sin desfallecer:

—Ascendió, pero no sobre alas; no se lo llevaron las alas de ningún ángel, ni del bien ni del mal. Ascendió colgado de una soga, exactamente igual que le vieron ustedes en el jardín; en cuanto se asomó a la ventana, bajó un nudo corredizo que le pasaron alrededor del cuello. ¿Recuerdan ustedes que Wilson, el criado, era un tipo corpulento, de una enorme fuerza, en tanto que Wynd era un currutaco de nada? ¿No recuerdan que Wilson fue al piso de arriba a buscar un folleto, que estaba en un cuarto lleno de bártulos liados en rollos de soga? ¿Y quién ha visto a Wilson desde aquel día? Me parece que nadie.

—¿Quiere usted decir —preguntó el secretario— que Wilson se lo llevó de la ventana como si fuera una trucha en la punta de una caña de pescar?

—Sí —respondió el otro—, y lo dejó caer por la otra ventana hasta el parque, y allí el tercer cómplice lo colgó del árbol. Recuerden que por el callejón nunca pasaba nadie; recuerden que en la pared de enfrente no había ni una sola ventana; recuerden que todo se llevó a cabo en cinco minutos en cuanto el irlandés dio la señal con el pistoletazo. Por supuesto que intervinieron tres hombres; y me pregunto si serán ustedes capaces de adivinar quiénes eran esos hombres.

Sus tres interlocutores tenían los ojos clavados en la vulgar ventana cuadrada y en la pared, blanca y desnuda, que se veía a través de ella; nadie dijo ni una sola palabra.

—A propósito —prosiguió el Padre Brown—, no crean que les echo en cara que llegaran tan precipitadamente a conclusiones sobrenaturales. En realidad, el motivo es muy sencillo. Todos ustedes juraron ser materialistas empedernidos; pero lo cierto es que se mantienen sobre el filo de la fe… dispuestos a creer en casi cualquier cosa. Hay miles de personas que viven así, aunque ello suponga un equilibrio muy incómodo. Y no descansarán hasta que no encuentren algo en lo que creer; éste es el motivo que impulsó al señor Vandam a recorrer todas las nuevas religiones, peinándolas, como quien dice; y la razón por la que el señor Alboin propala los ejercicios respiratorios como si fueran citas de la Biblia, y el señor Fenner se queja de un Dios cuya existencia niega. Ésta es la razón por la que todos ustedes se encuentran tan desorientados; es natural creer en lo sobrenatural. Nunca nos parece natural admitir sólo las cosas naturales. Pero aunque bastaba una insignificancia para que todos ustedes cayeran en lo sobrenatural, en lo que se refiere a este tema sólo se produjeron hechos naturales. Qué digo naturales, si eran tan sencillos que casi no parecen naturales. Me atrevería a decir que jamás hubo una historia tan sencilla como ésta.

Fenner se echó a reír; tenía una expresión de absoluto desconcierto; luego dijo:

—No comprendo nada de nada. Si fue Wilson, ¿cómo es que Wynd tenía una relación tan estrecha con alguien como él? ¿Cómo pudo matarle un hombre al que llevaba viendo a diario desde hacía muchos años? Tenía fama de saber calar inmediatamente a la gente.

El Padre Brown dio un golpe en el suelo con su paraguas, con unas energías de las que raramente hacía gala, y luego dijo, casi con rabia:

—Pues sí, por eso mismo lo mataron. Por ese motivo precisamente. Lo mataron porque calaba inmediatamente a la gente.

Todos le miraron fijamente, pero él prosiguió, casi como si se encontrara a solas.

—¿Quién es nadie para juzgar a los demás? —les preguntó—. Los tres hombres eran aquellos vagabundos que conoció años atrás y que despachó inmediatamente a diversos lugares; como si no tuvieran derecho a que se les acogiera con cortesía, a que se les tratara con afecto, a que se les reconociera la necesidad de tener amigos. Y veinte años no bastaron para acallar la indignación provocada por el insondable insulto de aquel momento en el que nuestro hombre se atrevió a calar en ellos de un solo vistazo.

—Ya —dijo el secretario—; ya entiendo… y entiendo también cómo puede usted entender… todas estas cosas.

—Pues a mí, que me aspen si lo entiendo —exclamó el extravertido caballero procedente del Oeste—. Me parece que el tal Wilson y su amigo el irlandés eran un par de sanguinarios asesinos que acabaron con la vida de su benefactor. En mi moralidad, tanto si cabe en una religión como si no, no hay lugar para criminales de esa calaña.

—No cabe duda de que era un asesino sanguinario —replicó Fenner en voz queda—. No le estoy defendiendo; pero supongo que la tarea del Padre Brown consiste en rezar por todos los hombres, incluso por alguien como…

—Sí —asintió el Padre Brown—, mi tarea consiste en rezar por todos los hombres, incluso por alguien como Warren Wynd.

V

La maldición de la cruz de oro

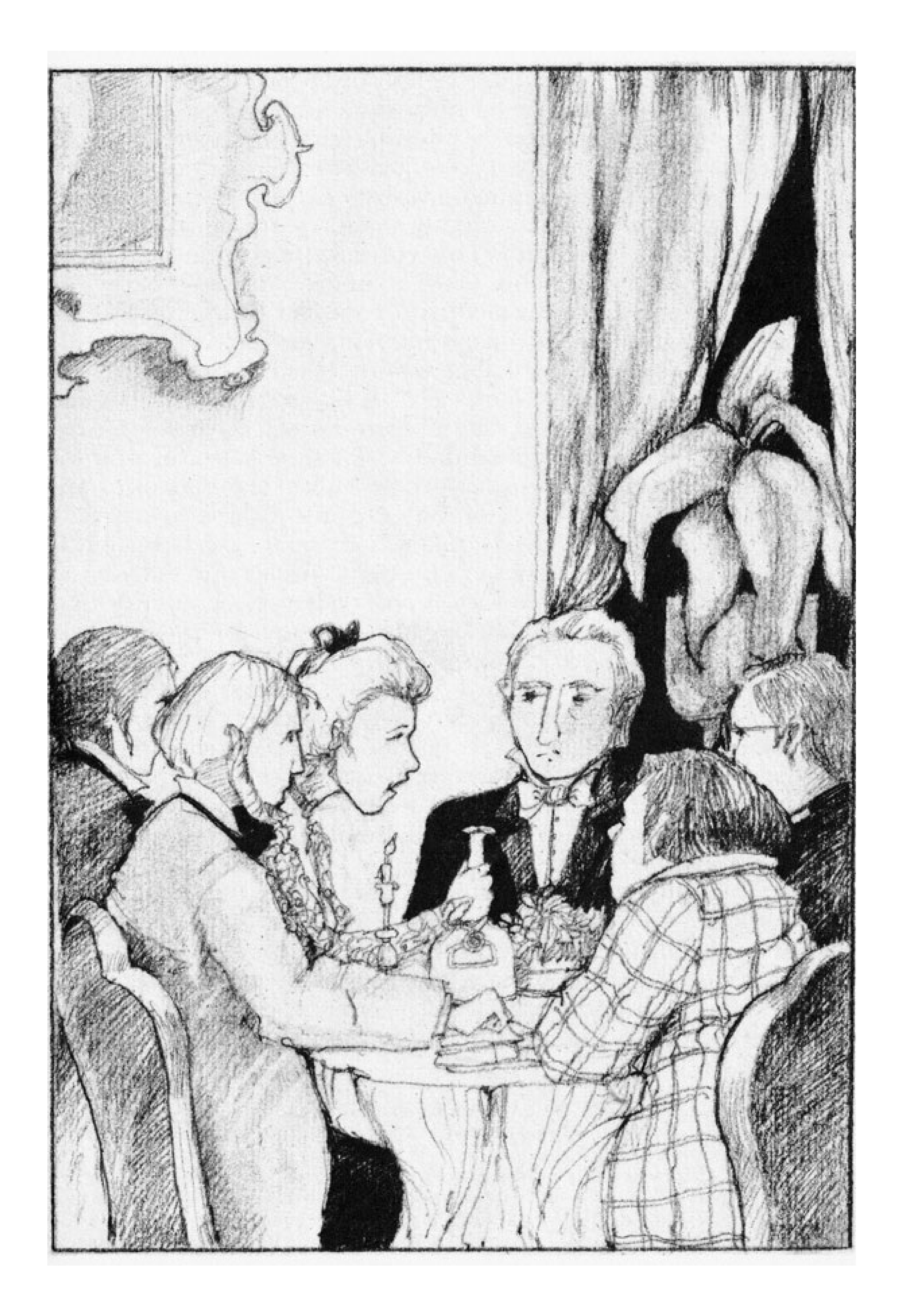
Había seis personas sentadas alrededor de un velador, y su aspecto era tan incongruente y accidental como si fueran náufragos que hubieran arribado cada uno por su lado a una isla desierta. Al menos estaban rodeados de mar, pues en cierto modo su isla quedaba incluida dentro de otra, una isla grande y voladora como Laputa[41]. Pues el velador era uno de los muchos que había en el comedor de aquel monstruoso buque llamado el *Moravia*, que se desplazaba a toda máquina en medio de la noche y del inmenso vacío del Atlántico. Aquel grupito de gente no tenía nada en común, salvo que todos sus componentes viajaban de América a Inglaterra. Al menos dos de ellos podían considerarse como celebridades; otros se podrían definir como personajes oscuros, e incluso un par de ellos resultaban de carácter dudoso.

El primero era el famoso profesor Smaill, una autoridad en determinados estudios arqueológicos referentes al antiguo Imperio bizantino. Sus conferencias, dictadas en una universidad norteamericana, gozaban de gran prestigio incluso en los más prestigiosos centros académicos europeos. Sus obras literarias estaban tan empapadas de madura e imaginativa comprensión de la historia de Europa, que la gente solía sorprenderse cuando le oían hablar con acento norteamericano. Y, sin embargo, era, a su estilo, muy americano; tenía el pelo largo y rubio y lo llevaba cepillado hacia atrás, dejándole despejada su ancha frente cuadrada; sus rasgos, alargados y rectos, mostraban una curiosa mezcla de preocupación y agilidad en potencia, como la del león que rumia distraídamente su siguiente salto.

Sólo había una dama en el grupo, y era (en expresión frecuentemente utilizada por los periodistas cuando se referían a ella) toda una anfitriona, pues estaba habituada a ejercer de anfitriona, por no decir de emperatriz, en aquella mesa o en cualquier otra. Se trataba de lady Diana Wales, la famosa viajera que había recorrido los países tropicales y otros muchos; pero su

aspecto a la hora de cenar no tenía dureza ni masculinidad alguna. Era una persona de una hermosura casi tropical, con una espesa melena de ardiente cabello rojo; llevaba un atuendo que los periodistas suelen describir como atrevido, pero había inteligencia en su rostro y sus ojos mostraban ese aire brillante y casi agresivo que tiene la mirada de las damas que plantean preguntas en los mítines políticos.

Comparados con su deslumbrante presencia, los otro cuatro personajes parecían a primera vista simples sombras, aunque cuando se los observaba más detenidamente mostraban sus diferencias. Uno de ellos era un joven que figuraba en la lista de pasajeros como Paul T. Tarrant. Era un tipo norteamericano que más bien podría definirse como lo opuesto al norteamericano tipo. Probablemente todos los países tienen un antitipo, una especie de excepción en grado máximo que confirma la regla nacional. Los norteamericanos sienten un profundo respeto por el trabajo, semejante al que los europeos sienten por la guerra. Lo rodean de una especie de halo, y desprecian a todo aquel que lo rehúye. El antitipo resulta muy evidente por ser extremadamente escaso. Es un dandy[42] o un petimetre: un rico derrochador que encarna al malo irresoluto de tantas novelas norteamericanas. Paul Tarrant no tenía al parecer otra ocupación que la de mudarse de ropa, cosa que hacía unas seis veces al cabo del día, adoptando tonos más pálidos o más intensos de un exquisito gris claro, como los delicados cambios plateados de la luz crepuscular. A diferencia de la mayoría de los norteamericanos, llevaba una perilla rizada, cuidadosamente recortada; y a diferencia de la mayoría de los dandis, incluso de los de su tipo, tenía un aspecto más taciturno que ostentoso. Es posible que en su silencio y melancolía hubiera algo casi byroniano[43].



A los dos viajeros siguientes se les podía clasificar dentro del mismo grupo, aunque sólo fuera porque ambos eran conferenciantes ingleses que regresaban de una gira por Norteamérica. Uno de ellos figuraba como Leonard Smyth, y era al parecer poeta de segunda fila, aunque periodista de primera; rubio y de cabeza alargada, iba perfectamente vestido y era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. El otro ofrecía un contraste cómico, ya que era bajito, rechoncho, lucía un negro mostacho parecido al de una morsa, y era tan taciturno como su compañero charlatán. Pero como había alcanzado la fama tanto por haber sido acusado de robo como por haber salvado la vida de una princesa rumana que estuvo a punto de caer bajo las garras de un jaguar del circo de este caballero, dicho personaje se convirtió en protagonista de un caso de actualidad; y por lo mismo, sus opiniones sobre Dios, el progreso, su propia vida y las relaciones angloamericanas, se consideraron de gran interés y valor para los habitantes de Minneápolis y Omaha[44]. El sexto y más insignificante de nuestros personajes era un curita inglés que se llamaba Brown. Escuchaba la conversación con respetuosa atención y en aquel preciso momento había llegado a la conclusión de que en la misma había algo un tanto curioso.

—Profesor —decía Leonard Smyth—, supongo que sus estudios sobre Bizancio arrojarán algo de luz sobre esa historia de la tumba hallada en un lugar de la costa meridional; cerca de Brighton, me parece que es. Ya se sabe que Brighton se encuentra muy lejos de Bizancio, pero leí alguna noticia en la que decían que el tipo de enterramiento o de embalsamamiento, o algo por el estilo, era al parecer bizantino.

—Indudablemente, los estudios bizantinos tienen que dar mucho de sí —replicó en tono seco el profesor—. Se habla mucho de especialistas, pero en mi opinión la especialización es la cosa más difícil del mundo. Si no, fíjense ustedes en este caso: ¿cómo va a poder nadie hablar de Bizancio si no conoce perfectamente el mundo romano anterior y el mundo islámico posterior? La mayor parte de los conocimientos árabes eran conocimientos bizantinos. Así, por ejemplo, el álgebra…

—Déjese usted de álgebras —le interrumpió tajantemente la dama—. No me ha gustado nunca, y sigue sin gustarme. Pero me interesa enormemente el tema de los embalsamamientos. Yo iba con Gatton, ¿saben ustedes?, cuando abrió las tumbas de Babilonia. Desde entonces, las momias y los cadáveres embalsamados me parecen un tema absolutamente apasionante. Háblenos usted de este caso.

—Gatton era un hombre interesante —dijo el profesor—. Los Gatton eran una familia interesante. Tenía un hermano que fue diputado, pero era mucho más que un político corriente. Nunca entendí a los fascistas hasta que él dio aquel discurso sobre Italia.

—Bueno, en este viaje no vamos a Italia —intervino lady Diana con insistencia—, y me da la impresión de que se dirige usted a ese pueblecito en el que se descubrió la tumba. Está en Sussex[45], ¿no es verdad?

—Sussex es relativamente grande, teniendo en cuenta el tamaño habitual de las divisiones territoriales inglesas —replicó el profesor—. Se puede uno perder por allí una buena temporada; y no es un mal sitio para perderse. Resulta sorprendente lo grandes que parecen aquellos cerros cuando está uno sobre sus cumbres.

Se produjo un brusco silencio inesperado, y luego la dama dijo:

—Bueno, me voy a cubierta.

Se levantó y los hombres también se pusieron en pie. Pero el profesor se quedó atrás y el curita fue el último en alejarse de la mesa, pues se entretuvo en doblar cuidadosamente la servilleta. Y cuando ambos se quedaron a solas, el profesor le dijo de repente a su compañero:

—¿Cuál le parece a usted que era el objetivo de esta conversación?

—Bueno —contestó el Padre Brown con una sonrisa—, pues ya que me lo pregunta, le diré que hubo algo que me hizo bastante gracia. Puede que me equivoque, pero me dio la impresión de que todos se empeñaron, en tres ocasiones distintas, en que usted se pusiera a hablar del cadáver embalsamado que al parecer han encontrado en Sussex. Y usted por su parte, con mucha cortesía, cambió de tema y les propuso conversar, primero sobre álgebra, luego sobre los fascistas y, por último, sobre el paisaje de los Dows.

—O sea, que pensó usted que yo estaba dispuesto a hablar de lo que fuera menos de ese tema —replicó el profesor—. Pues dio en el clavo.

El profesor guardó silencio durante unos momentos, con la vista clavada en el mantel; luego alzó los ojos y empezó a hablar con la ágil celeridad que recordaba el salto del león.

—Mire usted, Padre Brown, le considero el hombre más prudente y más decente que jamás he conocido.

El Padre Brown era muy inglés. Reaccionaba con toda la habitual torpeza británica cuando alguien le dirigía abiertamente, con toda seriedad y franqueza, un cumplido al estilo americano. Respondió con un murmullo ininteligible; y el profesor prosiguió, con el mismo entusiasmo entrecortado:

—Verá usted: hasta cierto punto, el tema es relativamente sencillo. Bajo una pequeña iglesia de Dulham, en la costa de Sussex, se descubrió una tumba cristiana de la Edad Media, perteneciente, al parecer, a un obispo. Resulta que el pastor protestante es bastante aficionado a la arqueología, y ha hecho una serie de descubrimientos que yo todavía desconozco. Corrió el rumor de que el cadáver había sido embalsamado según una técnica utilizada por griegos y egipcios, pero desconocida en Occidente, sobre todo en aquella época. Y por ello no es de extrañar que el señor Walter (o sea, el pastor protestante) piense que pueda tratarse de alguna influencia bizantina. Pero es que también ha mencionado otra cosa, y es algo que a mí personalmente me interesa mucho más.

Su serio y alargado rostro pareció adoptar un aspecto todavía más serio y alargado mientras contemplaba con el ceño fruncido el mantel que cubría la mesa. Daba la impresión de que su largo dedo trazaba sobre el mismo las líneas de los planos de ciudades desaparecidas, con sus templos y sus tumbas.

—Así que le voy a contar a usted, y solamente a usted, por quétengo que andarme con mucho cuidado antes de hablar de este tema ante desconocidos; y por qué, cuanto más empeño tiene la gente en que diga algo sobre el mismo, más prudente he de ser yo. Según cuentan, en el sepulcro se halló una cadena con una cruz, en apariencia bastante corriente, pero que tiene al dorso determinado símbolo secreto que sólo se encuentra en otra cruz de todas las que hay en el mundo. Data de los arcanos de la Iglesia primitiva, y se supone que se refiere al establecimiento de la sede de Antioquia[46] por San Pedro, antes de que éste se desplazara a Roma. De todos modos, me parece que sólo existe otra con las mismas características, y obra en mi poder. Me han contado que, según una leyenda, sobre ella pesa una maldición, pero yo no hago ni caso. Sea o no cierto lo de la maldición, el caso es que, en cierto modo, existe una conspiración en torno a ella, aunque en dicha conspiración no intervenga más que un solo hombre.

—¿Un solo hombre? —repitió el Padre Brown de manera casi mecánica.

—Un loco, según tengo entendido —dijo el profesor Smaill—. Es una larga historia, y en algunos aspectos, bastante boba.

Volvió a hacer una pausa y a trazar con el dedo, sobre el mantel, líneas semejantes a planos arquitectónicos; luego prosiguió:

—Más vale que se lo cuente todo desde el principio, por si acaso usted percibe algún detalle de toda esta historia que yo no haya comprendido. Todo empezó hace muchos años, cuando llevaba a cabo unas investigaciones por mi cuenta y riesgo en yacimientos arqueológicos de Creta[47] y otras islas

griegas. Hice un montón de cosas prácticamente con mis propios recursos; a veces contaba con la ayuda, esporádica y muy elemental, de algunos lugareños, pero otras veces trabajaba literalmente a solas. Y a solas descubrí un laberinto de pasadizos subterráneos que conducían a un montón de ricos vestigios, rotos ornamentos y gemas dispersas que, a mi entender, serían los restos de algún altar desaparecido, y entre los cuales hallé esa curiosa cruz de oro. Le di la vuelta y en el anverso vi que tenía grabado un pez, el Ichtus, símbolo de los cristianos primitivos, aunque con unas líneas distintas de las que suele tener habitualmente; a mí me pareció más realista…, como si la mano que las había trazado, hace tantos siglos, hubiera pretendido dibujar un auténtico pez, y no simplemente una forma cerrada convencional, un nimbo. Me pareció que uno de los extremos estaba achatado, no como una simple decoración geométrica, sino con una especie de burda, o incluso salvaje, intencionalidad zoológica.

»Para que le pueda explicar en muy pocas palabras por qué me pareció que el hallazgo era importante, he de contarle cómo era el lugar en el que me encontraba dentro del yacimiento. En cierto modo, era como una excavación dentro de una excavación. Andábamos siguiéndole la pista, no sólo a las obras de la Antigüedad, sino a los anticuarios de la Antigüedad. Teníamos motivos para creer, o al menos algunos de nosotros pensábamos que teníamos motivos para creer, que aquellos pasadizos subterráneos, la mayoría de los cuales databan de la época minoica, como el tan famoso que se conoce en la actualidad como laberinto del Minotauro[48], no habían permanecido ocultos e intocados durante todos los siglos transcurridos desde los tiempos del Minotauro hasta los del explorador contemporáneo. Creíamos que aquellos lugares subterráneos, casi me atrevería a decir que aquellas ciudades y pueblos subterráneos, ya habían sido explorados en épocas anteriores por distintas personas y por distintos motivos. En cuanto a los motivos, existían diversas teorías: algunos expertos opinaban que los emperadores habrían ordenado que se realizaran algunas exploraciones oficiales por simples razones de curiosidad científica; según otros, la manía que se propagó en los últimos tiempos del Imperio romano por adoptar toda clase de sensacionalistas supersticiones asiáticas pudo dar origen a alguna oscura secta maniquea[49], que arrasaría las cavernas en orgías que habrían de ocultarse de la faz del sol. Yo soy de los que opinaban que aquellas cuevas se utilizaban del mismo modo que las catacumbas. Es decir, creíamos que, durante algunas de las persecuciones que se propagaron como el fuego durante el Imperio, los cristianos se ocultaron en aquellos antiguos laberintos paganos de piedra. Así

que no pude evitar estremecerme, como sacudido por un rayo, cuando recogí del suelo la cruz de oro y vi el dibujo que tenía grabado; y todavía fue mayor mi emoción cuando, al darme la vuelta para salir y subir de nuevo a la luz del sol, descubrí, en los muros de roca viva que se extendían interminablemente por los bajos pasadizos, la silueta del Pez dibujada con unos trazos muy toscos, pero todavía más inconfundibles si cabe.

»Tenía un aspecto que recordaba el de un pez fosilizado, o el de un organismo primitivo eternamente inmovilizado en un mar de hielo. No fui capaz de analizar esta analogía, que nada tenía que ver con un simple dibujo garabateado en la piedra, hasta que me di cuenta de que en algún punto de mi subconsciente estaba pensando que los primeros cristianos podían haberse parecido remotamente a los peces, mudos y morando en un mundo perdido de penumbra y de silencio, muy por debajo de los pies de los hombres, deslizándose por la sombra y la penumbra de un mundo sin sonido.

»Cualquiera que haya recorrido un pasadizo de piedra ha experimentado la sensación de que tras él caminan pies fantasmales. Te persigue el eco batiendo o aleteando por delante o por detrás de ti, y aunque estés verdaderamente solo, no te lo puedes llegar a creer. Yo me había acostumbrado a los efectos de aquel eco y hacía ya algún tiempo que apenas lo notaba; pero cuando divisé la forma simbólica garabateada en el muro de roca, me detuve y en ese mismo instante me pareció que se me paralizaba el corazón, pues mis propios pies se detuvieron, pero el eco siguió andando.

»Eché a correr, y me pareció que los pasos fantasmales también corrían, pero no con la exacta imitación que es peculiar de la reverberación material de un sonido. Volví a detenerme, y los pasos también se detuvieron; pero hubiera jurado que lo hicieron un instante más tarde de lo justo; grité una pregunta, y una voz respondió a mi grito; pero no era mi voz.

»Salía de una esquina de la roca que tenía delante de mí; y durante toda aquella extraña persecución, me di cuenta de que siempre se detenía y hablaba desde algún ángulo de aquel tortuoso camino. El exiguo espacio que quedaba iluminado por delante de mí por la luz de mi linterna eléctrica estaba siempre tan vacío como una habitación vacía. En aquellas circunstancias, mantuve una conversación con no sé quién, que duró hasta que alcancé a ver el primer resplandor de luz, y aun entonces no sé cómo el otro se desvaneció en la luz del día. Pero la boca del laberinto estaba llena de grietas, de simas y hondonadas, y no le habría resultado difícil meterse por alguna de ellas y volver a desaparecer en el mundo subterráneo de las cuevas. Lo único que sé es que yo salí y me encontré en los solitarios peldaños de una gran montaña

semejante a una terraza de mármol, abigarrada por una verde vegetación que parecía más tropical que la que cabía esperar de la pureza de la roca, como la invasión oriental que de cuando en cuando ha caído sobre la decadente Hélade clásica. Contemplé aquel mar de un azul acerado, y vi que el sol resplandecía firmemente sobre la soledad y el silencio más profundos; no se movía ni una sola brizna de hierba bajo el más leve de los vuelos, ni se veía la sombra de la sombra de un hombre.

»Fue una conversación terrible; muy íntima y muy individual, y, en cierto modo, muy fortuita. Aquel ser que no tenía ni cuerpo, ni rostro, ni nombre, y que, sin embargo, me llamaba por mi nombre, me había hablado, en aquellas criptas y simas en las que ambos nos hallábamos enterrados vivos, con la misma falta de apasionamiento y melodrama que si ambos estuviéramos sentados en sendas butacas en el club. Pero me había dicho también que me mataría inexorablemente a mí o a cualquier otra persona que se adueñara de la cruz con la marca del pez. Me dijo con toda franqueza que no era tan necio como para atacarme dentro del laberinto, sabiendo como sabía que yo llevaba un revólver cargado, y que corría tanto riesgo como yo. Pero me dijo, también sin alterarse, que planearía mi muerte con la certeza de saber que lograría su meta, desarrollando cada detalle y evitando cualquier peligro, con esa especie de perfección artística que un artesano chino o una bordadora india dedican a la labor de toda una vida. Y, sin embargo, no era oriental; estoy convencido de que era blanco, e incluso sospecho que se trataba de un paisano mío.

»Desde entonces, recibo de cuando en cuando señales y símbolos y extraños mensajes impersonales que me hacen creer que, cuando menos, si ese hombres es un maníaco, se trata de un monomaniaco. Me dice continuamente, con el mismo tono desenfadado e indiferente, que los preparativos para mi muerte y entierro prosiguen su curso de manera satisfactoria, y que el único modo de evitar que se vean coronados por el éxito es entregando la reliquia que obra en mi poder…, aquella cruz tan especial que encontré en la caverna. Da la impresión de que, a este respecto, no tiene fanatismo ni sentimiento religioso alguno, no parece que le mueva otra pasión más que la propia del coleccionista de objetos curiosos. Ésta es una de las razones por la que estoy convencido de que se trata de un hombre occidental y no de un oriental. Pero se diría que esa curiosa manía suya lo ha trastornado.

»Luego se publicó ese informe, todavía sin comprobar, en el que se afirma que se ha hallado una réplica de la reliquia en un cadáver embalsamado en una tumba de Sussex. Si hasta la fecha se había comportado como un maníaco, la noticia lo convirtió en un endemoniado presa de siete diablos. Ya

le resultaba insufrible que hubiera una cruz en manos de otra persona, pero que hubiera dos, y que ninguna de las dos le pertenezca, le supuso una tortura insoportable. Empezaron a lloverme enloquecidos mensajes, como nubes de flechas envenenadas, y en todos ellos me aseguraba, cada vez más rotundamente, que en cuanto me atreviera a poner mi indigna mano en la cruz que había aparecido en la tumba, caería fulminado.

»“Nunca sabrás quién soy —me escribió—, nunca podrás pronunciar mi nombre; nunca verás mi rostro; morirás y nunca sabrás quién te ha matado. Puedo esconderme bajo cualquier forma de las que te rodean; estaré en la única en la que no se te haya ocurrido mirar.”

»Por este tipo de amenazas, deduzco que es bastante probable que venga tras mis pasos en esta expedición y que intente robar la reliquia o atentar contra mí por hallarse ésta en mi poder. Pero como jamás he podido ver a este hombre, puede ser cualquiera que encuentre en mi camino. Razonando lógicamente, puede ser cualquiera de los camareros que me sirven a la hora de comer. Puede ser cualquiera de los pasajeros que se sientan a mi mesa.

—Puede ser yo —dijo el Padre Brown haciendo caso omiso de las reglas gramaticales.

—Puede ser cualquier otro —respondió Smaill muy serio—. Eso es lo que quería decirle hace un momento. Sólo en su compañía me siento seguro de que no estoy ante el enemigo.

El Padre Brown volvió a sentirse azorado; luego sonrió y le dijo:

—Bueno, pues efectivamente no soy el enemigo. Lo que tenemos que pensar es cómo podemos averiguar quién es antes de que…, antes de que haga algo desagradable.

—Me parece que sólo hay una manera de averiguarlo —dijo el profesor con acento sombrío—. Cuando lleguemos a Southampton[50], tomaré un coche en cuanto desembarquemos; le agradecería que me acompañase, pero, por lo demás, es de suponer que las personas que forman nuestro grupito vayan cada una por su lado. Si alguna vuelve a aparecer en el cementerio de esa iglesuca de la costa de Sussex, sabremos que se trata de la persona que buscamos.

Los planes del profesor se llevaron a cabo al pie de la letra, al menos en lo referente al coche y a su cargamento, en forma de Padre Brown. Siguieron camino por una carretera que discurría entre el mar a un lado y las colinas de Hampshire y Sussex a otro, sin que por ninguna parte se vislumbrara sombra alguna que los persiguiera. Sólo al acercarse al pueblo de Dulham, se les cruzó en el camino un hombre que estaba relacionado con el asunto del que se

ocupaban; se trataba de un periodista que acababa de visitar la iglesia y al cual el pastor había acompañado cortésmente por la capilla recién excavada; pero sus observaciones y notas eran, al parecer, de tipo puramente periodístico. Es posible que el profesor Smaill estuviera algo obsesionado, porque no pudo evitar la sensación de que había algo raro y desalentador en el aspecto y la actitud de aquel hombre, alto y desgarbado, de nariz aguileña y ojos hundidos, y que lucía un mostacho cuyas guías se curvaban hacia abajo, como por efecto de una depresión. Lo que acababa de ver, al parecer, no le había dado muchos ánimos; es más, daba la impresión de que estaba deseando alejarse a toda velocidad de aquel lugar, cuando nuestros dos amigos lo detuvieron para hacerle una pregunta.

—Es por lo de la maldición —les dijo el periodista—; sobre este lugar pesa una maldición, según dicen en la guía, o cuenta el pastor, o el más viejo del lugar, o la persona de más autoridad, o lo que sea; y la verdad es que parece maldito. Por el sí o por el no, me alegro de haber salido con bien de ahí dentro.

—¿Cree usted en las maldiciones? —le preguntó Smaill con curiosidad.

—Yo no creo en nada; soy periodista —respondió aquel personaje melancólico—, soy Boon, del *Daily Wire*. Pero en esa cripta hay algo que resulta espeluznante; no le voy a negar que me dio un escalofrío.

Y echó a andar hacia la estación de ferrocarril a pasos todavía más rápidos.

—Parece un cuervo o un grajo, el tipo ése —comentó Smaill mientras se dirigían al cementerio de la iglesia—. ¿No dicen que el cuervo es un pájaro de mal agüero?

Entraron lentamente en el camposanto; los ojos del arqueólogo norteamericano se detuvieron gozosamente sobre el aislado tejado de la portezuela y sobre la enorme e insondable silueta negra del tejo, que se asemejaba a la propia noche desafiando a la clara luz del día. El sendero trepaba por entre terraplenes de césped, en los que se veían las losas de las tumbas, colocadas a diferentes ángulos, cual balsas de piedra, a la deriva sobre un verde mar; al fin llegaron a una loma tras la cual se hallaba el propio océano, semejante a una barra de hierro, con pálidos reflejos acerados. Casi a sus pies la espesa y lozana hierba se convertía en matas de cardo corredor y luego en arena gris y amarillenta; y a eso de medio metro de las matas de cardo, se destacaba una figura inmóvil que se recortaba a contraluz sobre el acerado mar. Si no fuera por su ropa, de color gris oscuro, se le podía haber tomado por una estatua que adornase alguna de aquellas tumbas. Pero al

Padre Brown le resultaron inmediatamente conocidos la elegante inclinación de los hombros y la posición ligeramente agresiva de la perilla de aquel personaje.

—¡Cáspita! —exclamó el profesor de arqueología—. Pero si es el bueno de Tarrant, aunque lo de bueno es un decir. ¿A que no pensaba usted, cuando le conté todo aquello en el barco, que iba a tener una respuesta tan rápida a mi pregunta?

—Pensé que iba a tener usted demasiadas respuestas a la misma —le respondió el Padre Brown.

—¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó el profesor, echándole un inquisitivo vistazo por encima del hombro.

—Quiero decir —respondió el otro tan tranquilo— que me pareció oír voces por detrás del tejo. Me parece que el señor Tarrant no está tan solo como uno pudiera creer; me atrevería incluso a decir que no está tan solo como a él le gustaría hacer creer.

Al tiempo que Tarrant giraba lentamente sobre sus talones, con su habitual aspecto taciturno, se confirmaron las palabras del sacerdote. Otra voz, fuerte y bastante brusca, pero no obstante femenina, decía con su acostumbrado tono zumbón:

—¿Cómo iba yo a saber que se encontraría aquí?

El profesor Smaill se dio cuenta de que tan jocoso comentario no iba dirigido a él, de modo que no tuvo más remedio que pensar, no sin cierta sorpresa, que se hallaba presente una tercera persona. Cuando tras la sombra del tejo apareció lady Diana Wales, tan radiante y decidida como siempre, descubrió con desagrado que iba acompañada de una sombra viviente. La enjuta y apuesta silueta de Leonard Smyth, el insinuante hombre de letras, apareció inmediatamente detrás de la deslumbrante figura de la mujer, sonriente y con la cabeza ligeramente ladeada, como si fuera un perro.

—¡Recáspita! —musitó Smaill—. ¡Pero si están todos aquí! Es decir, todos menos aquel feriante de bigotes de morsa.

Se dio cuenta de que el Padre Brown se reía discretamente a su lado; y lo cierto es que aquella situación empezaba a resultar algo más que cómica. Las palabras del profesor parecían una serie de despropósitos, propios de una escena de pantomima, porque no había hecho sino pronunciar estas últimas palabras cuando las mismas quedaron perfectamente contradichas. La redonda cabeza con su grotesca media luna de mostacho apareció de repente como surgida de un agujero del suelo. Al instante se dieron cuenta de que el agujero era efectivamente un enorme agujero que conducía a una escalera de mano

por la que se descendía hasta las entrañas de la tierra; aquello era la entrada del escenario subterráneo que habían ido a visitar. El hombrecillo había sido el primero en hallar la entrada y ya había bajado un par de peldaños cuando volvió a sacar la cabeza por el agujero para saludar a sus compañeros de viaje. Su aspecto hacía pensar en un absurdo sepulturero de un *Hamlet*[51] burlesco. Se limitó a decir en tono apagado tras sus densos mostachos.

—Es aquí abajo.

Y los demás componentes del grupo se dieron cuenta, con gran sorpresa, de que aunque lo habían tenido sentado a su mesa a la hora de comer durante toda una semana, apenas le habían oído pronunciar una sola palabra hasta aquel momento; y que aunque todo el mundo pensaba que se trataba de un conferenciante inglés, el hecho es que tenía un acento extranjero bastante difícil de identificar.

—Como verá usted, querido profesor —exclamó lady Diana con mordaz animación—, su momia bizantina resultaba demasiado atractiva para que la pasáramos por alto. Tenía unas ganas horrorosas de venir a verla, y estoy segura de que a estos caballeros les pasó lo mismo. Así que no tiene más remedio que contarnos todo lo que sabe sobre ella.

—Que no es mucho —respondió el profesor muy serio, por no decir en tono sombrío—. En algunos aspectos, no sé nada del tema. Desde luego me parece algo raro que nos hayamos vuelto a reunir todos en seguida, pero supongo que, en estos tiempos modernos, las ansias de saber son insaciables. Ahora bien, si vamos a visitar todos ese lugar, es preciso que lo hagamos de un modo responsable, y ustedes perdonarán, pero también es necesario que alguien asuma la responsabilidad del mando.’ Habremos de dar cuenta de lo que se encuentre a la persona que dirige las excavaciones y es posible que tengamos que dejar nuestros nombres en algún registro.

El enfrentamiento entre la impaciencia de la dama y los recelos del arqueólogo produjo una discusión en la que al fin prevaleció la opinión del profesor referente a los derechos oficiales del pastor y de los investigadores locales; el hombrecillo del mostacho volvió a salir, muy a su pesar, de la tumba y accedió a llevar a cabo el descenso de manera menos impulsiva. Afortunadamente, en aquel momento apareció en escena el clérigo, un caballero de pelo gris y aspecto agradable, de mirada algo lánguida, cosa que quedaba acentuada por las lentes dobles que llevaba; aunque estableció una cordial relación con el profesor por su condición de colega arqueólogo, no mostró hacia el variopinto grupo de personas que lo acompañaban ninguna reacción hostil; dio la impresión de que le hacían gracia.

—Espero que ninguno de ustedes sea supersticioso —les dijo en tono de broma—. He de decirles, en primer lugar, que pesan sobre todos los que nos estamos dedicando a este tema todo tipo de malos augurios y maldiciones. Últimamente he estado descifrando una inscripción latina hallada sobre la entrada de la capilla, y existen al parecer nada menos que tres maldiciones: una por entrar en la cámara sellada, otra, y doble, por abrir el sepulcro, y la tercera, triple y la más espantosa de las tres, por tocar la reliquia de oro que se encuentra en su interior. Yo ya he incurrido en las dos primeras maldiciones —añadió con una sonrisa—, pero me temo que tendrán ustedes que arriesgarse a la primera y más ligera de las tres si es que pretenden ver algo. Según la leyenda, las maldiciones se cumplen con efecto algo retardado, durante largos intervalos y en ocasiones posteriores. No sé si eso puede servirles de consuelo.

Y el reverendo señor Walters sonrió de nuevo, con gesto lánguido y benevolente.

—Ha dicho usted leyenda —repitió el profesor Smaill—. ¿A qué leyenda se refiere?

—Es una historia bastante larga y tiene algunas variantes, como tantas otras leyendas locales —le contestó el pastor—. Pero no cabe duda de que data de los tiempos de la tumba y en líneas generales está resumida en la inscripción, que dice los siguiente: Guy de Gisors, señor de un feudo que había en este lugar en el siglo XIII, ansiaba poseer un hermoso caballo negro que pertenecía a un embajador genovés, pero este príncipe, que era un hábil mercader, no estaba dispuesto a venderlo más que por una enorme suma de dinero. Guy, presa de la avaricia, cometió el crimen de saquear el santuario e incluso, según una de las versiones, de asesinar al obispo que vivía en el mismo. En todo caso, el obispo pronunció una maldición que recaería sobre cualquiera que siguiera teniendo en su poder la cruz de oro procedente de su última morada en la tumba, o procediera a apoderarse de ella una vez que la reliquia hubiera vuelto a su lugar de origen. El señor feudal consiguió dinero para comprar el caballo mediante la venta de la cruz de oro a un orfebre de la ciudad; pero el primer día que montó el caballo, el animal se encabritó y lo derribó delante del pórtico de la iglesia, desnucando al jinete. En cuanto al orfebre, que hasta esa fecha había vivido en la abundancia, se arruinó tras una serie de inexplicables circunstancias, cayendo en manos de un prestamista judío que vivía en el feudo. Al cabo de un tiempo, el infortunado orfebre, que se veía abocado a tener que morirse de hambre, se ahorcó de la rama de un manzano. La cruz de oro, junto con el resto de sus bienes, su casa, tienda e

instrumentos de trabajo, hacía ya tiempo que habían pasado a manos del prestamista. Entre tanto, el hijo y heredero del señor feudal, asustado por el castigo que había caído sobre su blasfemo progenitor, tomó los hábitos adoptando la actitud severa y oscurantista propia de aquella época y se creyó en la obligación de perseguir cualquier señal de herejía o de falta de fe entre sus vasallos. De este modo, el judío, que había sido cínicamente tolerado por el padre, fue despiadadamente condenado a la hoguera por el hijo, siendo castigado a su vez por tener en su poder la reliquia; después de estos tres juicios divinos, la cruz fue devuelta a la tumba del obispo y, desde entonces, nadie la ha visto, ni mano alguna se ha posado sobre ella.

Lady Diana Wales parecía estar más impresionada de lo que cabía esperar en ella.

—Se me pone la carne de gallina —dijo— cuando pienso que vamos a ser los primeros, aparte del pastor.

El pionero de grandes mostachos que se expresaba en un inglés con acento extranjero no bajó finalmente por aquella escalera a la que tanta afición tenía, y que en realidad sólo había sido utilizada por algunos de los obreros que intervenían en las excavaciones; pues el sacerdote los condujo hasta otra entrada, más amplia y menos incómoda, que se encontraba a unos cien metros de allí, y por la cual acababa de salir él procedente de sus investigaciones subterráneas. Por allí se descendía por una rampa no muy inclinada, sin mayores dificultades que las de la oscuridad, cada vez más intensa; en seguida formaron una fila india y bajaron por un túnel, negro cual boca de lobo; transcurrió algún tiempo antes de que alcanzaran a divisar un tenue resplandor a lo lejos. Sólo una vez, durante aquella marcha silenciosa, se oyó como si a alguien le faltara la respiración, pero no se supo quién era; y en otro momento alguien lanzó un juramento, como una sorda explosión, pero lo hizo en un idioma desconocido.

Al cabo llegaron a una cámara circular, semejante a una basílica, rodeada de arcos de medio punto, pues la capilla había sido construida antes de que el primer arco ojival del gótico perforara nuestra civilización como una flecha. Un leve resplandor de luz verdosa, que aparecía por entre algunas columnas, indicaba la localización de la otra abertura al mundo exterior, produciendo la vaga sensación de que estaba uno por debajo del mar, impresión que quedaba reforzada por un par de similaridades más, tal vez debidas a la casualidad y posiblemente fruto de la imaginación. La decoración en forma de diente de perro que se veía en todos los arcos, y que es típica del arte normando, les daba, en aquella cavernosa oscuridad, un aspecto que recordaba las fauces de

unos monstruosos tiburones. Y en medio de la cámara, la masa oscura de la tumba, con su tapa de piedra levantada, podría casi ser la boca de tan terrible leviatán[52].

Bien porque le pareciera lo más adecuado, bien porque no tuviera instalaciones más modernas, el caso es que el clérigo arqueólogo había dispuesto la iluminación de la capilla únicamente mediante cuatro grandes velas colocadas en sendos candelabros de madera situados en el suelo. De ellas, sólo una estaba encendida cuando entraron, iluminando tenuemente aquellas impresionantes formas arquitectónicas. Una vez que todos hubieron llegado a la capilla, el sacerdote procedió a encender los otros tres velones, quedando más visibles tanto el aspecto externo como el contenido del gran sarcófago.

Todas las miradas se clavaron en el rostro del cadáver, conservado a lo largo de tantos siglos con el mismo aspecto que había tenido en vida gracias a algún desconocido procedimiento oriental que, al parecer, se utilizaba de antiguo en medios paganos pero que nunca se había visto en los sencillos cementerios de las islas Británicas. El profesor apenas pudo reprimir una exclamación de sorpresa, pues, aunque el rostro tenía una palidez propia de una máscara de cera, parecía más bien el de un hombre dormido que acabara de cerrar los ojos. Era una cara de tipo ascético, quizás incluso fanático, con los huesos muy pronunciados; el cuerpo estaba envuelto en ricas vestiduras, con una capa pluvial bordada en oro, y sobre la parte superior del pecho, justo en la base del cuello, resplandecía la famosa cruz de oro colgada de una corta cadena, o más bien collar, también de oro. Para abrir el sepulcro de piedra habían deslizado la tapa hasta la cabecera del mismo y luego la habían levantado, sosteniéndola con dos fuertes astiles o varas de madera, ancladas por un extremo bajo el borde de la losa de la tapa y encajadas por el otro en las esquinas del sepulcro, por debajo de la cabeza del cadáver. Por tanto, resultaban menos visibles los pies y la parte inferior del cuerpo, pero la luz de las velas daba de lleno en su rostro; y en comparación con su tono de marfil muerto, la cruz de oro refulgía y brillaba como si fuera de fuego.

La ancha frente del profesor Smaill mostraba un profundo pliegue de reflexión, o tal vez de preocupación, desde que el sacerdote relatara la historia de la maldición. Pero la intuición femenina, no exenta de histeria, comprendió el significado de su meditativa inmovilidad mucho mejor que los hombres que se encontraban a su alrededor. En medio del silencio de la caverna iluminada por las velas, se oyó de repente el grito de lady Diana que decía:

—¡No lo toque, hágame caso!

Pero el hombre ya había realizado uno de sus movimientos leoninos y se inclinaba sobre el cadáver. Un segundo después, todos se lanzaban, unos hacia adelante y otros hacia atrás, pero todos con la asustada reacción de quien teme que el cielo se desplome sobre su cabeza.

En cuanto el profesor puso un dedo sobre la cruz de oro, las varas de madera, ligeramente curvadas por el peso de la losa de piedra, dieron como una especie de estirón y se quedaron completamente derechas. El borde de la tapa de la tumba resbaló de los astiles que la sostenían; todos los presentes sintieron en la boca del estómago la espantosa sensación de que se hallaban ante una inminente catástrofe, como si estuvieran a punto de despeñarse por un precipicio. Smaill había retirado la cabeza con gran celeridad, pero no a tiempo; yacía en el suelo sin sentido junto al sepulcro, en medio de un charco de sangre que manaba de su cabeza. Y el viejo sepulcro de piedra estaba de nuevo cerrado, como lo había estado durante tantos siglos; la única diferencia es que se veían asomar por entre la tapa unas astillas de madera, que sugerían la espantosa imagen de unos huesos en la boca de un ogro. El leviatán había cerrado sus fauces de piedra.

Lady Diana contemplaba aquella ruina con unos ojos que lanzaban destellos eléctricos como de locura; su melena roja parecía escarlata en contraste con la palidez de su rostro, bajo aquella media luz verdosa. Smyth la miraba, todavía con un gesto algo perruno en su ladeada cabeza; pero su expresión era más bien la de un perro que observaba a su amo, sin entender más que hasta cierto punto la catástrofe que le acaba de ocurrir. Tarrant y el extranjero habían adoptado una actitud todavía más taciturna que la habitual, pero sus caras estaban blancas como la tiza. El pastor, al parecer, se había desmayado. El Padre Brown se había arrodillado junto al herido, tratando de averiguar cómo se encontraba.

Ante la sorpresa general, fue el byroniano azotacalles, Paul Tarrant, el que acudió en su ayuda al tiempo que le decía:

—Más vale que lo saquemos al aire libre. Supongo que todavía se puede salvar.

—No está muerto —le dijo el Padre Brown en voz baja—, aunque me parece que está muy grave. ¿No será usted médico por casualidad?

—No, pero en tiempos aprendí un montón de cosas —le contestó el otro —. Pero ahora eso no tiene importancia. Si supiera cuál es mi verdadera profesión, seguramente se llevaría una buena sorpresa.

—No lo creo —replicó el Padre Brown con una leve sonrisa—. Llevo dándole vueltas al tema desde que nos encontrábamos a mitad de travesía. Es

usted detective y viene siguiéndole la pista a alguien. Bueno, de todas las formas, ahora no hay mucho peligro de que los ladrones se lleven la cruz.

Mientras así hablaban, Tarrant levantó la frágil figura del herido con gran destreza y fuerza y lo llevó con cuidado hacia la salida. Le respondió por encima del hombro:

—Sí, creo que la cruz no corre mucho peligro.

—¿Quiere usted decir que todos los demás sí? —le preguntó el Padre Brown—. ¿También usted está pensando en la maldición?

El Padre Brown se pasó el par de horas siguientes bajo el peso de una ceñuda perplejidad que iba más allá del sobresalto producido por el trágico accidente. Ayudó a transportar a la víctima a la pequeña posada que había frente a la iglesia, habló con el médico, el cual le dijo que la herida era grave y peligrosa, aunque no necesariamente mortal, y comunicó la noticia al grupito de los viajeros, que se habían sentado alrededor de una mesa en el salón de la posada. Pero a pesar de toda esta actividad, sentía sobre su cabeza el peso de la perplejidad, cada vez más oscura cuanto más profundamente meditaba sobre el tema. Pues el misterio central era cada vez más misterioso, y adquiría esta proporción según iba resolviendo en su mente muchos de los misterios menos importantes. En la misma medida en la que empezaba a comprender el significado de las figuras individuales que componían aquel variopinto grupo, le parecía cada vez más difícil de explicarse lo que había sucedido. Leonard Smyth había llegado a aquel lugar simplemente porque lady Diana había ido allí; y ésta había ido simplemente porque se le había antojado. Ambos sostenían uno de esos indefinidos flirteos de sociedad que son especialmente bobos porque adoptan un aire semiintelectual. Pero el romanticismo de la dama tenía además un aspecto supersticioso, y ésta se encontraba muy afectada por el trágico final de su aventura. Paul Tarrant era un detective privado al que probablemente algún marido o esposa le habría encargado que observase dicho flirteo, aunque también es posible que se dedicara a vigilar al conferenciante extranjero de los mostachos, que tenía todo el aspecto de ser un forastero indeseable. Pero si él o cualquier otra persona había tenido la intención de robar la reliquia, dicha intención se había visto frustrada. Y a juzgar por todas las apariencias mortales, lo que la había frustrado había sido o una increíble coincidencia o la intervención de aquella antigua maldición.

Se encontraba sumido en una desacostumbrada perplejidad en medio de la calle del pueblo, entre la posada y la iglesia, cuando experimentó un ligero sobresalto de sorpresa al ver que por la calle avanzaba una figura

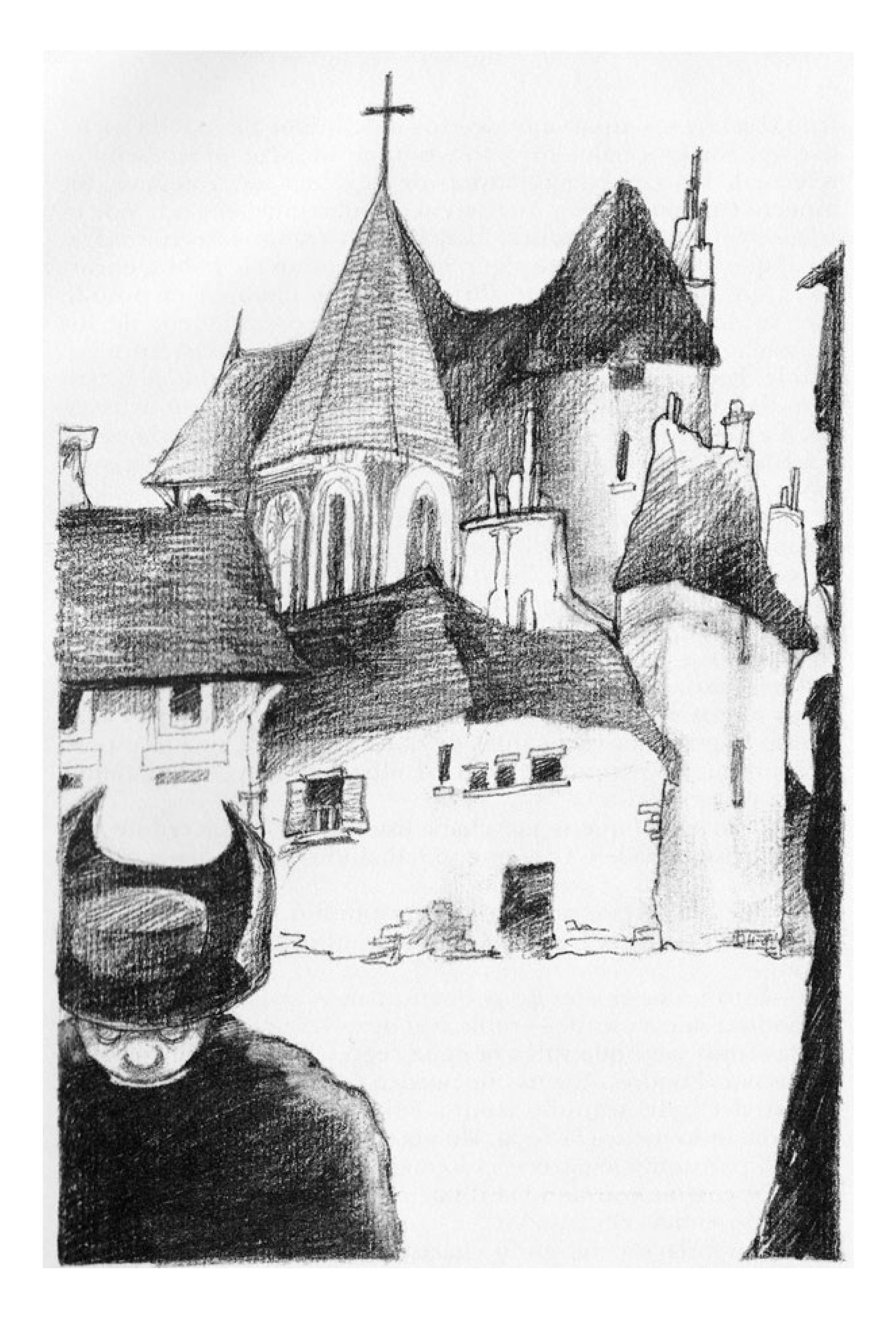
recientemente familiar pero bastante inesperada. El señor Boon, el periodista, cuyo macilento aspecto se acentuaba a la luz del sol, que resaltaba su raída indumentaria, clavó en el sacerdote sus oscuros y hundidos ojos (muy juntos a ambos lados de su larga y afilada nariz). El Padre Brown lo miró dos veces antes de darse cuenta de que su espeso y oscuro bigote escondía algo parecido a una mueca, o al menos a una torva sonrisa.

—Pero si creí que se marchaba usted —dijo el sacerdote con cierta brusquedad—. Creí que se había ido en tren hace un par de horas.

—Pues ya ve que no lo hice —respondió Boon.

—¿Por qué ha regresado? —le preguntó el Padre Brown muy serio.

—Esto no es el tipo de pequeño paraíso rural de donde un periodista sale a escape —replicó el otro—. Suceden aquí demasiadas cosas para que valga la pena regresar a un lugar tan aburrido como Londres. Además, no pueden dejarme fuera del asunto…, quiero decir, del segundo asunto. Fui yo quien encontró el cuerpo, o cuando menos la ropa. Una conducta bastante sospechosa por mi parte, ¿no le parece? A lo mejor piensa usted que pretendía disfrazarme con aquella ropa. ¡Seguro que resultaba un párroco de lo más encantador!



Y aquel flaco y narigudo charlatán de feria hizo de repente un extravagante ademán en medio de la plaza del mercado, extendiendo los brazos y abriendo sus manos enfundadas en unos guantes oscuros, como en una especie de burlona bendición, al tiempo que decía:

—Queridos hermanos y hermanas, deseo estrecharos entre mis brazos…

—¿Se puede saber de qué me está usted hablando? —exclamó el Padre Brown golpeando el empedrado con su destartalado paraguas, pues se sentía algo menos paciente que de costumbre.

—Bueno, ya se lo contarán a usted esos contertulios suyos que le aguardan en la posada —replicó Boon despectivamente—. Parece ser que ese tipo, Tarrant, sospecha de mí sencillamente porque encontré la ropa, aunque de haber llegado un minuto antes podía haberla encontrado él mismo. Y es que existen muchos misterios en todo este asunto. Puede que el hombrecito de los mostachos sepa más de lo que parece a simple vista. Aunque a decir verdad, se me ocurre que también podría ser usted quien mató al pobre hombre.

El Padre Brown no se mostró nada ofendido ante semejante sugerencia, aunque sí parecía enormemente preocupado y sorprendido por este comentario.

—¿Quiere usted decir —le preguntó con toda sencillez— que fui yo quien intentó matar al profesor Smaill?

—Nada de eso —respondió el otro, haciendo un gesto con la mano en el aire, como quien hace una generosa concesión—. Lo que sobran son muertos para que usted escoja. No se trata tan sólo del profesor Smaill. Vamos, no me diga que no se ha enterado de que ha aparecido otro, y mucho más muerto que el profesor Smaill. Y no veo por qué no iba a haberlo matado usted, a la chita callando. Cuestión de diferencias religiosas, ya se sabe…, la lamentable desunión de las iglesias cristianas… Supongo que ustedes siempre han pretendido recuperar las parroquias anglicanas.

—Me voy a la posada —dijo el sacerdote sin alterarse—; dice usted que aquella gente sabe a qué se refiere usted, y a lo mejor también *ellos* me lo pueden explicar.

La verdad es que inmediatamente su perplejidad interna sufrió una momentánea dispersión al enterarse de una nueva calamidad. En cuanto entró en la salita en la que el resto del grupo se hallaba reunido, la palidez que se reflejaba en sus rostros le indicó que estaban sobrecogidos por algún acontecimiento posterior al accidente de la tumba. En aquel preciso momento, Leonard Smyth decía:

—¿En qué va a acabar todo esto?

—Nunca le veremos el fin, se lo digo yo —intervino lady Diana, dejando vagar la mirada de sus cristalinos ojos—, no acabará hasta que hayamos desaparecido todos nosotros. La maldición irá acabando con todos, a lo mejor lentamente, como dijo el pobre vicario; pero acabará con todos nosotros como acabó con él.

—Pero ¿se puede saber qué es lo que ha sucedido ahora? —preguntó el Padre Brown.

Hubo un momento de silencio, y luego Tarrant dijo en un tono que sonó ligeramente falso:

—El señor Walters, el pastor, se ha suicidado. Supongo que lo sucedido lo alteró profundamente. Pero me temo que no caben dudas al respecto. Acabamos de encontrar su traje negro y su sombrero en una roca de la costa que avanza sobre el mar. Al parecer se tiró al agua. Me dio la impresión de que lo sucedido lo dejó medio alelado; teníamos que habernos ocupado de él, pero lo malo es que había tantas cosas de qué ocuparnos…

—No se hubiera podido hacer nada —dijo la dama—. ¿No comprende usted que esto es cosa del destino, que se va cumpliendo inexorablemente? El profesor tocó la cruz y fue el primero en caer; el pastor abrió la tumba, y fue el segundo en caer; nosotros no hicimos más que entrar en la capilla, pero…

—Basta ya —intervino el Padre Brown con una brusquedad que no solía utilizar casi nunca—; esto se va a acabar.

Todavía tenía el ceño profunda aunque inconscientemente fruncido, pero en su mirada ya no se veía aquella nube de perplejidad sino una luz que indicaba que había comprendido la situación y que estaba bastante horrorizado.

—¡Qué necio he sido! —musitó—. Tenía que haberme dado cuenta mucho antes. Todo radica en esa historia de la maldición.

—¿Quiere usted decir —le preguntó Tarrant— que en realidad podemos morir por culpa de algo que sucedió en el siglo XIII?

El Padre Brown meneó la cabeza y respondió, recalcando las palabras pero sin alterarse:

—No voy a discutir si podemos morir por culpa de algo que sucedió en el siglo XIII; pero de lo que sí estoy absolutamente convencido es de que no vamos a morir por culpa de algo que *nunca* sucedió en el siglo XIII, de algo que no sucedió jamás de los jamases.

—Vaya —replicó Tarrant—, no deja de ser una novedad toparse con un sacerdote tan escéptico en materia sobrenatural como lo es usted.

—Nada de eso —replicó el sacerdote muy tranquilo—; no es su aspecto sobrenatural lo que pongo en duda, sino precisamente su aspecto natural. Estoy completamente de acuerdo con alguien que decía: «Puedo creer en lo imposible, pero no en lo improbable.»

—Eso es, para usted, una paradoja, ¿verdad? —le preguntó su interlocutor.

—Eso es, para mí, sentido común, como Dios manda —replicó el Padre Brown—. En verdad, resulta mucho más natural aceptar un relato sobrenatural, que se refiera a cosas que no comprendemos, que aceptar un relato natural que se oponga a las cosas que comprendemos. Cuénteme usted que el gran señor Gladstone[53], a la hora de su muerte, se vio acosado por el fantasma de Parnell, y reaccionaré con agnosticismo al respecto. Pero cuénteme usted que el señor Gladstone, la primera vez que fue recibido por la reina Victoria, no se descubrió la cabeza en presencia de la soberana, a la que saludó con una palmadita en la espalda, ofreciéndole un puro, y entonces no me mostraré agnóstico. La anécdota no me parecerá imposible; me parecerá simplemente increíble. Pero estoy mucho más convencido de que esto no pudo suceder que de que el fantasma de Parnell no se le apareciera al señor Gladstone; porque lo primero viola las leyes de un mundo que yo comprendo. Lo mismo sucede con la historia de la maldición. No es que no crea en la leyenda…, en lo que no creo es en la historia.

Lady Diana se había recuperado un poco de su trance de Casandra[54], y su eterna curiosidad ante cualquier novedad volvía a asomar en sus brillantes y saltones ojos.

—¡Qué hombre más extraño es usted! —exclamó—. ¿Por qué no va a creer en la historia?

—No creo en la historia sencillamente porque no es historia —le respondió el Padre Brown—. Cualquiera que tenga algunas nociones de los tiempos medievales se dará cuenta de que toda esa historia es tan probable como que Gladstone le ofreciera un puro a la reina Victoria. Pero ¿quién sabe aquí nada sobre la Edad Media? ¿Saben ustedes lo que eran los gremios? ¿Han oído ustedes hablar del *salvo managio suo*? ¿Tienen idea de qué tipo de personas eran los *Servi Regis*[55]?

—No, claro que no —respondió la dama en tono airado—. ¡Menuda sarta de latinajos nos ha soltado usted!

—Claro que no —dijo el Padre Brown—. Si se tratara de Tutankhamon[56] y de un montón de africanos secos y en conserva, sabe Dios por qué motivo, en la otra punta del mundo; si estuviéramos hablando de

Babilonia o de China; si se tratara de una raza remota y misteriosa como el hombre de la Luna, los periódicos estarían repletos de noticias al respecto, con detalles sobre los más mínimos descubrimientos, desde un cepillo de dientes hasta el botón del cuello de una camisa. Pero si se trata de los hombres que construyeron estas parroquias nuestras, de la gente que ha dado nombre a nuestras ciudades y a nuestros oficios, y a los caminos que todavía hoy seguimos utilizando…, ni se les pasa a ustedes por la cabeza saber cómo eran ni cómo vivían. No es que yo sepa mucho sobre el tema, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de que esa historia no tiene ni pies ni cabeza. En aquella época no estaba permitido que un prestamista enajenara la tienda y los instrumentos de trabajo de un artesano. Es muy poco probable que el gremio al que pertenecía éste no le hubiera ayudado a salir de apuros, pues los gremios solían ayudar a sus miembros, sobre todo cuando éstos se veían arruinados por un judío. Aquella gente tenía sus propios vicios y tragedias; a veces torturaban a otras gentes, y hasta los condenaban a la hoguera. Pero pensar que un hombre podía encontrarse sin nadie a quien recurrir en este mundo teniendo que huir del mismo y morirse como un perro, porque nadie le hacía el menor caso…, eso no tiene nada que ver con la vida medieval. Es producto de nuestras teorías económicas y de nuestro progreso. El judío no podía ser vasallo de un señor feudal, porque los judíos normalmente ostentaban el cargo especial de servidores del rey. Pero sobre todo, a un judío en este país nunca le habrían condenado a la hoguera por culpa de su religión.

—Las paradojas se multiplican —observó Tarrant—, pero no va usted a negarme que en la Edad Media se perseguía a los judíos.

—Sería más correcto decir —replicó el Padre Brown— que los judíos eran los únicos a los que no se les perseguía en la Edad Media. Si tiene usted ganas de hacer una sátira de corte medieval, podría usted sacar a relucir que a un pobre cristiano lo queman vivo por incurrir en una falta sobre el homusianismo[57], en tanto que el rico judío se pasea tan tranquilo por la calle, a pesar de despreciar a Cristo y a la Madre de Dios. Pues sí, así eran las cosas. Lo que nos contaron no tenía nada que ver con la realidad de la Edad Media; no era ni siquiera una leyenda sobre la Edad Media. Era un cuento que se inventó alguien que no ha leído otra cosa que lo que se publica en novelas y periódicos, y que probablemente se le ocurrió de improviso y sobre la marcha.

Los otros parecían algo aturdidos por su digresión histórica y daba la impresión de que se preguntaban vagamente el motivo por el que el sacerdote

había subrayado la importancia de aquella parte del enigma. Pero Tarrant, cuya profesión consistía en detectar el detalle práctico entre una maraña de razonamientos, de repente se puso en guardia. Echó adelante la perilla con más ímpetu que nunca, pero abrió de par en par sus melancólicos ojos y dijo:

—¡Ya, conque se le ocurrió de improviso y sobre la marcha!

—Bueno, tal vez exagere —admitió el Padre Brown con toda la calma—. Sería más adecuado decir que lo trató más a la ligera y con menos cuidado que el resto de los planes, extraordinariamente bien maquinados. Pero el autor de los mismos debió pensar que nadie prestaría demasiada atención a esos detalles de historia medieval. Y no se equivocaba al suponerlo, como no se equivocó con el resto de las suposiciones.

—¿Quién es esa persona? ¿Quién es el autor de esas suposiciones? —preguntó la dama con fogosa impaciencia—. ¿A quién se refiere usted? ¿No le parece que ya hemos padecido bastante para que nos tenga aquí con la carne de gallina oyéndole hablar en clave?

—Estoy hablando del asesino —dijo el Padre Brown.

—¿De qué asesino? —le increpó lady Diana—. ¿Quiere usted decir que el pobre profesor ha sido asesinado?

—El caso es que no podemos decir que ha sido «asesinado» —musitó Tarrant para su barba, con la mirada muy fija—, porque no sabemos si ha muerto.

—El asesino mató a otra persona que no era el profesor Smaill —dijo el sacerdote muy serio.

—¿Qué dice? ¿A quién mató? —le preguntó su interlocutor.

—Mató al reverendo John Walters, el vicario de Dulham —replicó el Padre Brown con precisión—. Sólo quería matar a esos dos hombres porque ambos tenían reliquias de un modelo muy determinado y muy poco frecuente. El asesino era una especie de monomaniaco al respecto.

—Me parece todo muy raro —musitó Tarrant—. La verdad es que tampoco podemos jurar que el vicario haya muerto porque ninguno hemos visto su cadáver.

—Ya lo creo que lo han visto —dijo el Padre Brown.

Se produjo un silencio tan inesperado como la campanada de un gongo; un silencio en el que la intuición femenina funcionó de manera tan activa y acertada que casi se le escapó un grito.

—Eso es exactamente lo que vieron ustedes —prosiguió el sacerdote—. Vieron su cuerpo. A él no le vieron, quiero decir, no lo vieron en vida; pero su cuerpo, sí. Lo estuvieron contemplando a la luz de aquellos cuatro hachones;

no se había suicidado tirándose al mar, sino que allí estaba, de cuerpo presente como un príncipe de la Iglesia, en un santuario construido antes de las Cruzadas.

—Hablando en plata —dijo Tarrant—, pretende usted que creamos que el cuerpo embalsamado que vimos en la capilla era en realidad el cadáver de un hombre al que habían asesinado.

El Padre Brown guardó un momento de silencio y luego dijo, casi como sin darle importancia a sus palabras:

—Lo primero que me llamó la atención fue la cruz; o más bien el collar del que colgaba la cruz. Naturalmente, para la mayoría de ustedes era simplemente un collar de cuentas y nada más; pero naturalmente, también, el collar tenía más significado para mí que para ustedes. Recordarán que las cuentas estaban dispuestas de un modo especial, primero uno y luego tres, etcétera; la verdad es que me di cuenta en seguida de que se trataba de un rosario, un vulgar rosario rematado por un crucifijo. Lo que pasa es que un rosario tiene más de cincuenta cuentas, entre ellas diez por cada uno de los cinco misterios, y yo no acababa de comprender dónde estaba el resto de las cuentas, que eran más que suficientes para darle la vuelta al cuello del pobre hombre. En aquel momento no lo entendí, pero luego me di cuenta de a dónde había ido a parar el resto del rosario. Estaba liado alrededor del soporte de madera que sostenía la tapa del sepulcro. Y cuando el pobre de Smaill tiró de la cruz, las vigas se descolocaron y la tapa le golpeó la cabeza como si fuera una cachiporra de piedra.

—¡Rediez! —exclamó Tarrant—. Empiezo a pensar que tiene usted razón. Pero como sea verdad, vaya una historia más rara.

—Cuando me di cuenta de este detalle —prosiguió el Padre Brown—, no fue muy difícil de adivinar el resto. En primer lugar, recuerden ustedes que nunca hubo ninguna autoridad arqueológica responsable de otra cosa más que de la investigación. El pobre Walters era un honrado aficionado a la arqueología, que tenía gran empeño en abrir el sepulcro para comprobar si era cierta la leyenda de los cuerpos embalsamados. Todo lo demás no eran sino rumores, del tipo de los que suelen preceder o exagerar los descubrimientos de esta naturaleza. De hecho, descubrió que el cuerpo no había sido embalsamado, sino que había quedado reducido a cenizas hacía ya muchos siglos. Y cuando se encontraba allí, trabajando a la luz de aquel único velón, la luz de la vela proyectó una sombra que no era la suya propia.

—¡Ay! —gritó lady Diana conteniendo la respiración—. Ahora ya le entiendo. Nos va usted a decir que hemos conocido al asesino, que estuvimos

charlando y bromeando con el asesino, que nos contó un cuento chino y que luego le dejamos marchar como si tal cosa.

—Dejando su disfraz de clérigo sobre una roca —asintió el Padre Brown —. Es todo terriblemente sencillo. Ese hombre se adelantó al profesor en su carrera hacia el cementerio y la capilla, probablemente mientras el profesor se entretenía con aquel lúgubre periodista. Se abalanzó sobre el anciano clérigo y lo mató. Luego se puso la ropa negra del difunto, al que envolvió con la capa pluvial que era uno de los auténticos hallazgos de la excavación, lo metió en el sepulcro y dispuso el rosario y el soporte de madera como les expliqué antes. Y entonces, teniendo ya dispuesta la trampa para su segundo enemigo, salió al exterior dispuesto a recibirnos con toda la cordial cortesía de un cura de pueblo.

—Corrió mucho riesgo —objetó Tarrant—, pues podía haberse topado con alguien que conociera a Walters de vista.

—Reconozco que estaba medio loco —admitió el Padre Brown—; y creo que todos ustedes tendrán que reconocer que le valía la pena correr ese riesgo ya que, al fin y al cabo, se salió con la suya.

—Desde luego tuvo mucha suerte —gruñó Tarrant—. Pero ¿quién diantres es?

—Tiene usted razón, tuvo mucha suerte —respondió el Padre Brown—, en esto y muchas otras cosas. Porque esto es probablemente lo único que no sabremos jamás.

Se quedó un momento contemplando la mesa con el ceño fruncido, y luego prosiguió:

—Ese tipo ha estado deambulando de acá para allá, amenazando a la gente durante años, pero siempre ha puesto gran empeño en ocultar su personalidad; y sigue ocultándola. Pero si el pobre de Smaill se recupera, y yo espero que así sea, estoy bastante convencido de que tendrán ustedes más detalles del caso.

—¿Por qué? ¿Qué cree usted que hará el profesor Smaill? —preguntó lady Diana.

—Supongo que lo primero de todo —dijo Tarrant— será poner detectives a la caza de ese endemoniado asesino. Ya me gustaría a mí echarle el guante.

—Bueno —dijo el Padre Brown, con su primera sonrisa tras su largo ataque de perplejidad que lo había tenido con el ceño fruncido—, yo creo que lo primero que tendría que hacer es otra cosa.

—¿Como qué? —preguntó lady Diana con desparpajo.

—Como pedirles disculpas a todos ustedes —dijo el Padre Brown.

Sin embargo, no fue sobre este tema sobre el que el Padre Brown se encontró hablando con el profesor Smaill, sentado junto a su cama, durante la lenta convalecencia del eminente arqueólogo. Y tampoco era el Padre Brown el que llevaba la mayor parte de la conversación, pues aunque al profesor le habían limitado a pequeñas dosis el estímulo de la conversación, hacía el mayor gasto de ésta con su amigo el sacerdote. El Padre Brown tenía el talento de saber guardar silencio, propiciando que otro hablara, y ello alentaba a Smaill a hablar de muchos temas sobre los que no siempre es fácil explayarse; tales como las fases mórbidas de la recuperación y los monstruosos sueños que a veces acompañan al delirio. A menudo la recuperación de un golpe en la cabeza suele tener un buen número de altibajos; y cuando la cabeza es tan interesante como lo era la del profesor Smaill, sus alteraciones y sus distorsiones pueden ser de lo más original y curioso. Sus sueños recordaban los dibujos vigorosos y esquemáticos que se pueden observar en las grandes obras primitivas que el profesor había estudiado; estaban llenos de extraños santos con halos cuadrados y triangulares, de rostros oscuros y planos rodeados de coronas y glorias de oro, de águilas orientales y de hombres barbudos cubiertos con tocados que más bien parecían peinados de mujer. Pero según le dijo a su amigo, había un tipo más sencillo y menos complicado que se repetía continuamente en su memoria imaginativa. Una y otra vez, todos estos modelos bizantinos se desvanecían como el finísimo pan de oro sobre el que estaban dibujados como si fuera fuego; y no quedaba otra cosa que un oscuro muro de piedra sobre el que se veía la reluciente silueta de un pez, como si hubiera estado dibujada con un dedo mojado en el fósforo de los peces. Pues aquél era el símbolo que en cierta ocasión vio cuando oyó por primera vez, a la vuelta de una esquina del oscuro pasadizo, la voz de su enemigo.

—Y al fin —dijo—, creo que he comprendido el significado del dibujo y de la voz: y hasta ahora jamás lo había entendido. ¿Por qué habría de preocuparme porque un loco entre un millón de cuerdos, miembro de una gran sociedad que lucha contra mí, decide vanagloriarse con el hecho de perseguirme y de perseguirme hasta la muerte? El hombre que dibujó en aquella oscura catacumba el símbolo secreto de Cristo padeció persecución de una manera muy diferente. Él era el loco solitario; toda la sociedad cuerda de su época se confabuló, no para salvarle sino para acabar con su vida. A veces he estado obsesionado tratando de descubrir si esta o aquella persona podría ser mi perseguidor; si era Tarrant, o si era Leonard Smyth, o cualquiera de los otros. Claro que también podrían haber sido todos juntos. Hasta podríamos

suponer que hubieran sido todas las personas que había en el barco y las que había en el tren y todos los habitantes del pueblo. Supongamos, en lo que a mí respecta, que fueran todos asesinos. Creía que tenía derecho a estar preocupado porque me estaba introduciendo en las entrañas de la tierra en plena oscuridad, y allí había un hombre dispuesto a destruirme. ¿Acaso hubiera sido diferente si el destructor se hubiera encontrado a plena luz y hubiera sido el amo de la tierra y hubiera tenido poder sobre todos los ejércitos y todas las multitudes? ¿Hubiera sido diferente si dicha persona hubiera sido capaz de detener todos los mundos y convertirme en humo dentro de aquel agujero o matarme en el mismísimo momento en que hubiera asomado la nariz a la luz del sol? ¿Cómo se hubiera sentido alguien que tuviera que enfrentarse al crimen a semejante escala? El mundo ha olvidado todas estas cosas, como hasta hace poco tiempo había olvidado que existía la guerra.

—Sí —dijo el Padre Brown—, pero la guerra llegó. Puede que el pez tenga que volver a esconderse bajo tierra, pero llegará un día en que volverá a salir a la luz del sol. Como dijo San Antonio de Padua con gran sentido del humor: «Los peces son los únicos supervivientes del diluvio.»

VI

El puñal alado

Al Padre Brown, durante una época de su vida, le costaba trabajo colgar el sombrero de un perchero sin reprimir un ligero estremecimiento. El origen de esta idiosincrasia fue en realidad un detalle sin importancia dentro de una serie de acontecimientos mucho más complicados; pero fue tal vez el único detalle que perduró en su ajetreada vida para recordarle aquel asunto. Su origen remoto había que buscarlo en los hechos que indujeron al doctor Boyne, médico del cuerpo de policía, a mandar llamar al sacerdote una mañana extremadamente fría del mes de diciembre.

El doctor Boyne era un irlandés corpulento, uno de estos irlandeses bastante desconcertantes que se encuentran en cualquier rincón del mundo, y que están dispuestos a discutir a fondo cualquier tema sobre los fundamentos científicos del escepticismo, el materialismo y el cinismo, pero a los que ni por lo más remoto se les ocurriría comparar una cuestión relacionada con el ritual religioso con otra cosa que no fuera la religión tradicional de su patria. Resulta difícil saber si su fe es un barniz muy superficial o un sustrato muy fundamental; aunque lo más probable es que sea ambas cosas, con una buena dosis de materialismo entre medias. En cualquier caso, cuando nuestro médico pensó que podía tener que vérselas con cuestiones de este tipo, mandó llamar al Padre Brown, aunque dejó bien claro que hubiera preferido que no hubieran tomado ese cariz. De modo que le saludó con las siguientes palabras:

—No estoy seguro de que sea usted la persona que necesito, ¿sabe? En realidad no estoy seguro de nada todavía. Que me aspen si acabo de entender si de este caso debe ocuparse un médico, un policía o un sacerdote.



—Bueno —dijo el Padre Brown con una sonrisa—, como supongo que usted es al mismo tiempo policía y médico, me parece que me encuentro en minoría.

—He de admitir que usted representa eso que los políticos llaman la minoría instruida —replicó el médico—. Quiero decir que ya sé que también usted ha tenido que actuar a veces en nuestro campo, además de en el suyo propio. Pero no hay quien sepa si este asunto cae en el campo de usted o en el nuestro, o simplemente en el de la Junta de Lunáticos. Acabamos de recibir el recado de un hombre que vive aquí cerca, en aquella casa blanca que hay sobre la colina; nos pide que lo protejamos contra una persecución asesina. Hemos tratado de averiguar lo que pasa, pero mejor será que le cuente los hechos desde el principio, tal como supuestamente se han producido.

»Parece ser que un hombre llamado Aylmer, un rico terrateniente del West Country[1][58], se casó, a edad ya avanzada, y tuvo tres hijos, Philip, Stephen y Arnold. Pero cuando aún estaba soltero, y pensando que nunca tendría familia, había adoptado a un muchacho que le había parecido muy brillante y prometedor y que respondía al nombre de John Strake. Los orígenes del chico resultan bastante desconocidos; hay quien dice que era un inclusero, y otros afirman que era un niño gitano. Creo que esta última teoría se basa en el hecho de que Aylmer, en su vejez, se aficionó a todo tipo de prácticas de ocultismo, entre ellas la quiromancia y la astrología, y sus tres hijos decían que Strake se las fomentaba. Pero además decían muchas otras cosas. Como, por ejemplo, que el tal Strake era un sinvergüenza redomado, y sobre todo un embustero de mucho cuidado; un genio a la hora de inventar mentiras sobre la marcha y contarlas con tal convicción que era capaz de engañar a un detective. Aunque puede que todo esto no fueran más que puros prejuicios, a juzgar por lo que sucedió. El viejo dejó prácticamente todos sus bienes a su hijo adoptivo, y a su muerte, los tres hijos legítimos impugnaron el testamento, alegando que su padre había cedido al miedo o, para decirlo sin rodeos, que se había dejado entontecer por la palabrería de Strake. Dijeron que éste se las arreglaba, mediante ardides de lo más extraños, para llegar junto a él, burlando la vigilancia de las enfermeras y de la familia, y aterrorizarle en su lecho de muerte. Sea como fuere, el caso es que lograron demostrar que el viejo no estaba en sus cabales, porque el tribunal desestimó el testamento y los hijos se hicieron con la herencia. Cuentan que Strake reaccionó de manera muy violenta, jurando que los mataría a los tres, uno detrás de otro, y que de ningún modo lograrían escapar a su venganza. Es

Arnold Aylmer, el tercero de los tres hermanos, el que ha pedido ayuda a la policía.

—Tercero y último —dijo el sacerdote, mirándole muy serio.

—Efectivamente —replicó Boyne—. Los otros dos han muerto.

Hubo un momento de silencio y luego prosiguió.

—Y aquí es donde surge la duda. No existen pruebas de que hayan sido asesinados, aunque es posible que así fuera. Parece ser que el primer hijo, que heredó el mayorazgo, se suicidó en el jardín. El segundo, que se dedicó a la industria, falleció a causa de un golpe que se dio con una máquina de su fábrica; no hay que descartar la posibilidad de que resbalara y se cayera. Pero si Strake es el autor de ambas muertes, no cabe duda de que tiene una gran habilidad para llevar a cabo sus actos y luego desaparecer. Por otra parte, es más que probable que todo ello no sea sino una manía persecutoria basada en una coincidencia. Mire usted, lo que quiero es lo siguiente. Me gustaría que alguien con sentido común, pero que no sea un funcionario, suba a hablar con el tal Arnold Aylmer y saque una impresión sobre su personalidad. Usted sabe cómo se comporta una persona que sufre alucinaciones, y sabe también cuándo alguien dice la verdad. Deseo que vaya usted de avanzadilla, antes de que nosotros tengamos que intervenir.

—Me parece algo raro que ustedes no hayan tenido que intervenir hasta ahora —dijo el Padre Brown—. Si está pasando algo, da la impresión de que la cosa viene de lejos. ¿Existe algún motivo especial que le haya inducido a pedir ayuda precisamente ahora, y no en otro momento?

—Ya se puede suponer que a mí también me extrañó esto —le respondió el doctor Boyne—. El alega una razón, pero le confieso que ésta es una de las cosas que me hacen pensar que todo este asunto puede ser simplemente la manía de alguien que no está en sus cabales. Dijo que de repente todo el servicio lo había dejado plantado y se había marchado de la casa, y que por eso se había visto obligado a recurrir a la policía para que ésta le vigilara la casa. Hice algunas pesquisas y averigüé que, efectivamente, se había producido un éxodo general de los criados de la casa de la colina; por supuesto, en el pueblo no se habla de otra cosa, y los chismorreos, desde luego, no le favorecen mucho. Dicen que el amo se había puesto imposible, por lo maniático, asustadizo y exigente que se había vuelto; pretendía que vigilaran la casa como si fueran centinelas y que hicieran guardia toda la noche como si fueran enfermeras de hospital; y cuentan que nunca se podían quedar a solas, porque él nunca se quería quedar a solas. Así que le dijeron todos a una que estaba chiflado y se marcharon. Naturalmente, esto no nos

demuestra que esté chiflado, pero, en estos tiempos, no es muy normal que alguien espere que su mayordomo o su doncella le hagan de guardaespaldas.

—O sea, que quiere que la policía le haga de doncella, ya que la doncella no quiere hacerle de policía —dijo el sacerdote con una sonrisa.

—Sí, a mí también me parece un poco raro —asintió el doctor—, pero no puedo negarme en redondo hasta que no haya intentado un compromiso. Usted representa ese compromiso.

—De acuerdo —dijo sencillamente el Padre Brown—. Puedo ir ahora mismo si le parece bien.

La campiña que rodeaba la pequeña ciudad estaba sellada y limitada por la escarcha, y el cielo estaba limpio y frío como el acero, aunque por el Noreste se levantaban algunas nubes rodeadas de lívidos halos. Sobre el telón de fondo de estos colores, más oscuros y más siniestros, la casa de la colina se destacaba con una fila de pálidos pilares que formaban una pequeña columnata clásica. Un tortuoso camino conducía hasta la curva del altozano y luego se perdía en una masa de oscuros matorrales. Justo antes de que alcanzara dichos matorrales, al Padre Brown le pareció que el aire se volvía muchísimo más frío, como si se estuviera aproximando a un iglú del polo Norte. Pero era una persona eminentemente realista, y las imaginaciones nunca le parecían más que simples productos de la imaginación. Miró de reojo el gran nubarrón lívido que trepaba por encima de la casa, y comentó muy animoso:

—Va a nevar.

Cruzó una verja de hierro de estilo italiano y entró en un jardín que tenía ese aire de abandono que suele encontrarse en las cosas ordenadas cuando éstas se encuentran desordenadas. Algunos arbustos de color verde oscuro se veían agrisados por el leve polvo de la escarcha y las malas hierbas rodeaban el pálido dibujo de los lechos de flores, formando un raído marco; la casa se erguía como hasta la cintura, en medio de un atrofiado bosque de arbustos y matorrales. La vegetación consistía fundamentalmente en siemprevivas y plantas vivaces y, aunque era espesa y abundante, se notaba que el clima era excesivamente frío para que pudiera calificarse de frondosa. Se podía describir como una especie de jungla ártica. Lo mismo sucedía con la propia casa, que tenía una columnata y una fachada clásica que habrían resultado muy bien si dieran sobre el Mediterráneo, pero que, en aquel lugar, parecían ateridas con el viento del mar del Norte. La ornamentación clásica que se veía en algunos puntos acentuaba el contraste; unas cariátides y unas tallas de máscaras de comedia o de tragedia contemplaban desde las esquinas del

edificio aquel caos grisáceo de los senderos del jardín; pero los rostros parecían congelados y se diría que hasta las mismas volutas de los capiteles se habían retorcido de puro frío.

El Padre Brown subió unos escalones invadidos por la hierba hasta llegar a un porche cuadrado flanqueado por grandes columnas y llamó a la puerta. Unos minutos después volvió a llamar. Luego se quedó aguardando, con mucha paciencia y de espaldas a la puerta, contemplando el paisaje que, poco a poco, se iba sumiendo en la penumbra. Oscurecía bajo la sombra de aquel inmenso continente de nubes que había llegado volando por el Norte; y, aunque se encontraba tras las columnas del porche, que le parecía enorme y negro por encima de su cabeza en aquella media luz, pudo divisar el aro opalescente del nubarrón que se acercaba navegando por encima del tejado y cubría el porche como si fuera un palio. Aquel inmenso palio de descoloridos flecos fue descendiendo sobre el jardín y lo que hasta poco antes había sido un cielo invernal, limpio y pálido, se redujo a unas cuantas cintas y jirones de plata, cual enfermiza puesta de sol. El Padre Brown siguió aguardando, pero dentro de la casa no se oía sonido alguno.

Entonces bajó apresuradamente los escalones y se dirigió a la parte posterior de la casa, en busca de otra entrada. Al cabo encontró una, una puerta lateral en un muro y llamó a la misma y esperó a que le abrieran. Luego probó por si el picaporte giraba, pero vio que la puerta estaba cerrada con llave o con pestillo; así que siguió dándole la vuelta a la casa, cavilando sobre lo que debería hacer y preguntándose si el excéntrico señor Aylmer no se habría encerrado a cal y canto de tal modo que no podía oír a ningún forastero; o si, por el contrario, no se habría encerrado al oír sus llamadas, ante el temor de que, si alguien llamaba, fuera el vengador Strake. También podría darse el caso de que, cuando aquella mañana los criados tomaron las de Villadiego, salieran por una sola puerta, que su amo volvería a cerrar con llave tras ellos; fuera lo que fuera, no parecía muy probable que los criados, en su estado de ánimo, se hubieran preocupado por cerrar con tanto cuidado todas las defensas. Siguió inspeccionando el lugar, que no era en realidad muy grande, aunque sí algo pretencioso; y al cabo de unos momentos comprobó que le había dado toda la vuelta. Un instante después descubrió lo que había estado suponiendo y buscando. La puertaventana de una habitación, cubierta y en penumbra por una enredadera, tenía una rendija abierta, sin duda alguna por casualidad; el Padre Brown se encontró en una sala central, confortablemente amueblada, aunque en un estilo algo anticuado; a un lado se veía una escalera que subía al piso superior, y al otro una puerta que conducía

a otras habitaciones. En la pared de enfrente había otra puerta de cristal rojo, algo ostentosa para el gusto moderno y que hacía pensar en una figura ataviada con ropaje rojo sobre una vidriera barata. Sobre un velador que había a la derecha se veía una especie de acuario, un gran recipiente lleno de agua verdosa, en la que se movían peces y otras cosas por el estilo, como en un aljibe; y justo enfrente de la mesa había una planta, una variedad de palmera, con hojas verdes de gran tamaño. Todo ello tenía un aspecto tan polvoriento y anticuado que el teléfono, situado junto a las cortinas del ventanal, resultaba un elemento sorprendente.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó una voz, con tono desagradable y desconfiado, tras la puerta de cristal de color.

—Deseo ver al señor Aylmer —dijo el sacerdote como quien pide disculpas.

Se abrió la puerta y apareció un caballero vestido con un batín de color verde pavo real, que lo miraba con aire inquisitivo. Tenía el pelo crespo y despeinado, como si acabara de levantarse o tuviera por costumbre arreglarse con mucha lentitud, pero sus ojos no estaban adormilados, sino muy alertas, e incluso se podría decir que alarmados. El Padre Brown sabía que este contraste suele ser propio de aquellas personas cuyas costumbres se van deteriorando bajo el peso de un delirio o de un peligro. Tenía un hermoso rostro aquilino cuando se le veía de perfil, pero de frente, la primera impresión era la de una persona desaseada, e incluso medio salvaje, por el aspecto de su abundante barba castaña.

—Yo soy el señor Aylmer —dijo—, pero no aguardo ninguna visita.

Había algo en la inquieta mirada del señor Aylmer que indujo al sacerdote a ir directamente al grano. Si lo único que le pasaba a aquel hombre era que tenía una monomanía persecutoria, probablemente no le importaría que fuera tan concreto.

—Me gustaría saber —le dijo el Padre Brown con toda amabilidad— si es cierto que no aguarda usted visita.

—Tiene usted razón —se apresuró a replicar su interlocutor—. Siempre estoy aguardando una visita. Y puede que sea la última.

—Espero que no —dijo el Padre Brown—, pero al menos me agrada saber que no me parezco a esa persona.

El señor Aylmer se estremeció con una especie de carcajada salvaje; luego dijo:

—Desde luego que no.

—Señor Aylmer —le dijo el Padre Brown con gran franqueza—, le ruego disculpe la libertad que me he tomado, pero unos amigos míos me contaron el problema en que se encuentra usted y me pidieron que tratara de ayudarle. La verdad es que tengo algo de experiencia en asuntos de este tipo.

—No existen asuntos de este tipo —replicó Aylmer.

—¿Quiere usted decir —observó el Padre Brown— que las tragedias acaecidas en el seno de su familia no fueron muertes normales?

—Quiero decir que no fueron ni siquiera asesinatos normales —respondió el otro—. El hombre que nos está acosando hasta la muerte es un cancerbero con poderes infernales.

—El mal siempre procede del mismo origen —dijo muy serio el sacerdote—. Pero ¿cómo sabe usted que no fueron crímenes normales?

Aylmer le respondió con el ademán de ofrecer asiento a su huésped; luego se acomodó lentamente en otra butaca, con el ceño fruncido y las manos apoyadas en las rodillas; pero cuando volvió a alzar la vista, su expresión se había dulcificado algo, se mostraba pensativo y empezó a hablar en tono cordial y contenido.

—Mire usted —le dijo al sacerdote—, no quiero que piense que soy en absoluto una persona irrazonable. He llegado a estas conclusiones por vía del razonamiento, porque desgraciadamente ahí conduce la razón. He leído muchos libros sobre este tema, pues soy el único que heredé la afición de mi padre a estas cuestiones en cierto modo ocultas, y posteriormente heredé también su biblioteca. Pero lo que le estoy contando no se basa en lo que he leído, sino en lo que he visto.

El Padre Brown asintió con la cabeza y su interlocutor prosiguió, como si estuviera escogiendo cuidadosamente sus palabras:

—En el caso de mi hermano mayor, al principio yo no estaba seguro. No había huella alguna junto a su cadáver, y se encontró una pistola junto a él. Pero acababa de recibir una carta amenazadora, sin duda alguna escrita por nuestro enemigo, pues llevaba la marca con un signo parecido a un puñal alado, que era uno de sus infernales ardides cabalísticos. Una de las criadas dijo que había visto una forma que se movía junto a la tapia del jardín, al atardecer, y que le pareció demasiado grande para que fuera un gato. Dejemos este tema de momento; lo único que puedo decirle es que, si fue obra de un asesino, éste se las apañó para no dejar huella alguna de su paso. Pero cuando murió mi hermano Stephen, la cosa fue diferente, y desde ese momento ya no tengo duda. Había una máquina funcionando en una plataforma debajo de la torre de la fábrica; en cuanto vi que mi hermano caía bajo los efectos del

golpe de aquel martillo de hierro, escalé el andamiaje; no vi que lo golpease ninguna otra cosa, pero vi lo que vi.

»Había una espesa nube de humo entre el lugar donde yo me encontraba y la torre de la fábrica; pero a través de un claro acerté a ver en lo alto de la torre una oscura figura humana envuelta en lo que me pareció una capa negra. Luego una nube de espeso humo sulfuroso volvió a interponerse entre la figura y yo, y cuando se diluyó y miré hacia la lejana chimenea, la figura había desaparecido. Soy un ser racional y pregunto a todos los seres racionales que me expliquen cómo pudo alguien trepar hasta aquella inaccesible torre, de una altura de vértigo, y cómo desapareció de la misma.

Se quedó mirando fijamente al sacerdote, cual interrogadora esfinge; luego, tras un momento de silencio, dijo bruscamente:

—Mi hermano tenía la cabeza destrozada, pero su cuerpo no sufrió mucho daño. Y le encontramos en el bolsillo uno de esos amenazadores mensajes, fechado la víspera, y con la marca del puñal alado.

Luego prosiguió lentamente:

—Estoy seguro de que el símbolo del puñal alado no es simplemente arbitrario o accidental. Nada de ese abominable hombre es accidental. Todo lo que hace tiene un propósito, aunque éste sea negrísimo y retorcido. Su mente está repleta de planes complicados y, además, de signos y lenguajes secretos, y de muchas señales e imágenes sin palabras que representan objetos sin nombre. Es el tipo más indeseable que pueda haber en el mundo, pues es un místico perverso. No es que yo pretenda comprender todo lo que representa ese símbolo; pero parece seguro que tiene que estar relacionado con los aspectos más notables, y aún diría con los más increíbles, de los movimientos de ese hombre desde que ha estado rondando alrededor de mi desgraciada familia. ¿Acaso no existe conexión entre la idea de un arma alada y el misterio por el cual mi hermano Philip cayó fulminado en el jardín de su casa sin que pudiera detectarse la más mínima huella en el polvo o en el césped? ¿Acaso no existe conexión entre un puñal emplumado, que sale volando como una flecha, y aquella figura que apareció agarrada a la punta de una tambaleante chimenea, envuelta en una capa como para echarse a volar?

—¿Quiere usted decir —le preguntó el Padre Brown muy pensativo— que se encuentra en continuo estado de levitación?

—Simón Mago[59] lo estaba —replicó Aylmer— y una de las profecías más frecuentes del Milenio era que el Anticristo sería capaz de volar. Además, está el puñal alado del documento, y aunque éste no pudiera volar, desde luego sí que podía matar.

—¿Se fijó usted en el tipo de papel en el que estaba escrito el mensaje? —le preguntó el Padre Brown—. ¿Era papel corriente?

El rostro de esfinge estalló en una violenta carcajada.

—Puede usted ver el tipo de papel que era —dijo Aylmer con tono tétrico—, porque yo también he recibido uno esta mañana.

Se había recostado en la butaca, y había estirado sus largas piernas, que asomaban por debajo del batín, que le quedaba un poco corto; hundió el barbudo mentón en el pecho y, sin hacer ningún otro movimiento, metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel que le tendió temblorosamente con el brazo completamente rígido. Daba la impresión de estar bajo un ataque de parálisis, que le causaba al mismo tiempo rigidez y postración. Pero el siguiente comentario del sacerdote produjo el curioso efecto de hacerle reaccionar.

El Padre Brown se quedó escudriñando con su mirada de miope el papel que le acababa de entregar. Era un papel bastante especial, áspero pero no vulgar, como si fuera una hoja de un cuaderno de apuntes; en él aparecía dibujado con firmes trazos en tinta roja un puñal con dos alas, como las del caduceo de Hermes[60]; además se veían las siguientes palabras: «La muerte llega un día después de recibir esto, como le llegó a tus hermanos.»

El Padre Brown arrojó el papel al suelo e incorporándose de repente en la butaca, le dijo con firmeza:

—No se deje amilanar por estas tonterías. Los demonios siempre intentan vencernos haciendo que nos demos por vencidos.

Con gran sorpresa por su parte, aquel hombre sumido en la postración reaccionó inmediatamente, levantándose de repente de la butaca como quien se despierta de un sueño.

—¡Tiene usted razón, tiene usted razón! —exclamó Aylmer con extraña animación—. Los demonios comprobarán que ni me doy por vencido ni soy fácil de vencer. Tal vez tenga más esperanza y más recursos de lo que usted se figura.

Se quedó en pie, con las manos en los bolsillos, mirando al sacerdote con el ceño fruncido; el Padre Brown pensó por un momento, durante aquel tenso silencio, que el prolongado peligro al que se había visto sometido aquel hombre le había afectado al cerebro. Pero cuando le dirigió la palabra, lo hizo en tono perfectamente sereno.

—Creo que mis desgraciados hermanos fracasaron porque no utilizaron las armas adecuadas. Philip llevaba revólver, y por eso dijeron que se había suicidado. Stephen contaba con la protección de la policía, pero también tenía

un fuerte sentido del ridículo, y no iba a permitir que un policía trepara tras él por una escalera hasta un andamio en el que iba a estar sólo un momento. Los dos se tomaban estas cosas en plan de burla, reaccionando con escepticismo ante el extraño misticismo de mi padre poco antes de morir. Pero siempre he estado convencido de que lo de mi padre tenía más importancia que la que le daban mis hermanos. Es cierto que, de tanto estudiar cosas de magia, acabó por caer en la plaga de la magia negra; la magia negra del sinvergüenza de Strake. Pero mis hermanos se equivocaron con respecto al antídoto. El antídoto contra la magia negra no es el burdo materialismo ni el conocimiento general. El antídoto contra la magia negra es la magia blanca.

—Depende de lo que usted entienda por magia blanca —le dijo el Padre Brown.

—Por magia blanca entiendo magia de plata —replicó su interlocutor en voz queda, como quien menciona una revelación secreta.

Luego, tras un breve silencio, añadió:

—¿Sabe usted lo que entiendo por magia de plata? Discúlpeme un momento.

Dio media vuelta y abrió la puerta central, la de cristal rojo, y echó a andar por un pasillo que había al otro lado de la misma. La casa no era tan grande como Brown había supuesto; la puerta, en lugar de dar a otras habitaciones, daba a un pasillo que terminaba en otra puerta que daba al jardín. A un lado del pasillo se veía una puerta; probablemente, pensó el sacerdote, era la puerta del dormitorio del dueño de la casa, y de ella había salido hacía un rato en batín. De ese lado no había ninguna otra cosa, a excepción de un vulgar perchero, con el habitual montón de abrigos y sombreros viejos; pero del otro lado se veía algo más interesante: un antiguo aparador de roble muy oscuro, sobre el que lucían algunos objetos antiguos de plata, y encima del cual había colgado un trofeo o adorno con armas antiguas. Arnold Aylmer se paró delante del mueble y se quedó mirando una pistola larga y anticuada, con la boca en forma de campana.

La puerta que había al final del pasillo estaba entreabierta y por la rendija se veía un rayo de luz blanca. El sacerdote tenía un instinto muy vivo para los fenómenos naturales, y el desacostumbrado brillo de aquella línea blanca le reveló lo que había sucedido. Se había cumplido la profecía que había hecho al acercarse a la casa. Pasó a toda prisa por delante de su sorprendido anfitrión, abrió la puerta y se encontró con un panorama al mismo tiempo vacío y resplandeciente. Lo que había vislumbrado a través de la rendija de la puerta era, no sólo la blancura más negativa de la luz del día, sino la positiva

blancura de la nieve. Hasta donde alcanzaba la vista, la ondulante campiña estaba cubierta por esa brillante palidez que resulta al mismo tiempo venerable e inocente.

—Bueno, pues aquí tenemos la magia blanca —dijo el Padre Brown en tono animado.

Luego, mientras volvía a entrar en la casa, musitó:

—Y la magia de plata también, supongo.

Porque el blanco fulgor se reflejaba en los objetos de plata y arrancaba luminosos destellos al acero antiguo de las oscuras armas. Hasta la peluda cabeza del taciturno Aylmer parecía estar rodeada de un halo de fuego plateado cuando volvió su rostro en la penumbra, empuñando la extraña pistola.

—¿Sabe usted por qué he escogido esta especie de trabuco? —le dijo—. Porque la puedo cargar con este tipo de bala.

Había cogido una cucharilla de plata del aparador y le había arrancado la cabeza de apóstol que remataba el mango. Luego añadió:

—Vamos a la otra habitación.-

Cuando estuvieron de nuevo sentados, le preguntó:

—¿Ha leído usted algo sobre la muerte de Dundee?[61]

Se había recuperado tras el momento de irritación que le causara el desasosiego del sacerdote.

—Graham de Claverhouse, sabe usted, el que persiguió a los reformistas escoceses y tenía un caballo negro capaz de cabalgar por encima de un precipicio. ¿Sabía usted que sólo lo podían matar con una bala de plata porque había vendido su alma al diablo? Eso es lo bueno de usted; que por lo menos sabe usted bastante como para creer en el diablo.

—Claro que sí —replicó el Padre Brown—; vaya si creo en el diablo. En lo que no creo es en el Dundee. Quiero decir el Dundee de las leyendas de los que firmaron el pacto de la reforma de la Iglesia escocesa, ni en su endiablado corcel. John Graham era sencillamente un militar profesional del siglo XVII, bastante mejor que la mayoría de los de su época. Si los persiguió es porque pertenecía al cuerpo militar de dragones, y no porque fuera un dragón. En mi experiencia, no es ese tipo de espadachín fanfarrón el que suele vender su alma al diablo. Los que rinden culto a Satanás suelen ser gente de otro estilo. Para no citar a nadie, cosa que podría provocar alguna conmoción social, le mencionaré a un hombre de la época de Dundee. ¿Ha oído hablar de Dalrymple de Stair?

—No —replicó su interlocutor con aspereza.

—Seguro que habrá oído hablar de lo que hizo —dijo el Padre Brown—, que fue bastante peor que lo que jamás llegó a hacer Dundee; y, sin embargo, se libra de la infamia porque la gente lo ha olvidado. Fue el autor de la matanza de Glencoe. Era un hombre culto y un sagaz abogado, un estadista con una visión muy seria y muy amplia de las responsabilidades propias de este cargo, un hombre tranquilo, de rostro muy refinado e intelectual. Ése es el tipo de persona que vende su alma al diablo.

Aylmer casi saltó de la butaca con el entusiasmo de un encendido asentimiento y exclamó:

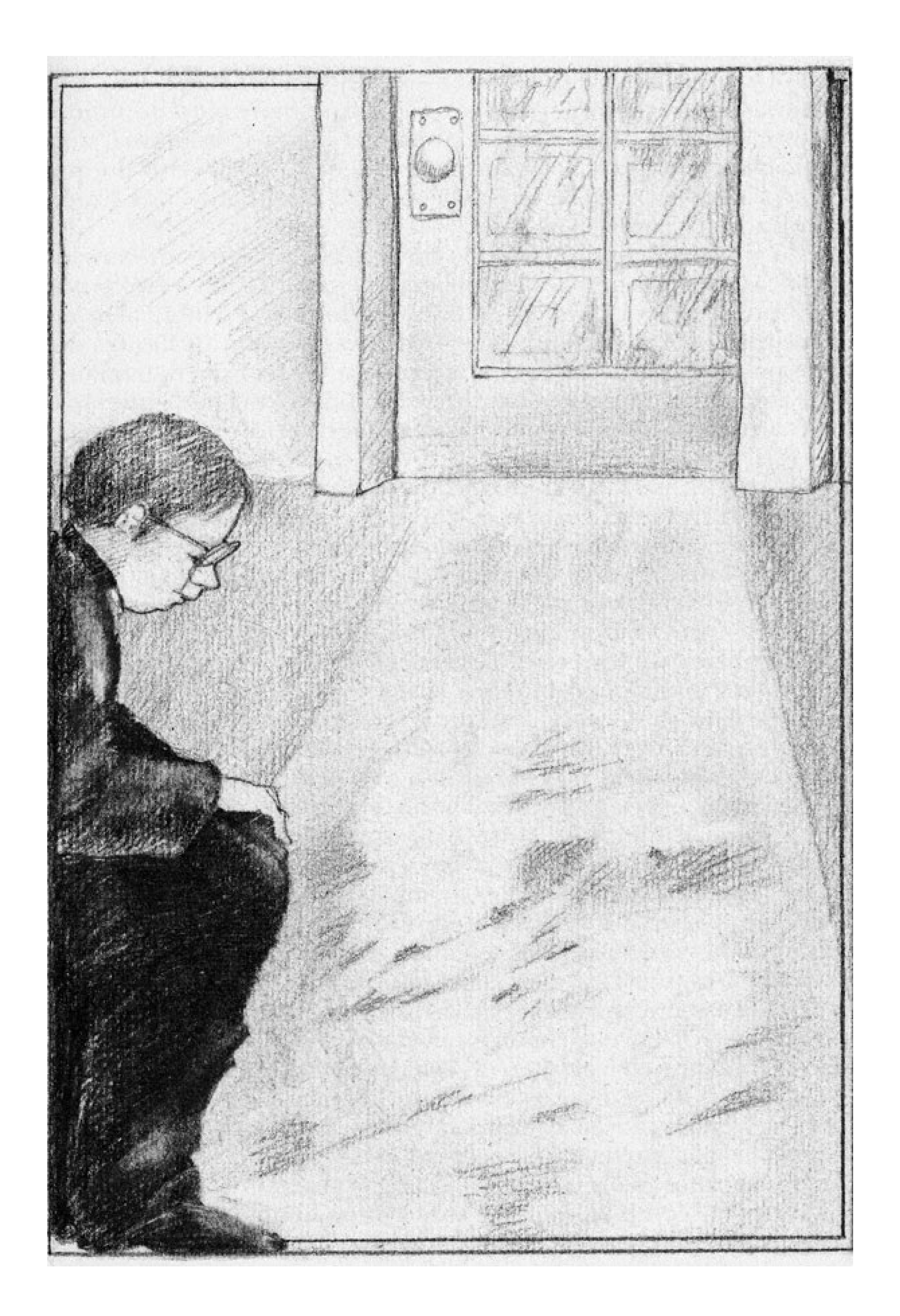
—¡Válgame Dios! Tiene usted razón. ¡Un rostro refinado e intelectual! Así es el rostro de John Strake.

Luego se puso en pie y se quedó mirando al sacerdote con curiosa intensidad.

—Si aguarda usted aquí un momento, le enseñaré una cosa —le dijo.

Volvió a atravesar la puerta central, que cerró tras de sí; el sacerdote supuso que iba a buscar algo al aparador, o tal vez a su dormitorio. El Padre Brown se quedó sentado, contemplando ensimismado la alfombra sobre la que brillaba un leve resplandor rojizo procedente de la vidriera de la puerta. En un momento se le figuró reluciente como un rubí, y luego volvió a oscurecerse, como si el sol de aquel tormentoso día hubiera pasado de nube en nube. Nada se movía, excepto los seres acuáticos que flotaban de acá para allá en las aguas turbias y verdosas de la pecera. El Padre Brown estaba absorto en sus pensamientos.

Al cabo de un par de minutos se levantó y se dirigió sin hacer ruido al lugar donde se encontraba el teléfono, cerca del ventanal, para llamar a su amigo el doctor Boyne a la comisaría de policía.



—Quería hablarle de Aylmer —le dijo en voz baja—. Es una historia la mar de rara, pero sospecho que tiene algo de fundamento. Yo en su lugar enviaría a unos cuantos hombres para aquí; cuatro o cinco, y dígales que rodeen la casa. Caso de que suceda algo, me parece que será alguien intentando una huida espectacular.

Luego volvió a sentarse en la butaca, y se quedó contemplando la oscura alfombra, que de nuevo adquirió un resplandor rojo sangre por el reflejo de la puerta de cristal. Había algo en la luz filtrada que hizo que su mente divagara por los límites del pensamiento, perdiéndose en la primera luz lechosa del amanecer, antes de que nazca el color, y en todo el misterio que aparece alternativamente velado y desvelado en el simbolismo de puertas y ventanas.

Se oyó el alarido inhumano de una voz humana que venía del otro lado de las puertas cerradas, y al mismo tiempo resonó un disparo. Antes de que se hubieran acallado los ecos del tiro, se abrió bruscamente la puerta de par en par y su anfitrión entró tambaleándose en la sala, con el batín medio desgarrado en el hombro y empuñando la larga pistola humeante. Parecía que temblaba de los pies a la cabeza, aunque en parte se estremecía con una carcajada monstruosa.

—¡Loada sea la magia blanca! —exclamó—. ¡Loada sea la bala de plata! El cancerbero no tenía que haber salido de caza esta vez, pero al fin mis hermanos han sido vengados.

Se dejó caer en la butaca y la pistola se le cayó de la mano y fue a parar al suelo. El Padre Brown pasó a toda velocidad por delante de él, cruzó la puerta de cristal y recorrió el pasillo. Al llegar ante el dormitorio, puso la mano en el pomo de la puerta, como si tuviera la intención de entrar; luego se detuvo un instante, como si estuviera observando algo, y después echó a correr hasta la puerta de la calle y la abrió.

Sobre la superficie nevada, tan vacía un rato antes, yacía un objeto negro. En el primer momento pensó que se trataba de un enorme murciélago. Pero al echarle un segundo vistazo se dio cuenta de que se trataba de un ser humano; estaba caído de bruces, con la cabeza completamente tapada por un sombrero negro de ala ancha que recordaba vagamente los sombreros sudamericanos; y los faldones o mangas abiertas de una enorme capa negra, completamente extendida a ambos lados del cuerpo, probablemente de manera accidental, le daban todo el aspecto de un par de alas negras. No se le veían las manos, aunque el Padre Brown pudo adivinar la posición de una de ellas, y vio, junto a ella, asomando por el borde de la capa, el brillo de un arma metálica. Sin embargo, el efecto general era curiosamente como el de las simples

extravagancias de la heráldica; como si fuera un águila negra desplegada sobre campo blanco. El Padre Brown dio una vuelta alrededor del cuerpo, levantó el sombrero para echarle un vistazo a la cara, y vio que, efectivamente, aquél era, como había dicho su anfitrión, un rostro refinado e intelectual, e incluso escéptico y austero: el rostro de John Strake.

—¡Válgame Dios! —musitó el Padre Brown—. La verdad es que parece un inmenso vampiro caído del cielo como un pájaro.

—¿Cómo si no iba a haber llegado hasta ahí? —dijo una voz desde la puerta de la casa.

El Padre Brown miró hacia allí y vio a Aylmer en el quicio de la puerta.

—Lo mismo vino andando —dijo el sacerdote en tono de evasiva.

Aylmer extendió el brazo señalando con un amplio ademán toda aquella blanca superficie.

—Fíjese en la nieve —dijo con voz profunda en la que vibraba un temblor de agitación—. ¿Acaso no se ve inmaculada, pura como la magia blanca, como dijo usted? ¿Acaso se ve, en muchos kilómetros a la redonda, la más mínima mota, salvo esa sucia mancha que ha caído ahí delante? No hay otras huellas más que las de los pies de usted y las de los míos; ni rastro de nadie que se haya acercado a la casa desde ningún lado.

Luego se quedó un momento contemplando al sacerdote con una extraña e intensa expresión y le dijo:

—Le voy a decir otra cosa. Esa capa voladora que lleva es demasiado larga para poder caminar con ella. No era un hombre alto, y le arrastraría como la cola de un manto real. Estíresela usted por encima del cuerpo y ya verá cómo tengo razón.

—¿Qué sucedió entre usted y él? —le preguntó bruscamente el Padre Brown.

—Todo se produjo a tal velocidad que me cuesta trabajo describirlo —respondió Aylmer—. Me había asomado a la puerta de la calle y, justo cuando me daba la vuelta para entrar, sentí como un vendaval a mi alrededor, como si me abofeteara una rueda que girara por el aire. No sé cómo pude volverme y disparar a ciegas; y luego vi lo que usted está viendo ahora. Pero tengo la certeza moral de que usted no estaría viéndolo si yo no hubiera tenido una bala de plata en la pistola. Seguro que no sería ése el cuerpo que estaría ahora tendido en la nieve.

—A propósito —observó el Padre Brown—, ¿lo vamos a dejar ahí tirado en la nieve? ¿O prefiere que lo llevemos al dormitorio?… Porque supongo que esa habitación del pasillo es su dormitorio, ¿no?

—No, no —respondió apresuradamente Aylmer—, más vale que lo dejemos ahí hasta que venga la policía. Además, ya han pasado demasiadas cosas desagradables y no tengo ganas de más de momento. Pase lo que pase, ahora mismo me voy a tomar una copa. Después, como si me ahorcan.

Ya dentro de la sala, entre la palmera y la pecera, Aylmer se dejó caer tambaleándose en una butaca. Casi había volcado la pecera cuando entró dando tumbos en la habitación, pero logró encontrar la botella de coñac tras meter la mano a ciegas en varios armarios y rincones. Al Padre Brown en ningún momento le había parecido una persona metódica, pero entonces le pareció el colmo de la distracción. Apuró la bebida de un trago y luego se puso a hablar enfebrecidamente, como para ahogar el silencio.

—Veo que todavía tiene usted dudas —dijo—, aunque lo haya visto usted todo con sus propios ojos. Créame usted, el enfrentamiento entre el espíritu de Strake y el espíritu de los Aylmer era algo más grave de lo que a simple vista parecía. Además, usted por su profesión no debería ser incrédulo. Debería defender todas esas cosas que los necios llaman supersticiones. Vamos, no me diga que no cree en todos esos cuentos de viejas del mal de ojo y de objetos que dan suerte, las balas de plata incluidas, tienen su fundamento. Como católico, ¿qué tiene usted que decir al respecto?

—Pues que no creo en nada de ello —respondió el Padre Brown con una sonrisa.

—Tonterías —replicó Aylmer en tono impaciente—. Su profesión consiste precisamente en creer.

—Bueno, creo en algunas cosas, por supuesto —admitió el Padre Brown —; y por lo mismo, no creo en otras.

Aylmer se había echado hacia adelante y le miraba con una extraña intensidad, como si estuviera intentando hipnotizarle.

—Sí que cree usted —le dijo—. Cree usted en todo. Todos creemos en todo, incluso cuando lo negamos todo. Los que lo niegan creen. Los no creyentes creen. ¿No le parece a usted, en lo más profundo de su corazón, que esas contradicciones en realidad no son tales contradicciones, y que existe un cosmos en el que caben todas? El alma gira sobre una rueda de estrellas y todas las cosas vuelven a su ser; puede que Strake y yo nos hayamos enfrentado antes bajo otras formas, fiera contra fiera y ave contra ave, y puede que sigamos enfrentándonos eternamente. Pero como nos buscamos y nos necesitamos, incluso este odio eterno se convierte en amor eterno. El bien y el mal giran en una rueda que es la misma cosa y no cosas diferentes. ¿No se da usted cuenta, en el fondo de su corazón, no cree usted, más allá de sus

creencias, que sólo existe una realidad y que nosotros somos sus sombras; y que todas las cosas no son sino aspectos de una sola cosa: un centro en el que los hombres se funden en un solo Hombre, y este Hombre es Dios?

—No —dijo el Padre Brown.

Fuera se estaba haciendo de noche y, como suele ocurrir cuando ha nevado, la tierra se ve más clara que el cielo. En el porche de la entrada principal, visible a través de la cortina que medio cubría la ventana, el Padre Brown podía divisar la voluminosa figura de un hombre en pie. Echó un vistazo de reojo a la puertaventana, por la cual se había colado en el interior de la casa, y vio la sombra de otras dos siluetas inmóviles. La puerta de cristal de color estaba algo entreabierta, y también acertó a ver, en el corto pasillo que había al otro lado, los extremos de dos sombras alargadas, exageradas y deformadas por la baja luz crepuscular, pero con todo grises caricaturas de figuras humanas. El doctor Boyne había obedecido su mensaje telefónico. La casa estaba rodeada.

—¿Por qué se empeña en decir que no? —insistió su anfitrión, sin dejar de observarle con mirada de hipnotizador—. Ha visto usted con sus propios ojos parte de ese drama eterno. Ha visto usted que John Strake amenazaba con matar a Arnold Aylmer mediante magia negra. Y ha visto usted que Arnold Aylmer mató a John Strake mediante magia blanca. Ahora está usted viendo a Arnold Aylmer vivo y hablando con usted. Y, sin embargo, no se lo cree.

—No, no me lo creo —dijo el Padre Brown poniéndose en pie, como dando por terminada la visita.

—¿Por qué no? —preguntó el interlocutor.

El sacerdote sólo alzó un poquito la voz, pero resonó por todos los rincones de la sala como si fuera una campana.

—Porque usted no es Arnold Aylmer. Sé quién es usted. Se llama usted John Strake y acaba de asesinar al último de los hermanos, que yace ahí fuera en la nieve.

Alrededor del iris de los ojos del hombre apareció un cerco blanco; era como si, aun a riesgo de que le reventaran los globos oculares, intentara en un último esfuerzo hipnotizar y dominar al sacerdote. Luego hizo un rápido movimiento hacia un lado; pero en ese mismo momento se abrió la puerta que tenía detrás y un corpulento detective de paisano le puso tranquilamente una mano sobre el hombro. La otra mano colgaba a lo largo del cuerpo, pero empuñaba un revólver. El hombre miró con ojos desencajados a su alrededor,

y vio a varios hombres de paisano en todos los rincones de la silenciosa habitación.

Aquella noche el Padre Brown mantuvo con el doctor Boyne otra conversación, esta vez más prolongada, sobre la tragedia de la familia Aylmer. Para entonces ya no cabía duda alguna sobre el hecho crucial del caso, ya que John Strake había reconocido su identidad e incluso había confesado sus crímenes; aunque tal vez sería más exacto decir que se había jactado de sus victorias. Comparado con el hecho de que había rematado la labor de su vida acabando con el último de los Aylmer, daba la sensación de que todo lo demás, incluso su propia existencia, carecía de importancia para él.

—Ese hombre es una especie de monomaniaco —dijo el Padre Brown—. No le interesa absolutamente nada más que eso; ni siquiera la posibilidad de otro asesinato. Aunque la verdad es que, en este sentido, tengo que estarle agradecido, y esta tarde, varias veces me sirvió de consuelo este pensamiento. Porque, como seguramente también se le habrá ocurrido a usted, en lugar de inventarse toda esa descabellada pero ingeniosa historia de vampiros voladores y balas de plata, podía habérsele ocurrido meterme a mí una bala vulgar en el cuerpo y luego largarse de la casa. Le aseguro que en muchos momentos se me pasó por la cabeza que podría hacerlo.

—Me pregunto por qué no lo habrá hecho —observó Boyne—. No lo entiendo, aunque la verdad es que todavía no entiendo nada de todo este asunto. ¿Cómo diablos lo descubrió usted, y qué demonios es lo que ha descubierto?

—Bueno, usted me facilitó algunas informaciones muy valiosas —replicó humildemente el Padre Brown—, sobre todo una realmente importante. Me refiero a su comentario de que Strake era un embustero dotado de gran inventiva e imaginación, con gran agilidad mental a la hora de fabular sus mentiras. Buena falta le hacía esta tarde, pero la verdad es que dio el do de pecho. Tal vez su único error fue elegir una historia sobrenatural; se ve que pensó que, al ser yo sacerdote, me iba a creer cualquier cosa. Mucha gente tiene esta idea de los curas.

—Pues yo no le veo ni pies ni cabeza —dijo el médico—. Más vale que empiece por el principio.

—El principio fue el batín —dijo el Padre Brown tan tranquilo—. Es en realidad el mejor disfraz de todos los que yo conozco. Cuando entras en una casa y te recibe una persona en batín, inmediatamente das por supuesto que esta persona está en su casa. Es lo que me pasó a mí, pero luego observé

algunos detallitos algo raros. Cuando descolgó la pistola, la piñoneó extendiendo bien el brazo, como hace uno cuando quiere cerciorarse de que un arma desconocida no está cargada; naturalmente, debería de saber si las pistolas que había en su propio pasillo estaban cargadas o no. Tampoco me gustó el modo cómo anduvo buscando el coñac, ni que casi derribara la pecera. Una persona que tiene en su casa un objeto tan delicado como ése, adquiere mecánicamente la costumbre de no tropezar con él. Bien es cierto que estos detalles podían haber sido fruto de la casualidad; lo primero que me puso en guardia fue lo siguiente. Él entró por la puerta central, detrás de la cual hay un pasillo; en dicho pasillo sólo hay una puerta, que yo supuse que era la del dormitorio del cual acababa de salir. Intenté girar el picaporte y vi que estaba cerrada con llave. Me pareció algo raro y miré por la cerradura. La habitación estaba completamente vacía y evidentemente no se habitaba; no había ni cama ni nada. De modo que el hombre no había venido de habitación alguna, sino del exterior de la casa. Y cuando me percaté de esto, me di cuenta de lo que había pasado.

»No cabe duda de que el pobre de Arnold Aylmer dormía, y seguramente hacía toda su vida, en el piso de arriba, y bajaría con el batín puesto a la sala, atravesando luego la puerta de cristal rojo. Al final del pasillo, divisaría la negra silueta del enemigo de su familia, recortándose sobre la luz invernal. Vería a un hombre alto, con barba, tocado con un sombrero negro de ala ancha y cubierto con una amplia capa negra. Habrá sido lo último que vio en este mundo. Strake se habrá abalanzado sobre él, asfixiándolo o apuñalándolo; eso no lo sabremos hasta que no le hagan la autopsia. Luego Strake, de pie en el estrecho pasillo entre el paragüero y el aparador antiguo, y contemplando en triunfo al último de sus enemigos, habrá oído un ruido inesperado. Unos pasos en la sala al otro lado de la puerta de cristal. Era yo que entraba por la puertaventana.

»Con una rapidez verdaderamente milagrosa, se buscó una coartada que exigía, no sólo un disfraz, sino además una novela…, una novela inventada sobre la marcha. Se quitó el sombrero y la capa negra y se puso el batín del muerto. Y luego hizo una cosa horripilante o, al menos, a mí me pone los pelos de punta y me impresiona mucho más que todo lo demás. Colgó el cadáver del perchero. Lo envolvió con su capa, que le quedaba muy larga, muy por debajo de los pies, tapándole la cabeza con su propio sombrero. Era la única manera de esconder el cadáver en aquel pasillito, habida cuenta de que la puerta de la habitación estaba cerrada; y la verdad es que fue una solución la mar de ingeniosa. Yo mismo pasé junto al perchero sin pensar que

aquello era otra cosa más que un vulgar perchero. Me parece que, de aquí en adelante, nunca podré recordar ese despiste mío sin estremecerme.

»Strake podía haber dejado las cosas tal cual, aunque corría el riesgo de que, en cualquier momento, yo descubriera el cadáver; y colgado donde estaba, no le habría quedado más remedio que dar una explicación. Así que optó por la atrevida baza de descubrirlo por su cuenta y explicar la situación a su manera.

»Entonces aquella mente tan extraña y tan horriblemente fértil empezó a fraguar la historia de una sustitución, la inversión de los papeles. Él, en realidad, ya había asumido el papel de Arnold Aylmer. ¿Por qué no iba a asumir el muerto el papel de John Strake? A una mente extraña y retorcida como la suya tiene que haberle resultado atractiva una situación tan descabellada como aquélla. Sólo que allí, el baile de máscaras era una danza de la muerte, y uno de los bailarines ya estaba muerto. Supongo que esto fue lo que aquel hombre se metió en la cabeza, y supongo también que, al hacerlo, esbozaría una sonrisa.

El Padre Brown contemplaba el vacío con sus grandes ojos grises, que cuando no los guiñaba con gesto nervioso, eran uno de los rasgos más destacados de su persona. Luego siguió hablando con toda tranquilidad pero muy serio:

—Todas las cosas proceden de Dios, pero, sobre todo, la razón y la imaginación, y las grandes facultades mentales. Son intrínsecamente buenas, y no debemos olvidar totalmente su origen, incluso cuando se usen perversamente. Y este hombre contaba con una facultad muy noble, aunque la utilizara de manera perversa; la facultad de fabular. Era un gran novelista, pero usaba de esta facultad de la imaginación con fines prácticos y perversos; se dedicaba a engañar a la gente con hechos falsos en lugar de entretenerla con entes de ficción. Empezó por engañar al viejo Aylmer con complicadas excusas y elaboradas e ingeniosas mentiras; aunque al principio, éstas bien pudieron haberse interpretado como las mentirijillas o las fantasías de un niño que lo mismo dice que ha visto al rey de Inglaterra que al rey de las Hadas. Pero esta costumbre se fue arraigando en él por culpa del vicio que perpetúa todos los vicios, es decir, el orgullo; se vanagloriaba cada vez más de su capacidad para inventar cuentos originales y de su sutileza para desarrollarlos. A eso se referían los hermanos Aylmer cuando decían que tenía a su padre embrujado, y era cierto. Era el mismo tipo de hechizo que la narradora ejerce sobre el tirano en los cuentos de *Las mil y una noches*[62]. Y acabó por recorrer el mundo con el orgullo de un poeta y el valor, falso pero insondable,

de un gran embustero. Era capaz de añadir más cuentos a *Las mil y una noches* siempre que su cabeza estuviera en peligro. Y hoy lo estaba.

»Pero, como le digo, estoy convencido de que disfrutó con ello tanto por lo que tenía de fantasía como por lo que tenía de conspiración. Se planteó el reto de contar la verdad, sólo que al revés: de presentar al muerto como si estuviera vivo, y al vivo como si estuviera muerto. Ya se había metido dentro del batín de Aylmer, así que se dispuso a meterse de pleno también en su cuerpo y en su alma. Vio el cadáver como si fuera su propio cadáver, frío y tendido sobre la nieve. Luego lo extendió en aquella extraña postura, como si fuera un ave de presa que hubiera bajado volando, y lo engalanó, no sólo con su negro y amplio atuendo, sino con el invento del cuento del pájaro negro al que sólo se le podía matar con una bala de plata. No sé si fueron los reflejos de la plata del aparador o el resplandor de la nieve a través de la puerta los que le sugirieron a su profundo temperamento artístico el tema de la magia blanca y el metal blanco para luchar contra los hechiceros. Pero cualquiera que fuera el origen de la idea, se la apropió como un verdadero poeta; y además lo hizo con toda celeridad, como hombre práctico que era. Remató el cambio y la inversión de los papeles tirando el cadáver a la nieve como si fuera el cadáver de Strake. Se inventó una inquietante imagen de Strake en forma de alguien capaz de volar a su antojo, una harpía con veloces alas y mortales garras, con el fin de explicar la ausencia de huellas y de otras cosas. Hay un detalle de su artística osadía que me causa gran admiración, y es que convirtió una de las contradicciones de su trama en un argumento en favor de la misma; dijo que el hecho de que la capa le estuviera tan larga demostraba que nunca caminaba por el suelo como un vulgar mortal. Y me miró muy fijamente mientras me decía esto; pero en aquel momento tuve el presentimiento de que se estaba tirando un farol muy grande.

El doctor Boyne estaba pensativo.

—¿Pero entonces ya había descubierto usted la verdad? —le preguntó al sacerdote—. Me parece que es un fenómeno muy extraño, y muy relacionado con el sistema nervioso, el que interviene en estos temas referentes a la identidad. No sé si es más raro llegar a una conclusión de este tipo en seguida o poco a poco. Me gustaría saber en qué momento supo que sabía con certeza la verdad.

—Creo que, en realidad, empecé a sospechar cuando le telefoneé a usted —replicó su amigo—. Y fue sólo por el detalle de la luz rojiza sobre la alfombra, procedente de la puerta acristalada, que unas veces se veía más luminosa y otras más oscuras. Me pareció una mancha de sangre que se hacía

más viva, como clamando venganza. ¿Por qué cambiaba de tono? Yo sabía que el sol seguía oculto, así que aquella claridad sólo podía deberse a que alguien hubiera abierto la puerta que da al jardín, y luego la hubiera vuelto a cerrar. Pero si al salir de la casa hubiera visto a su enemigo, lo lógico es que en ese momento hubiera dado la voz de alarma; y el caso es que sólo se oyó un gran estruendo al cabo de un rato. Empecé a sospechar que había salido a hacer algo…, a preparar algo…, pero en cuanto al momento en que tuve la completa certeza de lo sucedido, eso es un asunto completamente diferente. Me di cuenta muy al final de que trataba de hipnotizarme, de adueñarse de mí por obra y gracia de sus ojos, como si fueran talismanes, y de su voz, como si fuera un conjuro. Seguro que eso es lo que hacía con el viejo Aylmer. Pero no era sólo la manera de pronunciar aquellas palabras, sino el contenido de las mismas.

—Siento decirle que yo soy una persona de lo más realista —dijo el médico con un deje sarcástico—, y no hago mucho caso de los temas de religión o de filosofía.

—Nunca será usted verdaderamente realista hasta que no haga caso de ellos —le dijo el Padre Brown—. Mire usted, doctor; me parece que me conoce usted bastante bien, lo suficiente para saber que no soy ningún fanático. Sabe usted que soy consciente de que en todas las religiones hay todo tipo de personas; gente buena en religiones malas y gente mala en religiones buenas. Pero hay una cosa que he aprendido sencillamente porque soy una persona realista; es un detalle completamente realista, que me ha enseñado mi propia experiencia, como las reacciones de los animales o la marca de un buen vino. Casi siempre que me he topado con un delincuente que se dedicara a filosofar, lo hacía dentro de la línea del orientalismo, y de la recurrencia y la reencarnación, y la rueda del destino y la serpiente que se muerde la cola. A fuerza de experiencia, he llegado a la conclusión de que pesa una maldición sobre los que están al servicio de esa serpiente; caerán de bruces y morderán el polvo; jamás ha existido un truhán o un libertino que no estuviera dispuesto a hablar de ese tipo de espiritualidad. Es posible que en sus auténticos orígenes religiosos, las cosas no fueran así; pero hoy día, en nuestro mundo, es la religión de los sinvergüenzas; y yo me di cuenta de que quien me hablaba era un sinvergüenza.

—Bueno —dijo Boyne—, supongo yo que un sinvergüenza puede muy bien practicar la religión que se le antoje.

—Claro —asintió su interlocutor—, puede practicar cualquier religión, mejor dicho, puede fingir que practica cualquier religión, si no pasa de ser un

fingimiento. Si se trata de una hipocresía mecánica y nada más, qué duda cabe de que cualquier vulgar hipócrita la podría practicar. Cualquier cara puede llevar cualquier tipo de máscara. Cualquiera puede aprender una serie de frases o afirmar de palabra que cree en ciertos principios. Yo puedo ir a la calle y declarar que soy metodista wesleyano o sandemanio[63], aunque supongo que no lo diré en tono muy convincente. Pero nuestro hombre es un artista y para que el artista disfrute con su representación, la máscara que lleva se la tienen que moldear sobre su propia cara. Sus actos externos tienen que corresponderse con lo que lleva dentro de sí; sólo logra sus efectos partiendo de los componentes de su alma. Supongo que Strake podía haberme dicho que era metodista wesleyano; pero no sería tan elocuente como metodista como lo resulta como místico y fatalista. Me estoy refiriendo al tipo de ideal que se le ocurre a una persona de este tipo cuando intenta hallar un ideal. Conmigo, intentó continuamente desempeñar el papel de idealista; y cuando este tipo de persona se empeña en representar este papel, suele elegir este tipo de ideal. Este tipo de persona puede tener las manos empapadas en sangre, pero le dirá a usted con toda la convicción que el budismo es superior al cristianismo. Qué digo, le dirá a usted con toda convicción que el budismo es más cristiano que el propio cristianismo. Esta afirmación basta por sí sola para arrojar un horrible y espectral rayo de luz sobre su idea del cristianismo.

—Le juro que no sé si está usted acusándolo o defendiéndolo —exclamó el médico echándose a reír.

—Decir que un hombre es un genio no es defenderlo —dijo el Padre Brown—. Ni muchísimo menos. Existe un innegable hecho psicológico, y es que un artista acabará por traicionarse por algún tipo de sinceridad. Leonardo da Vinci no era capaz de dibujar como si no supiera dibujar. Por más que lo intentara, siempre sería una burda parodia de una debilidad. Este hombre habría convertido el metodismo wesleyano en algo excesivamente terrible y fuera de lo común.

Cuando el sacerdote volvió a salir a la calle y puso rumbo a su casa, el frío era mucho más intenso, pero, en cierto modo, también algo embriagador. Los árboles se erguían como candelabros de plata en una fiesta de la purificación increíblemente fría. Era un frío que traspasaba el cuerpo, como el puñal de plata de dolor que había traspasado el mismísimo corazón de la Purísima. Pero no era un frío mortal, excepto en el sentido de que parecía matar todos los impedimentos mortales de nuestra inmensurable e inmortal vitalidad. El cielo verde pálido del ocaso, con una estrella que parecía la estrella de Belén, resultaba por una extraña contradicción una caverna de claridad. Era como si

se tratase de una verde hoguera de frío que avivara todas las cosas como lo hace el calor, y cuanto más se empapaban los objetos en aquellos fríos colores cristalinos, más ingrávidos se volvían, y más transparentes, cual vidrio de color. Todo se estremecía de autenticidad y el frío separaba la verdad del error con el filo de una navaja de hielo; pero lo que quedaba nunca había tenido tanta vida. Era como si todo el gozo fuera una joya en el seno de un iceberg. Al sacerdote le costaba trabajo comprender sus propios sentimientos mientras se adentraba cada vez más en aquel verde crepúsculo y se empapaba cada vez más en las corrientes de aquel aire virginal y punzante. Daba la sensación de que cualquier sentimiento turbio o insano quedaba atrás, o se limpiaba, como había borrado la nieve las huellas del criminal. Mientras se dirigía trabajosamente hacia su casa, abriéndose camino por la nieve, musitó:

—Y, sin embargo, tiene razón cuando dice que existe una magia blanca; el caso es saber dónde buscarla.

VII

El sino de los Darnaway

Había dos pintores contemplando un paisaje, que era además un paisaje marino, y ambos se sentían curiosamente impresionados por lo que tenían ante sus ojos, aunque sus impresiones no eran exactamente iguales. A uno de ellos, que era un prometedor artista londinense, lo que veía le parecía nuevo y al mismo tiempo extraño. Al otro, un artista local que había alcanzado fama algo más allá de su localidad, lo que veía le resultaba bastante familiar, aunque le parecía todavía más extraño por lo que había visto en anteriores ocasiones.

En términos de tono y forma, que era como la veían aquellos hombres, se trataba de una extensión de arena sobre un fondo de cielo crepuscular, y el paisaje se dividía en franjas de color oscuro, verde apagado y bronce y ocre y un tono pardo que no resultaba neutro, sino que con aquella luz se veía más misterioso que si fuera oro. Lo único que quebraba aquellas líneas paralelas era un edificio alargado que se extendía desde los sembrados hasta la arena del mar, de tal modo que daba la impresión de que las malas hierbas y los juncos que crecían desordenadamente a su alrededor casi se confundían con las algas. Pero el rasgo más singular de este edificio era que la parte superior del mismo tenía el desflecado perfil de una ruina, perforada por tantas y tan anchas ventanas y grietas que no parecía sino un esqueleto oscuro que se recortaba sobre la mortecina luz; en cambio, la parte inferior del edificio apenas tenía ventanas, pues la mayoría de ellas habían sido cegadas y tapiadas, y apenas se percibían sus huellas en la penumbra. Pero al menos una de las ventanas seguía siendo una ventana; y resultaba todavía más desconcertante que todo lo demás el hecho de que de aquella ventana saliera luz.

—¿Quién diablos puede vivir en ese viejo cascarón? —exclamó el londinense.

Era un hombretón de aspecto bohemio, joven pero con una desgreñada barba roja que le hacía aparentar más años de los que tenía; todo Chelsea[64] le conocía familiarmente como Harry Payne.

—Los fantasmas, como te puedes imaginar —replicó su amigo Martin Wood—. Bueno, la verdad es que esa gente que vive ahí son como fantasmas.

Resultaba bastante paradójico que el artista londinense tuviera un aspecto casi bucólico, por su exuberante naturalidad y curiosidad, en tanto que el artista local parecía una persona más astuta y experimentada, y trataba a su amigo con cierta condescendencia amable y madura; y realmente era un tipo mucho más tranquilo y convencional, que solía llevar ropa oscura y tenía un rostro cuadrado e imperturbable, perfectamente afeitado.

—Es como un símbolo de nuestra época —prosiguió Wood—, o mejor dicho, de la desaparición de otras épocas y de las familias que vivieron en ellas. Los últimos de los famosos Darnaway viven en esa casa, y no hay muchos pobres de hoy día que sean tan pobres como ellos. Ni siquiera se pueden permitir rehabilitar el piso principal, y tienen que vivir en las habitaciones de la planta baja, como si fueran murciélagos y búhos. Y, sin embargo, tienen retratos de sus antepasados que se remontan a la guerra de las Rosas[65]; algunos son obras de la primera época de este género pictórico en Inglaterra, y son hermosísimos, por cierto; lo sé porque me consultaron a título profesional cuando hubo que restaurarlos. Hay uno en particular, uno de los más antiguos, que es tan bueno que se te pone la carne de gallina.

—No hay más que verlo para saber que todo el lugar te poner la carne de gallina —replicó Payne.

—Bueno —dijo su amigo—, la verdad es que tienes razón.

El silencio que se produjo tras estas palabras se quebró por un tenue susurro que llegó de los juncos que había junto al foso; y ambos hombres tuvieron un ligero sobresalto nervioso, plenamente justificado, cuando vieron aparecer, rozando el terraplén, una figura oscura que se movía con la rapidez y con la brusquedad de un pájaro asustado. Pero no era más que un hombre que caminaba a paso ligero, con un maletín negro en la mano: un hombre de rostro alargado y cetrino, y ojos vivarachos que se clavaron en el forastero con un ligero gesto de recelo.

—Menos mal, es el doctor Barnet —dijo Wood con cierto alivio—. Buenas tardes, doctor. ¿Va usted a la casa? Espero que no esté ninguno enfermo.

—En un sitio como ése, todos están siempre enfermos —gruñó el médico —; lo que pasa es que a veces están tan enfermos que ni se dan cuenta de ello.

Hasta el aire que se respira allí está apestado. No le arriendo la ganancia a ese joven australiano.

—¿Y quién es ese joven australiano? —preguntó de repente Payne en tono distraído.

—¡Ah! —bufó el médico—. ¿No se lo ha contado su amigo? De hecho, creo que llega hoy. Es una historia romántica al estilo de los antiguos melodramas: el heredero que regresa al castillo en ruinas, sin que falte el detalle del antiguo pacto familiar que le obliga a casarse con la dama encerrada en la torre cubierta de hiedra. Todo muy poco corriente, y muy de otra época, ¿verdad? Pero el caso es que a veces estas cosas se convierten en realidad. Y además el chico tiene algo de dinero, que es lo único bueno de todo este asunto.

—¿Qué piensa del asunto de la señorita Darnaway, en su torre cubierta de hiedra? —preguntó Martin Wood en tono seco.

—Lo mismo que piensa de cualquier otra cosa, a estas alturas —replicó el médico—. En aquella vieja cueva llena de maleza y de supersticiones, todos han perdido ya la capacidad de pensar; han perdido el rumbo y lo único que hacen es soñar. Supongo que ella acepta el pacto familiar y al marido colono como parte del sino de los Darnaway, ya sabe usted. Estoy convencido de que, aunque fuera un negro jorobado y tuerto, con tendencias homicidas, lo único que se le ocurriría pensar es que un tipo así añadiría el toque final y encajaría perfectamente con el panorama crepuscular.

—No le está usted dando a este amigo mío de Londres una imagen muy atractiva de lo que es la vida en el campo —dijo Wood echándose a reír—. Tenía intención de llevarlo a la casa, pues ningún artista debería perder la oportunidad de contemplar esos retratos de los Darnaway. Pero tal vez sea mejor posponer la visita, si ahora están en medio de esa invasión australiana.

—No, no, vayan a visitarles, por amor de Dios —dijo el doctor Barnet—. Cualquier cosa que sirva para iluminar las desgraciadas vidas de esa familia facilitará mi tarea. Aunque me parece a mí que haría falta una buena cantidad de primos de las colonias para que la situación tomara otro cariz; muchos y muy alegres tendrían que ser. Vengan ustedes, yo les acompaño.

Al irse acercando a la casa, vieron que ésta estaba completamente aislada, rodeada por un foso de agua salobre que cruzaron por un puente. Al otro lado del mismo había una gran superficie empedrada, un terraplén con el suelo agrietado en el que crecían, de trecho en trecho, matas de malas hierbas y zarzas. Esta plataforma de roca se veía grande y desnuda bajo la grisácea luz de ocaso, y a Payne le habría costado trabajo imaginar que un rincón como

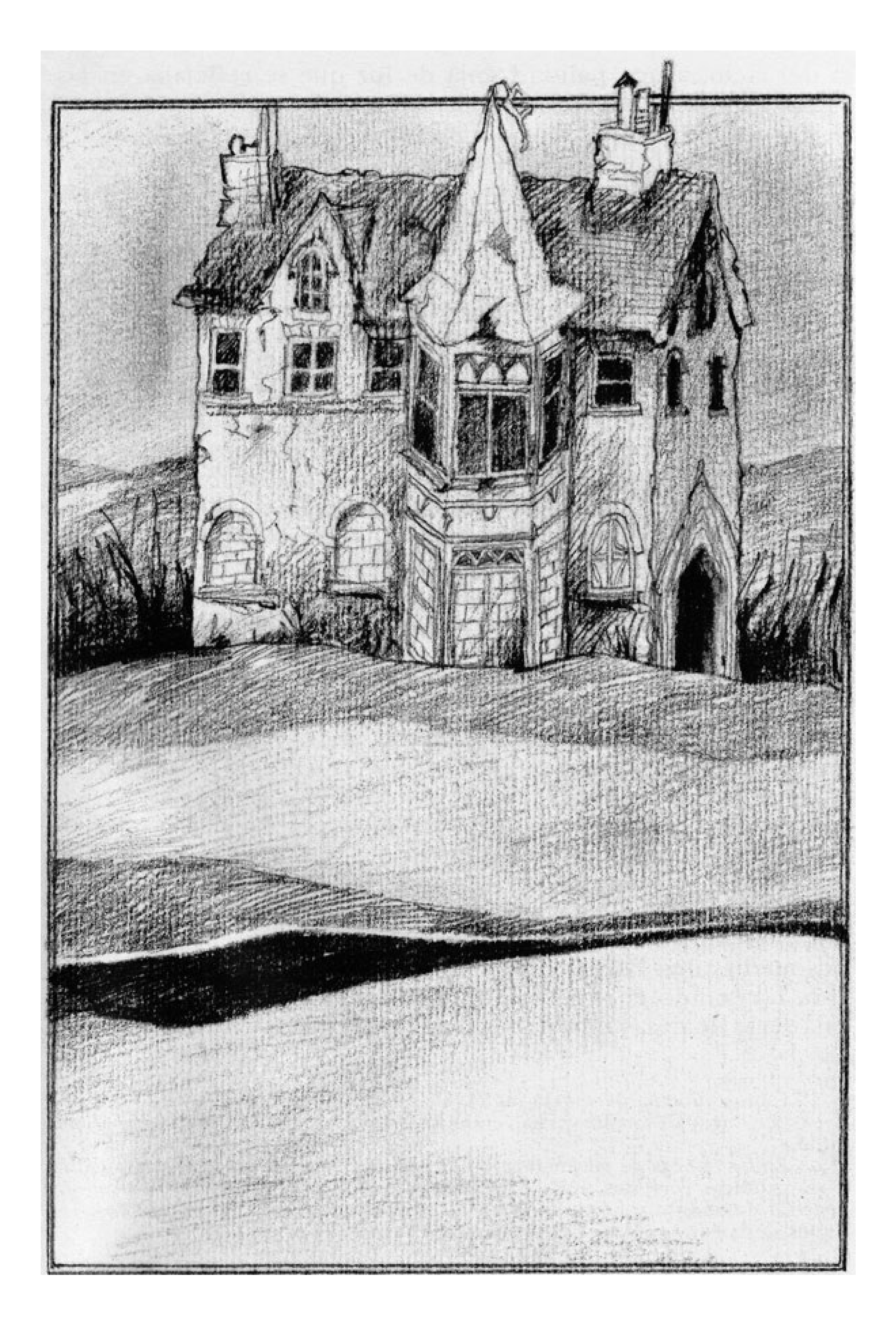
aquél pudiera representar hasta tal punto el espíritu de la desolación. La plataforma sobresalía sólo por uno de sus extremos, cual gigantesco escalón, y detrás estaba la puerta de la casa, un pasaje abovedado de estilo Tudor[66] y escasa altura, abierto de par en par, pero oscuro como una cueva.

Cuando el enérgico médico les hizo entrar tras él sin ningún tipo de ceremonias, Payne tuvo, como si dijéramos, otro ataque de depresión. Podía haberse imaginado que tendría que subir por una estrechísima escalera de caracol hasta lo alto de una torre en ruinas, y resulta que se encontró con que los primeros escalones de la casa conducían hacia abajo. Tras descender por unos breves y desgastados peldaños, llegaron a unas habitaciones grandes, escasamente iluminadas que, si no fuera porque en ellas se vislumbraban las líneas de algunos oscuros cuadros y de unas polvorientas librerías, no hubieran pasado de ser las tradicionales mazmorras que se encuentran por debajo del foso de un castillo. De trecho en trecho, la vela de un antiguo candelabro iluminaba algún polvoriento detalle de extinta elegancia; pero lo que más impresionaba, o mejor dicho deprimía, al visitante era no tanto la luz artificial, sino el tenue resplandor de luz natural. Al recorrer la larga estancia, vio la única ventana que había en la pared, una curiosa ventana baja y ovalada que parecía de finales del siglo XVII. Pero lo raro era que no daba directamente a ningún espacio de cielo, sino a un reflejo del cielo, a una pálida franja de luz que se reflejaba en las aguas del foso, bajo la prominente sombra del terraplén. A Payne se le pasó por la cabeza el recuerdo de la Dama de Shallot[67], aquella que nunca veía el mundo más que reflejado en un espejo. La dama de este Shallot no sólo veía el mundo, como si dijéramos, en un espejo sino que además lo veía al revés.

—Es como si la casa de Darnaway se estuviera derrumbando en sentido literal además de metafórico —dijo Wood en voz baja—, como si se fuera hundiendo lentamente en una ciénaga o en arenas movedizas, hasta que el mar acabe por cubrirla con un tejado verde.

Hasta el robusto doctor Barnet tuvo un ligero sobresalto al ver aparecer la silenciosa figura que salió a recibirlos. La verdad es que en aquella habitación reinaba tal silencio, que todos se sobresaltaron cuando se dieron cuenta de que no estaba vacía. Había tres personas en ella cuando entraron: tres oscuras siluetas inmóviles en la oscura habitación; las tres vestidas de negro, como negras sombras. Cuando la que estaba más próxima se acercó a la grisácea luz que entraba por la ventana, mostró un rostro casi tan gris como el cano pelo que lo enmarcaba. Era el viejo Vine, el mayordomo, que desde hacía tiempo ejercía *in loco parentis*[68], desde la muerte del excéntrico padre de familia, el

último lord Darnaway. Hubiera sido un anciano de buen ver si estuviera completamente desdentado, pero lo malo es que le quedaba un solo diente que le daba un aspecto de lo más siniestro. Recibió al médico y a sus amigos con fina cortesía y los acompañó hasta donde se encontraban los otros dos personajes, vestidos de negro y sentados. A Payne le pareció que uno de ellos añadía un toque adecuado a la tétrica antigüedad del castillo, por el simple hecho de ser sacerdote católico romano, que podía haber salido del escondite del cura[69] en los oscuros tiempos medievales. Payne se lo podía imaginar musitando una oración o rezando el rosario, o tañendo las campanas o haciendo una serie de cosas imprecisas y melancólicas en aquel melancólico lugar.



En aquel momento, es posible que hubiera estado consolando religiosamente a la dama, aunque costaba trabajo creer que el consuelo hubiera resultado muy consolador, ni mucho menos muy alegre. Por lo demás, el sacerdote tenía un aspecto bastante insignificante, y no había nada destacado en sus rasgos, corrientes y bastante inexpresivos; pero la dama era completamente diferente. Su rostro distaba mucho de ser corriente o insignificante; se recortaba vívidamente sobre los tomos oscuros de su vestido y de su cabello, y de los objetos que la rodeaban con una palidez estremecedora, pero con una belleza que resultaba casi insoportablemente viva. Payne se lo quedó mirando durante tanto rato como se atrevió a mirarlo; y tendría ocasión de contemplarlo mucho más tiempo antes de morir.

Wood se limitó a cruzar con sus amigos unas amables frases de cortesía que sirvieron de preámbulo para explicar su propósito de volver a ver los retratos. Se disculpó por presentarse en un día en el que, según le habían dicho, se celebraba una reunión familiar; pero no tardó en darse cuenta de que la familia se sentía bastante aliviada con la presencia de aquella visita, que servía para distraerles o para romper el hielo del encuentro. Así que no dudó en conducir a Payne a través de la sala central hasta la biblioteca, en donde estaba colgado el retrato que tanto le gustaba mostrar, no sólo como obra de arte, sino casi como obra que encerraba un enigma. El curita los acompañó arrastrando los pies; sabía al parecer tanto de pintura antigua como de antiguas oraciones.

—Estoy muy orgulloso de haberlo descubierto —dijo Wood—. Creo que es un Holbein[70]. Si no lo es, desde luego tuvo que vivir en tiempos de Holbein un artista tan grande como el propio Holbein.

El retrato estaba pintado según el estilo duro, pero auténtico y directo, de aquella época, y representaba a un hombre ataviado con negro ropaje, adornado con oro y piel, de rostro carnoso y pálido, y mirada alerta.

—Es una lástima que el arte no se haya detenido eternamente en ese período de transición —exclamó Wood—, sin evolucionar nada más. ¿Te das cuenta de que es lo suficientemente realista como para ser real? ¿Te das cuenta de que la cara es tan expresiva porque se destaca sobre el marco más rígido de otros objetos menos esenciales? Y los ojos son todavía más reales que la cara. ¡Te juro que los ojos me parecen demasiado reales para esa cara! Es como si esos globos de mirada astuta e inquieta sobresalieran de una gran máscara pálida.

—También el cuerpo tiene cierta rigidez, a mi entender —comentó Payne —. A finales de la Edad Media todavía no dominaban la anatomía, al menos

en los países nórdicos. La pierna izquierda me parece bastante mal dibujada.

—No estoy muy de acuerdo —replicó Wood en voz baja—. Aquellos artistas que trabajaban cuando empezó a llevarse el realismo, pero antes de que se exagerara el realismo, a veces eran más realistas de lo que hoy nos puede parecer. A menudo ponían detalles muy auténticos en cosas que se suponen puramente convencionales. Puede que te parezca que las cejas o las cuencas de los ojos de ese personaje son algo asimétricas; pero te apuesto a que, si lo hubieras conocido, verías que efectivamente una de las cejas era más prominente que la otra. Y tampoco me extrañaría que fuera cojo, o algo así, y que el artista hubiera intentado pintar esa pierna negra deforme.

—¡Parece un viejo diablo! —exclamó Payne de repente—. Reverendo padre, disculpe usted mi lenguaje.

—No se preocupe, yo creo en el diablo —dijo el sacerdote con inescrutable expresión—. Se da el caso de que, según una leyenda, el diablo era cojo.

—Bueno, no irá usted a decirme que era el diablo en persona —protestó Payne—; pero, ¿quién diablos era este hombre?

—Era el lord Darnaway que vivió en tiempos de Enrique VII y Enrique VIII[71] —replicó su compañero—. Hay leyendas muy curiosas sobre su persona; una de ellas se refiere a esa inscripción que figura alrededor del marco, y que se comenta en unas notas aparecidas en un libro que encontré aquí. Son unas frases muy curiosas.

Payne se acercó al cuadro, estirando el cuello para poder leer la arcaica inscripción que figuraba alrededor del marco. Aparte de la caligrafía y la ortografía, evidentemente antiguas, era una especie de verso que venía a decir lo siguiente:

En el séptimo heredero he de regresar;
En la séptima hora he de marchar;
Nadie en esa hora mi mano ha de estrechar;
Ay de la que se adueñe de mi corazón.

—Me parece bastante inquietante —dijo Payne—, aunque tal vez sea porque yo no entiendo ni jota.

—Resulta igualmente inquietante cuando lo entiendes —dijo Wood en voz baja—. Las anotaciones hechas en época posterior, en ese libro que yo encontré, cuentan que este pájaro se suicidó deliberadamente de un modo que indujo a que condenaran a muerte a su mujer, acusándola del crimen. Otra nota hace alusión a una tragedia posterior, siete generaciones más tarde —en

el siglo XIX—, en la que otro Darnaway se suicidó tras haber mezclado con veneno el vino que posteriormente bebería su mujer. Cuentan que ambos suicidios se cometieron a las siete de la tarde. Supongo que de todo ello hay que deducir que se reencarna cada siete generaciones y le juega una mala pasada, como dice el verso, a la dama que cometa la imprudencia de casarse con él.

—Según eso —replicó Payne—, el séptimo caballero se va a encontrar en una situación bastante desagradable.

Wood bajó todavía más el tono de voz antes de decirle:

—El nuevo heredero hace el número siete.

De repente, Harry Payne levantó el pecho y los hombros, como quien se sacude una pesada carga, y exclamó:

—Pero qué tonterías estamos diciendo. Cualquiera diría que no somos gente instruida que vive en una época racionalista. Hasta que no me he visto en este maldito y lóbrego lugar, nunca hubiera creído que podía ser capaz de estar hablando de semejantes tonterías, a menos que lo hiciera en plan de broma.

—Tienes razón —dijo Wood—. Pero si vivieras mucho tiempo en este palacio subterráneo, empezarías a ver las cosas desde otro punto de vista. Yo siento una sensación extraña frente a ese cuadro, a fuerza de haberlo manejado y colgado en diversas ocasiones. A veces me da la impresión de que ese rostro pintado tiene más vida que las caras muertas de la gente que vive aquí; es como una especie de talismán o de imán: ordena los elementos y dirige el destino de las personas y de las cosas. Supongo que tú lo describirías como un ser fantástico.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Payne de repente.

Todos prestaron atención, pero no parecía oírse otra cosa que el sordo estruendo del lejano mar; después les dio la sensación de que, mezclado con éste, les llegaba otro sonido, algo así como una voz que gritara por encima del sonido de las olas, al principio apagada, pero cada vez más próxima. Al momento se convencieron de que eran los gritos de alguien que se encontraba fuera, en la oscuridad.

Payne se dirigió a la ventana baja que tenía detrás y se agachó para asomarse. Era la ventana desde la que no se veía otra cosa que el foso en el que se reflejaban el terraplén y el cielo. Pero aquella imagen invertida era distinta de la que había visto antes. De la prominente sombra del terraplén pendían dos oscuras sombras que surgían de los pies y las piernas de una figura que estaba de pie sobre el terraplén. A través de aquella exigua

ventana, sólo se alcanzaba a ver la negra silueta de las dos piernas recortándose sobre el pálido reflejo de un lívido crepúsculo. Pero el propio hecho de que la cabeza resultara invisible, como si hubiera desaparecido entre las nubes, imprimió un tono terrible al sonido que oyeron a continuación; era la voz de un hombre que gritaba algo que no acertaban a oír o a comprender. Payne en particular asomaba un rostro alterado por aquella ventanita y dijo con voz igualmente alterada:

—¡Qué postura más rara tiene!

—No, no —dijo Wood en un susurro tranquilizador—. Las cosas a veces nos parecen así cuando las vemos reflejadas. Es la ondulación del agua lo que te hace suponer eso.

—Suponer ¿qué? —preguntó el sacerdote escuetamente.

—Suponer que es tullido de la pierna izquierda —replicó Wood.

A Payne aquella ventana ovalada le parecía una especie de espejo místico y tenía la impresión de que en él se reflejaban otras inescrutables imágenes del destino. Veía algo más junto a la figura que no lograba identificar; eran tres patas más delgadas, como tres líneas negras dibujadas a contraluz, cual monstruosa araña o ave de tres patas, en pie junto al desconocido. Luego pensó en algo menos extravagante, en un trípode sobre el que se sentaban los oráculos paganos; y al cabo de un instante, aquella cosa se esfumó y las piernas de la figura humana desaparecieron de la imagen.

Cuando se dio la vuelta halló ante sí el pálido rostro de Vine, el mayordomo, con la boca abierta, dispuesto a hablar, y mostrando su único diente.

—Acaba de llegar —les dijo—. El barco llegó de Australia esta mañana.

Cuando salían de la habitación en dirección al salón central, oyeron las pisadas del recién llegado, que retumbaban por los escalones de la entrada, así como el ruido de los diversos bultos que componían su equipaje y que arrastraba tras de sí. Cuando Payne vio uno de estos bultos se echó a reír muy aliviado. Lo que le había parecido el trípode de la sacerdotisa no era sino el soporte telescópico de una máquina fotográfica portátil, que se plegaba y se desplegaba con gran facilidad; y el hombre que lo llevaba al hombro tenía igualmente un aspecto de lo más vulgar y corriente. Iba vestido de oscuro, pero con atuendo deportivo; llevaba una camisa de franela gris, y sus botas arrancaban ecos relativamente neutros en aquellas estancias vacías. Mientras se dirigía a saludar a su nueva familia, sus andares apenas denotaban una ligerísima cojera. Pero Payne y sus compañeros contemplaban fijamente su rostro, y no eran capaces de apartar la vista de él.

No cabe duda de que el recién llegado percibió algo extraño e incómodo en la recepción que le daban; pero todos habrían jurado que él no sabía cuál era el motivo de esto. La dama, que en cierto modo ya era su prometida, era lo suficientemente hermosa como para resultarle atractiva; pero, evidentemente, también le asustaba. El anciano mayordomo le rendía una especie de pleitesía feudal y, sin embargo, lo trataba como si fuera el fantasma de la familia. El sacerdote seguía mirándole con expresión inescrutable, y por lo mismo resultaba todavía más desconcertante. Un nuevo tipo de ironía, parecida a la ironía griega, empezó a discurrir por la mente de Payne. Se había imaginado al forastero como un diablo, pero ahora lo veía como algo peor, como el inconsciente destino, encaminándose hacia el crimen con la monstruosa inocencia de un Edipo[72]. Se había acercado a la mansión de sus antepasados con un entusiasmo tan ciego que había plantado en seguida la cámara para fotografiar la casa en cuanto la vio; y la propia máquina había adquirido el aspecto del trípode de una trágica pitonisa.

Cuando al cabo de un rato se despidieron, a Payne le sorprendió un detalle que puso de manifiesto que el australiano se daba bastante cuenta de cómo era el lugar a donde había ido a parar, pues le dijo en voz baja:

—No se vaya…, o por lo menos vuelva pronto. Usted me parece un ser humano. Este sitio me pone la carne de gallina.

Cuando Payne salió de aquellas estancias prácticamente subterráneas, y se encontró en medio del aire de la noche y del olor del mar, tuvo la sensación de que acababa de salir de un submundo de sueños, en el que los acontecimientos se producen precipitadamente y de manera inquietante e irreal. La llegada del pariente desconocido había sido algo insatisfactoria y, en cierto modo, nada convincente. La duplicación de la misma cara del retrato antiguo en el recién llegado le turbaba como si se encontrara ante un monstruo de dos cabezas. Y, sin embargo, aquello no era una pesadilla; ni tampoco había sido aquel rostro lo que había percibido con mayor intensidad.

—¿Así que decía usted —le preguntó al médico mientras caminaban juntos por la oscura y rayada franja de arena que corría paralela al oscuro mar —, decía usted que ese joven es el prometido de la señorita Darnaway merced a un antiguo pacto de familia, o algo por el estilo? Suena a novela, ¿no?

—Sí, a novela histórica —respondió el doctor Barnet—. Los Darnaway se extinguieron hace ya varios siglos, cuando las cosas se hacían como nos las cuentan en las novelas. Sí, tengo entendido que mantienen una tradición familiar según la cual los primos en segundo o tercer grado se casan entre sí al llegar a determinada edad, con el fin de conservar la propiedad unida. Y es

una tradición bien necia, a mi modo de ver; porque al hecho de haberse casado tantas veces entre sí pudiera deberse la degeneración que se observa en la familia.

—Pues a mí no me parece que algunos de sus miembros estén tan degenerados —observó Payne con cierta sequedad.

—Bueno —replicó el médico—, ese muchacho no tiene mal aspecto, por supuesto, aunque no cabe duda de que es cojo.

—¡Ese muchacho! —exclamó Payne, que de repente se mostraba irrazonablemente ofendido—. Vaya, pues si a usted le parece que la señorita tiene algún rasgo de degeneración, es que no tiene usted ni idea de lo que está diciendo.

La expresión del rostro del médico se ensombreció y se endureció al tiempo que le decía en tono desabrido:

—Sobre ese tema sé más que usted.

Siguieron caminando en silencio, pues cada uno pensaba que se había comportado de manera irracionalmente grosera, y que le habían tratado con igual grosería irracional; Payne tuvo que rumiar a solas este asunto, pues su amigo Wood se había quedado en la casa, para resolver algún asunto relacionado con los cuadros.

Payne aprovechó la ocasión que le brindara el primo procedente de las colonias, que deseaba compañía que le hiciera más grata su estancia. Durante las semanas siguientes tuvo ocasión de conocer a fondo el oscuro interior de la mansión de los Darnaway; aunque habrá que explicar que no se limitó a animar al primo de las colonias. La melancolía de la dama parecía más arraigada, y probablemente también necesitaba más ayuda; el caso es que el londinense se mostró incansablemente dispuesto a despejarla. Sin embargo, era un hombre de conciencia, y la situación lo tenía incómodo y lleno de dudas. Y así fueron transcurriendo las semanas y nadie acertaba a saber, por el comportamiento del nuevo Darnaway, si se consideraba el prometido de la joven según el antiguo pacto o no. Deambulaba por aquellas oscuras galerías y se pasaba horas contemplando ensimismado el oscuro y siniestro retrato. No cabía duda de que las sombras de aquella casa-prisión se iban apoderando de él y ya le quedaba poco de su seguridad australiana. Pero Payne no logró descubrir nada respecto al asunto que más le preocupaba. En determinada ocasión, intentó confiarse a su amigo Martin Wood, que seguía frecuentando la casa en calidad de conservador de los cuadros; pero tampoco él le dio una información muy satisfactoria.

—Me parece que no tienes nada que hacer —le dijo Wood escuetamente —, por lo del compromiso.

—Por supuesto que no pienso intentar nada si es que existe ese compromiso —replicó su amigo—, pero ¿acaso existe? Te puedes imaginar que no le he dicho nada a ella al respecto; pero la he tratado lo suficiente como para estar bastante convencido de que ella no piensa que exista un compromiso, aunque tal vez tampoco lo descarte en un futuro. Él tampoco hace ninguna referencia al mismo, ni da la menor pista de que piense que lo hay. A mí me parece que esta situación tan poco clara no hace sino perjudicar a todo el mundo.

—Sobre todo a ti, ¿verdad? —le dijo Wood con cierta brusquedad—. Pero ya que me lo preguntas, te diré lo que pienso… Me parece que él tiene miedo.

—¿Miedo de que lo rechace? —le preguntó Payne.

—No, miedo de que lo acepte —respondió el otro—. No me muerdas…, no quiero decir que le dé miedo la señorita, sino que le da miedo el cuadro.

—¡Que le da miedo el cuadro! —preguntó Payne.

—Bueno, quiero decir la maldición —dijo Wood—. ¿No recuerdas lo que dice el verso sobre la suerte que correrán tanto él como ella?

—Pero vamos a ver —exclamó Payne—, por mucho que sea el sino de los Darnaway, la maldición no va a salirse siempre con la suya. Primero me dices que no tengo nada que hacer por lo del pacto, y luego me dices que el pacto tampoco puede llevarse a cabo por lo de la maldición. Pero si la maldición puede anular el pacto, ¿por qué habría de seguir la señorita obligada a respetar el pacto? Si les da miedo casarse entre sí, bien puede cada uno casarse con otra persona, y se acabó la historia. ¿Por qué he de sufrir yo para que se cumpla lo que ellos no están dispuestos a cumplir? Me parece que tu planteamiento es muy irrazonable.

—Si es que está todo muy liado —dijo Wood irritado, y siguió martilleando el bastidor de un lienzo.

De repente, una mañana, el nuevo heredero rompió su largo y desconcertante silencio. Lo hizo de una manera curiosa, con cierta crudeza, como solía hacer las cosas, pero con un evidente deseo de obrar con toda rectitud. Pidió francamente consejo, no a esta o aquella persona, como había hecho Payne, sino a todo el grupo, de manera colectiva. Cuando se dispuso a hablar, se dirigió a todos en general, como un político cuando hace campaña por provincias. Como él mismo dijo, había que poner «las cartas boca arriba». Afortunadamente, la señorita no quedaba incluida en tan amplio ademán; y Payne se estremeció cuando pensó en los sentimientos de la joven. Pero el

australiano actuó con toda honestidad; pensaba que lo natural era pedir ayuda e información, convocando una especie de consejo de familia durante el cual él puso las cartas encima de la mesa. Aunque más exacto es decir que las arrojó, porque lo hizo con ademán desesperado, como quien lleva días y noches agobiado por la creciente tensión de un problema. En aquel breve espacio de tiempo, las sombras del caserón de bajas ventanas y hundidos suelos lo habían cambiado de un modo muy extraño, aumentando cierto parecido que todos recordaban con un extremecimiento.

Los cinco hombres, incluido el médico, estaban sentados alrededor de una mesa redonda; Payne pensaba vagamente que su traje de lana clara y su pelo rojo eran los únicos colores que se veían en la habitación, pues el sacerdote y el mayordomo iban de negro, y Wood y Darnaway solían vestir de gris oscuro que casi parecía negro. Puede que a esta diferencia se refiriera el joven cuando le dijo que le parecía un ser humano. En aquel preciso momento, el joven dio de repente una vuelta en la silla en la que estaba sentado y comenzó a hablar. El ensimismado artista se dio cuenta en seguida de que se estaba refiriendo a la cosa más terrible del mundo, pues, decía:

—¿Qué se esconde en realidad detrás de todo ello? Es una pregunta que no he dejado de hacerme desde que llegué, y que me tiene medio trastornado. Nunca pensé que podría creer estas cosas; pero cuando me acuerdo del retrato y el verso y de todas las coincidencias, o lo que sean, es que me vuelvo loco. ¿Qué hay de verdad en este asunto? ¿Existe realmente ese sino de los Darnaway, o se trata sólo de una maldita casualidad? ¿Tengo derecho a seguir adelante con este matrimonio, o me arriesgo a provocar un terrible castigo del cielo, un mal desconocido, para mí y para otra persona?

Su nerviosa mirada anduvo vagando alrededor de la mesa, hasta que se detuvo en el rostro vulgar del sacerdote, a quien al parecer se dirigía. El innato sentido práctico de Payne se rebelaba contra aquel problema de tipo supersticioso que se planteaba ante un tribunal tremendamente supersticioso. Estaba sentado al lado de Darnaway, e intervino antes de que el sacerdote pudiera contestar:

—Bueno, he de admitir que las coincidencias son bastante extrañas —dijo intentando forzar una nota de jovialidad—; pero desde luego no vamos a… — y enmudeció como golpeado por un rayo.

Y es que, al interrumpirle Payne, Darnaway había vuelto de repente la cabeza y, al hacer este movimiento, dio la impresión de que el ojo izquierdo le miraba desde mucho más arriba que el derecho; y durante un instante, el rostro del retrato le contempló con la espantosa exageración de la exactitud.

Todos los demás se percataron de ello; y todos tenían el aspecto de sentirse deslumbrados por un instante de luz. El anciano mayordomo emitió un profundo gemido y luego dijo con voz ronca:

—Es inútil, estamos ante algo demasiado espantoso.

—Sí —asintió el sacerdote en voz baja—, estamos ante algo terrible; ante la cosa que para mí es la más terrible de todas, y que se llama necedad.

—¿Cómo dice? —exclamó Darnaway, sin dejar de mirarle.

—Digo que esto es una necedad —repitió el sacerdote—. Hasta ahora no he dicho nada de particular, porque pensaba que esto no era asunto mío; estoy haciendo una suplencia en una parroquia de aquí cerca, y la señorita Darnaway me mandó llamar. Pero ya que usted me lo pregunta directamente y sin rodeos, vaya, no me será difícil darle una respuesta. Por supuesto no existe ninguna maldición de los Darnaway que le impida a usted casarse con quien usted tenga el bienintencionado deseo de casarse. Ningún ser humano nace predestinado a cometer el más mínimo pecado venial, cuanto menos crímenes como un suicidio o un asesinato. Nada puede obligarle a usted a hacer algo malo contra su voluntad, sólo porque se apellida usted Darnaway, ni a mí, porque me apellide Brown. «El sino de los Brown» —añadió recalcando las palabras—, ¿y por qué no «El misterio de los Brown»? Sonaría aún mejor.

—Y es usted precisamente el que me dice que me lo tome así —repitió el australiano con los ojos clavados en él.

—Y además le digo que piense en otras cosas —replicó el sacerdote en tono jovial—. ¿Hasta qué punto ha llegado ese nuevo arte de la fotografía? ¿Qué tal le va con la cámara? El piso de abajo está bastante oscuro, pero a lo mejor los arcos vacíos del piso de arriba se podían fácilmente convertir en un magnífico estudio fotográfico. Unos cuantos obreros le podían montar una cubierta de cristal en un periquete.

—Qué barbaridad —protestó Martin Wood—, me parece que usted tendría que ser la última persona del mundo a la que se le ocurriera hacer una chapuza con esos hermosos arcos góticos, que seguramente es una de las cosas más valiosas que su religión ha hecho en el mundo. Hubiera supuesto que sentía usted algún respeto por este tipo de obra de arte; pero no me explico por qué le tiene una afición tan fuera de lo común a la fotografía.

—Le tengo una afición fuera de lo común a la luz del día —respondió el Padre Brown—, sobre todo cuando se trata de un asunto tan poco claro como éste; y la fotografía tiene la virtud de que depende de la luz. Y si no sabe usted que estaría dispuesto a hacer añicos todos los arcos góticos del mundo si

con ello lograra salvar la cordura de un solo ser humano, es que sabe usted mucho menos de mi religión de lo que usted se cree.

El joven australiano se puso en pie como si le hubieran quitado un montón de años de encima, y exclamó:

—¡Cáspita! Así se habla, aunque nunca creí que oiría semejantes palabras procedentes de ese sector. Y mire bien lo que le digo, reverendo padre: voy a hacer algo que demostrará que, al fin y al cabo, no he perdido el valor.

El anciano mayordomo seguía mirándolo con temblorosa fijeza, como si percibiera algo aciago en la osadía del joven.

—Ay —exclamó—, ¿qué va a hacer usted ahora?

—Voy a fotografiar el retrato —replicó Darnaway.

Y, sin embargo, apenas había transcurrido una semana cuando se precipitó desde el cielo el rayo de la catástrofe, oscureciendo aquel sol de cordura al que el sacerdote había apelado en vano, y sumiendo una vez más la mansión en las tinieblas del sino de los Darnaway. No había sido muy difícil instalar el nuevo estudio que, desde su interior, ofrecía el aspecto habitual de este tipo de estudios y no contenía otra cosa que la plenitud de la luz blanca. Cualquiera que subiera allí desde las tétricas estancias del piso de abajo tenía la extraordinaria sensación de introducirse en un resplandor ultramoderno, tan vacío como el futuro. Por sugerencia de Wood, que conocía perfectamente el castillo y había logrado superar su oposición de tipo estético, se convirtió un cuartito del piso de arriba, que estaba intacto a pesar del ruinoso estado general de aquella planta, en cuarto oscuro, en el que Darnaway se metía a tientas, pasando del blanco resplandor de la luz diurna al escarlata resplandor de una bombilla roja. Wood decía en plan de broma que aquella bombilla roja le había reconciliado con el vandalismo, pues aquella ensangrentada oscuridad le resultaba tan romántica como la cueva de un alquimista.

Darnaway se había levantado al amanecer el día que iba a fotografiar el misterioso retrato, y se lo había llevado desde la biblioteca al estudio subiendo por la escalera de caracol que era la única que conectaba los dos pisos. Luego lo había colocado sobre una especie de caballete, a plena luz del día, y había plantado enfrente el trípode fotográfico. Decía que estaba deseando mandarle una reproducción de la obra a un famoso anticuario que le había escrito interesándose por las obras de arte que había en la casa; pero los demás sabían que esto era una excusa que encubría motivos mucho más profundos. Se trataba, si no exactamente de un duelo entre Darnaway y el demoniaco retrato, al menos de un duelo entre Darnaway y sus propias dudas. Pretendía poner frente a frente la luz meridiana de la fotografía y la oscura

maestría de la pintura, y averiguar si el resplandor del nuevo arte era capaz de disipar las sombras del antiguo.

Tal vez por estas razones prefirió hacerlo todo a solas, aunque algunos detalles pudieran requerir más tiempo y suponer una demora mayor que la habitual. En cualquier caso, no alentó la visita de los que se acercaron al estudio el día del experimento, y que lo encontraron dedicado a enfocar y trajinar, muy sumido en lo que estaba haciendo y con actitud impenetrable. El mayordomo le había subido la comida, pues no quiso bajar al comedor; este caballero había vuelto a subir al cabo de unas horas, descubriendo que había dado prácticamente cuenta de lo servido, pero la única muestra de agradecimiento que oyó fue un gruñido. Payne subió una vez a ver cómo iba la cosa, pero al ver que el fotógrafo no tenía ningunas ganas de palique, volvió a bajar. El Padre Brown se había acercado un momento muy discretamente a llevarle a Darnaway una carta del experto al que le iba a enviar la fotografía. Dejó la carta en una bandeja, pero lo que pensara al ver aquel invernadero lleno de luz y completamente dedicado a una gran afición, se lo guardó para sus adentros y volvió a bajar. No tardó en tener motivos para recordar que él había sido el último en bajar la solitaria escalera que conectaba los dos pisos, dejando atrás a un hombre solo en una habitación vacía. Los demás estaban en pie en el salón que había junto a la biblioteca, justo debajo del gran reloj de caoba negra que parecía un titánico ataúd.

—¿Qué tal le iba a Darnaway cuando usted subió? —le preguntó Payne al poco rato.

El sacerdote se pasó la mano por la frente y dijo con una triste sonrisa:

—No me diga que sufro alucinaciones, pero el caso es que me parece que me cegó la luz que hay en aquella habitación y que no acerté a ver las cosas como son. La verdad es que por un instante pensé que había algo raro en la postura de Darnaway de pie delante del retrato.

—Ya, eso es por la cojera —dijo Barnet inmediatamente—. Me lo sé muy bien.

—Pues mire usted —le interrumpió Payne bruscamente, pero bajando la voz—, me parece que no sabemos nada de nada sobre el tema. ¿Qué tiene en la pierna? ¿Qué tenía en la pierna su antepasado?

—Ah, pues hay algo sobre esta cuestión en un libro que encontré ahí, en los archivos de la familia —dijo Wood—; esperen que voy a buscarlo.

Y se dirigió a la biblioteca que estaba al lado. El Padre Brown comentó sin alterarse:

—Supongo que el señor Payne tendrá algún motivo particular para hacer esa pregunta.

—Sí, y lo voy a soltar de una vez —dijo Payne bajando todavía más la voz—. Después de todo, existe una explicación racional. Es posible que un hombre cualquiera haya adoptado un aspecto similar al del retrato. ¿Qué sabemos de Darnaway? Su comportamiento es un tanto extraño…

Los demás lo miraron algo sorprendidos, pero el sacerdote al parecer se tomó sus palabras con toda la calma y dijo:

—Tengo entendido que el retrato no ha sido fotografiado jamás y eso es lo que pretende hacer. No me parece nada raro.

—Sí, es todo completamente normal, ¿verdad? —comentó Wood con una sonrisa, al tiempo que regresaba con un libro en la mano.

Y mientras pronunciaba estas palabras, se oyó un movimiento en la maquinaria del gran reloj que tenía detrás de él, y sus campanadas resonaron estremecedoramente por la habitación. Eran siete. Al oírse la última, se produjo un gran estruendo en el piso de arriba que retumbó por toda la casa como un trueno; el Padre Brown se hallaba ya en el segundo peldaño de la escalera antes de que el sonido se hubiera acallado.

—¡Dios mío! —gritó involuntariamente Payne—. Está solo allá arriba.

—Sí —dijo el Padre Brown sin volverse, desapareciendo escaleras arriba —. Lo encontraremos solo.

Cuando los demás se recuperaron del estupor y se abalanzaron escaleras arriba hasta el estudio, en verdad se lo encontraron solo. Yacía en el suelo, entre los restos de la cámara fotográfica; las patas del trípode se habían roto y desparramado por el suelo en distintos ángulos; y Darnaway había caído encima, y su negra pierna tullida formaba un cuarto ángulo con las patas del trípode. A primera vista daba la impresión de que aquel montón informe y negro estaba atrapado por una espantosa araña gigante. No hacía falta más que echarle un vistazo y tocarle para saber que estaba muerto. El retrato estaba intacto en el caballete, y daba la impresión de que en sus ojos resplandecía una sonrisa.

Una hora más tarde, el Padre Brown, que intentaba calmar la confusión de aquella alterada familia, se topó con el anciano mayordomo que musitaba algo en tono tan mecánico como el del reloj cuando dio las terribles campanadas. Casi no le hizo falta oírle para saber lo que decía.

> En el séptimo heredero he de regresar;
> En la séptima hora he de marchar.

Estaba a punto de dirigirle unas palabras para tranquilizarle cuando el anciano de repente pegó un respingo y adoptó una actitud de irritación; su murmullo se trocó en fiero grito y exclamó:

—¡Todo por su culpa! ¡Todo por esa manía suya de la luz! No será capaz ahora de decir que no existe el sino de los Darnaway.

—Mi opinión al respecto no ha cambiado en nada —dijo el Padre Brown con dulzura.

Y luego, tras una pausa, añadió.

—Espero que sepan ustedes respetar el último deseo del pobre Darnaway y se ocupen de enviar la fotografía.

—¡La fotografía! —exclamó el médico con aspereza—. ¡Qué más da ya! Y además ha pasado algo bastante raro: no existe la tal fotografía. Después de pasarse todo el día trajinando, parece ser que no llegó a tomar ninguna.

El Padre Brown se volvió bruscamente y dijo:

—Pues tómenla ustedes. El pobre de Darnaway tenía toda la razón. Es importantísimo hacer esa fotografía.

Cuando los visitantes, el médico, el sacerdote y los dos pintores se alejaron en negra y lúgubre procesión por las pardas y amarillas arenas, todos caminaban en silencio, como si se sintieran anonadados. Y la verdad es que el cumplimiento de aquella olvidada superstición en el momento en que más olvidada la tenían era como si hubiera caído un rayo de un cielo completamente despejado, justo cuando el médico y el sacerdote se habían llenado la mente de racionalismo como el fotógrafo había llenado las habitaciones de luz. Podían ser todo lo racionalistas que quisieran, pero a plena luz del día, el séptimo heredero había vuelto y a plena luz del día en la séptima hora había perecido.

—Lo malo es que ahora todo el mundo creerá en la superstición que pesa sobre los Darnaway —dijo Martin Wood.

—Yo sé de uno que no —dijo el médico con aspereza—. ¿O es que voy abandonarme yo a la superstición sólo porque a alguien se le ocurra suicidarse?

—¿Así que cree usted que el pobre de Darnaway se suicidó? —le preguntó el sacerdote.

—Estoy convencido de que se suicidó —replicó el médico.

—Puede ser —asintió su interlocutor.

—Estaba solo allá arriba y tenía todo el almacén de venenos en el cuarto oscuro. Además, es el tipo de cosa que haría un Darnaway.

—¿No cree usted que se trata del cumplimiento de una maldición familiar?

—Ya lo creo que se trata de una maldición familiar —dijo el médico—: la maldita constitución de esta familia. Ya le dije que era hereditaria, y que están todos medio chiflados. Si se encierra uno en un sitio húmedo y lóbrego como ése, acaba uno degenerado, y no hay más vueltas. Las leyes hereditarias se cumplen inexorablemente; no se pueden negar las verdades científicas. La mente de los Darnaway se desmorona, como se desmoronan esas piedras y maderas en ruinas, carcomidas por el mar y el aire salobre. Se suicidó…, claro que se suicidó; y aún me atrevería a afirmar que todos los demás acabarán por suicidarse. Y quién sabe si no es lo mejor que pueden hacer.

Mientras el científico pronunciaba estas palabras, de repente a Payne se le vino a la memoria, con toda nitidez, el rostro de la heredera de los Darnaway, pálida máscara trágica rodeada de insondable negritud, pero de una cegadora y sobrenatural belleza. Abrió la boca para decir algo, pero no halló las palabras adecuadas.

—Ya veo —dijo el Padre Brown dirigiéndose al médico—; de modo que, después de todo, cree usted en la superstición.

—¡Pero qué dice! ¡Qué voy a creer en la superstición! Lo que creo es en el suicidio como objeto de necesidad científica.

—Pues mire usted —replicó el sacerdote—, yo no sabría con qué quedarme si me dan a elegir entre la superstición científica de usted o la otra superstición mágica. Da la impresión de que con cualquiera de los dos, la gente acaba paralítica, incapaz de mover piernas o brazos o de salvar su vida o su alma. Según el verso, el sino de los Darnaway es que acabarían asesinados, y según los libros de texto que usted maneja, el sino de los Darnaway es que acabarán quitándose la vida. En ambos casos, parece ser que están esclavizados.

—Pues a mí me pareció que usted decía que creía en el planteamiento racional de este tipo de cosas —dijo el doctor Barnet—. ¿Acaso no cree usted en las leyes de la herencia?

—Dije que creía en la luz del día —replicó el sacerdote con voz fírme y clara— y no quiero elegir entre dos túneles de superstición subterráneos que conducen igualmente a la oscuridad. Y prueba de lo que le digo es que están ustedes sumidos en las tinieblas en lo que se refiere a lo que sucedió en esa casa.

—¿Quiere usted decir en lo referente al suicidio? —preguntó Payne.

—Quiero decir en lo referente al asesinato —dijo el Padre Brown.

Y dio la impresión de que su voz, aunque sólo un pelín más fuerte, resonaba por toda la playa.

—Fue un asesinato; y un asesinato es una obra de la voluntad, que Dios hizo libre.

Payne jamás llegó a saber lo que en aquel momento le contestó su interlocutor, pues aquellas palabras ejercieron un curioso efecto sobre su persona, azuzándole como si hubiera oído un toque de clarín, y, sin embargo, haciendo que se detuviera en seco. Se quedó parado en medio de aquella extensión de arena y dejó que los otros se alejaran; sintió cómo la sangre le circulaba por las venas y se dio cuenta de que los pelos se le ponían literalmente de punta; y, sin embargo, sintió una felicidad nueva y fuera de lo común. A través de un proceso psicológico tan rápido y complicado que él no lo podía seguir, había llegado ya a una conclusión que no era capaz de analizar; pero dicha conclusión era de alivio. Permaneció así inmóvil un momento más y luego se dirigió lentamente a través de la arena hacia la mansión de los Darnaway.

Cruzó el foso a un paso que hizo que se estremeciera el puente, bajó las escaleras y atravesó las largas estancias a grandes zancadas, hasta llegar al lugar donde se encontraba sentada Adelaida Darnaway, cuya silueta se recortaba rodeada del halo de luz de la ventana ovalada, como la imagen de una santa desconocida abandonada en el país de la muerte. Alzó los ojos, y su expresión de sorpresa añadió todavía más encanto a su maravilloso rostro.

—¿Qué sucede? —le dijo—. ¿Por qué has vuelto?

—He vuelto a buscar a la Bella Durmiente —le dijo él en un tono que tenía un eco risueño—. Esta casa se sumió en el sueño hace muchísimos años, ya lo dijo el médico; pero es una tontería que tú te empeñes en parecer vieja. Sal a la luz del sol y escucha la verdad. Tengo que decirte una palabra; es una palabra terrible, pero pone fin al hechizo que te tiene cautiva.

Ella no entendió ni palabra, pero una fuerza la empujó a ponerse en pie y dejar que él la llevara, a través de la larga sala y las escaleras, hasta el exterior, bajo el cielo crepuscular. Las ruinas de un jardín muerto se extendían hacia el mar, y en una vieja fuente la estatua de un tritón, verde de óxido, sostenía impasible un cuerno que hacía ya mucho tiempo que había dejado de verter agua en un estanque vacío. A menudo había contemplado aquel desolado perfil recortándose sobre el cielo de la tarde, y muchas veces había pensado que era como un símbolo de decadencia en más de un aspecto. No cabía duda de que, sin gran tardanza, aquellas fuentes volverían a rellenarse, pero lo harían con las pálidas aguas, verdosas y amargas, del mar, y las flores

quedarían anegadas y cubiertas por las algas. Y también había pensado que la hija de los Darnaway tendría que casarse, pero lo haría con la muerte y con un sino tan sordo e implacable como el mar. Pero en aquel momento posó una mano sobre el tritón de bronce que era como la mano de un gigante, y lo meneó con ademán de arrancarlo como si fuera un ídolo o un dios maligno del jardín.

—¿Qué tienes que contarme? —le preguntó ella con insistencia—. ¿Cuál es esa palabra que nos dejará en libertad?

—La palabra es asesinato —dijo él—, pero la libertad que nos trae es tan lozana como las flores de primavera. No, no quiero decir que yo haya asesinado a nadie. Pero el hecho de que alguien pueda ser asesinado es una buena noticia, tras las pesadillas que has vivido. ¿No comprendes? En tus sueños todo lo que te sucedía procedía de tu interior; el sino de los Darnaway moraba en lo más recóndito de los Darnaway y se abría como una espantosa flor. No había manera de evitarlo, ni siquiera mediante un accidente afortunado; era inevitable, tanto si se planteaba como una superchería del viejo Vine o como esa teoría de la herencia, que Barnet se acaba de sacar de la manga.



Pero el hombre que murió no fue víctima de una maldición mágica ni de la locura hereditaria. Fue asesinado; y para nosotros, ese asesinato es sencillamente un accidente; sí, *requiescat in pace*[73]; pero es un accidente afortunado. Es un rayo de luz, porque procede del exterior.

Ella de repente esbozó una sonrisa.

—Sí, me parece que lo entiendo. Hablas como si estuvieras chiflado, pero lo entiendo. Y entonces, ¿quién lo mató?

—No lo sé —le contestó el joven muy tranquilo—, pero el Padre Brown sí que lo sabe. Y como dice el Padre Brown, un asesinato es obra de la voluntad, que es tan libre como la brisa del mar.

—El Padre Brown es una persona maravillosa —comentó ella tras un momento de silencio—; fue la única persona que puso un rayo de luz en mi vida hasta que…

—¿Hasta qué? —le preguntó Payne al tiempo que hacía un movimiento impetuoso hacia ella y derribaba el monstruo de bronce, que pareció tambalearse sobre su pedestal.

—Bueno, hasta que llegaste tú —dijo ella sonriendo de nuevo.

Y así fue cómo se despertó el palacio dormido; las diferentes etapas de este despertar no tienen lugar dentro de este relato, aunque buena parte de ellas se produjeron antes de que las sombras de la noche hubieran caído sobre la playa. Harry Payne volvió a cruzar las oscuras arenas que en otras ocasiones había recorrido en diversos estados de ánimo, pero esta vez lo hacía sumido en la mayor felicidad que se puede sentir en este mundo, y se sentía inundado por una inmensa marea de aguas rojas. Pensó que le gustaría pintar todo aquello cuando estuviera en flor, con el tritón de bronce reluciente como si fuera de oro, y un chorro de agua o vino manando de la fuente. Pero todo aquel resplandor y toda aquella floración se habían desplegado para él gracias a la palabra «asesinato», y era una palabra que todavía no entendía. La había creído, y no era un necio, sino una de esas personas que tiene el don de saber dónde se encuentra la verdad.

Había transcurrido algo más de un mes cuando Payne regresó a su casa de Londres para entrevistarse con el Padre Brown y entregarle la fotografía que éste le había pedido. Su noviazgo prosperaba como cabía esperar teniendo en cuenta la tragedia acaecida, cuya sombra le afectaba en menor grado; pero ya no se podía plantear como la sombra de la fatalidad de aquella familia. En muchos aspectos había estado muy ocupado, y hasta que la familia Darnaway no reanudó sus austeras costumbres y el retrato llevaba ya muchos días colgado en su lugar habitual, en la biblioteca, no pudo hacerle la fotografía

con un fogonazo de magnesio. Antes de llevársela al anticuario, como se había acordado en un principio, se la mostró al sacerdote, que se la había pedido con muchísimo interés.

—No acabo de comprender su actitud en todo este asunto, Padre Brown. Obra usted como si, en cierto modo, ya hubiera resuelto el problema.

El sacerdote meneó la cabeza con gesto apesadumbrado y luego dijo:

—Nada de eso. Debo de ser muy tonto, pero no doy con la solución. Estoy atascado en el punto más práctico de todos. Es un asunto la mar de raro; sencillísimo hasta que llegas a un punto, y luego… Déjeme usted la foto, por favor.

La mantuvo un instante muy cerca de sus miopes ojos y luego dijo:

—¿Tiene usted una lupa?

Payne le dio una, y el sacerdote volvió a mirar la fotografía con ayuda de la lente durante un buen rato; al cabo dijo:

—Fíjese usted en el título de ese libro que hay en el extremo de la estantería junto al marco; dice «Historia del Papa Juan». Y ese otro, no será…, claro, macachis; el que está encima es no sé qué de Islandia. ¡Dios mío, qué manera más rara de descubrirlo! ¡Pero qué pedazo de burro he sido por no darme cuenta cuando estaba allí!

—Pero ¿qué es lo que ha descubierto usted? —le preguntó Payne muy impaciente.

—El último eslabón —dijo el Padre Brown—, y ahora ya no estoy atascado. Sí, me parece que ahora ya sé cómo se desarrolló toda esa desgraciada historia, de cabo a rabo.

—¿Y eso por qué? —insistió el otro.

—Pues porque la biblioteca de los Darnaway contenía libros sobre el Papa Juan y sobre Islandia —dijo el sacerdote con una sonrisa—, además de otro cuyo título, según veo, reza así: «La religión de Federico», que no será muy difícil de completar.

Luego, al darse cuenta de lo desconcertado que se sentía su interlocutor, borró la sonrisa de sus labios y dijo en tono más serio:

—De hecho, este último punto, aunque es el último eslabón, no es el tema principal. Había cosas mucho más curiosas que ésta en este asunto. Una de ellas es una curiosidad referente a las pruebas. Le voy a decir en primer lugar algo que tal vez le resulte sorprendente. Darnaway no murió a las siete de la tarde. Ya llevaba todo el día muerto.

—Me resulta bastante más sorprendente —dijo Payne adustamente—, porque tanto usted como yo le vimos andando en varias ocasiones aquel día.

—No, no le vimos —replicó el Padre Brown sin alterarse—. Creo que los dos le vimos, o creímos haberle visto a él, trajinando con la cámara. ¿A que tenía la cabeza debajo de la cortinilla negra cuando usted se acercó a la habitación? Desde luego la tenía cuando yo subí, y me dio la impresión de que algo no encajaba ni en la habitación ni en la figura. No era que la pierna estuviera torcida, sino precisamente que no lo estaba. Llevaba un traje oscuro, como de costumbre; pero cuando se ve a una persona de pie con la postura que suele tener otra persona, le da a uno la impresión de que su actitud es extraña y forzada.

—¿Quiere usted decir que aquel hombre era un desconocido? —exclamó Payne con una especie de escalofrío.

—Era el asesino —dijo el Padre Brown—. Había matado a Darnaway al amanecer y se había escondido, junto con el cadáver, en el cuarto oscuro; un magnífico escondite, porque nadie solía entrar allí y además no se ve nada de lo que se hace dentro. Pero, naturalmente, dejó caer el cadáver al suelo a las siete en punto, para que todo pudiera achacarse a la maldición.

—Pues no lo entiendo —observó Payne—. ¿Por qué no lo mató a las siete, en lugar de cargar con el cadáver durante catorce horas?

—Permítame que le haga a mi vez otra pregunta —dijo el sacerdote—. ¿Por qué no se había hecho la fotografía? Porque el asesino lo mató en cuanto Darnaway se levantó, antes de que pudiera hacerla. Era esencial para el asesino evitar que la fotografía llegase a manos de un experto en obras de arte de la familia Darnaway.

Se produjo un repentino y breve silencio, y luego el sacerdote añadió bajando el tono de voz:

—¿No comprende lo sencillo que es? Pero si a usted mismo se le ocurrió una posibilidad; claro que la solución es todavía más sencilla. Dijo usted que mediante algún truco se podía conseguir que una persona se pareciera a un retrato antiguo. No me negará que es mucho más fácil conseguir mediante truco que un retrato se parezca a una persona. En resumen, es cierto de manera muy especial que no existía el tal sino de los Darnaway. Como tampoco existía el retrato antiguo, ni la vieja canción, ni la leyenda del hombre que provocó la muerte de su esposa. Pero lo que sí existió fue un hombre muy inteligente y muy perverso, dispuesto a provocar la muerte de otro hombre con tal de robarle a éste la esposa que le estaba prometida.

De repente el sacerdote miró a Payne con una sonrisa de tristeza, como para tranquilizarle, y luego prosiguió:

—Supongo que piensa que me estoy refiriendo a usted, pero no era usted la única persona que rondaba aquella casa por motivos sentimentales. Usted conoce a ese hombre, o cree que lo conoce. Pero hay abismos en ese hombre que se llama Martin Wood, artista y anticuario, que ninguno de sus amigos artistas hubieran podido imaginar. Recuerde que lo llamaron para que estudiara y catalogara los cuadros; en un basurero aristocrático de aquel calibre, el encargo consistía prácticamente en darle a los Darnaway una relación de las obras de arte que había en la casa. No les habrá extrañado que aparecieran cosas que nunca habían visto antes. Pero había que hacerlo bien, y lo hizo estupendamente; seguramente tenía razón cuando nos dijo que si no era obra de Holbein, era de alguien tan genial como él.

—Me ha dejado usted de pasmo —dijo Payne—; y hay un montón de cosas que todavía no me explico. Por ejemplo, ¿cómo sabía el aspecto que tenía Darnaway? ¿Y cómo lo mató en realidad? Los médicos todavía no lo saben.

—Vi una fotografía que el australiano le había mandado a la señorita —dijo el sacerdote—, y él se pudo haber enterado de muchas cosas referentes al nuevo heredero, una vez identificado éste. Son detalles que probablemente nunca conoceremos, pero que desde luego no presentan gran dificultad. Recuerde que Wood solía ayudarle cuando trabajaba en el cuarto oscuro; se me ocurre que éste es un lugar ideal, por ejemplo, para clavarle a alguien una aguja envenenada, con todos los venenos que había allí. No, le digo que estos detalles no son nada complicados. La dificultad que yo no acertaba a resolver era averiguar cómo podía haber estado Wood en dos sitios al mismo tiempo. ¿Cómo podía sacar el cuerpo del cuarto oscuro y colocarlo encima de la cámara, para que todo se derrumbara al cabo de unos segundos, cuando se encontraba en la biblioteca, adonde había ido a buscar un libro? Fui tan necio, que no se me ocurrió observar los libros que había en la biblioteca; hasta que tuve en mis manos la fotografía, y por un golpe de suerte absolutamente inmerecida, descubrí el simple dato del libro sobre el Papa Juan.

—Pues se ha guardado usted el mejor enigma para el final —dijo Payne con una mueca—. ¿Qué diablos tiene que ver el Papa Juan con este asunto?

—No se olvide del libro sobre no sé qué de Islandia —le advirtió el sacerdote— o sobre la religión de un tal Federico. Sólo queda por averiguar qué tipo de persona era el último Lord Darnaway.

—Vaya, no me diga —comentó Payne en tono sarcástico.

—Tengo entendido que era un hombre culto, un tipo excéntrico con cierto sentido del humor —prosiguió el Padre Brown—. Como era culto, sabía que

nunca existió un Papa Juan. Como tenía sentido del humor, puede que se le hubiera ocurrido algo así como «Las serpientes de Islandia», o cualquier otra cosa que no existe allí. Me atrevería a reconstruir el tercer título como «La religión de Federico el Grande», que tampoco existió[74]. Fíjese bien: ¿no le parece que esos títulos son los que uno pondría en el lomo de unos libros que tampoco existían, es decir, en una estantería que no era una estantería?

—¡Ah! —gritó Payne—. Ya veo lo que quiere usted decir. Había una escalera oculta…

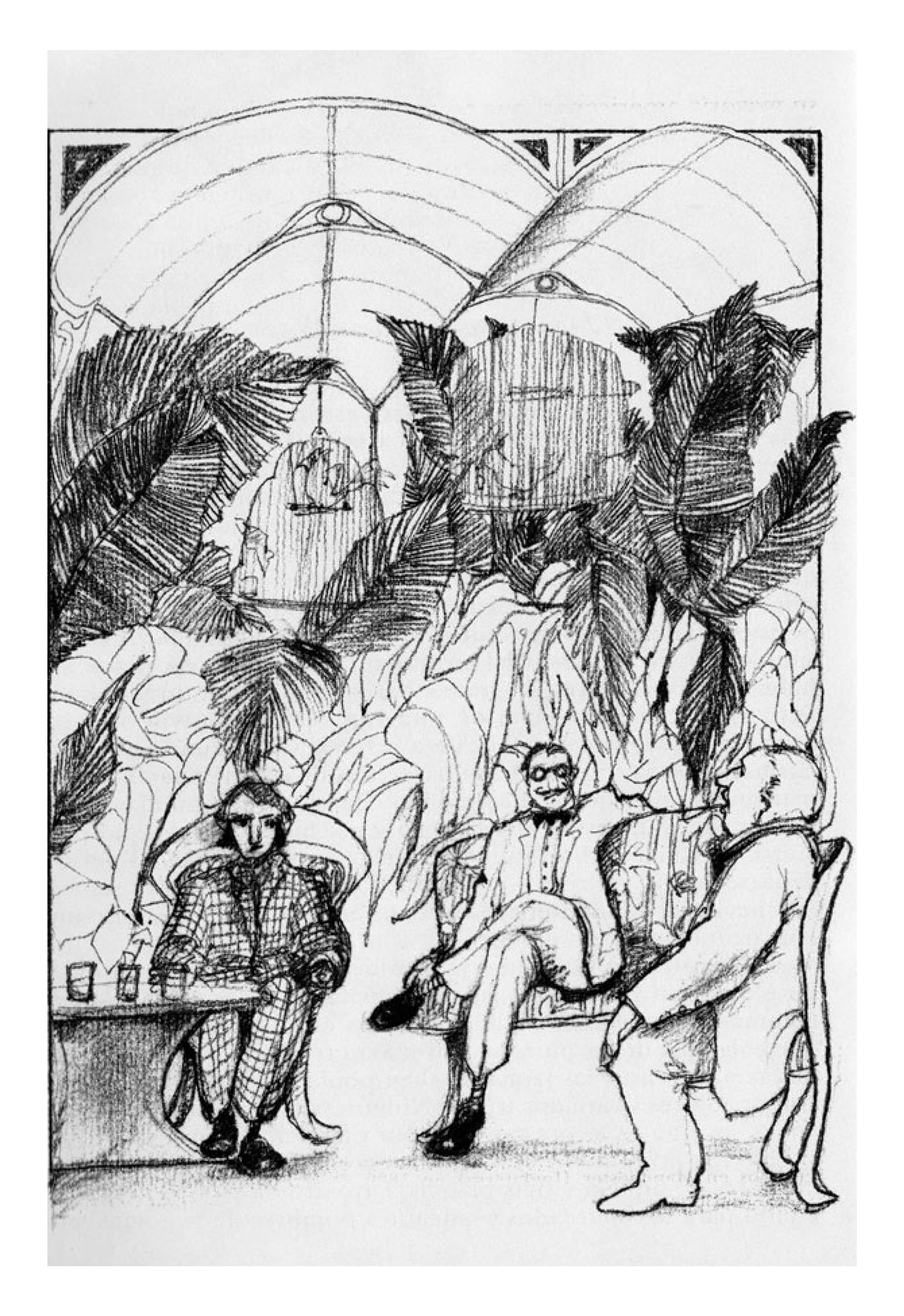
—Que llevaba a la habitación que Wood eligió para instalar el cuarto oscuro —dijo el sacerdote asintiendo con la cabeza—. Lo siento. No pudimos hacer nada por evitarlo. Es terriblemente simple y estúpido, tan estúpido como yo lo he sido en este caso tan simple. Pero todos estábamos medio entontecidos por aquel ambiente romántico de aristocracia decadente y de mansión arruinada; era demasiado suponer que lograríamos escapar gracias a un pasadizo secreto. Era el escondite del cura y merezco que me metan en él.

VIII

El fantasma de Gideon Wise

El Padre Brown siempre consideró este caso como el ejemplo más extraordinario de teoría de coartada. Teoría según la cual se mantiene, en contra del mítico pájaro irlandés, que es imposible que alguien esté en dos lugares al mismo tiempo. Para empezar, James Byrne, por ser un periodista irlandés, era quizás el ser que más se aproximaba al pájaro irlandés. Fue la persona que más cerca estuvo de ocupar dos lugares al mismo tiempo, pues se encontró en dos extremos opuestos del mundo social y político en el espacio de veinte minutos. El primero estaba constituido por los fastuosos salones de un gran hotel, en el que se habían dado cita tres magnates del comercio que pretendían realizar el cierre patronal de una explotación minera bajo el subterfugio de que se trataba de una huelga; el segundo era una curiosa taberna, cuya fachada parecía la de una tienda de ultramarinos, y en la que se había dado cita el triunvirato más clandestino de quienes de muy buena gana habrían convertido el cierre patronal en huelga… y la huelga en revolución. El periodista se movió entre los tres millonarios y los tres dirigentes bolchevistas con la inmunidad de un heraldo moderno o de un embajador de nuevo cuño.

Encontró a los magnates de la minería ocultos en una jungla de plantas en flor y un bosque de ornamentadas y acanaladas columnas de escayola dorada; doradas eran también las jaulas que colgaban de las pintadas bóvedas entre las ramas superiores de las palmeras; y las jaulas estaban pobladas de aves de abigarrados colores y variados trinos. Ningún pájaro de la selva cantó jamás sin que se le prestara tan poca atención, y ninguna flor exhaló tan inútilmente su perfume en el aire del desierto como las flores de aquellas altas plantas, cuyo aroma pasaba desapercibido para los ajetreados y jadeantes hombres de negocios, en su mayoría americanos, que se movían y charlaban por aquellos salones.



Y allí, en medio de un derroche de decoración rococó que jamás nadie contemplaba, y de una algarabía de trinos de pájaros exóticos que jamás nadie escuchaba, y de una abundancia de hermosas tapicerías y de un laberinto de lujosa arquitectura, los tres hombres estaban sentados comentando que el éxito se basaba en la prudencia y el ahorro, así como en el cuidado de la economía y el autocontrol. Uno de ellos no hablaba tanto como los demás; pero lo observaba todo con ojos muy brillantes e impasibles, que parecían estar sujetos por los quevedos que llevaba; y la sonrisa que se veía permanentemente bajo su bigotito negro parecía más bien una permanente mueca despectiva. Se trataba del famoso Jacob P. Stein, y nunca hablaba a menos que tuviera algo que decir. Pero su compañero, el viejo Gallup el Pensilvano, un hombretón corpulento de reverendo pelo cano pero con una cara como la de un boxeador, hablaba por los codos. Estaba de muy buen humor, y medio se burlaba del tercer millonario, medio fanfarroneaba ante él; era éste Gideon Wise, un pajarraco duro, seco y anguloso, un tipo de esos que los americanos comparan con una pacana, de hirsuta perilla gris y los ademanes y el atuendo de un viejo granjero de las praderas centrales. Wise y Gallup llevaban ya años discutiendo sobre el tema de la colaboración y la competencia. El viejo Wise seguía conservando, como corresponde a un curtido montañés, teorías propias del individualista que había sido antaño; pertenecía, como diríamos en Inglaterra, a la Escuela de Manchester[75]; y Gallup andaba siempre tratando de convencerle de que había que olvidarse de la competencia y concentrar los recursos mundiales.

—Tarde o temprano, acabarás por convencerte, hombre —le decía jovialmente Gallup a Wise justo en el momento en el que entraba Byrne—. El mundo va hacia eso, y no podemos dar marcha atrás y seguir con empresas de un solo hombre. No tenemos más remedio que unirnos.

—Si me permites que diga una palabra —le interrumpió Stein con su habitual tranquilidad—, te diría que hay algo más importante que el que nos unamos desde el punto de vista comercial. Lo que tenemos que hacer es unirnos desde el punto de vista político; por eso he citado hoy aquí al señor Byrne. Hemos de unir nuestras fuerzas en el plano político, por la sencilla razón de que nuestros más peligrosos enemigos ya se han unido.

—Bueno, estoy de acuerdo en lo de una unión política —refunfuñó Gideon Wise.

—Mire usted —le dijo Stein al periodista—: ya sé que tiene usted acceso a todos esos sitios raros, señor Byrne, y por ello desearía pedirle que hiciera usted algo por nosotros a título particular. Usted sabe dónde se reúnen esos

hombres; sólo hay dos o tres verdaderamente importantes, John Elias y Jake Halket, que es piquito de oro, y tal vez aquel que era poeta, un tal Horne.

—Pero si Horne era amigo de Gideon —dijo el burlón señor Gallup—; iban a la catequesis juntos, o algo por el estilo.

—Es que entonces él era cristiano —dijo el viejo Gideon en tono solemne—, pero cuando una persona se junta con los ateos, no se sabe cómo va a acabar. Todavía lo veo de cuando en cuando. Por supuesto, estaba dispuesto a apoyarle en su oposición a la guerra y el servicio militar y todo eso, pero si se trata de esos… bolcheviques de nuevo cuño…

—Perdona —le interrumpió Stein—, el asunto es bastante urgente, así que me permitirás que se lo explique al señor Byrne sin más tardanza. Señor Byrne, puedo decirle confidencialmente que tengo información, o mejor dicho pruebas suficientes, para meter por lo menos a dos de esos hombres en la cárcel durante una buena temporada, por estar implicados en algunos complots durante la última guerra. No quiero echar mano de esas pruebas. Pero deseo que vaya usted a verles discretamente y les diga que echaré mano de ellas, y mañana mismo, a menos que depongan su actitud.

—Vaya —replicó Byrne—, lo que usted propone podría llamarse sin la menor duda encubrir un delito, y puede que también hacer chantaje. ¿No le parece que es algo bastante peligroso?

—A mí me parece que es peligroso para ellos —le dijo Stein en tono seco— y quiero que vaya a decírselo.

—Muy bien —dijo Byrne poniéndose en pie con un suspiro medio jocoso—, son gajes del oficio; pero le advierto que, si acabo metido en un lío, procuraré meterle a usted también en él.

—Ya lo creo, muchacho —dijo el viejo Gallup echándose a reír con todas sus ganas.

Y es que todavía queda tanta huella de aquel gran sueño de Jefferson[76] y de lo que se conoce como democracia, que, en su país, aunque los ricos gobiernan como tiranos, los pobres no hablan como esclavos; y existe cierta sinceridad entre opresor y oprimidos.

El punto de encuentro de los revolucionarios era un lugar extraño, desnudo, encalado, en cuyas paredes se veían un par de torpes y exagerados carteles en blanco y negro de lo que supuestamente se denominaba Arte Proletario, pero que sin duda ni un proletario en un millón hubiera sabido descifrar. Tal vez lo único que tenían en común aquellos dos puntos de reunión es que en ambos se violaba la Constitución norteamericana por el consumo de bebidas alcohólicas. Los tres millonarios tenían delante cócteles

de diversos colores. Halket, el más violento de los bolchevistas, pensaba que lo más adecuado era beber vodka. Era un tipo largo y corpulento, de porte encorvado y amenazador, con un perfil tan agresivo como el de un perro, la nariz y los labios muy prominentes, descuidado mostacho pelirrojo, y todo ello dibujando una línea hacia fuera, como en perpetuo desafío. John Elias era un hombre moreno y de aspecto alerta, que llevaba gafas y una puntiaguda perilla negra; y se había aficionado en los cafés europeos a beber ajenjo. La primera y última impresión que tuvo el periodista fue que, a pesar de todo, John Elias y Jacob P. Stein se parecían muchísimo. Tan semejantes eran en aspecto físico, y en manera de pensar y de comportarse, que podía pensarse que el millonario había salido por una puerta falsa del hotel Babilonia y se encontraba en ese momento en el reducto de los bolchevistas.

El tercer hombre también tenía un gusto un tanto curioso en lo referente a las bebidas y apuraba algo que era simbólico para él. Lo que tenía delante el poeta Horne era un vaso de leche, y en aquel entorno, la inocuidad de la bebida adquiría un tinte siniestro, como si su tono opaco e incoloro estuviera compuesto por una pasta leprosa más venenosa que el verde mortalmente enfermizo del ajenjo. Y, sin embargo, aquella inocuidad era de momento bastante auténtica; porque Henry Horne llegaba al campo de la revolución por un camino muy diferente y desde unos orígenes muy distintos de los de Jake, el vulgar politicastro, y de Elias, el cosmopolita intrigante. Había recibido lo que se suele llamar una cuidada educación, de niño había frecuentado la iglesia, y se había mantenido durante toda su vida tan alejado de las bebidas alcohólicas que, aun cuando ya había rechazado cosas de tan escaso valor como el cristianismo y el matrimonio, seguía siendo totalmente abstemio. Era rubio y tenía un rostro de delicadas facciones que podía haber recordado al de Shelley[77] si no hubiera delimitado la línea del mentón con los flecos, un tanto exóticos, de una barbita. En cierto sentido, la barba le daba un aspecto algo afeminado, como si aquellos escasos pelos dorados le crecieran muy a duras penas.

Cuando entró el periodista, estaba hablando como de costumbre el famoso Jake. Horne había utilizado por casualidad y sin la menor intención la expresión «Dios no lo quiera», o algo por el estilo, y aquello fue suficiente para que de la boca de Jake saliera un torrente de irreverencias.

—¡No lo quiera Dios! Eso es lo único que hace por nosotros. Dios nunca hace otra cosa que prohibirnos esto y lo otro, y lo de más allá; nos prohíbe que vayamos a la huelga, y que luchemos, y que vayamos a pegarle un tiro a esos malditos usureros y chupasangres. ¿Y por qué no les prohíbe Dios a ellos

algo para variar? Ya podían atreverse un día vuestros condenados curas y pastores a cantarles las cuarenta a esos bestias. Me gustaría saber por qué su maravilloso Dios no…

Elias dejó escapar un ligero suspiro, como si estuviera algo cansado, y luego dijo:

—Los sacerdotes pertenecían, como ya dijo Marx, a la etapa feudal del desarrollo económico, y por tanto ya no tienen en realidad nada que ver con el problema. El papel que antaño desempeñaba el sacerdote, hoy lo desempeña el experto capitalista y…

—Efectivamente —le interrumpió el periodista, con su habitual gesto de irónica y desagradable imparcialidad—, y ya va siendo hora de que se enteren de que algunos lo desempeñan con gran maestría.

Y sin desclavar sus vivarachos ojos de los brillantes pero muertos ojos de Elias, le transmitió la amenaza de Stein.

—Estaba preparado para algo por el estilo —dijo el sonriente Elias sin alterarse—; aún más: estaba bastante preparado.

—¡Cochinos perros! —explotó Jake—. Si un pobre se atreviera a pronunciar semejantes palabras, lo mandaban a galeras. Pero estoy convencido de que éstos acaban en un sitio peor antes de lo que se creen. Si no van a parar al infierno, no sé dónde diablos irán a…

Horne hizo un ademán de protesta, quizás no tanto por lo que el hombre decía sino por lo que iba a decir, y Elias lo interrumpió con fría exactitud.

—No tiene ningún sentido —dijo mirando fijamente a Byrne a través de las gafas— que nos dediquemos a intercambiar amenazas con nuestros enemigos. Basta con que sus amenazas no surtan efecto en lo que a nosotros nos atañe. También nosotros hemos tomado nuestras medidas, y algunas no se conocerán hasta que se lleven a la práctica. Por lo que a nosotros respecta, una ruptura inmediata y un definitivo contraste de fuerzas encajan perfectamente con nuestros planes.

Mientras pronunciaba estas palabras con acento controlado y digno, algo en el aspecto de su amarillento rostro y sus enormes gafas hizo que un ligero estremecimiento recorriera la columna vertebral del periodista. Es posible que la feroz cara de Halket, cuando se le veía de perfil, tuviera una expresión hosca; pero cuando se le veía de frente, la ardiente rabia de sus ojos tenía un tono de ansiedad, como si el jeroglífico ético y económico le resultara demasiado difícil de resolver; en cuanto a Horne, parecía todavía más suspendido del hilo de la preocupación y la autocrítica. Pero este tercer hombre de gafas, que se expresaba con tanta sencillez y precisión, tenía algo

que resultaba sobrecogedor; era como si un muerto pudiera estar de sobremesa.

Cuando Byrne salió con su mensaje de desafío, y recorrió a la inversa el estrecho pasadizo a un lado de la tienda de ultramarinos, se encontró la otra punta bloqueada por una figura sorprendente, aunque sorprendentemente familiar: un personaje bajito y rechoncho, de aspecto la mar de pintoresco cuando se veía a contraluz, con su redonda cabeza y su gran sombrero de teja.

—¡Padre Brown! —exclamó atónito el periodista—. Me parece que se equivoca usted de puerta. No creo que tenga usted nada que ver con esta pequeña conspiración.

—La mía es una conspiración mucho más antigua que ésta —replicó el Padre Brown con una sonrisa—, pero desde luego tiene un gran alcance.

—Bueno —comentó Byrne—, no irá usted a pensar que alguno de los que están aquí puede encontrarse ni a mil millas a la redonda de los temas que a usted le preocupan.

—Nunca se sabe —replicó el sacerdote sin alterarse—; pero la verdad es que hay una persona aquí que está a dos dedos de esos temas.

Desapareció tras la oscura puerta y el periodista prosiguió su camino muy sorprendido. Pero todavía le causó más extrañeza un pequeño incidente que le ocurrió al entrar en el hotel para ir a comunicar lo sucedido a sus capitalistas clientes. Para llegar al saloncito repleto de flores y pájaros enjaulados en el que estaban encerrados aquellos avinagrados caballeros había que subir por unas escaleras de mármol, flanqueadas por ninfas y tritones adorados. Y por las escaleras bajaba a toda velocidad un activo joven de pelo negro y nariz respingona, que lucía una flor en el ojal y que se llevó a Byrne a un lado antes de que éste pudiera subir las escaleras.

—Oiga usted —le dijo en un susurro—, soy Potter…, el secretario del viejo Gid, ¿sabe usted?; mire, entre usted y yo, aquí se está tramando una muy gorda, ¿verdad?

—Llegué a la conclusión de que el Cíclope[78] tenía algo sobre el tapete —dijo Byrne muy cauteloso—. Pero recuerde siempre que, aunque el Cíclope es un gigante, no tiene más que un ojo. Me parece que el bolchevismo es…

Mientras pronunciaba estas palabras el secretario le escuchaba con un gesto de impasibilidad casi mongólica, a pesar de la ligereza de sus piernas y de su indumentaria. Pero en cuanto Byrne pronunció la palabra «bolchevismo», los chispeantes ojos del joven cambiaron de expresión y dijo rápidamente:

—Pero ¿qué tiene eso que ver…? Ah, ya, es eso lo que se está tramando; lo siento mucho, estaba equivocado. Dice uno sobre el tapete, y lo que quería decir es en el almirez.

Y con estas palabras, el extraordinario joven desapareció escaleras abajo y Byrne siguió escaleras arriba, cada vez más intrigado.

Se encontró con que el grupo de tres había pasado a ser de cuatro, pues se hallaba presente una persona de rostro enjuto y pelo ralo de color paja, que llevaba monóculo y era al parecer una especie de consejero del viejo Gallup, tal vez su abogado, aunque nunca se dijo concretamente que lo fuera. Se apellidaba Nares, y las preguntas que le hizo a Byrne se referían básicamente, por algún motivo, al número de personas que probablemente estarían implicadas en la organización revolucionaria. Como de este tema Byrne sabía poco, todavía dijo menos; así que al cabo de un rato los cuatro hombres se levantaron de sus butacas; el último en hablar fue el que había estado más tiempo callado.

—Muchas gracias, señor Byrne —dijo Stein plegando los quevedos—. Sólo queda por decir que todo está listo; sobre este punto, estoy completamente de acuerdo con el señor Elias. Mañana, antes del mediodía, la policía habrá detenido al señor Elias, según las pruebas que he de presentar, y esos tres por lo menos estarán en la cárcel antes de que caiga la noche. Bien sabe usted que he tratado de evitar esta medida. Señores, creo que no hay más que hablar.

Pero el señor Jacob P. Stein no presentó su declaración oficial al día siguiente, por un motivo que suele interrumpir las actividades de individuos tan activos como él. No lo hizo porque resulta que estaba muerto; y ninguno de los detalles del resto del programa se llevó a cabo, por una razón que Byrne pudo leer en enormes titulares cuando abrió el periódico a la mañana siguiente: «Triple Asesinato Terrorífico: Tres Millonarios Asesinados en una Sola Noche». En letras más pequeñas, aunque cuatro veces más grandes que el tipo normal, figuraban otras frases sensacionalistas que insistían sobre el rasgo peculiar de aquel enigma: el hecho de que los tres hombres hubieran sido asesinados, no sólo al mismo tiempo, sino en tres lugares distintos y muy alejados entre sí: Stein, en su lujosa y artística residencia en el campo, situada a unos ciento cincuenta kilómetros de la costa; Wise, junto a su pequeño bungalow a orillas del mar, en el que vivía alimentándose de la brisa marina y entregado a los placeres de una vida sencilla; y el viejo Gallup, en un bosquecillo que había justo fuera de la caseta del guarda de su gran mansión en la otra punta del país. En ninguno de los tres casos cabía duda alguna de

las escenas de violencia que habían precedido a la muerte, aunque el cuerpo de Gallup no llegó a encontrarse hasta el segundo día, en que dieron con él, colgado, enorme y horrible, entre las rotas ramas de los matorrales sobre los que se había ido a estrellar su cuerpo, como si fuera un bisonte desgarrado por los venablos; por su parte, a Wise lo habían tirado al mar desde el acantilado, no sin que antes hubiera hecho frente a su enemigo, pues se veían huellas de rasguños y pies hasta el mismísimo borde de la roca. Pero la primera señal de la tragedia fue ver su gran jipijapa de paja flotando a lo lejos sobre las olas, muy visible desde el acantilado. El cuerpo de Stein también había resultado difícil de descubrir, hasta que un tenue reguero de sangre condujo a los investigadores hasta unos baños que, al estilo de los antiguos baños romanos, el millonario se estaba construyendo en el jardín, pues era un hombre muy aficionado a los experimentos y también a las antigüedades.

Pensara lo que pensara, a Byrne no le queda más remedio que admitir que, tal y como estaban las cosas, no existían pruebas legales contra nadie. No bastaba con tener un motivo para cometer un crimen. Tampoco bastaba con tener una aptitud moral para ello. Y no podía concebir que aquel pálido pacifista, Henry Horne, pudiera descuartizar a un hombre con brutal violencia, aunque lograra imaginar que el blasfemo de Jake e incluso el despectivo judío fueran capaces de cualquier cosa. La policía, y el hombre que al parecer colaboraba con ésta (y que no era otro que el misterioso hombre del monóculo, que le habían presentado como señor Nares), se dieron cuenta de esta situación con tanta claridad como el periodista. Sabían que, de momento, si se juzgaba a los conspiradores bolchevistas, no se podría demostrar que eran culpables, y sería un fallo de lo más sensacional si los detenían y luego se probaba que eran inocentes. Nares comenzó a trabajar valiéndose de una ingeniosa sinceridad, llamándoles como si dijéramos a capítulo, invitándoles a un cónclave secreto y pidiéndoles que expresaran libremente su opinión por el bien de la humanidad. Empezó sus investigaciones en el escenario de la tragedia que tenían más próximo, es decir, el bungalow de la playa; y a Byrne le permitieron que presenciara tan curiosa representación, que era a la vez una pacífica conferencia de diplomáticos y una velada investigación judicial o interrogatorio de los sospechosos. Con gran sorpresa por parte de Byrne, la incongruente compañía que se sentó alrededor de la mesa en el bungalow de la playa incluía la rechoncha figura y la cabeza de mochuelo del Padre Brown, aunque no se dio cuenta de la relación que éste tenía con el caso hasta pasado un buen rato. La presencia del joven Potter, el secretario del muerto, parecía bastante natural,

aunque su comportamiento no lo fuera tanto. Él era el único que conocía el lugar donde se habían reunido, y era en un sentido un tanto siniestro su anfitrión, pero les sirvió de poca ayuda y les dio escasa información. Su redondo rostro de nariz respingona tenía una expresión más de contrariedad que de pena.

Como de costumbre, el más locuaz era Jake Halket; y no era de suponer que un hombre como él estuviera dispuesto a mantener la cortés ficción de que ni a él ni a sus amigos se les consideraba sospechosos. El joven Horne, con su estilo más refinado, trató de frenarlo cuando se puso a insultar a los hombres que habían sido asesinados; pero Jake estaba dispuesto en cualquier momento a vociferar contra sus amigos y contra sus enemigos. En medio de un chorro de blasfemias, salió de lo más hondo de su alma una esquela muy poco oficial del difunto Gideon Wise. Elias estaba sentado completamente inmóvil, y al parecer sumido en la más profunda indiferencia tras las gafas que enmascaraban sus ojos.

—Supongo que no sirve de nada que le diga que sus observaciones son una vergüenza —dijo Nares fríamente—. Lo mismo surte efecto que le diga que son una imprudencia. Está usted prácticamente admitiendo que odiaba al muerto.

—¿Y qué? ¿O es que me va usted a meter en chirona por eso? —se mofó el demagogo—. Pues nada, ya pueden ir construyendo una cárcel con capacidad para un millón de personas, si es que piensan encerrar a toda la pobre gente que tenía motivos para odiar a Gid Wise. Y usted sabe tan bien como yo que esto es una verdad como un templo.

Nares guardó silencio; y nadie pronunció una palabra hasta que Elias intervino con su clara aunque ligeramente ceceante dicción, y dijo:

—Me parece que esta discusión no es nada provechosa para ninguna de las dos partes. Nos han citado ustedes aquí, bien para obtener información de nosotros, bien para someternos a interrogatorio. Si confían en nosotros, habrán de creernos cuando les decimos que no tenemos información. Si no se fían de nosotros, será mejor que nos digan de qué nos acusan, o hagan el favor de seguir las pesquisas por su cuenta y riesgo. Nadie ha podido demostrar ni la más mínima prueba que pueda relacionar a ninguno de nosotros ni con estas tragedias ni con el asesinato de Julio César[79]. Ni se atreven ustedes a detenernos, ni tienen confianza en nosotros, así que no tiene sentido que nos quedemos aquí.

Y se puso en pie, y procedió a abrocharse con toda la calma el abrigo, y sus amigos siguieron su ejemplo. Mientras se dirigían a la puerta, el joven

Horne se volvió, miró a los investigadores durante un momento con su pálido y fanático rostro, y luego dijo:

—Han de saber ustedes que estuve encerrado en un sucio calabozo durante toda la guerra porque me negué a matar a un hombre.

Tras estas palabras, se fueron, y los componentes del grupo que se quedaron se miraron unos a otros con gesto sombrío.

—Me parece a mí —dijo el Padre Brown— que no hemos salido victoriosos a pesar de la retirada.

—Me da todo igual, menos que me chulee ese matón blasfemo de Halket —dijo Nares—. Horne es un caballero, a pesar de todo. Pero digan lo que digan, estoy absolutamente convencido de que saben algo; todos ellos están implicados, o por lo menos la mayoría lo está. Pero si casi llegaron a admitirlo… Se limitaron a mofarse de nosotros porque no podíamos probar que teníamos razón, pero no se preocuparon de demostrar que no la teníamos. ¿A usted qué le parece, Padre Brown?

La persona a quien iban dirigidas estas palabras clavó en Nares una mirada que resultaba casi desconcertantemente dulce y pensativa, y luego dijo:

—Es muy cierto que tengo la impresión de que una persona en particular sabe bastante más de lo que nos ha contado. Pero creo que es mejor que, de momento, no diga su nombre.

Nares dejó caer el monóculo y miró fijamente a su interlocutor.

—Hasta ahora, los trámites no son oficiales —le dijo—. Supongo que se da usted cuenta de que, más adelante, si oculta usted alguna información, su postura puede resultarle muy comprometida.

—Mi postura es muy sencilla —replicó el sacerdote—. Estoy aquí para velar por los legítimos intereses de mi amigo Halket. Creo que obro en su interés si, en las circunstancias actuales, les digo a ustedes que me parece que no ha de tardar en romper sus lazos con esa organización y dejar de ser socialista, en ese sentido. Tengo justificadas razones para creer que acabará convirtiéndose al catolicismo.

—¡Halket! —estalló el otro en tono de incredulidad—. ¡Pero si se pasa el día maldiciendo a los curas!

—Me parece que no comprende usted muy bien a ese tipo de persona —le dijo el Padre Brown con dulzura—. Maldice a los curas porque (según él) los curas no se atreven a enfrentarse al mundo exigiendo justicia. ¿Y cómo iba a esperar que se enfrentaran al mundo exigiendo justicia, a menos que hubiera aceptado de antemano que eran… lo que son? Pero no hemos venido aquí a

hablar de la psicología de la conversión. Sólo les mencionó el tema porque pensé que ello les facilitaría el trabajo…, tal vez así se reduzcan las pistas que han de seguir ustedes.

—En ese caso, me gustaría que se redujeran hasta quedar sólo la que conduce a ese bribón carilargo de Elias…, y no me extrañaría que así fuera, porque en la vida he visto un tipo más enigmático, flemático y despectivo que ése.

El Padre Brown suspiró y dijo:

—Siempre me recordaba al pobre Stein; incluso creo que eran algo parientes.

—Bueno, bueno —empezó a decir Nares.

Pero sus palabras de protesta se cortaron en seco cuando la puerta se abrió de repente y en ella volvió a aparecer la larga figura desgalichada y el pálido rostro del joven Horne; pero daba la impresión de que aquella palidez no era la suya natural, sino que se salía de lo común.

—Anda —exclamó Nares poniéndose de nuevo el monóculo—, ¿cómo es que ha vuelto usted?

Horne cruzó la habitación con paso vacilante, sin decir ni una palabra, y se dejó caer pesadamente en una butaca. Luego dijo, como medio aturdido:

—No sé dónde están los otros…, me perdí. Pensé que era mejor volver aquí.

Estaban todavía sobre la mesa los restos de algunas bebidas que se habían servido aquella tarde, y Henry Horne, el defensor a ultranza de la Ley Seca, se sirvió una copa hasta arriba de coñac y se la bebió de un trago.

—Parece que le ha pasado a usted algún percance —comentó el Padre Brown.

Horne se llevó las manos a la frente y dijo como protegiéndose con ellas, y en voz baja, como si sólo quisiera que le oyera el sacerdote:

—Será mejor que se lo diga. Acabo de ver un fantasma.

—¡Un fantasma! —repitió atónito Nares—. El fantasma ¿de quién?

—El fantasma de Gideon Wise, el dueño de esta casa —repitió Horne con tono algo más firme—, de pie sobre el abismo en el que se hundió.

—¡Tonterías! —exclamó Nares—. Nadie con dos dedos de frente cree en los fantasmas.

—Eso no es del todo cierto —dijo el Padre Brown esbozando una ligera sonrisa—. Tenemos tantas pruebas de la existencia de muchos fantasmas como las tenemos de la mayoría de los crímenes.

—Bueno, pues mi trabajo consiste en perseguir a los criminales —dijo Nares con cierta brusquedad—, así que dejaré a otros la tarea de huir de los fantasmas. Si a alguno de ustedes, a estas horas del día, se le ocurre tener miedo de los fantasmas, allá él.

—No dije que me asustaran los fantasmas, aunque no descarto la posibilidad de que lleguen a asustarme —dijo el Padre Brown—. Nunca sabe uno cómo va a reaccionar hasta que llega el momento. Dije que creía en ellos, al menos hasta el punto de querer tener más detalles de éste. ¿Qué es exactamente lo que vio usted, señor Horne?

—Estaba allí, al borde de aquellas blandas rocas calizas; ya sabe usted que hay una especie de grieta o sima más o menos en el lugar de donde lo tiraron. Los otros se habían adelantado, y yo iba cruzando el brezal en dirección al sendero que recorre el acantilado. Muchas veces he recorrido ese camino, porque me gustaba ver las olas estrellándose contra el acantilado. Pero hoy no pensaba en ello, aunque me extrañó que hubiera tanto oleaje en una noche tan clara de luna. Podía ver las pálidas crestas de las olas que aparecían y desaparecían al tiempo que las olas venían a romper contra las rocas. Durante tres veces vi el rápido resplandor de la espuma iluminada por la luna y luego divisé algo inescrutable. El cuarto resplandor de espuma plateada se quedó detenido en el cielo. No volvió a caer; aguardé con enajenada tensión a que volviera a descender. Me figuré que me había vuelto loco, y que el tiempo para mí se había quedado misteriosamente detenido o prolongado. Luego fui acercándome y entonces me parece que grité a voz en cuello. Porque aquella espuma suspendida, como copos de nieve que no llegaran a caer, había adoptado la forma de una figura y una cara, tan blanca como la deslumbrante lepra de la leyenda, y tan amenazadora como un rayo paralizado.

—¿Y dice usted que era Gideon Wise?

Horne asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra más. Se produjo un silencio que se vio quebrado por el ruido que hizo Nares al ponerse bruscamente en pie; tan bruscamente que tiró una silla al levantarse.

—Bah, todo esto no son más que tonterías —dijo—, pero más vale que vayamos hasta allá.

—Yo no voy —dijo Horne con inesperada violencia—. En la vida volveré a recorrer ese sendero.

—Creo que es mejor que todos recorramos ese sendero esta noche —dijo el sacerdote muy serio—; aunque he de reconocer que siempre ha sido un sendero muy peligroso… para más de uno.

—Yo no voy…, por Dios, déjenme en paz —gritó Horne.

Sus ojos empezaron a girar de una forma muy rara. Se había puesto en pie como todos los demás, pero no hizo ningún movimiento para dirigirse hacia la puerta.

—Señor Horne —dijo Nares muy serio—, soy agente de policía, y esta casa, como probablemente habrá comprobado, está rodeada de policías. He tratado de descubrir los hechos por las buenas, pero tengo que investigar todas las posibilidades, aunque éstas sean tan absurdas como un fantasma. Es mi obligación pedirle que me lleve al lugar que acaba de mencionar.

Se produjo otro silencio, mientras Horne, en pie, oscilaba y jadeaba dando muestras de un indescriptible terror. De repente, volvió a sentarse en la butaca y dijo en un tono completamente nuevo y más contenido:

—No puedo. Mejor será que le diga en seguida por qué. Tarde o temprano acabará por enterarse. Yo lo maté.

Durante un segundo se produjo un silencio mortal, como el de una casa destruida por un rayo y llena de cadáveres. Luego se oyó la voz del Padre Brown, que en aquel terrible silencio sonaba extrañamente débil, como el chillido de un ratón:

—¿Le mató usted deliberadamente?

—¿Hay alguien capaz de contestar a esa pregunta? —dijo el hombre que estaba sentado en la butaca, mordisqueándose pensativamente un dedo—. Supongo que me trastorné. Ya sé que era un ser intolerable e insolente. Yo estaba en su finca, y me parece que me pegó; el caso es que nos enzarzamos en una pelea y se cayó por el acantilado. Hasta que no me encontré lejos de aquel lugar, no me di cuenta de que había cometido un crimen que me separaba definitivamente del resto de la humanidad; el estigma de Caín palpitaba en mi sien y en lo más hondo de mi cerebro; por primera vez me di cuenta de que verdaderamente había matado a un hombre. Sabía que, un día u otro, me vería obligado a confesarlo.

Se sentó muy tieso en la butaca y añadió:

—Pero no diré nada contra nadie. No me pregunten nada ni de conspiraciones ni de cómplices… No diré nada.

—Teniendo en cuenta los otros asesinatos —dijo Nares—, me cuesta trabajo creer que la pelea fuera tan impremeditada. ¿No será que fue allí cumpliendo órdenes de alguien?

—No diré nada contra nadie que haya trabajado conmigo —dijo Horne muy orgulloso—. Soy un asesino, pero no un traidor.

Nares dio unos pasos y se colocó entre el hombre y la puerta; luego, en tono oficial, se dirigió a alguien que se encontraba fuera de la casa:

—De todos modos, iremos hasta allá —añadió en voz baja dirigiéndose al secretario—; pero a este hombre hay que llevarlo a comisaría.

Todos ellos tuvieron la sensación de que salir a la caza de un fantasma por un acantilado iba a resultar de lo más decepcionante, tras haber oído la confesión del asesino. Pero Nares, a pesar de ser el más escéptico de todos, pensaba que tenía la obligación de no dejar piedra sin remover; o mejor dicho, de no dejar sepultura sin remover. Y después de todo, aquella roca medio desmoronada era como la losa de la sepultura marina del pobre Gideon Wise. Nares cerró la puerta con llave, pues fue el último en salir de la casa, y echó a andar detrás de los demás a través del brezal en dirección al acantilado; se quedó muy sorprendido cuando vio que el joven Potter, el secretario, volvía a toda prisa a su encuentro; su cara, iluminada por la luz de la luna, resultaba tan blanca como ésta.

—Dios mío, fíjese —le dijo, abriendo por primera vez la boca aquella noche—, es verdad que se ve algo allá lejos. Es…, es igualito que él.

—Pero, bueno, se ha vuelto usted loco —dijo jadeando el detective—. Todo el mundo está chiflado.

—Oiga, ¿se cree usted que no lo voy a reconocer si lo veo? —gritó el secretario con singular amargura—. Buenas razones tengo para ello.

—A ver si es usted uno de esos que tenía buenas razones para odiarle, como dijo Halket —dijo el detective en tono cortante.

—Puede que sí —replicó el secretario—; pero el caso es que le digo a usted que está allí de pie, todo tieso y mirándonos a la luz de esta maldita luna.

Y señaló con el dedo la hendidura del acantilado, en la que se veía algo que podía ser un rayo de luna o la espuma de una ola, pero que rápidamente adquiría un aspecto más sólido. El grupo se había acercado unos cien metros, y aquello permanecía inmóvil, como una estatua de plata.

El propio Nares se había puesto algo pálido y daba la impresión de que no sabía qué hacer. Potter estaba visiblemente mucho más asustado que Horne; e incluso Byrne, que era un avezado periodista, no parecía muy dispuesto a seguir avanzado. Así se quedó bastante sorprendido cuando vio que el único hombre que no parecía asustarse en presencia de un fantasma era el que había admitido abiertamente que lo mismo se asustaba si veía uno. Y es que el Padre Brown seguía caminando sin inmutarse, con sus habituales andares renqueantes, como si fuera a consultar un tablón de anuncios.

—Pues no parece usted muy preocupado —le dijo Byrne al sacerdote—; y eso que creo recordar que era usted el único que creía en los fantasmas.

—Pues ahora que lo dice, yo también creo recordar que era usted el único que no creía en ellos —replicó el Padre Brown—. Ahora que una cosa es creer en fantasmas, y otra, creer en un determinado fantasma.

Byrne parecía bastante avergonzado y miró casi a hurtadillas hacia el quebrado acantilado iluminado por la fría luz de la luna, por el que vagaba aquella aparición o aquel delirio, y luego dijo:

—No creía en ellos hasta que he visto a éste.

—Pues yo creía en ellos hasta que he visto a éste —replicó el Padre Brown.

El periodista se le quedó mirando mientras seguía caminando por aquel páramo que subía hasta el hendido promontorio como la ladera de una colina cortada en dos. A la luz de la descolorida luna, la hierba parecía una melena gris alisada por el viento y apuntaba hacia el lugar en el que la roca desgajada dejaba ver pálidos destellos calizos entre la turba verdigris y en el que se erguía la pálida figura o la reluciente sombra que nadie acertaba a identificar. Y, sin embargo, aquella pálida figura dominaba un desolado paisaje en el que no se veía otra cosa que la espalda, cuadrada y negra, y la decidida silueta del sacerdote que avanzaba solo hacia ella. Luego el prisionero Horne se liberó violentamente de los que lo llevaban cautivo, lanzó un grito desgarrador, echó a correr adelantando al sacerdote y cayó de rodillas ante el espectro.

—Ya lo he confesado —le oyeron gritar entre sollozos—. ¿Por qué has vuelto a decirles que te maté yo?

—He vuelto para decirles que no me mataste —dijo el fantasma, extendiendo una mano hacia él.

Entonces el hombre arrodillado se puso en pie de golpe y lanzó un nuevo grito, pero en tono muy diferente; y todos comprendieron que aquella mano era de carne y hueso.

Se libró de la muerte por los pelos, y en los últimos tiempos jamás se había oído hablar de un caso parecido, comentaban el avezado detective y el no menos avezado periodista. Sin embargo, y en cierto sentido, había sido un caso muy sencillo. Continuamente se desprendían del promontorio fragmentos de roca y algunos de éstos se habían ido depositando en la hendidura, formando una especie de saliente o repisa en lo que tenía que haber sido una sima que se hundía o repisa en lo que tenía que haber sido una sima que se hundía en las tenebrosas aguas. El viejo, que era un viejo muy fuerte y resistente, había caído a este saliente en la parte inferior de la roca y

se había pasado veinticuatro horas tratando desesperadamente de trepar por los peñascos que continuamente se desmoronaban bajo sus pies; pero al cabo se llegó a formar con estos restos una especie de escalerilla liberadora.



Tal vez esto fuera la explicación de la ilusión óptica sufrida por Horne cuando dijo que había una ola blanca que aparecía y desaparecía y luego se quedó. En cualquier caso, allí estaba Gideon Wise, en carne y hueso, con su pelo blanco y su polvoriento traje blanco de campesino, y sus bruscos ademanes de campesino, que en esta ocasión eran, sin embargo, mucho menos bruscos que de costumbre. Tal vez sería buena cosa que los millonarios se pasaran veinticuatro horas sobre el saliente de una roca a dos pasos de la eternidad. El caso es que, además de alegar que el acusado no había obrado con malicia, dio una versión de los hechos que modificó notablemente el crimen. Declaró que Horne no le había tirado al mar, sino que la roca había cedido bajo sus pies, y que Horne incluso había tratado de salvarle.

—Sobre aquel providencial trocito de roca —dijo solemnemente—, prometí al Señor que perdonaría a mis enemigos; y el Señor pensaría que obro con mezquindad si no fuera capaz de perdonar un accidente tan insignificante como ése.

Naturalmente, Horne tuvo que marchar escoltado por la policía, pero el detective no le ocultó que su detención sería con toda certeza muy breve y el castigo, caso que lo hubiera, insignificante. No hay muchos asesinos que puedan contar con el testimonio del asesinado que declare en su favor.

—Es un caso la mar de raro —comentó Byrne mientras el detective y los demás se alejaban apresuradamente por el sendero del acantilado en dirección a la ciudad.

—Sí que lo es —asintió el Padre Brown—. Aunque no sea asunto nuestro, me gustaría que se quedara un ratito conmigo para cambiar impresiones.

Se produjo un silencio, y luego Byrne, accediendo a lo que le pedía, dijo de repente:

—Supongo que estaba usted pensando en Horne cuando dijo que había alguien que no decía todo lo que sabía.

—Cuando dije eso —replicó su amigo— estaba pensando en el silenciosísimo señor Potter, el secretario del ex finado o (mejor sería decir) lamentado señor Gideon Wise.

—La verdad es que la única vez que Potter me dirigió la palabra me pareció que estaba chiflado —dijo Byrne mirándole fijamente—, pero nunca pensé que fuera un criminal. Dijo no sé qué de que todo estaba relacionado con un almirez.

—Sí, ya me parecía que sabía algo del tema —dijo el Padre Brown muy pensativo—. Nunca dije que tuviera nada que ver con ello… Supongo que el

viejo Wise es lo suficientemente fuerte como para haber podido salir de ese abismo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó atónito el periodista—. Claro que ha salido de ese abismo, porque lo hemos visto.

El sacerdote no le contestó sino que le preguntó a bocajarro:

—¿Qué le parece a usted Horne?

—Bueno, no creo que se pueda decir exactamente que es un asesino —respondió Byrne—. No se parece para nada a ninguno de los criminales que be conocido, y eso que he conocido a unos cuantos. Y Nares, por supuesto, a muchísimos más. La verdad es que no creo que ninguno de nosotros estuviéramos convencidos de que es un asesino.

—La verdad es que yo no me creí nada de lo que decía —dijo el sacerdote en tono sosegado—. Es posible que usted sepa más que yo de criminales. Pero hay otra clase de personas de las que seguramente sé yo mucho más que usted, y más que Nares, la verdad. Los conozco muy bien y conozco sus truquitos.

—¿Otra clase de personas? —repitió Byrne muy intrigado—. ¿A qué clase de personas se refiere?

—A los arrepentidos —dijo el Padre Brown.

—No le entiendo —objetó Byrne—. ¿Me está usted diciendo que no cree en su crimen?

—Lo que no creo es en su confesión —replicó el Padre Brown—. He oído un montón de confesiones, y le aseguro que las auténticas nunca tienen ese tono. La suya era una confesión romántica, novelera. Recuerde lo que decía de la estirpe de Caín, eso se lo ha sacado de un libro. No es lo que se le ocurriría a una persona que hubiera hecho algo que hasta ese momento le hubiera parecido un crimen espantoso. Supongamos que es usted un honrado empleado o chico de los recados que un día descubre horrorizado que ha sido capaz de robar un dinero. ¿Cree usted que inmediatamente se le iba a ocurrir pensar que había actuado del mismo modo que Barrabás? Supongamos que, en un momento de ira, mata usted a un niño. ¿Se pondría usted a repasar la historia hasta llegar a identificar su acto con el de un poderoso idumeo que se llamaba Herodes[80]? Créame usted, nuestros propios crímenes son demasiado íntimos y prosaicos como para que, nada más cometidos, se nos ocurra pensar en paralelos históricos, por muy adecuados que éstos puedan ser. ¿Y por qué insistió en decir que no iba a delatar a sus colegas? Sólo con decirlo ya los estaba delatando; y eso que, hasta ese momento, nadie le había pedido que delatara a nadie. No, no creo que fuera sincero, y no le habría dado la

absolución. Pues estábamos apañados si hubiera que absolver a la gente de lo que no ha hecho.

El Padre Brown empezó a dar vueltas como una peonza, y de repente cogió a su amigo por el abrigo con inesperada e inexplicable agitación.

—Ya lo tengo —gritó recalcando mucho las palabras—. ¡Nos la han dado con queso! No hay quien le meta mano. Claro que está fuera. Por eso es la clave de todo este embrollo.

—Ay, por favor —dijo Byrne con un hilito de voz.

—Nada, lo que le digo —insistió el curita—; está en el ajo porque lo dejaban fuera. Y con eso queda todo explicado.

—Ya lo creo —dijo el periodista muy amoscado—; está todo explicadísimo.

Se quedaron un rato contemplando el mar en silencio, y luego el Padre Brown dijo con gran animación:

—Y así se explica lo del almirez. En donde todos ustedes se equivocaron desde el primer momento en este asunto es en lo mismo que se equivocan muchos periodistas y políticos. Porque piensan que en nuestra época lo único que hay que combatir es el bolchevismo. Esta historia no tiene absolutamente nada que ver con el bolchevismo; excepto que se utilizó como cortina de humo.

—Pues yo no lo entiendo así —protestó Byrne—. Ahí están los tres millonarios de este asunto asesinados.

—¡No! —exclamó el sacerdote con voz sonora y aguda—. Nada de eso. Ahí está el detalle. No hay tres millonarios asesinados. Hay dos millonarios asesinados, y el tercero está vivito y coleando, y dispuesto a seguir coleando de lo lindo. Y además, el tercer millonario se encuentra libre para siempre de la amenaza que le hicieron delante de las mismísimas narices de usted; eso sí, en términos la mar de finos, durante la conversación que, según contó usted, tuvo lugar en el hotel. Gallup y Stein amenazaron al otro mercachifle más tradicional e independiente con que, si no accedía a unirse a ellos, se lo machacaban… Así se explica lo del almirez.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—No cabe duda de que en nuestros días existe un movimiento bolchevista, y hay que hacerle frente, aunque yo no estoy muy convencido de que los métodos que utilizan ustedes para ello sean los más adecuados. Pero nadie se da cuenta de que existe otro movimiento, también muy moderno y muy revolucionario: me refiero a ese gran movimiento hacia la monopolización, es decir, hacia la transformación de todas las empresas en

trusts. Eso es también una revolución y sus efectos son iguales a los de cualquier otra revolución. La gente se mata por defender una cosa o por echar abajo otra, como lo hacen por defender o por destruir el bolchevismo. Tiene también sus ultimátums y sus invasiones y sus ejecuciones. Los magnates de los trusts tienen sus propias cortes, como los reyes, y sus propios guardaespaldas y matones, y sus espías en el campo enemigo. Horne era uno de los espías de Gideon destacado en uno de los campos enemigos; pero en este caso lo utilizó contra otros enemigos: los rivales que lo estaban arruinando porque no se unía a ellos.

—No entiendo cómo lo utilizó —dijo Byrne—, ni qué sacó de ello.

—¿No se da usted cuenta —gritó el Padre Brown algo impaciente— de que se estaban dando mutuamente una coartada?

Byrne le siguió mirando, todavía algo dudoso, aunque su rostro daba muestras de que empezaba a verlo claro.

—A eso es a lo que me refiero —continuó su interlocutor— cuando le digo que estaban en el ajo porque quedaban eliminados. La mayoría de la gente pensaría que no tenían nada que ver con los otros dos crímenes porque estaban implicados en éste. Y lo cierto es que estaban implicados en los otros dos, porque no estaban metidos en éste; mejor dicho, porque éste no llegó a ser un crimen. Por supuesto que es una coartada la mar de rebuscada e improbable; y en tanto que improbable, impenetrable. La mayoría de la gente pensará que un hombre que confiesa un crimen debe ser sincero, y que un hombre que perdona a su asesino debe ser sincero. A nadie se le pasaría por la cabeza que nunca hubo tal crimen y que ni el uno tenía nada que perdonar, ni el otro nada que temer. Tramaron una historia que los comprometía para que pareciera que habían estado aquí aquella noche, pero no estuvieron aquí. Horne fue a matar al viejo Gallup en el bosque, mientras Wise estrangulaba al judío en el baño romano. Por eso me pregunto si Wise era tan fuerte como para resistir la aventura de subir trepando por las rocas.

—La aventura desde luego estaba muy bien pensada —dijo Byrne como si lo lamentara—. Iba muy bien con el paisaje y resultaba de lo más convincente.

—Demasiado convincente para que fuera verdad —dijo el Padre Brown meneando la cabeza—. Qué vivida resultaba aquella espuma iluminada por la luna que subía por el aire y se convertía en un fantasma. ¡Y qué literaria! Horne es un indeseable y un canalla, pero no se olvide que, como tantos indeseables y canallas que en el mundo ha habido, es además un poeta.

Apéndice

La época

Cuenta una célebre anécdota que, al morir la reina Victoria de Inglaterra, se anunció en todo el Imperio: «¡Caballeros, ya podemos fumar!» Habían sido muchos años —sesenta y cuatro— y el peso de la Primera Dama fue tan notable que, si bien la anécdota (como casi todas) puede ser falsa, merece haber sido real.

Poco más que ese chiste podemos añadir a las reseñas sobre la Era *Victoriana* que han aparecido en tantas ediciones de «Tus Libros». Chesterton cabalgó entre el final de ese largo reinado y los cuatro monarcas que siguieron a Victoria. Transcribimos el texto que publicamos en el Apéndice para las aventuras inmediatamente anteriores del Padre Brown**[81]**.

Etapa postvictoriana

G. K. Chesterton nació en Londres en 1874. Murió sesenta y dos años después. Su juventud pertenece, pues, a los últimos años de la dilatada época victoriana; su madurez y primera vejez (no llegó, propiamente, a ser un anciano) vieron diferentes crisis de partidos y gobiernos con varios monarcas sucesores de la longeva reina Victoria: Eduardo VII, Jorge V, el brevísimo Eduardo VIII (el famoso duque de Windsor que abdicó por amor) y Jorge VI, que accedió al trono el año que terminaba la vida de nuestro G. K.

En esta segunda etapa, la que podríamos llamar postvictoriana, Chesterton vivió, pues, diferentes crisis políticas internas, entre ellas el recrudecimiento de la cuestión irlandesa, hoy sin resolver, y nada menos que una guerra mundial: la primera, de 1914 a 1918.

Entreguerras

El período siguiente de la historia occidental se llama ya en los libros «época de entreguerras». O sea, nuestro autor, si no llegó a la segunda, vivió de lleno una tensión post y prebélica, en la cual tuvieron protagonismo ciertos cambios en el mapa europeo, y las convulsiones sociales que cada país considerase características, pero que marcan, en general, el cambio en la Europa de entonces. Asunto también hoy todavía sin resolver.

En Inglaterra las huelgas fueron muy importantes y marcarían la evolución dramática de las clases sociales que caracterizan a ese período de dos décadas: la de los veinte y la de los años 30. Los restos más o menos melancólicos del victorianismo, machacados por una guerra, y la implantación de la nueva Europa, al borde de la guerra siguiente.

La tradición y lo nuevo

Ideológicamente, son los años del comunismo y de los primeros brotes de los socialismos europeos, a los que no pudo sustraerse la vieja Inglaterra, por muy aislada que pretendiera seguir en su ancestral retraimiento insular. Los ingleses, además (Chesterton entre ellos, ya lo contaremos), gustaban ya de viajar. Aunque nuestro inglés, el que protagoniza este trabajo nuestro de aproximación, fuera crítico en toda su vida y obra con la Inglaterra que se debatía entre estas dos épocas, él también se debatió entre la tradición y lo recién llegado. Siempre pretendió ser comprensivo, y los comunistas, por ejemplo, tan lejos de su ideología, o los que el *stablishment* consideraría malos, no son los culpables de sus relatos detectivescos, aunque se sospeche de ellos. Pero la parte victoriana *tira* mucho, aunque no para G. K. en su aspecto puritano y reprimido. Chesterton amaba a Dickens y a Stevenson, que fueron fustigadores de aquella sociedad, o se marginaron de ella. Amaba la tradición, en el mejor de los sentidos: el paisaje, las bellas casas antiguas y los viejos buenos sentimientos, a la manera de Mr. Pickwick y de su propio padre, que tenía algunas cosas en común con el personaje de Dickens. Pero temía que alguna parte del *Progreso* dañase irremediablemente sectores frágiles e irreemplazables de la *tradición*. A muchos escritores *reaccionarios* les ha pasado lo mismo. Algunos de los más sensibles incluso han tenido razón.

Otros escritores

Otros escritores postvictorianos que compartieron esta época de entreguerras con G. K. fueron el solemne Thomas Hardy[82], que cincelaba sus novelas con la fuerza con que trabajó también la piedra, oficio y afición que heredó de su padre; Joseph Conrad[83], el misterioso poeta del mar y el destino humano; Arthur Conan Doyle[84], cuyo héroe Sherlock Holmes hubiera sido rebatido por el Padre Brown, que ridiculiza el racionalismo deductivo con la admisión de la casualidad y del sentido común; James M. Barrie[85], el pequeño creador de un héroe de su estatura: *Peter Pan*, y Kipling[86], el hombre de las tierras vírgenes. Y Galsworthy[87], el concienzudo inventor de la familia Forsyte. No debemos olvidar a *Saki*[88], autor de algunos de los cuentos más divertidos o más estremecedores de su época. Y citemos a las exquisitas Virginia Woolf y

Katherine Mansfield[89]. Y al excelente Evelyn Waugh[90], no menos dickensiano que el propio Chesterton. Viajeros como W. Somerset Maugham[91], polemistas y dramaturgos como George Bernard Shaw[92], amigo-enemigo de G. K., cuyas discusiones públicas fueron famosas en la época… La lista podría seguir sin bajar demasiado el nivel. Pero debemos ir a G. K., que es el nuestro. Bastan los ejemplos reseñados para demostrar que Inglaterra no había perdido con los nuevos tiempos su excelente capacidad de producir magníficos escritores.

El autor

También aquí recurrimos a textos que escribió para *La sabiduría del Padre Brown el* mismo autor de este Apéndice:

Un caballero gordo

G. K., como le llamaba su familia, G. K. Chesterton, era un caballero gordo de aire bondadoso con falsos aditamentos feroces: grandes bigotazos y cabellera de león. O quizá —imitando las paradojas verbales que él tanto usaba— de aire feroz con falsos aditamentos bondadosos: Lentes de abuelo, sombrero de disfraz medieval y sonrisa de duende. Escribió algunos libros de filosóficas aventuras o de aventuradas y aventureras filosofías. Este libro, concretamente, es el segundo (en esta edición ya se trata, por supuesto, del tercero) de su más famoso protagonista. Un detective francamente poco habitual, aunque las muchas ediciones y algunos rostros cinematográficos y televisivos le hayan convertido en un personaje popular del siglo XX. De los actores que interpretaron al Padre Brown para la pantalla —Kenneth More y Heinz Rühmann entre otros— es sin duda Alec Guinness el más célebre hasta la fecha.

La admiración de Borges

G. K. Chesterton fue muy conocido en España durante su vida, antes de nuestra guerra civil, cuando la liberalidad de pensamiento no discriminaba a los católicos. Luego, en nuestra postguerra, fue muy traducido por otras razones nada liberales: Entonces, la apertura intelectual se ejercía con algunos autores *especialmente por ser católicos*. En los últimos años de amplia permisividad y ninguna censura ideológica, se ha decretado a Chesterton pasado de moda. Sin duda, por ser católico y un tanto reaccionario. Esperamos que el tiempo coloque las cosas en su justo lugar: el de G. K. es el de un escritor tan personal e inteligente como para merecer la atención sin atender a parciales simpatías o fobias ideológicas. Como Jorge Luis Borges, por ejemplo, que fue gran admirador suyo y que tanto hizo por rescatarlo del olvido o el anatema

intelectual. Dijo Borges sobre G. K.: «… los católicos exaltan a Chesterton, los librepensadores lo niegan. Como todo escritor que profesa un credo, Chesterton es juzgado por él, es reprobado o aclamado por él. Su caso es parecido al de Kipling, a quien siempre lo juzgan en función del Imperio Británico… (pero)… Chesterton es de aquellos venturosos que pueden prescindir de la aprobación de la crítica y aún, a veces, de la aprobación del lector, pues el agrado que nos proporciona su trato es irresistible y constante.»

Gilber Keith Chesterton nació, dijimos, en Londres en 1874. Su padre era agente inmobiliario. G. K. se educó en la religión anglicana, estudió en la Slade School of Art y la pintura fue su primera gran afición.

Periodismo y bautizo

Durante sus primeros años profesionales estuvo dedicado al periodismo. Nunca abandonaría este oficio y algunos piensan que en él desarrolló su trabajo más brillante. En la literatura comenzó como poeta, *The wild and knight* (1900), y su primera novela, cuatro años después, fue *The Napoleon of Notting Hill*, una parábola social en tono satírico. Se convirtió al catolicismo en 1922, cuando ya lo había defendido en novelas, artículos, conferencias y ensayos desde mucho antes. Le bautizó su amigo el Padre O'Connor, modelo del P. Brown. Conviene subrayar que, sin olvidar el innegable lado conservador de su pensamiento, ser católico militante en Inglaterra era entonces casi una forma de rebeldía. Paradoja intrínseca a la personalidad de Chesterton, que hizo de la contradicción un juego filosófico tanto de estilo literario como de vida.

Chesterton murió en 1936, el año en que su país —como otros más— decidió que la guerra española era *un asunto interno* en el que no se debía intervenir. Poco antes había él viajado a España, y habla de ello en el volumen de su *Autobiografía*, que se publicó inmediatamente después de su muerte[93].

Su peculiar autobiografía

Sobre esta *Autobiografía*, que apareció póstumamente, puede uno pensar que quizá no fuera la redacción definitiva. Un empeño tal, llamado tan solemnemente, compromete aparentemente a un mayor rigor cronológico e informativo. Puede que se aprovechase editorialmente un proyecto. Chesterton repasa en ella personas y personajes, evoca recuerdos, hace metáforas de algunos sucesos, pinta de misterio y encanto sus propios sentimientos… Nos cuenta pocas cosas y sin dar una fecha, pero lo hace extensamente y de forma tan caprichosa como poética. No son unas memorias rigurosas, pero no hay muchas razones, de todas formas, conociendo a su autor y protagonista, para

dudar de que ésta fuese la que él consideraba su *Autobiografía*, aunque parezca un cuento de hadas, a ratos una conferencia o, en ocasiones, una leve disquisición filosófica. A G. K. siempre le gustó llevar la contraria, y si este libro no corresponde al modelo habitual del género, no está tan lejos de lo que podría esperarse de él.

Algunas cosas, no todas

Leyéndola nos enteramos de algunas cosas, en cualquier caso: Sabemos que «el capitán Chesterton», uno de sus antepasados, se hizo célebre como reformador de prisiones, que era amigo de Dickens y tenía algo de personaje de Dickens. Claro que —dice textualmente— «había muchos personajes de Dickens en tiempos de Dickens». Incluso los hubo después, porque G. K. nos confiesa que su padre —entrañable personaje llamado «mister» por sus amigos— «podía haber recordado mucho a Mr. Pickwick, a no ser porque siempre usó barba y no fue calvo nunca».

El jardín de la infancia

Nos enteramos, también, en esta singular *Autobiografía*, de que el primer recuerdo de su niñez que selecciona el hombre ya provecto es la figurilla de cartón de un teatro de juguete. Fue feliz en su infancia, oscurecida sólo por la sombra de una hermana muerta, a la que no podía nadie nombrar. Le gustaba ser bueno y que le recompensaran por ello. Stevenson dijo —en verso— que «cada día, si he sido bueno, me dan una naranja después de la comida». G. K. recuerda el poema y evoca su infancia también como un jardín[94].

El extraño país

Habla en estas peculiares memorias de *Fleet Street* y el mundo del periodismo, del nacionalismo y Notting Hill (que inspiró su primera novela), de todos los crímenes que cometió en el papel, de los cuentos no escritos, «casi todos mejores que los escritos…». Y de su afición por los viajes. Eso sí —dice— «… el país más extraño que he visitado es Inglaterra; pero la visité a una edad muy temprana y se me contagió un poco su extrañeza». País tan raro —Inglaterra y el propio Chesterton— donde un hombre puede levantar la tapa de una alcantarilla y ver debajo las estrellas. Ése es el mundo de sus relatos, y leyendo estas *Memorias* parece que fue el mundo que él vivió[95].

Los Chestertons

Los Chestertons es el título de un libro biográfico escrito en 1941 por la esposa de Cecil, hermano menor de G. K., escritora y periodista que intenta aquí rellenar lagunas biográficas y ordenar datos que G. K. *descuidó* en su *Autobiografía*[96]. Referidos fundamentalmente a la alegre juventud y a la vida con su hermano, el rival y compañero insustituible para el

juego de las polémicas. La discusión por la discusión entre los dos Chesterton animó y desesperó a los amigos en muchas veladas de su existencia. «La leyenda familiar —nos cuenta Mrs. Cecil Chesterton— incluía la historia de una discusión que duró dieciocho horas y treinta minutos.»

Los Chestertons añade a la *Autobiografía* un capítulo que G. K. no pudo incluir, aunque hubiese querido: su muerte.

El buen vino

«El buen vino de Dios creado para alivio del corazón humano… —según la esposa de Cecil—, la alegría del buen vino tino» con que los católicos anglosajones como Hilaire Belloc o Bruce Marshall[97] expresan el gozo del catolicismo frente a la tristeza de los protestantes…, ese licor no iba precisamente al espíritu de G. K., sino a su hígado. «Y fue su hígado, envenenado, enfermo, atrofiado, el que le mató», nos dice su cuñada. Nosotros podríamos añadir que el corazón de un hombre cuya obesidad le impedía entrar en los *taxis*, y que no cabía en la butaca de un teatro, no debía de estar en mejores condiciones que el hígado empapado en «alegría católica».

La muerte de G. K.

Escribe textualmente Mrs. Cecil Chesterton:

«Gilbert murió en junio de 1936, después de una corta enfermedad, durante la cual estuvo casi siempre sin conocimiento. Los amigos y parientes supieron lo que estaba sucediendo, pero el gran público, que reclamaba sus charlas por radio, que seguía al Padre Brown en sus aventuras, y que leía y releía sus ensayos y poemas, ése no supo que G. K. se estaba muriendo (el instinto protector de la esposa trató de esconderlo y de esconderse ella misma…) …En consecuencia, la noticia de la muerte de G. K. Chesterton fue un choque terrible para las multitudes de las que el gran hombre fue siempre casi amigo personal… Gilbert no dejó quien pudiera ocupar su lugar… Queda como un solitario caballero andante, que en su viaje fue huésped de todas las tabernas de hospitalario ingenio y alegre camaradería.»

La obra

Según puede verse en la Bibliografía, que ha aparecido dos veces en esta Colección, Chesterton publicó cuatro libros antes de lanzar al Padre Brown por esos mundos de Dios (y del diablo, claro). Podemos detenernos en ellos.

El encuentro. de los contrarios

El Napoleón de Notting Hill (1904) es la primera de sus novelas. Había sido poeta y periodista descarado, guerrero, conflictivo y travieso. Para su primer relato largo eligió, por supuesto, un argumento tan polémico como a su estilo correspondía: El progreso y la tradición, la ingenuidad y el

cinismo, el fanatismo y el escepticismo. Se tratase de un barrio, de un pueblo, del mundo o del espíritu humano, Chesterton jugará siempre a la guerra de los contrarios, que —como en esta primera novela— han de unirse al final, porque los puntos opuestos son los esenciales y siempre han de caminar juntos (idea central de su filosofía, en este libro, en *La esfera y la cruz*, y hasta en algunas historias criminales del Padre Brown).

El Napoleón de Notting Hill es casi una novela de anticipación —ocurre en Londres cerca de cien años después de la fecha en que fue escrita—, pero sobre todo, como casi toda la obra de G. K., se trata de una alegoría, y en ocasiones casi de una parábola. En este libro su juego es político, las ciudades frente a la capital del reino; en otros juegos sucesivos, será metafísico.

Divertimentos

Su libro siguiente inicia ya la estructura en capítulos que serán, en sí mismos, relatos independientes, aunque suelen tener el mismo protagonista: *El club de los negocios raros* (1905) es la primera entrega de ese tipo de volumen en el que seguirá insistiendo G. K., incluso cuando de nuestro Padre Brown se trate.

Este *club* —que incluye historias humorísticas, fantásticas, misteriosas, y por supuesto relatos morales— es el modelo, o la primera prueba de tantos llamados *divertimentos* de Gilbert K., que no deben ser considerados más triviales que sus *obras mayores*.

Una pesadilla

En 1908 publica la que muchos han considerado su mejor novela: *El hombre que fue jueves* (una *pesadilla*), relato policíaco y de aventuras cuyo surrealismo y aparente absurdo viene quizá de Dickens, anuncia a Kafka, y no es muy distinto de las pesadillas *reales* que nos han mostrado recientemente las historias de espionaje.

Un año después, *La esfera y la cruz*, enfrentamiento brillante y civilizado entre la fe y el agnosticismo, personificados en dos protagonistas —cada uno antagonista del otro— que recuerdan a los desafíos de los caballeros andantes**[98]**.

Y su publicación siguiente reúne ya los primeros cuentos detectivescos del Padre Brown. Con él hacemos una

El personaje

Dijimos que el Padre Brown fue dibujado según el modelo de un cura irlandés que bautizó a Gilbert Keith a sus cuarenta y ocho años. Pero las más afortunadas criaturas literarias, Ulises, Sherlock Holmes, D’Artagnan, el Conde Drácula, Quasimodo, Don Quijote…, aquellas que son recordadas al

cabo de los siglos, incluso por aquellos que no leyeron sus libros, esos personajes son mucho más reales que sus modelos. Y, en muchos casos, que sus autores. En algunos, incluso son superiores a ellos.

¿Quién es el Padre Brown?

En el caso que nos ocupa, conocemos bien a este poco conspicuo personajillo, pero ¿qué sabemos de él? Nadie sabe nada, o casi nada, del Padre Brown, aparte de su aspecto físico insignificante, su sombrero clerical —la *teja*, cuya sombra puede sugerir los cuernos del diablo, y que, como se dice en *La sabiduría…* era un objeto muy poco visto en Inglaterra— y su paraguas. Sabemos, claro, en cuanto actúa, lo listo que es y cómo desmonta con imaginación, sentido común y su gran conocimiento del corazón humano, cualquier teoría matemática montada por cualquier criminalista de la escuela de Sherlock Holmes. Pero ¿sabe alguien si en su pasado tuvo amores, si fue alguna otra cosa antes que cura, dónde y cómo empezó a ejercer de detective aficionado… cuál fue su pueblo natal…? No, no lo sabemos. Chesterton lo hizo aterrizar en el primer relato del primer libro como caído del cielo. Y quizá vino de allí.

Un ángel y su Watson

A pesar de su aspecto tan absolutamente terrenal, el Padre Brown es un ángel. Descubre a los criminales con afán de convertirlos, no de entregarlos. Y prefiere salvar a un inocente que denunciar a un culpable. Uno de los mayores criminales de Europa, el ladrón Flambeau, *rey de los apaches*, abandonará su brillante carrera delictiva a instancias de este párroco pueblerino. Y en el capítulo VI del primer libro es ya detective aficionado. Más adelante pondrá despacho oficial como investigador privado. Se convierte en el mejor amigo del Padre Brown, que fue su cazador, su padrino espiritual, su salvador y su maestro. Y en el segundo libro, *La sabiduría del Padre Brown*, aparece en el capítulo III integrado ya a las aventuras de su Holmes con soltura, en calidad de atlético Watson, curado por completo de su borrascoso pasado.

En el tercer libro, éste que tenéis en las manos, ya avisamos que no salía Flambeau. Es un volumen de aventuras tan *espirituales* que quizá sobraba en ellas un hombre tan terrenal como Flambeau. Aunque —ya lo consignamos— G. K. es amigo de llevar de la mano a los contrarios. Otra ocasión habrá de reencontrar a Flambeau.

La incredulidad

Decíamos al final de la *Introducción*, que como el P. Brown *cree* en los milagros, no se cree *cualquier* milagro. Ése es el centro de esta colección de relatos. En cuanto hay un misterio cuya verdad se oculta disfrazada de magia

o ultratumba, todos piensan que el cura ha de tomar el rostro por la careta. Pero es el *incrédulo* P. Brown, precisamente, quien levanta la máscara de la superchería.

Sentido común

La religión católica, nos viene a decir el sacerdote detective, no es incompatible con el sentido común. Tampoco lo fue con el candor —o su apariencia, es decir, la bondad— que a su vez no es incompatible con la sabiduría. Ambas características del Padre Brown, que ya conocíamos por sus libros anteriores, se complementan aquí con una *incredulidad* que no es sino la sensatez de no dejárselas *dar con queso*, por usar una frase bastante exótica para un inglés.

Exotismo

Exóticos son algunos de los lugares en que transcurren algunas de las aventuras de este libro. El primer relato, por ejemplo, *La resurrección del Padre Brown*, nos presenta al protagonista como misionero y párroco a la vez en una «población roja y marrón, con lunares rosa… en uno de esos parajes de la costa septentrional de Sudamérica… básicamente hispanoamerindia, pero con una considerable y creciente infiltración de americanos de los del Norte: ingleses, alemanes y otros por el estilo».

Entre todos esos hay un periodista yanqui anticlerical —aunque es el propio Padre Brown quien dice serlo, en honor a la irresistible atracción por las paradojas de su creador (no su Creador)—, que se volverá tan admirador del cura que le hará famoso y le equiparará a Sherlock Holmes. Incluso se especula con la conveniencia de que el Padre Brown desaparezca «una temporada tras un rocoso acantilado, a la manera del héroe del Dr. Watson».

Falsos milagros

No vamos a contar aquí el argumento, mucho menos su misterio, y muchísimo menos el desvelamiento de ese misterio —es un peligro que se corre glosando historias detectivescas, y merecería, si así lo hiciera, protestas textuales y feroces, a las cuales invito al lector que me encuentre suficientemente culpable—.

El tema, eso sí podemos decirlo, es la desacreditación de la fe por motivos políticos. El Padre Brown, escéptico ante los falsos milagros, defenderá su fe con su peculiar incredulidad.

La saeta del cielo, segundo relato, es un hermosísimo cuento, muy típico de Chesterton. Viaje a U. S. A. Allí parece ser que el cura es célebre —«un par de curiosos problemas… le habían creado en América una fama a partir de lo que en Inglaterra era poco más que *un simple rumor*»—. Tenemos, pues, a nuestro héroe convertido en una celebridad —de «simple rumor» a *estrella* en el país de las *estrellas*— encargado de desentrañar los asesinatos de

millonarios poseedores de la Copa Copta. No se preocupe el lector si aún no conoce el relato. Mis labios están sellados como una tumba, y no revelaré el nombre del asesino. Pero sí reproduzco aquí un texto extraído de ese relato que ilumina, con la prosa típica de Chesterton-Brown, el sentido de esa *incredulidad* que campea en el título de este libro:

Místicos y mistagogos

«—Nunca hubiera supuesto que fuera usted a rechazar una explicación mística.

—Claro que no —replicó el Padre Brown, guiñándole un ojo en amistoso gesto—. Por eso estoy en situación de rechazarla. Cualquier abogaducho de pacotilla tiene capacidad para embaucarme a mí, pero no a usted, porque usted es abogado. Cualquier payaso disfrazado de piel roja puede hacerme creer que es el auténtico Hiawatha; pero el señor Crake lo descubriría inmediatamente. Un estafador podría contarme a mí que se sabe todo lo que hay que saber sobre aviones, pero no al capitán Wain. Y con lo otro pasa exactamente igual, ¿comprende usted? Como he estudiado un poco el tema del misticismo, no me hacen mucha gracia los mistagogos. Los místicos de verdad no ocultan misterios, sino que los revelan. Plantean las cosas a plena luz del día, y cuando se contemplan así, se da uno cuenta de que no hay misterio alguno. Los mistagogos, por el contrario, ocultan las cosas con mucha oscuridad y secreto y, cuando uno las descubre, resulta que son una trivialidad.»

Mistagogo, he aquí la palabra. Como los demagogos que engañan al pueblo, el Padre Brown luchará en este libro con los embaucadores de la mística.

Clásico género detectivesco

Relato número tres: *El oráculo del perro*. Estamos ya en Inglaterra. Un crimen en un lugar al que no llegó nadie salvo la víctima. Parecido problema al clásico de la habitación cerrada (como, en cierto modo, es el relato anterior), Chesterton procura envolver sus mensajes, paradojas y filosofías en envoltorios que no desmerezcan de los más brillantes en el género detectivesco. Cuida mucho la puesta en escena. Ya se sabe, el fondo encuentra su sentido en la forma. Ambas cosas están indisolublemente unidas.

Hay un perro —al Padre Brown no le disgustan los perros, siempre que se los trate como a perros, no como a seres dignos de idolatría…— que *parece* haber intuido el crimen, aullando en el momento exacto, sin encontrarse en el lugar del hecho.

Tampoco Brown resuelve el caso *in situ*. ¿Qué Sherlock Holmes extraía deducciones fulgurantes sin moverse de Baker Street? Aquí, nuestro cura

aclara el enigma a cien millas de donde sucedió, mientras escribe tranquilamente un sermón sobre la Encíclica *Rerum Novarum*. (En su lugar ya una nota a pie de página detalla la información. Añado aquí que el Padre Brown, un católico progresista —aunque se considerase a Chesterton un polemista reaccionario—, no podía menos que subrayar un texto papal que enfrentaba a los fieles con los problemas sociales de su tiempo.)

Escenografía

Una pequeña cuestión de escenografía: La Roca de la Fortuna, elemento importante en el paisaje de este crimen, ¿es reflejo de los dramas humanos (como un decorado teatral) o influye en ellos? La reflexión es pertinente, pues la particularísima narrativa de G. K. Chesterton hace hincapié muy personal en *los elementos del cuadro*: Una roca, un árbol, la arquitectura de un edificio… en cualquier caso reflejan las inquietudes del autor e influyen poderosamente en la sensibilidad de los lectores.

El milagro de la calle de la Media Luna es el cuarto relato y al terminar de leerlo llegamos al centro justo del libro.

Se trata de otra aventura de Brown en los Estados Unidos de América. La anterior fue un inciso. El sacerdote no volverá a su país hasta el próximo cuento.

Desmontador de supercherías

Otra vez se encontrará nuestro apostólico detective con la opinión de que los de su oficio (el apostólico, lo otro es un *hobby*) son propagadores de supercherías. Un hombre en la posición del Padre Brown no puede bromear con los milagros. Y por el buen nombre de éstos, tendrá que demostrar que se trata de hechos.

La maldición de una cruz

La maldición de la cruz de oro: No se trata de la Cruz Azul que robó Flambeau en el primer libro del Padre Brown, ni de la cruz que se opone a la esfera en la personalísima y divertida novela de Chesterton que reúne a ambas en el título. Es una cruz de una supuesta tumba bizantina hallada en Sussex. Una cruz con maldición, relacionada con restos cristianos descubiertos en Creta. Algo parecido alas excavaciones egipcias, a los idolillos aztecas, que persiguen a sus depredadores. Todo es, al fin y al cabo, superstición, piensan los *crédulos* (o sea, los que *creen* en el poder de las supersticiones).

Un viaje en barco que emparenta con escenas parecidas de otros escritores policíacos británicos. ¿No encuentra el aficionado un recuerdo de Agatha Christie en la primera parte, donde se presentan los sospechosos, se intuye a la víctima y se prepara la escena principal? Ella había publicado su primera

novela seis años antes, y justo en la fecha de *La incredulidad*, Agatha da a conocer su novela más célebre, y quizá más tramposa: *El asesinato de Roger Ackroyd*. Posiblemente no sea justo relacionar con la señora Christie todos los viajes en barco —o tren— de parecidas características, pero cualquier buen lector del género me comprenderá.

Elementos «góticos»

El puñal alado: «Al Padre Brown, durante una época de su vida, le costaba trabajo colgar el sombrero de un perchero sin reprimir un ligero estremecimiento.» Este relato nos cuenta por qué —yo no voy a desvelarlo, lo juro— y el asunto comienza, como tantas historias emocionantes, «una mañana extremadamente fría del pies de diciembre». Continúan los elementos «góticos», tan caros a Chesterton: Una casa de la colina, con escarcha y bajo un cielo como el acero. La amenaza de cumplir una venganza. Magia blanca y magia negra… Al final, el espíritu poético de Chesterton nos dirá, más o menos directamente, que la nieve sí que es magia blanca… Un relato a destacar en antologías. De los más hermosos del libro.

Familia con fantasma

El sino de los Darnaway casi nos remite a Nathaniel Hawthorne[99], con el destino fatal de algunas familias, con el puritanismo y la fatalidad… O con el tópico de ese tipo de historias. Que, por supuesto, Brown desbaratará con su sentido común. El fantasma de la familia, un cuadro decisivo en la maldición, fosos y estancias oscuras… Pero, ojo, no hay que fiarse: Ese monstruo de patas articuladas no es sino una cámara fotográfica en su trípode. Esa figura negra que permanece callada al fondo, y que parece representar lo más oscuro e irracional de la tradición, se revelará hablando por fin: Y reconoceremos a nuestro Padre Brown, que viene a decir a todos los comparsas de la fantasmagoría: ¡Esto es una necedad! Bendito sea, gracias a su luz será posible hasta el amor en un decorado de castillo con vampiros.

En *El fantasma de Gideon Wise*, octavo y último relato de este volumen, hay un poeta, y una teoría bien simple: Al contrario que el ave mitológica irlandesa, es imposible que alguien esté en dos lugares al mismo tiempo. Eso es así, y no hay vuelta que darle. Sobre esta teoría se sustentan todas las coartadas. Que no vengan luego a hablarnos de fantasmas…

Hasta aquí nos referimos a una incredulidad. La próxima entrega sería *El secreto* del Padre Brown. No podemos desvelarlo todavía. Hasta entonces, si nos encontramos. El Padre Brown nos espera, si los lectores lo demandan.

Juan TÉBAR

Bibliografía

Con «s. a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Novelas	
1904	*The Napoleon of Notting Hill*.	*El Napoleón de Notting Hill* (1941).
1905	*The Club of Queer Trades*.	*El club de los negocios raros* (1942).
1908	*The Man who was Thursday: a nightmare*.	*El hombre que fue jueves* (1922).
1909	*The Ball and the Cross*.	*La esfera y la cruz* (1940).
1911	*The Innocence of Father Brown*. —Contiene: *The Blue Cross, The Secret Garden, The Queer Feet, The Flying Stars, The Invisible Man, The Honour of Israel Cow, The wrong shape. The Sins of Prince Saradine, The Hammer of Cod, The Eye of Apollo, The Sign of the Broken Sword, The Three Tools of Death*.	*El candor del Padre Brown* (1921). —Contiene: La cruz azul, El jardín secreto, Las pisadas misteriosas, Las estrellas errantes, El hombre invisible, El honor de Israel Gow, La forma equívoca, Los pecados del Príncipe Saradine, El martillo de Dios, El ojo de Apolo, La muestra de la espada rota, Los tres instrumentos de la muerte.
1912	*Manalive*.	*El hombre eterno* (1930).
1914	*The Flying Inn*.	*La hostería volante* (1942).
1914	*The Wisdom of Father Brown*. —Contiene: *The Absence of Mr. Class, The Paradise of Thieves, The Duel of Dr. Hirsch, The Man in the Passage, The Mistake of the Machine, The Head of Caesar, The Purple Wig, The Perishing of the Pendragons, The God of the Gongs, The Salad of Colonel Gray, The Strange Crime of John Boulnois, The Fairy Tale of Father Brown*.	*La sabiduría del Padre Brown* (1936). —Contiene: La ausencia de Mr. Copa, El paraíso de los bandidos, El duelo del Dr. Hirsch, El hombre del pasaje, El error de la máquina, La cabeza del César, La peluca roja, El fin de los Pendragon, El dios de los gongos, La ensalada del Coronel Cray, El extraño crimen de John Boulnois, El cuento de hadas del Padre Brown.
1922	*The Man who Knew Too Much and Other Stories*.	*El hombre que sabía demasiado y otras historias* (1944).
1925	*Tales of the Long Bow*.	*Cuentos del arco largo* (s. a.)*.
1926	*The Incredulity of Father Brown*. —Contiene: *The Resurrection of Father Brown, The Arrow of Heaven, The Oracle of the Dog, The Miracle of Moon Crescent, The Curse of the Golden Cross,*	*La incredulidad del Padre Brown* (s. a.)*. —Contiene: La resurrección del Padre Brown, La saeta del Cielo, El oráculo del perro, El milagro de la «Media Luna», La maldición de la cruz dorada,

	The Dagger with Wings, The Doom of the Darnaways, The Ghost of Gideon Wise.	El puñal alado, El sino de los Darnaway, El espectro de Gideon Wise.
1927	*The Return of Don Quixote.*	*El regreso de Don Quijote* (1927).
1927	*The Secret of Father Brown.* —Contiene: *The Secret of Father Brown, The Mirror of the Magistrate, The Man with Two Beards, The Song of the Flying Fish, The Actor and the Alibi, The Vanishing of Vaudrey, The Worst Crime in the World, The Red Moon of Meru, The Chief Mourner of Marne, The Secret of Flambeau.*	*El secreto del Padre Brown* (1943). —Contiene: El secreto del Padre Brown, El espejo del magistrado, El hombre de las dos barbas, La canción del pez volador, La actriz y su doble, La desaparición de Vaudrey, El mayor crimen del mundo, La luna roja de Meru, La penitencia de Marne, El secreto de Flambeau.
1928	*The Sword of Wood: a story.*	La espada de madera: una historia.
1929	*The Poet and the Lunatics: episodes in the life of Gabriel Gale.*	*El poeta y los lunáticos: episodios de la vida de Gabriel Gale* (1952).
1930	*Four Faultless Felons.*	*Cuatro granujas sin tacha* (1932).
1935	*The Scandal of Father Brown.* —Contiene: *The Scandal of Father Brown, The Quick One, The Blast of the Book, The Green Man, The Pursuit of Mr. Blue, The Crime of the Communist, The Point of a Pin, The Insoluble Problem. The Vampire of the Village.*	*El escándalo del Padre Brown* (1942). —Contiene: El escándalo del Padre Brown, El rápido, La ráfaga del libro, El hombre verde, La persecución de Mr. Blue, El crimen del comunista, La punta del alfiler, El problema insoluble, El vampiro de la aldea.
1936	*The Paradoxes of Mr. Pond (Short Stories).*	*Las paradojas de Mr. Pond* (1940).

Biografías

1902	*Thomas Carlyle.* —Con J. E. H. Williams.	Thomas Carlyle.
1902	*Robert Louis Stevenson.* —Con W. R. Nicoll.	Robert Louis Stevenson.
1903	*Leo Tolstoy.* —Con C. H. Perris y E. Garnett.	León Tolstoi.
1903	*Charles Dickens.* —Con F. G. Kitton.	*Vida de Dickens* (1943).
1903	*Robert Browning.*	*Robert Browning* (1943).
1903	*Tennyson.* —Con R. Garnett.	Tennyson.
1903	*Thackeray.* —Con L. Melville.	Thackeray.
1904	*G. F. Watts.*	G. F. Watts.
1910	*George Bernard Shaw.*	*George Bernard Shaw* (s. a.)*.
1910	*William Blake.*	William Blake.
1917	*Lord Kitchener.*	Lord Kitchener.
1923	*St. Francis of Assisi.*	*San Francisco de Asís* (1944).
1925	*William Cobbett.*	*William Cobbett* (1943).
1932	*Chaucer.*	*Chaucer* (1933).
1933	*St. Thomas Aquinas.*	*Santo Tomás de Aquino* (1934).

1936	*Autobiography*.	*Autobiografía* (1939).

Notas

[1] Tanto *El candor del Padre Brown* como *La sabiduría del Padre Brown* están publicados en esta misma Colección con los números 17 y 109, respectivamente. <<

[2] James Monroe (1758-1831), político norteamericano que fue presidente de los Estados de Unidos desde 1817 hasta 1825. Chesterton hace aquí una irónica alusión a la doctrina Monroe sobre política exterior, según la cual era preciso proteger el continente americano de toda intervención europea («América para los americanos»); de hecho, mediante la «diplomacia del dólar», lo que buscó Estados Unidos fue establecer su control sobre América Latina. <<

[3] George Meredith (1828-1909), escritor inglés que cultivó el periodismo, la poesía y la novela; en este último género se caracteriza por su minucioso análisis psicológico y por su cuidadosísimo estilo, lo que contribuyó a su gran éxito. Entre sus novelas más famosas cabe citar *Rhoda Fleming*, *El egoísta* y *Los comediantes trágicos*. <<

[4] Referencia a san Pablo, llamado el Apóstol de los Gentiles, que nació en Tarso, Cilicia, entre los años 5 y 15 d. C., y murió mártir en Roma en el año 66 ó 67. Hijo de judíos observantes, llevó el nombre hebreo de Saúl o Saulo, estudió la ley en Jerusalén y persiguió el cristianismo naciente. Hacia el año 33, camino de Damasco, tuvo una visión de Jesús resucitado, se convirtió y pasó el resto de su vida ejerciendo su apostolado; a partir de su conversión, se le conoce por la versión grecorromana de su nombre, es decir, Pablo. <<

[5] Robert G. *Ingersoll* (1833-1899), político y orador norteamericano, apodado «el gran agnóstico» por su racionalismo científico y su exacerbada crítica de los textos bíblicos. *Voltaire* es el seudónimo de François Marie Arouet, literato francés (1694-1778), autor de novelas tan famosas como *Cándido* o *Zadig*, atacó sañudamente a la Iglesia en su *Diccionario filosófico*. Sus obras influyeron grandemente en la formación del ideario de la Revolución Francesa. **<<**

[6] En español en el original. <<

[7] Famoso protagonista de las novelas policíacas de Conan Doyle, Sherlock Holmes —que «nace» en *Estudio en escarlata*, publicada en el número 14 de esta misma Colección— es un detective aficionado que resuelve los casos más complicados gracias a su infalible espíritu de deducción. Su compañero de aventuras es el doctor Watson, que aparece citado un poco más abajo. <<

[8] Antigua abadía benedictina fundada en el siglo X por san Dunstan en el oeste de Londres; la iglesia fue reconstruida en el siglo XIII en estilo gótico radiante, y en el siglo XVI se terminaron la fachada y la capilla axial, en estilo gótico perpendicular. En el coro se encuentra el trono de la coronación, y en sus capillas laterales, numerosos sepulcros, esculturas y pinturas que convierten la abadía de Westminster en un verdadero museo del arte y de la historia de Inglaterra. <<

[9] Mestizo nacido de blanco y cuarterona o de cuarterón y blanca. <<

[10] Aventurero inglés (1649-1705) que, en 1678, simuló un «complot papista» para asesinar al rey y destruir el protestantismo. Aunque se descubrió la superchería, los católicos sufrieron persecuciones violentas hasta que en 1685 Oates fue encarcelado, acusado de perjurio. <<

[11] «Empachado de riqueza.» (En francés en el original.) <<

[12] «Venganza.» (En italiano en el original.) <<

[13] Hombre que viste a la moda. En el primer tercio del siglo XIX se llamó así a un grupo de jóvenes de la más alta sociedad británica que se atribuían el derecho de dictar la moda, sobre todo en el vestir. Fueron famosos lord Brummel y lord Byron. <<

[14] Fiesta nacional de Estados Unidos, en la que se conmemora la Declaración de Independencia y la aprobación de la Constitución, promulgadas en el congreso de Filadelfia el 4 de julio de 1776. <<

[15] La palabra inglesa *doom* significa «destino trágico», «sentencia a muerte» o «juicio final»; de ahí el comentario de Chesterton en el sentido de que, aunque fuera un seudónimo, el nombre evocaba un personaje temible, mezcla de *Robin Hood* y *Jack el Destripador*. Como el lector probablemente sabe, Robin Hood, o Robín de los Bosques, era un legendario bandolero inglés de origen noble que robaba a los ricos, protegía a los débiles y socorría a los pobres, y que simboliza la resistencia de los sajones a la conquista normanda. En cuanto a Jack the Ripper o *Jack el Destripador*, es el nombre que se da al desconocido asesino de al menos siete mujeres, todas ellas prostitutas, en el distrito de Whitechapel, al este de Londres, entre el 7 de agosto y el 10 de noviembre de 1888. <<

[16] Sociedad secreta serbia de principios del siglo XX que pretendía liberar a los serbios del yugo de los Habsburgo o de los otomanos y que desempeñó un papel fundamental en el asesinato del archiduque Francisco Fernando en 1914, precipitando el inicio de la Primera Guerra Mundial. <<

[17] Probablemente se refiere a James Butler Hickok, también llamado Wild Bill Hickok (1837-1876), que alcanzó fama por sus proezas en la frontera del oeste americano. <<

[18] Famoso parque neoyorquino, de 800 metros de ancho y 4 kilómetros de largo, situado en el corazón de la isla de Manhattan. <<

[19] Hacha de guerra de las antiguas tribus indias de Norteamérica. <<

[20] Probablemente se refiera a la enmienda XVIII sobre prohibición de fabricación, venta y transporte de bebidas alcohólicas, también llamada Ley Seca, vigente entre 1919 y 1933. <<

[21] *Jezabel* era esposa de Ajab, rey de Israel (s. IX a. de C.), idólatra de Baal y famosa por su perversidad. Cuando se destronó la dinastía, fue arrojada por la ventana y pisoteada por los caballos enemigos. En cuanto a *Agag*, era rey de los amalecitas. Fue vencido y hecho prisionero por Saúl, quien le perdonó, a pesar de las órdenes de Yahvé. Finalmente fue muerto por Samuel, quien dijo: «“Como tu espada ha privado a las mujeres de sus hijos, así entre las mujeres, privada de su hijo será tu madre”, y Samuel despedazó a Agag ante Yahvé en Guilgal.» (I Sam. 15, 33.) <<

[22] *Apolo*, hijo de Zeus y de Latona, es el dios griego de la luz, del canto, de la música y de la poesía. Ideal griego de la belleza masculina, las flechas del Apolo solar herían o purificaban. En cuanto a *san Sebastián*, fue un soldado oriundo de Narbona que padeció martirio en Roma hacia el año 228, bajo el emperador Diocleciano. Se le representa atado a un árbol y asaetado. <<

[23] Famosa agencia de detectives privados norteamericana, fundada en 1850 por Allan Pinkerton (1819-1884). <<

[24] *Isis* era la diosa madre de la mitología egipcia, hermana y esposa de Osiris, y madre de Horus. Representaba la fidelidad conyugal y la abnegada solicitud maternal. Su culto que, fuera de Egipto, se difundió por Grecia, Asia Menor y Occidente, se convirtió en una religión mistérica, con prácticas de iniciación y ritos purificadores y ascéticos. En cuanto a *Stonehenge*, situado al norte de Salisbury, es el principal conjunto megalítico de Gran Bretaña. Aunque no se conoce la función exacta de este monumento, Gerald Hawkins le atribuye una vinculación con la observación de los astros. Véase a este respecto la *Enciclopedia de los lugares misteriosos*, de esta misma editorial. <<

[25] Personaje que vivió en el siglo XV, cuyo nombre significa «el que hace los ríos», que fue un legendario jefe de la tribu india de los onondaga y, según la tradición india, autor de la Liga de las Cinco Naciones. Su leyenda se canta en el poema del poeta norteamericano Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882) titulado *Cantar de Hiawatha* (1855). <<

[26] No se trata en realidad de una parábola, sino de una recomendación del *Evangelio* (Mt. 6, 3). **<<**

[27] Vasto condado de Inglaterra, situado al sur de Escocia, cuyas principales ciudades son York, Leeds y Hull. <<

[28] Nombre romano de Nyx, en la mitología griega, diosa de la noche. <<

[29] Encíclica promulgada por el papa León XIII el 15 de mayo de 1891 sobre los deberes de los católicos ante los problemas sociales. <<

[30] Referencia a Honoré Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau (1749-1791), político francés y una de las figuras principales de la Asamblea Nacional, cuerpo que gobernó Francia durante los primeros momentos de la Revolución Francesa. <<

[31] Véase la nota 7 de «La resurrección del Padre Brown». <<

[32] Referencia a *El misterio del cuarto amarillo*, de Gaston Leroux (1868-1927), publicado en esta misma Colección con el número 2. <<

[33] *Anubis* era un dios egipcio, protector de los muertos, que se representaba en forma de chacal, o bien en forma humana con cabeza de chacal. *Basán*, o Batanea, era una antigua región de Palestina, que fue entregada a la tribu de Manasés cuando el reparto de la Tierra santa. Frecuentemente citada en la Biblia, está situada en la actual Siria y es proverbial por sus ricos pastos y bosques. <<

[34] George *Washington* (1732-1799), general y político norteamericano, descendiente de una aristocrática familia de plantadores virginianos, fue elegido en 1793 primer presidente de Estados Unidos. Murió en su casa solariega de Mount Vernon. Thomas *Jefferson* (1743-1826), también virginiano, fue diputado en el congreso de Filadelfia y redactó la Declaración de Independencia (4 de julio de 1776). Fue tercer presidente de Estados Unidos desde 1801 hasta 1809. Desempeñó un importante papel en el nuevo gusto arquitectónico, el estilo «joven república», inspirado en los monumentos de la antigüedad grecorromana. Como ejemplo de este nuevo estilo, cabe citar el Capitolio de Richmond (Virginia), la Universidad de Charlottesville, los de la propia mansión de Jefferson, en Monticello, y el Capitolio de Washington. A ello alude unas líneas más abajo Chesterton cuando menciona a los Padres de la República. <<

[35] Ana Estuardo (1665-1714), reina de Gran Bretaña e Irlanda, y última representante de la dinastía, que fue sustituida por los Hannover. <<

[36] Theodore *Roosevelt* (1858-1919), además de viajero y explorador incansable, fue presidente de los Estados Unidos (de 1901 a 1909); fomentó una política expansionista, luchó contra los *trusts* y compró la zona del canal de Panamá. Henry *Ford* (1863-1947) fue un famoso industrial norteamericano que fundó en Detroit la Ford Motor Company, la mayor fábrica de automóviles del mundo y la primera que puso en práctica el método de producción en serie. <<

[37] Ciudad de Estados Unidos, capital del estado del mismo nombre (en el centro-sur del país), que creció desorbitadamente a principios de este siglo debido a la explotación de los yacimientos de petróleo. <<

[38] Safira y su marido Ananias eran cristianos de Jerusalem por haber mentido a san Pedro en el precio de unos terrenos que vendieron, cayeron muertos de repente (Hch. 5, 1-11). Su nombre ha quedado como sinónimo de persona embustera. <<

[39] Loreto, municipio de Italia, en las Marcas, provincia de Ancona. Según una tradición del siglo XV, los ángeles trasladaron milagrosamente la casa de la Virgen de Nazaret a Loreto, que se convirtió en un importante centro de peregrinación. <<

[40] *«Niño mal criado y, por extensión, persona que destaca por su espontaneidad incontrolada y sus reacciones intempestivas.» (En francés en el original.)* <<

[41] *Laputa es la mítica isla que aparece en el libro tercero de los* Viajes de Gulliver, *de Jonathan Swift (publicado en el número 16 de esta misma Colección), y cuyos habitantes están tan sumidos en profundas especulaciones que viven en constante peligro de colisiones accidentales.* <<

[42] Véase la nota 13 de «La saeta del cielo». <<

[43] Alusión a George Gordon, lord Byron (1788-1824), poeta inglés de noble familia, individualista y anárquico, que escandalizó a la buena sociedad londinense. Viajó por Europa, fijó su residencia en Venecia, y murió de fiebres en Missolonghi, cuando luchaba en favor de la independencia griega contra los turcos. Entre sus obras más famosas cabe citar *La peregrinación de Childe Harold, El infiel, El Corsario* y *Don Juan*. <<

[44] *Minneápolis* es una ciudad del estado norteamericano de Minnesota, en el centro-noroeste del país, a orillas del Mississippi. En cuanto a *Omaha*, se encuentra en el estado de Nebraska, antiguo punto de partida de la ruta de los colonos hacia el Oeste. Nótese la ironía de Chesterton al hacer este comentario. <<

[45] *Brighton* es una ciudad inglesa, en la región de Sussex oriental, en la costa del canal de la Mancha. Como bien dice Leonard Smyth, está muy lejos —no sólo en términos de distancia física sino también cultural— de *Bizancio*, colonia griega fundada en el Bosforo en el s. VII a. de C., luego capital del Imperio romano de Oriente con el nombre de Constantinopla (año 325) y desde 1453 capital del Imperio otomano (hoy Estambul). En cuanto a *Sussex*, es una región del sur de Inglaterra, de suave orografía, en la que los únicos accidentes son los Downs, colinas de creta de escasa altura, en las que abunda el ganado ovino. <<

[46] Ciudad de Turquía, antigua capital del Imperio seléucida y uno de los cinco grandes patriarcados del mundo cristiano, con Alejandría, Roma, Jerusalén y Constantinopla. <<

[47] Isla griega del Mediterráneo oriental en la que, durante el segundo milenio a. de C., floreció una cultura llamada cretense o minoica. Véase nota 8. <<

[48] Monstruo, mitad hombre, mitad toro, hijo de Pasifae; encerrado en el Laberinto por Minos, allí recibía un tributo anual de jóvenes atenienses hastaque Teseo lo mató. <<

[49] El maniqueísmo es una doctrina religiosa y filosófica atribuida al sacerdote persa Manes (215-275), que reconoce la existencia de dos principios divinos, Ormuz, dios del bien, y Ahrimán, dios del mal; la lucha de ambos constituye el curso de la historia universal; tanto el hombre como el mundo son una síntesis de bien y mal. <<

[50] Ciudad inglesa del condado de Hampshire, famosa por su importante puerto, en el canal de la Mancha. <<

[51] Príncipe de Jutlandia, personaje semilegendario inmortalizado por Shakespeare en la tragedia del mismo nombre. La obra está resumida en *Cuentos basados en el teatro de Shakespeare*, por Charles y Mary Lamb, número 59 de esta misma Colección. <<

[52] Monstruo marino de la mitología fenicia mencionado en el Libro de Job, de la Biblia, y por su descripción podría identificarse con el cocodrilo. <<

[53] William E. Gladstone (1809-1898), político británico, fue jefe del partido liberal y cuatro veces primer ministro (durante el reinado de la reina Victoria). Partidario del libre cambio y de la autonomía irlandesa *(Home rule)*, propuso un compromiso (el *Kilmanhaim Treaty*) al político irlandés Charles S. Parnell (1846-1891) que éste aceptó. Sin embargo, el 6 de mayo de 1882, a los pocos meses de firmarse el pacto, el primer ministro irlandés fue asesinado y posteriormente se produjo una serie de atentados, de cuya autoría se acusó a Parnell. Hasta el final de sus días, y en contra de la opinión pública y de los partidos políticos, Gladstone siguió defendiendo las medidas conciliatorias para subsanar los errores cometidos a causa del dominio británico en Irlanda. <<

[54] Hija de Príamo y Hécuba, amada por Apolo, obtuvo de éste el don de la profecía; pero ella rechazó los amores del dios y éste la castigó decidiendo que nadie la creyera jamás. Casandra predijo la caída de Troya y se opuso —inútilmente— a la construcción del caballo de madera. Entregada como esclava a Agamenón, murió asesinada por Clitemnestra. Es sinónimo de persona cuyos avisos no son atendidos. <<

[55] Términos de latín medieval relacionados con aspectos del derecho medieval inglés. *Salvo managio suo*: «Dejando a salvo su hacienda o patrimonio.» *Serví Regís*: «Los siervos del rey.» <<

[56] Faraón de la XVIII dinastía (1350-1342 a. de C.), restableció en Tebas el culto de Amón. Su tumba fue descubierta en 1922 por los arqueólogos británicos H. Carter y lord Carnarvon. <<

[57] Doctrina de Nicea que, en contra de las especulaciones arrianas o semiarrianas, proclamaba que el Hijo es consustancial *(homousios)* al Padre. <<

[58] *Región al oeste de Inglaterra, compuesta por los condados de Somerset, Gloucester, Withshire* y *Devon*. <<

[59] Personaje cuya existencia se conoce por los *Hechos de los apóstoles*. Ejercía el oficio de mago; convertido al cristianismo, quiso comprar al apóstol Pedro el poder de conferir el Espíritu Santo (de ahí la palabra *simonía*, es decir, compra o venta ilícita de cosas espirituales). <<

[60] Dios griego, hijo de Zeus y de Maya, mensajero de los dioses, protector de los comerciantes, viajeros y ladrones, y encargado de conducir al Hades las almas de los muertos; se le suele representar con sandalias aladas, caduceo (vara con dos serpientes enroscadas y rematada por dos alas) y sombrero, también alado. <<

[61] John Graham of Claverhouse, primer vizconde de *Dundee (ca.* 1649-1689), militar apodado *Bonnie Dundee*, que luchó contra los presbiterianos escoceses, también llamados Convenanters por el pacto (Covenant) que les concedía la libertad de culto separándose de la Iglesia anglicana. En cuanto a la *matanza de Glencoe* (13 de febrero de 1692), que aparece citada unas líneas más abajo, es un acontecimiento sangriento de la historia escocesa en el que, cumpliendo órdenes del gobierno británico, el regimiento de Archibald Campbell atacó por sorpresa a los Mac Donalds de Glencoe porque su jefe no había jurado fidelidad al rey británico Guillermo III cuando éste sustituyó en el trono al rey Jaime II de Escocia. Parece ser que, aunque Guillermo III firmó la orden de la masacre, el verdadero inspirador de la misma fue, como bien dice el Padre Brown, sir John Dalrymple, subsecretario responsable de asuntos para Escocia. <<

[62] Se refiere a Shahrazad, la inteligente e incansable narradora de Las mil y una noches. El rey de Persia, convencido de la infidelidad de su esposa, la estrangula y decide tomar cada noche una nueva esposa a la que, al amanecer, hará ejecutar. La hija de su visir se ofrece voluntariamente al rey y se pasa la noche contándole un cuento que, al amanecer, queda hábilmente interrumpido en el momento más apasionante; de este modo, el rey posterga la pena de muerte, para poder conocer el final de la historia llegada la noche. Esto se repite incansablemente noche tras noche —hasta llegar a mil y una—, y al cabo, el ingenio de Shahrazad consigue que el rey olvide su propósito y le perdone la vida. <<

[63] John Wesley (1703-1791), teólogo inglés que se separó de la Iglesia anglicana y fundó el metodismo, secta muy estricta que reaccionaba contra el formalismo y los compromisos políticos de la Iglesia anglicana y pretendía retornar a las fuentes de la Reforma. En cuanto a los sandemanios, constituyen una secta cristiana fundada hacia 1730 en Escocia por John Glass (1695-1773), sacerdote presbiteriano de la Iglesia escocesa. <<

[64] Barrio residencial del oeste de Londres, en la orilla izquierda del Támesis, en el que viven numerosos artistas. <<

[65] La guerra de las Dos Rosas fue una guerra civil inglesa (1455-1485) que enfrentó a dos ramas de los Plantagenet, ambas pretendientes al trono: los Lancaster (cuyo escudo llevaba una rosa roja) y los York (rosa blanca); terminó con el triunfo de los primeros (Eduardo IV y Ricardo III). <<

[66] La dinastía Tudor sucede a los Plantagenet al ser derrotado en Bosworth Ricardo III por el duque de Richmond, futuro Enrique VII. El estilo Tudor en arquitectura es una prolongación del gótico perpendicular, que fue evolucionando hacia el estilo renacentista. Una de sus características es la incorporación de gruesas vigas de madera negra visibles en las fachadas y en el interior de los edificios. <<

[67] Famoso poema del poeta inglés Alfred Tennyson (1809-1892). <<

[68] «En lugar del padre», «haciendo las veces de éste». (En latín en el original.) <<

[69] En las épocas de mayor fuerza del anglicanismo, en las que se perseguía a los católicos romanos, solía haber en las grandes mansiones británicas un cuartito escondido y disimulado en el que se refugiaban los sacerdotes. En inglés se llama *the priest's hole*, es decir, «el agujero del cura». <<

[70] Existieron dos pintores, padre e hijo, con el nombre de Hans Holbein. El padre, también llamado *el Viejo*, fue un excelente pintor y dibujante alemán que murió en Alsacia en 1524. El protagonista se refiere con toda probabilidad a Holbein *el Joven*, pintor y grabador alemán (1497-1543) que fue retratista de corte en Inglaterra y realizó magníficos retratos de Enrique VIII, Jane Seymour, Ana de Clèves, el duque de Norfolk, y muchos otros personajes de la época. Holbein está considerado como uno de los mejores retratistas de todos los tiempos. <<

[71] *Enrique VII* (1485-1547), rey de Inglaterra, terminó la guerra de las Dos Rosas en la que fue destronado. *Enrique VIII* (1491-1547), hijo del anterior, rey de Inglaterra desde 1509, fue un monarca enérgico, cruel y egoísta; en 1531 se separó de Roma al negarle el papa Clemente VII el divorcio de Catalina de Aragón, y fundó la Iglesia anglicana. <<

[72] Edipo era hijo de Layo y Yocasta, reyes de Tebas. Cuando nació, un oráculo predijo que mataría a su padre y se casaría con su madre. Para evitarlo, fue abandonado, pero Edipo sobrevivió y, sin saberlo, dio cumplimiento al oráculo. Al conocer la terrible verdad, Yocasta se ahorcó y Edipo se sacó los ojos. <<

[73] *«Descanse en paz.» (En latín en el original.)* <<

[74] *Federico II el Grande (1712-1786), rey de Prusia y estratega incomparable, elevó su país a categoría de gran potencia europea. Representante del despotismo ilustrado, fue amigo de Voltaire; de ahí el comentario del Padre Brown en el sentido de que su religión «tampoco existió».* <<

[75] Escuela de economía así llamada por el círculo de políticos liberales reunidos en Manchester (Inglaterra) en 1839. Defendía el librecambio y la competencia sin trabas y rechazaba cualquier intervención económico-social del Estado. <<

[76] Véase la nota 34 de «El milagro de la calle de la Media Luna». <<

[77] Percy Bysshe Shelley (1792-1822), poeta inglés de carácter romántico y exaltado, autor de obras tan famosas como *La reina Mab, Prometeo liberado* o *Los Cenci*. Los últimos años de su vida transcurrieron en Italia; murió ahogado en el golfo de La Spezia y sus restos fueron incinerados en la playa en presencia de su amigo Byron. <<

[78] En la mitología griega, los Cíclopes eran gigantes con un solo ojo en medio de la frente, que fabricaban el rayo de Júpiter. **<<**

[79] General y político romano (100-44 a. de C.), conquistador de la Galia. Para acceder al poder supremo, se enfrentó a Pompeyo en una larga guerra civil (50-45), tras la que se hizo el amo absoluto de todo el imperio romano. Pero muchos nobles no le perdonaron su prodigiosa ascensión y un grupo de conjurados, dirigidos por Bruto y Casio, lo asesinaron en el Senado el día de los *Idus de marzo*, 15 de marzo del año 44 a. de C. En el calendario romano, los idus eran los días 15 de marzo, mayo, julio y octubre, y los días 13 de los demás meses. Según Plutarco, un adivino había prevenido a César, mucho antes de su asesinato, de que «desconfiara de los idus de marzo»; por eso designa, por alusión, una época de peligro sobre la cual se han emitido malos pronósticos. <<

[80] *Barrabás* era un malhechor judío que fue condenado a muerte. Pilato, a petición del pueblo que lo prefirió a Jesús, le perdonó) la vida. *Herodes* el Grande, hijo de Antípatro el Idumeo, rey de Judea entre los años 40 a. de C. y 4 de nuestra era, ordenó la degollación de los inocentes en Belén. <<

[81] *La sabiduría del Padre Brown*. Número 109 de «Tus Libros» (Anaya, 1991). Traducción de Magali Martínez Solimán. Apéndice de Juan Tébar. <<

[82] Thomas Hardy (1840-1928), poeta y novelista. Obras principales: *Tess de Ubervilles, Jude, el oscuro. Lejos del mundanal ruido, Poemas y cuentos de Wessex*. <<

[83] Joseph Conrad nació en Polonia (por verdadero nombre Józef Konrad) en 1857. En 1886 adquirió la nacionalidad británica. Murió en 1934. Autor de magníficas narraciones marinas. *Juventud* y *La línea de sombra* fueron publicadas en «Tus Libros», n.º 86. <<

[84] Arthur Conan Doyle, el célebre autor de Sherlock Holmes, nació en 1859 y murió en 1930. La colección «Tus Libros» ha publicado, hasta la fecha, *El mundo perdido* (n.º 9), y los casos de Holmes *Estudio en escarlata* (n.º 14), *Las memorias de Sherlock Holmes* (n.º 79), *El sabueso de los Baskerville*, (n.º 90), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (n.º 101) y *El regreso de Sherlock Holmes* <<

[85] James Matthew Barrie, creador de *Peter Pan* (publicado en la colección «Laurín»), escocés nacido en 1860 y muerto en 1937. Fue célebre autor de teatro y obtuvo en vida grandes honores oficiales. <<

[86] Rudyard Kipling (1865-1936) es autor del famosísimo *Libro de la Selva* («Laurín», dos tomos) y de los cuentos de *Puck de la colina de Pook* («Tus Libros», n.º 73). Sus otras novelas más célebres son *Kim* y *La luz que se apaga*. Fue Premio Nobel de Literatura en 1907. <<

[87] John Galsworthy (1867-1933), también Premio Nobel en 1932. Su obra más conocida —adaptada al cine y la televisión— es *La saga de los Forsyte*. <<

[88] *Saki* es el seudónimo de Héctor Hugh Munro (1870-1916). Tomó su sobrenombre del personaje femenino que escancia la copa en la última estrofa de los *rubai*, célebres poemas persas de Omar Khayyam. Como Kipling, es hijo del Imperio nacido fuera de la metrópoli. R. K. en la India, *Saki* en Birmania. <<

[89] *Virginia Woolf* (1882-1941), la más célebre de las escritoras inglesas del siglo XX. *Katherine Mansfield* (1888-1923), nacida en Nueva Zelanda. Su fama ha sido menor que la de la Woolf. Quizá no su mérito, aunque la verdad es que su obra —como su vida— fue mucho más corta. <<

[90] Evelyn Waugh (1903-1966), heredero del humorismo dickensiano, es uno de los autores de su época más rescatados en los últimos años para versiones cinematográficas y televisivas. *Retorno a Brideshead* fue una novela exquisita y una adaptación para televisión excelente. **<<**

[91] William Somerset Maugham (1874-1965) narrador y comediógrafo que tuvo una inmensa popularidad en la segunda mitad del siglo XX. Quizá sus relatos cortos son lo mejor de su obra. <<

[92] George Bernard Shaw (1856-1950), autor teatral, crítico de arte, polemista nato como Chesterton. Premio Nobel en 1925. Las generaciones cinéfilas le recordarán, al menos indirectamente, como creador de la obra teatral *(Pigmalión)* que dio origen a *My Fair Lady*. <<

[93] *Edición castellana traducida —y prologada— por Antonio Marichalar. Espasa-Calpe. Argentina, 1947. Plaza y Janes. Barcelona, 1967.* <<

[94] Robert Louis Stevenson: *A Child’s Garden of Verses* (El jardín de los versos de un niño, 1885). Hay una preciosa edición que conmemora el centenario de la primera edición original: Aurum Press, 1985. Ilustrado por Annie Owen. No conocemos traducción española de este precioso libro. **<<**

[95] El extraño argumento citado pertenece al impresionante relato de Chesterton *La calle furiosa* (Un mal sueño), incluido en *Tremendous Trifles (Enormes Minucias*, edición castellana de Saturnino Calleja. Traducción de Rafael Calleja. Sin fecha). **<<**

[96] *Los Chestertons (The Chestertons*, 1941. Por Mrs. Cecil Chesterton. Edición castellana en La Nave. Sin fecha. Traducción de Miguel Rivera). Por supuesto, G. K. no *descuidó*, sino que no quiso revelar muchas cosas, intimidades amorosas por ejemplo. Mrs. Cecil nos revela algo más, pero tampoco se excede. Todos eran *ingleses…* **<<**

[97] *Hilaire Belloc* (1870-1953). Ensayista, historiador, novelista y poeta. Propagandista católico, como Chesterton. Ambos fueron grandes amigos. G. K. le admiró mucho. Hoy, la fama de su amigo —y sus méritos— le han eclipsado. *Bruce Marshall*, el otro autor citado, escribió varias novelas de las llamadas «católicas», que alcanzaron cierta popularidad en los años cuarenta y cincuenta, como *A cada uno un denario, El milagro del padre Malaquías*, etc. *El mundo, la carne y el padre Smith* fue la más conocida, y se llevó al cine. <<

[98] Existe una traducción de Manuel Azaña (no precisamente correligionario de Chesterton) en edición de 1930 para «Biblioteca Nueva». Hubo otra edición en castellano en el n.º 125 de la antigua colección «Austral», Espasa-Calpe. Urgen nuevas publicaciones en castellano. No todos los merecedores de su disfrute son bibliófilos o saben inglés. De *El hombre que era jueves* (ésta y *La esfera* son las dos mejores novelas de G. K. Chesterton) hay, por lo menos, en Alianza Editorial, «Libro de Bolsillo», n.º 1256, una edición de 1987, traducción de Alicia Bleiberg. Algunos quizá prefieran la vieja versión de Alfonso Reyes, que editaron los legendarios «Libros Plaza» de los años cincuenta. Me reafirmo en que se necesitan nuevas traducciones en edición popular y accesible. <<

[99] Nathaniel Hawthorne (1804-1864), novelista y cuentista norteamericano, es la voz más representativa de las feroces tradiciones de Nueva Inglaterra. Sus historias narran el fanatismo, la superstición, la tragedia de la intransigencia, y el peso fatal de la herencia. *La letra escarlata* y *La casa de las siete chimeneas* son sus mejores novelas. Pero es en los cuentos donde alcanzó a veces la genialidad. <<